

Parte III. Capítulo 1.

Trayectorias exitosas: diversos relatos de vida

Maite Fouassier Zamalloa y Mikel Mintegi Luengo



Edición electrónica

Título general: La diversidad infantil y juvenil en la CAE. Las (mal) llamadas segundas generaciones
Año y lugar de edición: 2017, Bilbao
Edita: Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco
Diseño y maquetación: Taide Arteta, Ikuspegi – Observatorio Vasco de Inmigración
Documentación: Antonio Gómez, Ikuspegi – Observatorio Vasco de Inmigración
ISBN: 978-84-9082-594-5 (toda la obra)



ÍNDICE

Introducción	5
1. Relatos	9
1.1. Sole	11
1.2. Paul	25
1.3. Fátima	37
1.4. Mikel	51
1.5. Margareth	65
1.6. Ahmed	75
1.7. Daniela.....	89
1.8. Oier.....	99
1.9. Sukaina	109
1.10. Jon	121
2. Análisis	135
1.1. Su infancia y primeros recuerdos	137
1.2. La familia	139
1.3. Redes sociales.....	145
1.4. Estudios y empleo.....	149
1.5. Idiomas	154
1.6. Identidad(es).....	157
1.7. Vínculos con el origen.....	160
1.8. Creencias.....	163
1.9. Discriminaciones.....	165
1.10. Expectativas	168
3. Conclusiones, claves y recomendaciones	171
Anexo	177



INTRODUCCIÓN

Durante las siguientes páginas vamos a compartir una parte de la vida de personas que han nacido y/o crecido lejos de sus lugares de origen o del de sus familiares, y que han desarrollado su vida, o parte de ella, en Euskadi, con la particularidad de que se sienten y son percibidas como personas respetadas y a gusto consigo mismas y con el entorno que les rodea.

Si bien los análisis de los movimientos migratorios internacionales en nuestro territorio nos lleva a estudiar dicho fenómeno con el inicio del siglo XXI, debido en parte a un aumento de llegadas de manera exponencial, no debemos olvidar que personas venidas de otros países ya estaban asentadas en Euskadi. Sus descendientes participan en este estudio compartiendo sus historias, percepciones, sentimientos y opiniones sobre una variedad de aspectos que se irán desgranando en cada uno de los relatos.

El objetivo, por tanto, no es otro que conocer su trayectoria vital, cómo han desarrollado su vida en Euskadi, introduciéndonos en los aspectos relacional, familiar y de estudios/empleo, buscando, a su vez, un cierto equilibrio psicológico, psicosocial y social. A partir de esta información, se extraerán aquellas claves que puedan explicar por qué estas trayectorias se consideran satisfactorias, de tal manera que se identifiquen estrategias que puedan posibilitar la réplica de itinerarios conducentes a experiencias vitales positivas.

El carácter de este informe no es académico sino divulgativo y no tiene por objeto demostrar o refutar hipótesis de la teoría sociológica o psicosocial, sino ofrecer a las entidades, organismos y personas responsables de la gestión de la diversidad pautas y recomendaciones en términos de convivencia y cohesión social: este informe pone el énfasis en la búsqueda de elementos que permitan poner en marcha mecanismos e iniciativas eficaces y operativas para la

integración mutua de los distintos colectivos de origen inmigrante y autóctono, para la cohesión social y la mejora de la convivencia.

Para ello, hemos elaborado diez relatos de la vida de otras tantas personas, residentes en Euskadi actualmente, con edades comprendidas entre los 18 y los 32 años, que han nacido aquí (en un lugar distinto a la lugar de origen de sus padres y madres) o han llegado a Euskadi desde origen antes de los cuatro años, y que al menos uno de sus progenitores sea de origen extranjero. En concreto son cinco mujeres y cinco hombres de origen latinoamericano y africano (Magreb y África subsahariana), tres de ellos con padre o madre vasca. Al referirnos a relatos de vida se hace alusión a la técnica cualitativa, que corresponde a la enunciación por parte de un narrador de su vida o parte de ella. Estos relatos de vida han contado con un guión de preguntas abiertas que persigue entrar en todos aquellos aspectos relacionados con su trayectoria vital, de tipo motivacional, actitudinal y proyectivo (ver anexo). Los encuentros se dieron entre los meses de mayo y junio de 2016, por todo el territorio vasco y tuvieron una duración de entre dos y tres horas.

La estructura del texto constará primeramente de una contextualización del fenómeno migratorio en los años 80 y 90, momento en el que las personas entrevistadas nacen o llegan a Euskadi. Posteriormente, se presentan diez historias narradas en primera persona que nos acercan a cada una de sus vivencias y realidades. Posteriormente se realiza un análisis de contenido extrayendo aquellos aspectos que consideramos significativos en el itinerario de estas personas.

Para salvaguardar su privacidad, hemos modificado aquella información que pueda identificar a la persona entrevistada. Todas ellas han dado su conformidad sobre la presentación de los relatos tal y como los mostramos a continuación.

Por último, quisiéramos agradecer a SOS Racismo Gipuzkoa y al Área de Igualdad, Cooperación, Convivencia y Fiestas del Ayuntamiento de Bilbao por su colaboración en la localización de contactos para la participación en el estudio.

Breve contextualización del fenómeno migratorio en los años 80 y 90 en la CAE

Ya se ha comentado brevemente en la presentación que el fenómeno migratorio internacional en Euskadi, como en el resto del Estado, comienza a ser de interés por las instituciones y el mundo académico a finales de los años noventa y principios de 2000. Sin embargo, la realidad migratoria no es desconocida por quienes comenzaron años antes a estudiarla ante los movimientos internos ocurridos a lo largo del siglo XX, debido principalmente a una necesidad de mano de obra en el sector industrial vasco, y las primeras migraciones internacionales.

Tomando como referencia varios estudios y estadísticas¹, como por ejemplo el texto de Ruiz Olabuénaga y Blanco² sobre la inmigración vasca, se presentarán algunas notas sobre la historia reciente de las migraciones. Una historia marcada inicialmente por la emigración a otros países, principalmente a Latinoamérica. Aunque posteriormente la tendencia fue la contraria, cuando Euskadi se convirtió en un foco de inmigración interna y constante que se instala primeramente en Bizkaia pero que se extiende posteriormente a Gipuzkoa y Álava. En lo referente a la migración internacional, a principios de los años noventa aún era un fenómeno sin una teorización generalizada, entre otras cuestiones por la dificultad que entrañaba elaborar una única teoría que aglutinara a los diferentes tipos de migraciones, consideradas por algunos analistas como Joaquín Arango, un fenómeno un tanto ambiguo, difícil de medir y de carácter interdisciplinar.

El desarrollo industrial vivido en Euskadi a finales del siglo XIX trajo consigo destacados movimientos migratorios de otras comunidades autónomas. La transformación de la industria junto con un auge del comercio generó el nacimiento de empresas de capital extranjero. Tal hecho iba acompañado de importantes cuotas de capital financiero y humano. De ahí la necesidad de mano de obra para cubrir tal demanda. Si bien a principios del siglo XX se produjo una ralentización de las llegadas, vuelven a aumentar a partir de los años cincuenta. La estructura social vasca va cambiando conforme la migración interna va asentándose paulatinamente por todo el territorio. La presencia de personas extranjeras en aquellos tiempos es escasa, y continúa siendo así hasta mediados de los años noventa. Según los datos del padrón de 1986, Euskadi contaba con 2.136.100 habitantes, de los cuales 653.113 habían nacido fuera del territorio, y entre estos últimos 23.360 eran nacidos en el extranjero, donde se contabilizan aquellas personas con nacionalidad extranjera y personas retornadas.

¹Instituto Nacional de Estadística (INE), Instituto Vasco de Estadística (EUSTAT). En ocasiones se mostrarán datos diferentes según la fuente estadística utilizada.

²Ruiz Olabuénaga, J.I. y M.C. Blanco (1994) *La inmigración vasca. Análisis trigeneracional de 150 años de inmigración*. Bilbao: Universidad de Deusto.

Poco a poco, y de manera más notoria a partir de 1993, el número de personas nacidas en otras comunidades autónomas y establecidas en Euskadi disminuye, mientras que la población con nacionalidad extranjera va aumentando levemente (tabla 1).

En cuanto a las áreas geográficas de origen de la población con nacionalidad extranjera, a partir de los datos proporcionados por el censo del Eustat, se puede observar en la tabla 2 que fundamentalmente provienen de Europa. Algo más de la mitad de la población es europea (51,9%), siendo la población latinoamericana quien aparece en segundo lugar (20,4%), seguida de África (15,8%). Menor volumen presenta la población norteamericana (6,2%) y asiática (5,1%).

Estamos ante una población extranjera que en números absolutos era un tanto marginal, y por lo tanto, no era objeto de estudio para personas investigadoras ni para las instituciones. No existe mucha documentación que hable de los factores explicativos de la llegada de población extranjera a la CAE, ya que todavía se centraban en los análisis de la migración interna. Varios motivos son los que explican la creciente migración extranjera a nivel estatal, entre los que destaca el cambio sociopolítico vivido en España, el crecimiento de la economía desde mediados de los noventa, el desarrollo de la política migratoria, representada en los procesos de regularización y la firma de acuerdos bilaterales para el control de flujos entre países, o la inclinación por la migración latinoamericana por parte de la sociedad receptora frente a otros colectivos como el magrebí o el proveniente de África subsahariana.

Tabla 1. Población con nacionalidad extranjera residente en la CAE. 1992-1999

	CAE
1992	10.935
1993	12.304
1994	12.262
1995	13.569
1996	13.135
1997	15.647
1998	16.995
1999	17.411

Fuente: INE

Tabla 2. Población de nacionalidad extranjera en la CAE por áreas geográficas. 1996

	%
Europa	51,9
América Norte	6,2
Latinoamérica	20,4
Asia	5,1
África	15,8
Oceanía	0,5
Apátrida	0,01
Total	100,0

Fuente: Eustat. Censo población 1996

1

Relatos

Nos encontramos, a continuación, con diez historias de vida de personas que residen en Euskadi en la actualidad y que, como bien hemos presentado en la introducción, nacieron o establecieron su residencia a muy temprana edad fuera de los lugares de origen de sus progenitores. Forman parte de este estudio porque, de algún modo, encarnan lo que en el análisis posterior llamaremos *trayectorias exitosas*.

Escritas en primera persona, no solo pretenden describir cómo se ha desarrollado su vida hasta el momento, sino también abordar del mismo modo sus preocupaciones, ilusiones, anhelos y planes de futuro. Como veremos, sus relatos conjugan recuerdos de infancia con ideas futuras sobre qué educación querrán para sus hijos e hijas, y presentan desde valoraciones sobre su paso por la escuela hasta qué porvenir les espera en el mundo laboral.

Comprobamos que sus vidas son como las de cualquier otro joven de su edad, con sus problemas, vivencias y expectativas. Si bien presentan algunas características propias y comunes entre sí, no dejan de ser como cualquier otro colectivo con rasgos propios que se diferencian de otros grupos de la misma edad.



Me llamo Sole...

... y nací hace treinta y un años en Guinea Ecuatorial, la única colonia española de toda África. Por eso, mi lengua materna es el español y por lo menos no tuve problema con el idioma cuando me trajeron a Bilbao a los cuatro años.

En Guinea existe la costumbre de que a la hija mayor la cría la hermana mayor de la madre. Y como yo soy la mayor de los cuatro hermanos que somos, a mí me crió mi tía y fue ella la que me trajo aquí.

La decisión de venir la tomó la familia, porque en África no recibes la misma educación ni tienes las mismas posibilidades de progresar. Como yo estaba a su cargo, mi tía asumió que si venía a Europa tenía que traerme con ella, porque era su responsabilidad. Y por eso nos vinimos las dos solas.

Era la primera vez que iba en avión y pasé mucho miedo, estuve todo el vuelo llorando. Le decía a mi tía que solo veía agua y que estábamos muy arriba.

Primero estuvimos unos días en Madrid haciendo los papeleos en la embajada para registrarnos. Todavía tengo en casa mi primer pasaporte, esas cosas no se tiran. Para hacer los trámites de la nacionalidad, primero tenías una tarjeta de residente y luego ya te daban la de residencia permanente.

Otra tía que vivía en Bilbao, y que es con la que íbamos a vivir, fue a Madrid a buscarnos y nos vinimos con ella en autobús.

Aquí todo me parecía muy raro: las calles, las casas... la primera impresión que me dio fue como de estar encerrada. Porque en África las casas están con las puertas abiertas y hay más relación con los vecinos.

De repente llegas a un piso y te da la sensación de estar en la cárcel, como enjaulada. Además, los vecinos no te decían ni hola, parecía que yo era el bicho raro. Me daba la impresión de que me miraban como pensando que ya nos traen una más o algo así.

Recuerdo que lo pasé mal aquellos primeros días, echaba mucho de menos todo lo de Guinea. Y también me acuerdo del frío que hacía, porque encima yo venía de una temperatura tropical y el contraste fue enorme. Creo que nunca ha

Al venir tan pequeña, me resultó más fácil adaptarme. A mi tía le costó bastante más al ser una persona mayor.

habido un invierno tan frío desde entonces, llegué a estar ingresada en Basurto por hipotermia.

De todas formas, al venir tan pequeña, me resultó más fácil adaptarme. A mi tía le costó bastante más al ser una persona mayor. Eso que se dice de que los cambios cuanto antes mejor es verdad. Al final, los niños se hacen a todo.

Después de llegar a Bilbao estuve dos años sin ir al cole. Pasaba todo el rato con mi tía, yendo donde tuviera que ir ella. A hacer recados, al médico o donde fuera. Entonces no teníamos tarjeta sanitaria, yo no la tuve hasta los 15 años, y si te ponías enferma tenías que ir a Medicus Mundi. Allí atendían a todos los inmigrantes para cualquier cosa.

Íbamos todos los días a misa a la iglesia. Para mí aquello era aburridísimo, un tormento. Pero para mi tía la religión católica era lo más importante, y lo sigue siendo. Hoy día sigue yendo a misa todos los días y además canta en un coro. Y también fuimos haciendo todos los trámites de documentación y papeleos para poder empezar en el colegio.

Una vez que me escolaricé las cosas ya fueron más fáciles, porque vas cogiendo una rutina, haciendo amistades y viendo todo como más normal. Eso sí, las tormentas me asustaban muchísimo y me metía debajo de la mesa de la profesora cuando sonaban los truenos. Porque en África no hay tormentas así y a mí me parecía que al cielo le pasaba algo. La profesora me decía que saliera, que no pasaba nada; pero yo seguía allí con las manos en la cabeza y tapándome las orejas. No olvidaré en la vida a aquella profesora. Se llamaba Maite y además era nuestra tutora. Ella era la que me sacaba de debajo de la mesa y me acunaba para que se me pasara el susto por la tormenta. Además, desde el primer minuto me vio como una alumna más. Le daba igual de qué color fuera o de dónde viniera, ella trataba de conseguir que me integrara. Al principio, yo me pasaba los recreos con ella, pero siempre les decía a los otros niños que jugaran conmigo, me

Desde el primer minuto me vio como una alumna más. Le daba igual de qué color fuera o de dónde viniera, ella trataba de conseguir que me integrara.

sacaba la cara y me escuchaba. Además, como sabía que yo no iba a tener muchos regalos, cuando hice la Comunión hasta me regaló mi primera cámara de fotos. Me cogió mucho cariño y le estoy muy agradecida. Es una persona que me ha marcado, de las que dejan huella.

Porque entre los compañeros de clase había de todo. Había niños que eran más abiertos y que se relacionaban conmigo sin preguntarse por qué esta es negra. A algunos les daba igual, pero a otros no. A mí me parece que eso depende mucho de la educación que recibimos en casa.

Esas cosas me hacían sentirme mal, porque no entiendes que, si tú estás intentando integrarte, ellos no quieren jugar contigo y muestren ese rechazo.

En el barrio había tres niñas, que iban a la *ikastola*, que me aceptaron desde el principio y que han sido mis mejores amigas desde entonces. No se hacían preguntas y jugaban conmigo porque yo les caía bien. Iba a sus casas... bueno, a las de dos de ellas. Porque a la de la otra solo podía ir cuando no estaba su aita, porque él no quería que fuera.

Yo no lo entendía, porque no le había hecho nada malo y me parecía raro que no me saludara y que tuviera que esperar en el portal para que bajara mi amiga cuando él estaba en casa. Aunque tampoco le daba muchas vueltas, porque era una cría.

Pero sí se notaba ese rechazo y esa discriminación por ser de otro color. Y eso que en este caso no había problema con el idioma: yo les entendía y ellos me entendían perfectamente. También influye un montón que en aquella época había aquí muy pocos inmigrantes y que la mentalidad de la gente era mucho más cerrada.

Mi tía, como adulta, lo notaba todavía más por todos los temas de documentación y sanitarios, de los que yo ni me enteraba. Yo no me planteaba por qué tenía que ir a Medicus Mundi cuando me ponía enferma en vez de ir a un médico normal como todos los demás. Normalizaba todas esas cosas.

Yo creo que si entonces hubiese habido más africanos, o inmigrantes en general, y me hubiese juntado con ellos sí que les habríamos dado más importancia y habríamos sido más conscientes de todos estos temas. Porque al ser una necesidad común, seguro que habríamos hablado mucho más de ello.

Yo he tenido la suerte de que nunca me han parado por la calle para pedirme la documentación. No sé si habrá influido el que yo siempre estaba con españoles, pero en aquella época era muy común que si veían un negro por la calle, le pedían la documentación. Y si no la tenía, le deportaban.

A mi tía, con la que vine, le pasó. Le pararon por la calle, le dejaron venir a casa a recoger algunas cosas y se la llevaron a un centro de acogida. Estuvo allí tres semanas y tuvo suerte porque no la deportaron. Pero luego pasó una temporada viviendo en casa de una paisana por miedo a que estuvieran vigilando la casa de mi otra tía, donde vivíamos.

Le pregunté a mi tía que por qué había pasado eso y me dijo que eran cosas de los blancos, porque entonces se hablaba mucho lo de los blancos y los negros, que no nos quieren aquí. Yo tenía entonces unos diez años y no entendía nada. Ellos son blancos y nosotros somos negros y ya está, ¿cuál es el problema?

Pero lo cierto es que entonces había muchísimo, muchísimo racismo.

Se notaba incluso en algunos profesores. Había de todo, pero algunos no llegaron a entender que yo era una alumna más, que me esforzaba igual y que aprendía igual que las demás. A veces se les escapaban cosas como «¡Jolín la negra!» si me costaba hacer alguna cosa. Pero si a la que le costaba era a cualquier otra, nunca decían «¡Jolín la blanca!». O preguntaba algo y hacían como que no me habían escuchado.

Todo eso me producía mucha tristeza e incluso me hacía sentirme inferior. Me llegaba a cuestionar si tendrían razón y si tendría que bajar mis expectativas porque, por muy bien que lo hiciera todo en clase, otro niño iba a estar siempre por delante de mí por el simple hecho de ser blanco.

Excepto en los momentos en los que estaba con mis amigas del barrio, que me aceptaron plenamente desde el principio y con las que me sentía perfectamente integrada, siempre había alguna mirada, algún comentario o algún gesto que me hacía pensar que ya estábamos con lo de siempre, con lo de *la negra*.

Pero es que encima yo tenía el problema incluso dentro de la casa donde vivíamos. Porque mi tía estaba casada con uno de aquí y este a la única persona negra que quería era a su mujer. Decía que no quería tener a tantos negros en casa y que cualquier día nos iba a echar. Al principio mi tía nos defendía, pero él le fue comiendo la cabeza y acabó dándole la razón a su marido. Un desastre. Acabamos pareciendo el servicio: comíamos separados, teníamos que recoger lo suyo mientras se echaban la siesta y yo tenía que hacer de niñera de sus dos hijas para que ellos estuvieran tranquilos.

En realidad, me trataban mucho más como a una hija los padres de Ane, una de mis amigas del barrio, que mi propia familia.

Para hacer la ESO, que era el primer año que se daba, pasé al instituto. Me fue bien porque, como te pilla ya más mayor, estaba más hecha y no le daba tanta importancia a las cosas, no me afectaban igual. En cierto modo, estaba curada de espanto.

Al tener ya unas amistades, te haces más fuerte y no te tomas las cosas de la misma manera. Solo veía compañeros de clase, no me fijaba en si eran blancos, negros o latinos. Con unos me llevaba mejor y con otros peor, unos me saludaban y otros no. Pero sin más.

Al tener ya unas amistades, te haces más fuerte y no te tomas las cosas de la misma manera.

Entre los profesores también había de todo, pero desde el principio había más que aceptaban la integración. Además, al haber algún otro alumno negro, y también algún latino, lo veían como más normal. La mentalidad poco a poco iba cambiando.

En la calle se veían cada vez más inmigrantes, aunque es verdad que los peores trabajos siempre eran para nosotros. Casi todas las mujeres trabajaban en residencias o limpiando casas, los trabajos que no querían los de aquí, pero por lo menos la gente empezó a ver que también existíamos.

También se notaba esto en que las colas que había en Medicus Mundi para atender a los inmigrantes eran cada vez más largas.

En el instituto sacaba muy buenas notas porque siempre he sido muy aplicada y buena estudiante. Lo único que me decían es que tenía que callarme más, porque era, y sigo siendo, muy contestona. Como he vivido tanto rechazo y he

tenido que aguantar que los demás me dijeran todo lo que querían, yo ya no me callo. Creo que tengo el mismo derecho a decir las cosas y a dar mi opinión. No se me olvidan, entre otras muchas cosas, los malos ratos que tuve que pasar simplemente porque me apetecía apuntarme al equipo de voleibol del colegio. El director, que era de los que no entendía que yo era una más y encima era el entrenador del equipo, simplemente me dijo que yo no podía apuntarme. Y eso no se podía cuestionar: decía que no y era que no.

En el instituto sí que conseguí entrar en el equipo, pero lo tuve que dejar porque tampoco me sentía aceptada. Notaba las típicas miradas en el vestuario, no me pasaban la pelota y estaba todo el partido en el banquillo.

Es solo un ejemplo, pero son cosas que te hacen daño, que no entiendes por qué te tienen que pasar.

Y por el otro lado, tampoco te sientes aceptada al cien por cien por tu familia. Yo he tenido que oír muchas veces que me decían «la negra esta que se cree blanca». Y todo porque, al venir tan pequeña, me he integrado mucho más que mi tía. Porque mi grupo de amigas eran todas blancas y porque, aunque iban llegando más inmigrantes, yo no me relacionaba demasiado con ellos. Porque yo no quería estar en un gueto.

Cuando había alguna fiesta, como comuniones y así, donde todos eran inmigrantes, yo lo que pensaba era que me iban a fastidiar el día de estar con mis amigas. Y todo para pasar el rato con una gente a la que apenas conocía y que siempre hablaba de cosas que no me interesaban. Que si cuánto racismo hay o cuánto tenemos que aguantar a estos blancos. Y que me calentaban la cabeza con que mis amigas blancas cualquier día iban a dejar de estar conmigo porque soy negra.

O recordando historias de Guinea que a mí ni siquiera me sonaban. Yo me sentía en otra onda completamente diferente.

Tampoco te sientes aceptada al cien por cien por tu familia. Yo he tenido que oír muchas veces que me decían «la negra esta que se cree blanca».

A mí lo que me apetecía era quedar con mis amigas del barrio. Primero quedábamos en la plaza a jugar y comer *chuches*, y la mayoría de las veces yo tenía que estar con mis primas. Tenía que andar con cuidado con lo que decía, porque luego se lo chivaban todo a mi tía. También solíamos ir al cine con ellas. Luego ya empezamos a ampliar un poco y nos íbamos a Deusto y San Ignacio, donde vivían algunos de la *ikastola* de mis amigas. Eso ya era como una excursión.

Cuando jugaba a voleibol, solían acompañarme mis amigas a donde fuera el partido y ya nos quedábamos allí a pasar el día. Solía llevarnos el padre de alguna de ellas, porque mis tíos nunca iban a verme. En realidad, ni siquiera iban cuando jugábamos en casa.

Ya un poco más mayores empezamos a ir al Casco Viejo y ahí ya dejé de tener que llevar a mis primas. Por lo menos mi tía asumió que estaba creciendo y que me tenía que dejar estar sola con mis amigos aunque fuera solo los sábados. Para volver a casa, yo seguía siempre el horario de mis amigas, porque mi tía tampoco lo controlaba demasiado. No me preguntaba lo que había hecho ni dónde había andado. Supongo que el que yo no fuera su hija y que ella no me hubiese criado influía para esa falta de interés. Lo mismo que tampoco tuvo nunca mucho interés por cómo me iba en los estudios, cosa que sí tenía con sus hijas.

Como siempre, eran los padres de mis amigas los que se interesaban más por esas cosas. Y también mi otra tía, que además me solía decir que le hiciera caso a «mamá», por mi tía, para que no se enfadase. Porque ella nos había traído aquí y teníamos que estarle agradecidos y tenerle contenta para que no hubiera problemas en la familia. Un rollo.

Cuando empezamos a ir a discotecas, lo que hacíamos era cambiarnos de ropa y maquillarnos en el portal de alguna. Pero eso no lo hacía solo yo, también lo hacían mis amigas para que no vieran en sus casas las pintas con las que salíamos. Nos poníamos la falda corta, nos maquillábamos y dejábamos la bolsa escondida. Teníamos varios sitios preparados para dejarla. A la vuelta, nos quitábamos el maquillaje, nos cambiábamos de ropa y a casa.

El de los chicos era también otro tema conflictivo. Porque si le decía a mi tía que me gustaba alguno, me empezaba con las historias de que no me podía gustar un chico blanco porque mira cómo nos tratan los blancos. Es curioso que eso me lo dijera una persona que estaba casada con un blanco; pero era así, no se discutía.

Así que a partir de ahí tenía que ser todo a escondidas. Si eran del barrio, ya les aleccionaba sobre mi tía. Nada de sonrisas, no se vaya a enterar.

Al final, lo más práctico me pareció buscar alguno que fuera de otro barrio, porque iba a ser mucha casualidad que se encontrara con mi tía.

Por lo menos, a partir de cierta edad, de los dieciocho años o así, no volví a escuchar que alguien no quisiera estar conmigo porque era negra. Antes sí que me pasó alguna vez, pero luego ya era que, como le pasa a todo el mundo, nunca le vas a gustar a la persona que a ti te gusta. Lo difícil es que coincidan las dos cosas.

La primera vez que fui a Guinea tenía ya unos diecisiete años. Fue poco tiempo después de que vinieran a Bilbao a vivir mi madre biológica y mi hermana.

Me chocó mucho. Sabía que yo era de allí, pero no me sentía de allí. En realidad, yo me siento más de aquí, pero todo el mundo me dice que soy de allí. Un lío. Mi propia familia era una completa desconocida para mí.

Y ellos tampoco te terminan de ver como a una más. Esta que se ha ido a Europa y viene con todas sus vacunas puestas y lleva chancletas todo el rato para no ponerse enferma. No conseguí estar a gusto porque se me hacía muy raro todo. Las comidas, el clima con un calor sofocante, la gente, la educación, ... todo.

Como solo estuve un verano, para cuando estaba empezando a acostumbrarme ya me tuve que volver. Y al venir aquí también pasé unos meses descolocada. Había empezado a volver a mis raíces y a integrarme en mi cultura y tenía que volver a cambiar el chip.

Es duro porque acabas no sintiéndote aceptada en ningún sitio. Seguramente también influyó el que yo tardé muchos años en volver. Si hubiese vuelto antes, a lo mejor me habría sentido parte de mi familia y más identificada con mis raíces. Porque no es lo mismo limitarse a hablar por teléfono, que ya lo solíamos hacer cuando podíamos, hace falta tener una imagen.

Me chocó mucho. Sabía que yo era de allí, pero no me sentía de allí. En realidad, yo me siento más de aquí, pero todo el mundo me dice que soy de allí. Un lío.

Allí estaban mis dos hermanos pequeños, a los que ni siquiera conocía. No teníamos ninguna conexión y yo para ellos era una extraña. Era una relación como de compromiso, notabas la falta de cariño. Y lo mismo con el resto de mis parientes. Con el tiempo, muchos de ellos han acabado emigrando también. A España o a otros países de Europa.

Algunos de los que vienen se plantean trabajar aquí unos años, ahorrar dinero y luego volverse a Guinea. O, si son jóvenes, educarse y estudiar aquí hasta cierto nivel y volver allí una vez formados.

Desde luego, no es mi caso. Yo no me planteo esa posibilidad de ninguna manera. Para mí, volver a Guinea supondría un paso atrás, no sería un progreso para nada. Por mucho que digan que el país ha evolucionado, la educación no es como aquí y la sanidad solo está bien si tienes dinero. Si no, te mueres a la puerta del hospital.

No habrá evolucionado tanto si la gente tiene que seguir emigrando, si hay que seguir mandando dinero y si la gente sigue muriendo de enfermedades que se solucionarían con una inyección.

Mi madre y mi hermana sí tienen intención de volver, pero a mí me parece que el hecho de haber nacido allí no es una razón suficiente para querer ir a vivir a Guinea.

Fui otra vez cuando tenía veintiún años. Y fue más bien por compromiso, porque mi madre se puso muy pesada con que teníamos que ir. La verdad es que a mí no me apetecía mucho, porque la primera vez tenía muchas expectativas y luego la experiencia no fue buena. Fue muy decepcionante.

Al acabar en el instituto, decidí hacer un Grado Superior de Administración en una academia. Se me daba bien la economía, entre otras cosas porque tuve un profesor en el instituto que era muy majo y que explicaba muy bien. También era mi tutor, el que te aconsejaba sobre lo que podías estudiar. Y me decía que me veía preparada para hacer Economía y que a ver a qué universidad iba a ir. Como tenía confianza con él, le reconocí que no iba a poder ir a la uni porque no me llegaba el dinero. Me habló de las becas que había, pero yo sabía que ni así iba a poder. Al final, me ayudó a mirar ciclos y academias para ver dónde podía estudiar. Los padres de mis amigas, una vez más, también me orientaron para hacer los trámites y encontrar el sitio donde matricularme.

En mi casa nadie se involucraba en el tema de la educación, todo me lo he tenido que buscar yo.

Porque en mi casa nadie se involucraba en el tema de la educación, todo me lo he tenido que buscar yo. Con que sacara buenas notas, fuera buena persona y no me metiera en líos ya les valía.

Hasta los diecisiete años o así, mi tía me pagaba los estudios para completar la beca que tenía. Pero a partir de esa edad, ya empecé a buscarme algunos trabajos para poder pagármelos yo. Como con la beca no llegaba, con el dinero que ganaba me compraba los libros o el material que hiciera falta. Y si sobraba algo, me compraba ropa o alguna otra cosa.

Y también me recordaban siempre que había que mandar algo de dinero para la familia a Guinea, lo que no me hacía mucha gracia.

Me dedicaba sobre todo a cuidar niños en verano, porque los fines de semana prefería estar con mis amigas. Como en verano ellas se iban de vacaciones y yo me quedaba en Bilbao con mis primas, buscaba trabajo para ganar dinero y para librarme un rato de ellas. Yo solo he podido irme fuera en verano aprovechando que había venido a Madrid o Valencia algún familiar; si no, lo pasaba siempre en Bilbao.

También estuve trabajando una temporada en un locutorio, entonces había muchísimos, pero ni con lo que ganaba allí me llegaba para pagar la uni, aunque fuera pública. Como mi tía tampoco estaba dispuesta a ayudarme, tuve que renunciar.

Me dio muchísima pena. Sabía que tenía capacidad para hacerlo y me había puesto esa meta, pero tuve que resignarme a que la falta de medios me iba a impedir llegar ahí.

Asumí que iba a estudiar hasta donde mis posibilidades me lo permitieran.

Los padres de mis amigas me podían haber echado una mano, como cuando de cría me regalaban zapatillas y otras muchas cosas, pero me parecía que eso ya era demasiada responsabilidad, un favor demasiado grande. Asumí que iba a estudiar hasta donde mis posibilidades me lo permitieran.

En la academia, como me encantaba lo que estudiaba, sacaba unas notas buenísimas y acabé todo en los dos años que eran, a la primera.

Al terminar, hice unas prácticas en una clínica y después me contrataron allí para seis meses. Estuve muy a gusto.

Cuando se me acabó el contrato, hice un curso de Administración y Finanzas y me salieron otras prácticas en una empresa de informática. Y allí también me contrataron al terminarlas, esta vez durante un año.

En los dos trabajos me fue fenomenal. Nunca tuve ningún problema ni ninguna crítica relacionada con el hecho de ser negra. Ni con los compañeros ni con los jefes. Fue una experiencia muy buena.

Nunca tuve ningún problema ni ninguna crítica relacionada con el hecho de ser negra. Ni con los compañeros ni con los jefes.

Cuando acabé esos trabajos me dio la locura de irme a Barcelona. Me encantaba la ciudad y tenía una amiga, a la que conocí en Guinea, que vivía allí.

Por aquel entonces trabajaba en el locutorio por temporadas, y por eso solía ir a Barcelona a pasar los fines de semana. Pero al final me decidí a quedarme a vivir, a probar suerte.

Vivía en casa de mi amiga, que estaba casada con un español y que tenía una hija a la que yo cuidaba. También le ayudaba en las tareas de la casa. Buscaba trabajo, pero no me salía nada. Solo de repartidora de propaganda de vez en cuando y ganando muy poco. Al no saber catalán tampoco tenía muchas opciones de encontrar trabajo de lo mío.

Casi no podía darle nada de dinero a mi amiga, pero ella me decía que no hacía falta que le diera nada porque yo estaba educando a su hija y eso para ella era lo más importante del mundo.

Es curioso, pero mi amiga se preocupaba más por mí que lo que lo había hecho nunca mi tía. Si salía, me llamaba para preguntarme por dónde andaba y con quién, y me explicaba la mejor forma de llegar a casa.

Acabé encontrando un trabajo para la campaña de Navidad en una tienda de juguetes. Yo me ponía mucho en el papel, me disfrazaba y jugaba con los críos. Hasta le hacía sugerencias a mi jefe, porque yo siempre he sido muy lanzada para eso. Y él estaba encantadísimo. Lo que pasa es que era solo para unos días y no podían prorrogarme el contrato.

Le pedí que me recomendara para la tienda de la zona norte, pero cuando les llamó para hacerlo le dijeron que ahí no iban a contratar a una chica negra. Fue un palo, porque hacía muchos años que no oía ese tipo de cosas y hasta el jefe de Barcelona se quedó muy sorprendido.

En total estuve alrededor de un año en Barcelona, pero me sentía incómoda porque me parecía que no le estaba ayudando lo suficiente a mi amiga, y por eso decidí volver a Bilbao. Aunque la verdad es que no me hizo mucha gracia porque yo era muy feliz allí.

Para entonces, yo tendría unos veintitrés años, mi madre ya tenía su propia casa en Bilbao y me instalé con ella. Pero no duré mucho ahí, porque al poco tiempo de volver tuve la suerte de encontrar trabajo y ya aproveché para independizarme.

Estuve un año trabajando en una tienda de tatuajes de una vecina de mi madre y al acabar me fui a vivir con mi pareja, que es de Camerún y al que había conocido en Bilbao.

Nos fuimos a Sestao, que es donde seguimos viviendo ahora. Una de las razones para ir ahí fue que yo quería estar lejos de mi madre. En un sitio al que no le resultara muy fácil llegar, para no tenerle todo el día en casa. Porque yo quería tener tranquilidad.

Después estuve una temporada trabajando en limpieza de obras, que entonces había muchísimo, y también hice un curso de cocina en la Cruz Roja. He estado haciendo las prácticas en un restaurante hasta hace poco.

La cocina me gusta, pero tiene el inconveniente de los horarios. Sabes a qué hora entras pero nunca sabes a qué hora vas a salir. Y eso, sobre todo teniendo una niña como tengo ahora, es un problema muy gordo. Me ayudaba mi pareja, pero como estaba acostumbrada a estar mucho con ella, la echaba mucho de menos.

Ahora estoy dejando currículums para lo que surja. Si es posible, algo que tenga un horario más establecido, para poder planificarme mejor.

Yo no estoy casada con mi pareja y esa es otra diferencia con lo que pasa en Guinea. Allí todavía se hace lo de casarte por compromiso, la dote y todas esas historias. Mi madre me pregunta muchas veces cuándo me va a dar él la dote. Y yo le contesto que ni hoy, ni mañana, ni nunca. Yo no voy a estar con alguien por compromiso. Te ha dado una dote de 500 €, te quieres separar y le perteneces hasta que le devuelves ese dinero. Yo no le pertenezco a nadie.

No tengo ninguna necesidad de casarme. Si es por el tema del vestido, me lo puedo poner cualquier día. Y por el tema de la iglesia, creo que he ido tantas veces con mi tía cuando era pequeña que ya he cubierto el cupo.

Si dicen que Dios está en todas partes, me va a escuchar igual en casa, en el parque o donde sea. Yo me cuestiono muchos planteamientos que tiene la Iglesia Católica, como por ejemplo en el tema de la homosexualidad.

Además, en África la Iglesia apoya todo el tema de la dote. Si la mujer no la devuelve y se marcha de casa, el marido tiene todos los derechos sobre los niños. Y yo no puedo estar de acuerdo con eso, mi hija es mía.

Mi religión es que lo que no quieras para ti no lo quieras para los demás y vive y deja vivir. De todas formas, yo rezo todas las noches y todas las mañanas para que haya salud, para que mi hija esté bien y para que no nos pase nada malo.

Mi religión es que lo que no quieras para ti no lo quieras para los demás y vive y deja vivir. De todas formas, yo rezo todas las noches y todas las mañanas para que haya salud, para que mi hija esté bien y para que no nos pase nada malo.

Yo no quiero involucrar a mi hija en todo este tipo de rollos. No la estoy educando en ninguna religión. Ya tendrá tiempo de decidir de qué religión quiere ser.

No la he bautizado y tengo que aguantar por esto las broncas de mi tía y hasta de mi abuela cuando hablo con ella. Me dicen que la bautice, porque si no se la va a llevar el demonio.

En mi entorno más próximo tengo de todo en esto de la religión. Mi tía es muy devota, mi madre es católica pero no muy practicante y mi hermana es atea. Incluso se suele burlar de mi tía diciendo que a ver cuándo se casa con el cura. Yo le digo que la respete y que la deje tranquila con sus cosas, porque no hace daño a nadie.

Mi hermana es justo lo contrario que yo a la hora de relacionarse con la gente. Es muy difícil verla con una chica blanca. La diferencia es que ella se crió en Guinea y vino aquí con doce o trece años. Tenía ya una serie de prejuicios y de cosas en la cabeza que hacen que te cueste más integrarte y tratar con la gente de aquí.

Mi hermana es justo lo contrario que yo a la hora de relacionarse con la gente. Es muy difícil verla con una chica blanca. La diferencia es que ella se crió en Guinea.

Mi hija tiene cuatro años y ya va a la *ikastola*. A veces me acompaña mi hermana a recogerla y ya me empieza con que si vamos a estar otra vez con las madres blancas y con que por qué no le digo a mi hija que juegue con otros niños. Pero yo no voy a hacer que juegue con quien yo le diga, y da la casualidad de que sus mejores amigos son de aquí. ¿Qué le voy a hacer yo?

Y entonces me suelta que la niña va a salir como yo, que solo me junto con blancos. Un aburrimento, tenemos puntos de vista diferentes y no hay forma de que nos entendamos.

Con mi madre pasa lo mismo. Cuando llegó aquí y vio a mis amigas, para ella fue un choque. Mi hija negra y todas sus amigas blancas. Se ha integrado tanto que parece que ahora no quiere ser negra.

Nunca se ha interesado por hablar conmigo para que yo le explicara cómo había evolucionado y las dificultades que tuve al llegar aquí. Cómo fue todo ese proceso. Se queda con lo de que yo soy más blanca que las blancas y no la sacas de ahí. Y eso se lo transmite a mi hermana.

Cuando viene aquí una guineana de la edad de mi hermana, mi madre hace todo lo posible para que se conozcan y entablen amistad. Le inculca que hay que estar con las africanas, en su mundo y en sus creencias. A mí me considera ya un caso perdido y ni me lo dice, porque estoy con mis amigas blancas y sabe que no voy a cambiar.

De todas maneras, yo entiendo que la relación de mi hermana con mi madre sea distinta a la mía. Yo le respeto y le tengo cariño porque es mi madre, pero no es la persona que me ha criado y con la que he vivido, y eso se nota. Yo considero a mi tía como si fuera mi madre, porque es la persona que ha hecho ese papel. Si me llaman por teléfono las dos a la vez, a la que le cojo es a mi tía.

Al final, con todas estas cosas yo me sentía rechazada e incomprendida. Es como que tenía que hacer el doble esfuerzo de integrarme en casa y también fuera de casa.

Los de mi propia casa no son capaces de entender todo lo que he tenido que pasar desde que vine aquí con cuatro años. Un proceso que no tiene nada que ver

Los de mi propia casa no son capaces de entender todo lo que he tenido que pasar desde que vine aquí con 4 años.

con el de los que vienen ahora después de haberse criado en Guinea y que se encuentran aquí con un montón de familiares o de paisanos.

También hay diferencias en la forma de relacionarte con los niños y en la educación. En África lo normal es que los niños jueguen con otros niños. No entienden que yo me pase el rato jugando e interactuando con ella. Mi madre me lo suele decir, pero es que es mi hija y a mí me parece lo normal. Quiero para ella lo que yo no he tenido. Quiero que me cuente sus cosas y saber todo de ella. Quiero que juegue con los niños que ella elija, no solo con otros africanos porque yo se lo diga.

Pero bueno, una acaba cansada de estar todo el rato intentando dar explicaciones. Al final, lo único que me importa es que mi hija sea feliz.

Ella va al colegio encantada; si fuese por ella, iría todos los días. Y yo tengo muy buena relación con las madres de los otros niños.

En su clase hay otros niños extranjeros, pero eso ahora está mucho más normalizado, no es como cuando vine yo. En general, en España ha evolucionado mucho todo el tema de la emigración.

Mi hija estudia todo en euskera porque es lo que había en el colegio. Pero a mí me parece bien, porque yo vivo en el País Vasco y lo normal me parece aprender euskera. Además, es algo que le puede servir en el futuro para estar al mismo nivel que los demás y no sentirse inferior a nadie. Yo estudié en el modelo A

El euskera es algo que le puede servir en el futuro para estar al mismo nivel que los demás y no sentirse inferior a nadie.

con el euskera como asignatura, pero procuro ayudarle y hablarle también en euskera dentro de mis posibilidades.

Esa es otra de las cosas que no entienden mi hermana y sus amigas. Me dicen que a ver dónde va a ir con el euskera, que eso no sirve para nada.

Es un problema de mentalidad y de intereses diferentes.

Ellas hablan de maquillajes, de la ropa que se compra y de sus rollos africanos, y yo prefiero hablar con las otras madres de la educación de nuestros hijos o de otro tipo de temas. Ya lo doy por imposible.

Mi pareja llegó aquí siendo más mayor y se siente muy camerunés, tiene mucho apego por su país. A veces también me dice que tenemos que intentar que la niña juegue más con otros niños africanos. A mí me parece bien, porque quiero

que juegue con todo el mundo, pero lo que no voy a hacer es forzar que esté con unos o con otros. Que ella juegue con quien quiera.

Lo que pasa también es que yo sé cómo están educando a sus hijos algunas madres africanas y no me apetece que le metan a mi hija ciertas ideas en la cabeza. No hay que liarle diciéndole que esta gente es buena y esta otra mala. Tiene que descubrirlo ella sola y lo que nosotros tenemos que hacer es aconsejarle y guiarle.

Quiero que mi hija pueda hacer lo que no pude hacer yo. Que estudie hasta donde se lo permita su capacidad. Que si el día de mañana quiere ir a la universidad, pueda hacerlo y hacer la carrera que le apetezca.

Quiero que aprenda bien euskera para que le sea útil si sigue viviendo aquí de mayor. Y quiero que aprenda también otros idiomas por si decide irse fuera. Su padre es francófono y siempre le digo que le hable en francés, y ya ha empezado con el inglés en la *ikastola*. Quiero que esté bien preparada y que pueda decidir su futuro.

Ya le hemos dicho cuáles son sus orígenes. Sabe que la familia de su padre es de Camerún y que la mía es de Guinea. Su padre sí que quiere que conozca Camerún, y si a mí algún día me dice que quiere conocer Guinea, me parecerá bien. Pero si no, pues también. A mí eso no me importa. Ella ha nacido aquí y lo que tiene que hacer ahora es conocer esto.

Tiene todo el tiempo por delante para decidir cómo va a orientar su vida y yo voy a estar siempre ahí para apoyarla y acompañarla en ese recorrido.

Quiero que juegue con todo el mundo, pero lo que no voy a hacer es forzar que esté con unos o con otros. Que ella juegue con quien quiera.



Me llamo Paul...

...y nací en Ecuador hace dieciocho años. Mis padres son también ecuatorianos. Primero vino mi madre a Madrid porque dos de sus hermanas estaban viviendo allí. Al cabo de un año, vino mi padre y un año después vinimos nosotros, que somos tres hermanos. Yo soy el mediano y vine con cuatro años. Mi hermana tiene ahora veinticuatro y mi hermano dieciséis.

Mis padres vinieron porque en aquel momento Ecuador estaba peor económicamente. Y pensaron que en vez de estar allí preocupados era mejor intentar darles algo mejor a sus hijos. Y yo creo que acertaron.

Yo estuve dos años en Madrid y lo único que recuerdo es el gimnasio del colegio al que iba. Yo creo que es porque soy un apasionado del deporte, pero mis padres me dicen que es porque les esperaba allí cuando me venían a recoger. Hace unos años mis padres encontraron un video de cuando estábamos en Madrid y fue muy curioso y divertido vernos totalmente diferentes, porque yo no me acordaba de nada.

Después un tío nos habló de que la cosa estaba un poco mejor aquí, nos vinimos a Hernani y ya no nos hemos movido del pueblo.

Yo estudié en un colegio de monjas donde había tanto gente de aquí como extranjera, de todo el mundo. Y tengo muy buen recuerdo, había muy buen ambiente. Eso sí, en verano, en los udalekus me sentí un poco apartado los primeros años que fui, porque era todo gente de aquí y yo era el único raro. No me apetecía mucho ir, pero mis padres estaban trabajando y no tenía más remedio.

Estudié en un colegio de monjas donde había tanto gente de aquí como extranjera, de todo el mundo. Y tengo muy buen recuerdo.

Cuando pasé a la ESO, con once o doce años, los udalekus eran de deporte y ahí sí que me lo pasaba bien. Porque, como ya he dicho, soy muy aficionado al deporte, sobre todo al fútbol.

Después de los udalekus, solíamos ir una o dos semanas a Madrid. Y al volver, también íbamos a la playa cuando mis padres tenían vacaciones.

Al ir haciéndome adolescente, iba menos a Madrid y me quedaba más tiempo aquí para quedar con mis amigos e ir a Donosti, a la playa o de fiesta.

En el colegio, estuve toda la Primaria con los mismos compañeros, y muy bien. Había gente bastante diversa, tanto de Latinoamérica como de Europa.

Sigo todavía en contacto con dos compañeros de esa primera clase. Todo el mundo ha cogido su lado y su obligación. Uno está estudiando en Urnieta lo mismo que yo y nos preguntamos dudas por WhatsApp o por el correo. Y con otra suelo estar de vez en cuando, cuando nos vemos por Hernani.

De esos primeros años de colegio me acuerdo sobre todo de una profesora que nos dio hasta 3º de Primaria. Fue la profesora de nuestra infancia, para lo bueno y para lo malo. Nos marcó mucho el principio de las bases de estudiar, nos espoleaba muchísimo. Porque a mí nunca me ha gustado estudiar, y creo que me sigue sin gustar. Lo veo como algo que me puede valer para alcanzar alguna meta en el futuro. Pero ella nos introdujo eso de que tienes que estudiar porque es lo que te va a servir. Lo que más recuerdo es el cuento de *Platero y yo*. ¡Las veces que lo pudimos repetir!

Nos trataba súper bien y nos enseñaba un montón; pero, no sé por qué, la bronca siempre era para mí. Me pasaba la mayor parte del tiempo castigado en una esquina.

Cuando terminamos la ESO, fuimos a despedirnos de todos los profesores. Y ella estaba justo en una de las aulas de Primaria. Al verme entrar, me preguntó de broma si iba otra vez a la esquina. Y yo le dije que ya no más, que ya me iba de allí.

Tengo que reconocer que yo de pequeño he sido muy trasto, no me voy a quitar mi parte de culpa. La mayoría de las veces la liaba haciendo alguna broma que se me iba de las manos. Pero creo que sobre todo me castigaba porque estaba jugando en clase y no le hacía caso.

La más gorda que recuerdo, porque me marcó un montón, es una vez que estábamos en el recreo jugando a fútbol. Me peleé con un chico no sé por qué y en una de esas le empujé y se abrió la cabeza contra la pared. Me pasé todo el año castigado en la portería del colegio. Todo el curso sentado allí durante los recreos y después del comedor.

Por una parte, me parece que me castigaron demasiado. Pero por otra, también estuvo bien porque veía a los profesores por dentro y me hice muy amigo de

las monjas que estaban en la portería. Recuerdo ese año como un momento de cambio para mí.

De pequeño mis padres también me castigaban mucho. De los tres hermanos, conmigo fue con el que más se ensañaron. Y siempre se lo digo.

El que se encargaba sobre todo de los castigos era mi padre. Por decirlo a nuestro modo y groseramente, el más jodido era él. Mi madre también nos echaba alguna bronca, pero dejaba pasar más las cosas. Mi padre era más duro.

De todas formas, ya he dicho que yo entonces era muy trasto, así que tengo admitir que eso me hizo ir poco a poco madurando. Con el tiempo, tanto ellos como yo hemos ido mejorando. Ellos como padres y yo como hijo. Y ahora nos llevamos muy bien.

Con el tiempo, tanto ellos como yo hemos ido mejorando. Ellos como padres y yo como hijo. Y ahora nos llevamos muy bien.

Mi padre empezó trabajando en el campo en Urnieta, pero después hizo un curso de auxiliar de algo, todavía no sé muy bien de qué, y se puso a trabajar en una entidad ayudando a los chicos con enfermedades mentales. Trabaja por las noches y lleva ya unos once años ahí.

Mi madre siempre ha trabajado en Donosti en la limpieza de una casa, y ahora trabaja también en una oficina de seguros. Ahí trabaja en la limpieza, pero también en la organización.

De pequeño, me llevaba mejor con mi hermana, que tiene seis años más que yo. Con mi hermano, al que le llevo dos años, casi siempre estábamos de peleas. Y la bronca también era siempre para mí.

Los tres hemos ido al mismo colegio, y de lo que más me acuerdo es de jugar con mi hermano con la Play o con los juguetes que había. Y sobre todo de salir a jugar a fútbol por Hernani.

Mi hermana no acabó la ESO. Ella era básicamente como yo, pero mucho más. No le gustaba estudiar y además fue la época en la que había un montón de latinos en toda España. El ambiente mismo no le incitaba a estudiar. Algunos de sus compañeros sí que estudiaron y hasta tienen carrera, pero muchos otros no tienen estudios. Y ella se arrepiente de no haber estudiado y de haber seguido a esa gente.

Pero lo peor fue que cuando tenía dieciséis o diecisiete años se escapó de casa con un novio que tenía en aquel momento. Estuvo en Murcia casi un año.

Como mis padres veían que estaba muy rebelde y que no hacía nada, le echaban mucho la bronca y le castigaban. Y ella pensaba que ellos no la apoyaban y que no les gustaba nada de lo que hacía. El conflicto estalló en ese momento con que ella se fuera de casa.

Se fue y no supimos nada de ella en una semana. Ni dónde estaba ni nada. Mis padres estaban súper preocupados. Hasta vinieron unos tíos para apoyarles, porque mi madre estaba muy mal.

Al de una semana ya nos llamó, y volvió casi un año después. La verdad es que no tengo ni idea de lo que pasó ni de por qué volvió, porque tampoco se lo he preguntado.

Ya no quiso retomar los estudios y empezó a trabajar con mi madre. Luego se sacó un título de Hostelería, de ayudante de cocina. Hace siete años conoció a un chico cubano y ahora llevan viviendo con nosotros unos cuatro o cinco años. Él tiene el título de Cuba y luego se sacó aquí el título de camarero.

Trabajan toda la temporada, de mayo a septiembre, en Mallorca porque la madre de mi cuñado tiene trabajo fijo en un hotel de allí y les enchufó. Es mucho trabajo y de una exigencia brutal. Todo el día a tope y casi sin descansar. Ganan bien y vienen aquí bastante sueltos, pero también apuran bastante

Aunque no les va mal, mi hermana sí suele decir a veces que le da pena haber dejado los estudios.

Mi hermano llevaba muy bien los estudios de pequeño, pero cuando llegó a la ESO le empezó a ir peor. Ahora está en 4º y les está dando muchos dolores de cabeza a mis padres. Sinceramente, yo ya les dije hace dos años que a mí no me metieran, porque intenté ayudarlo y no me hacía ni caso. Y tampoco a mi hermana ni a mi madre.

Mi padre no le mete tanta presión, porque para él lo que cuenta son las notas. Yo acabé diciéndole que hiciera lo que quisiera y que ya se daría cuenta en su momento. Porque él tiene que ser responsable de sus actos y punto. Por lo que oigo en casa, parece que ahora va un poco mejor.

A mí también me metían presión, pero me parece que no tanta como a mi hermano. Veo que están muy encima de él y que le tratan como si fuera un bebé. Le dicen que tiene que hacer tal o cual cosa o se la acaban haciendo ellas. Y yo no creo que tiene que ser así. Si yo fui capaz de darme cuenta de cómo había que hacer las cosas, él también puede. Porque él no es menos que yo.

Veo que él no tira, que las que tiran son mi madre y mi hermana y que él no quiere hacer nada. Entonces, ya se acabará dando cuenta de lo que le puede pasar si no hace nada.

Tiene en casa el ejemplo de mi hermana, que se arrepiente de no haber estudiado, y el mío, que sigo estudiando. Si no quiere hacer caso, ya no va a ser culpa mía.

Aunque él dice que va mejor, no sé si con eso le va a valer para sacar el curso. A ver qué pasa, porque le queda un mes escaso.

Yo también tuve mi momento de pasotismo cuando hice 1º de la ESO. Lo que más recuerdo de ese año, sobre todo en el primer trimestre, es que llegaba a clase y me ponía a joder con el de al lado, porque los pupitres eran de dos personas. Pasaba, no estudiaba y no hacía nada. Iba a los exámenes, ponía el nombre y me quedaba esperando a que acabara el tiempo. Tal cual.

Suspendí nueve de once, que es casi imposible. Debí de aprobar Gimnasia y otra. En el segundo trimestre ya hice algo más y aprobé alguna con la presión de los profesores y de mis padres. Y en el tercero ya le puse muchas más ganas y me quedaron cuatro. Fui a extraordinarias y acabé dejando solo dos, con lo que podía pasar de curso.

Pero los profesores me dijeron directamente que no me iban a pasar porque me había tocado los huevos todo el año. Yo no me lo podía creer, estaba súper preocupado porque mis padres siempre me habían dicho que tenía que estudiar. Cuando se lo dije, me dijeron que por algo sería.

Yo creo que todo fue por ese momento de transición de rebeldía adolescente. Coincidió también que empecé a salir por Donosti con el hijo de unos amigos de mis padres. Empecé a conocer gente en Donosti y a salir un montón, tanto por las tardes como por las noches. Eso me ayudó a darme cuenta de lo que se podía y lo que no se podía hacer. Y por la influencia de esa gente y por mí mismo se llegó a que no hiciera nada ese año.

Yo creo que todo fue por ese momento de transición de rebeldía adolescente.

Solíamos ir a Amara a jugar a fútbol con un grupo del que la mayoría eran latinos. Lo de sentirme integrado y estar con gente de Perú, Argentina y así me hizo sentirme muy bien. Después de jugar, nos poníamos en unas escaleras a bromear y a escuchar música. Porque siempre hemos sido de altavoz, con mucho ruido. Y luego ya empezamos a movernos por todo Donosti, a ir a las discotecas latinas y a hacer algún que otro botellón por ahí.

Aunque en el colegio de pequeño me llevaba bien con todo el mundo, tampoco era esa amistad de mejor amigo y tal. Con algunos sigo manteniendo el contacto, pero con el resto he perdido un montón. Cada uno ha cogido por su lado y solo sé de ellos por las redes sociales. Pero en general siempre me he llevado mejor con otros latinoamericanos, tanto con los que había en el colegio como con los de ese grupo de Donosti.

Pero en general siempre me he llevado mejor con otros latinoamericanos, tanto con los que había en el colegio como con los de ese grupo de Donosti.

Al final, lo de repetir 1º de la ESO me vino hasta bien porque en general el ambiente de la nueva clase era muy bueno. Era súper estudiosa y súper divertida, nos llevábamos muy bien y nos apoyábamos.

Yo me di cuenta ahí de lo que significaba estudiar. Porque al principio era como que los profesores creían que no iba a hacer nada y que no esperaban nada de

mí. A mí eso me daba mucha rabia y me parecía injusto que pensarán eso de mí solo por haber repetido un curso.

Tanto por el buen ambiente como por mí mismo, empecé a cambiar y eso se reflejó en las notas. Los profesores me lo reconocieron a mí y también se lo dijeron a mis padres, y eso me hizo sentir más cómodo y orgulloso de mí mismo. Creo que todo fue mucho mejor a partir de ahí.

También ayudó a que me fuera mejor el hecho de pasarme a castellano, porque hasta entonces había estudiado en euskera. Yo entiendo muy fluido el euskera, pero me cuesta expresarme y me cuesta escribirlo. Se me hacía muy duro,

porque venir aquí y aprender euskera ya era difícil, pero encima dar materias en euskera era más difícil todavía.

Mi hermano, como vino con dos años, parece uno de aquí. Y se nota también en que la mayoría de la gente con la que se lleva es de aquí, aunque se lleva genial con todos.

Fui yo el que eligió cambiar, yo se lo pregunté a los profesores. Les dije que me iba a alegrar porque, como el castellano es mi idioma materno, iba a estudiar más cómodo que en euskera. Hicieron las gestiones y al final se pudo hacer el cambio.

Al haber dejado de estudiar, mi hermana no sabe euskera, solo algunas palabras. Pero mi hermano, como vino con dos años, parece uno de aquí. Y se nota también en que la mayoría de la gente con la que se lleva es de aquí, aunque se lleva genial con todos.

En principio, yo quería ser arquitecto. Pero a medida que iba avanzando en la ESO lo veía cada vez más difícil. Porque me conozco a mí mismo y sé que no me gusta estudiar. Y para hacer esa carrera hace falta estudiar mucho y tener mucha fuerza de voluntad. Sabía que a la primera que no me fuera bien iba a querer dejarlo. Y no quería tirar un año a la basura ni malgastar el dinero de mis padres, que no les sobra. Aunque ellos siempre me han dicho que me iban a apoyar si elegía algo que fuera coherente.

Además, aunque parezca raro, hasta que acabé 3º de la ESO yo no sabía que para ir a la universidad había que hacer antes los dos cursos de Bachillerato. En cuanto me enteré de eso, ya descarté esa posibilidad. No quería pasarme dos años estudiando materias que no me iban a servir para nada.

Y por eso decidí elegir otra cosa que me llamara la atención, que realmente me apeteciera.

Desde niño siempre me ha gustado mucho dibujar, así que cuando una profesora me preguntó qué es lo que se me daba bien, le dije que el dibujo. Y fue ella la que me orientó para hacer un ciclo formativo de Diseño Gráfico. Me enseñó folletos de distintos centros y me llamó la atención uno, que es donde he estudiado. Además, coincidió que había justo en ese momento unas jornadas de puertas abiertas. Fui a verlo y me enamoró. Es un sitio muy artístico, muy moderno y con muy buenos recursos técnicos.

He estado dos años estudiando ahí y ahora estoy haciendo las prácticas. Acabo a final de mes y ya me dan el título.

Han sido dos años muy buenos con compañeros también muy buenos. Además, en este centro la mayoría eran de aquí. De pueblos de euskera cerrado. Todos tenían el mismo estilo de aquí y yo era el diferente.

Y me extrañó porque me llevaba bien con ellos, aunque la mayoría del tiempo hablaban en euskera. Bueno, me refiero a estar cómodos con nosotros mismos, eso sí que me sorprendió un montón. La primera semana me notaba súper raro, pero a partir de ahí ya nos fuimos conociendo e integrando, y mucho mejor.

Hasta organizamos dos cenas. Lo que pasa es que fueron en una *sagardotegi* y a mí no me gusta ese plan. No bebo sidra y hay mucho ruido y mucho humo. No es mi ambiente. Fui a la primera por no hacerles un feo y no me lo pasé bien. Por eso ya a la segunda no fui. Es que yo prefiero un restaurante normal con su primer plato y su segundo plato.

En clase había otros dos que eran muy competentes, y a mí siempre me ha gustado la competencia. Además como este es un sector muy competitivo, me centré todavía más en sacar buenas notas, en hacerlo bien y en superar a los demás.

Al final, el resto aprobaba sin más y nosotros tres éramos los que le dábamos caña, los que sobresalíamos de los otros compañeros.

Y eso es porque había descubierto lo que de verdad me interesaba. Como eso era lo que quería hacer, me ilusioné un montón y sigo ilusionado.

Había descubierto lo que de verdad me interesaba. Como eso era lo que quería hacer, me ilusioné un montón y sigo ilusionado.

Lo que más me gusta es la ilustración vectorial y el diseño de cartelería. Y sigo con el sueño de tirar hacia la publicidad y crear mi propia agencia, aunque sé que es muy difícil. Ahora me he apuntado para hacer el ciclo superior de Audio-visuales y, si puedo, igual en un futuro acabo yendo a la uni a hacer Marketing y Publicidad.

Yo solo he estado una vez en Ecuador hace tres años. Fui en verano con mi madre y con mi hermano. Fue raro, porque estás acostumbrado a vivir aquí y con las comodidades de aquí. Pero también fue muy divertido, me la pasé genial.

Lo que más me gustó de Ecuador, de mi país, es que no es tan recto o tan de respetar las reglas como son aquí. Por ejemplo, una noche fuimos a visitar a mi abuela y a mis tías y llegaron mis primos, que son un porrón. Me dijeron que si quería jugar a fútbol con ellos y se pusieron a cortar las calles con troncos y con neumáticos para poder jugar tranquilamente. Los coches al principio pitaban un poco, pero luego cogían otro camino. Si haces eso aquí seguro que se bajan y te dicen que van a llamar a la poli.

A nosotros ya nos ha pasado una vez. Estábamos un día oyendo música en Amara y un señor nos gritó desde arriba. No le hicimos caso y al cabo de un rato vino

con la poli. Ya sabemos que estar ahí con la música alta está mal, pero tampoco es que le estuviera resonando en el oído, todo lo más le entraría algún murmullo por la ventana.

Pero es que aquí son demasiado jodidos, no aguantan nada. Está claro que hay que respetar las normas, pero es que a veces te ponen una multa por una pequeña chorrada.

Como ahora en el puerto en Donosti, que te ponen multa por saltar cuando es algo que se ha hecho toda la vida. Yo me he tirado ahí desde que tenía trece años. Siempre había un montón de gente y no éramos tan tontos como para tirarnos cuando venía un barco. Creo que es porque un chaval se tiró y se quedó tetraplético y por eso ahora lo vigilan más.

Y un día que estábamos un grupo de latinos en el Boulevard se nos acercaron dos *rojós*, dos *ertzainas*, a pedirnos la documentación. La mayoría teníamos tanto el DNI como el permiso de residencia, pero uno no lo llevaba y le dijeron que tenía que acompañarles. Al final, llamó a su madre para que le diera el número, lo comprobaron y vieron que estaba reflejado. Pero yo creo que no hay necesidad de que nos vengán a tocar la moral solo porque ven a un grupo de latinos juntos.

De todas formas, yo no me iría a vivir a Ecuador. Estoy demasiado acostumbrado a esto, a las comodidades de aquí. Me la pasé muy bien cuando estuve allí e iría de vacaciones mil veces porque es genial la comida, los amigos, el clima y todo, pero no me veo viviendo allí.

Me siento ecuatoriano a muerte, y eso es algo que nadie me va a hacer cambiar.

Yo me siento ecuatoriano a muerte, y eso es algo que nadie me va a hacer cambiar. Puedo estar viviendo aquí o en otro sitio toda mi vida, pero siempre voy a ser ecuatoriano.

Yo he nacido allí y mi sangre es ecuatoriana. Que me haya criado aquí no significa que tenga que ser de aquí.

Cuando estuve en Ecuador me bromeaban diciéndome «el españolito», y eso me cabreaba un poco. Pero me da igual lo que puedan decir, yo me siento de allí y ya está. Y si me lo preguntan aquí, también lo digo.

Mis padres están a gusto en Hernani, pero siempre nos dicen que si la cosa se pone mal, de primeras se van a Ecuador. Ahora la situación ha mejorado allí tanto política como económicamente, pero tampoco están como para tirar cohetes.

A mí me parece que allí estarían peor que aquí, porque en Ecuador no tienen nada. Tienen amigos para los que podrían trabajar, pero nada más. Ni casa, ni ahorros ni nada. Tampoco tengo duda de que conseguirían estar bien allí, pero les costaría empezar de nuevo.

Cuando hablamos de esto, yo siempre les dejo claro que yo me quedaría aquí, aunque fuera solo. No sale de mí ir a vivir allí, porque no me voy a sentir a gusto.

Mi hermana piensa lo mismo que mis padres y se iría encantada. Pero es que a ella le queda toda la vida por delante. Está con mi cuñado y se llevan genial. Y en Ecuador se lleva también muy bien con todos mis primos. Así que ella no tendría problema. Pero mi hermano y yo somos un caso distinto. Yo tengo aquí mis amigos, mis estudios y muchas más posibilidades.

Siempre les dejo claro que yo me quedaría aquí, aunque fuera solo. No sale de mí ir a vivir allí, porque no me voy a sentir a gusto.

A mí no me interesa demasiado la política. Lo único que me interesa, por decirlo mal, es que no estemos en la mierda. Al final, la política y todos los que mandan me dan lo mismo. Pero lo que me importa es que estemos mal nosotros. Que si vosotros gobernáis no tengamos que pagarlo nosotros.

A veces discuto con mi padre sobre esto, porque él tiene un modo de pensar situado en Ecuador o en Latinoamérica. Allí, cuando hay políticos que roban o que mienten, el pueblo se pone rebelde y va a matar. Y entonces los políticos tienen que huir del país para que no les maten.

Mi padre no piensa tan extremadamente, pero sí cree que las cosas aquí tendrían que ir un poco de ese modo.

Y mi pensamiento es que tendría que haber una cosa intermedia. No llegar a matarlos, pero tampoco dejarles hacer lo que quieran. Porque las leyes les están dejando hacer lo que quieran. Por mucho que les lleven a juicio, si ellos tienen un buen abogado y dicen que no hay pruebas, el juez no les puede condenar. Porque la ley de aquí dice eso.

Además, es que mi padre es un pesado y se pasa todo el rato viendo programas sobre política en la tele. Yo le suelo preguntar que para qué pone eso, porque encima acaba enfadado.

De todas formas, el primer debate suele ser siempre sobre fútbol. Pero es que mi padre fue futbolista en Ecuador. No llegó a primera división, pero jugó al fútbol. Y yo llevo esa pasión de él. Los dos somos del Barcelona.

Sobre religión no solemos tener debates, pero mis padres son católicos. Mi madre algo más. No practicante a tope, pero sí más llevadera; con algún que otro rezo, sus velitas y tal. Mi padre es más de vez en cuando.

Y mis hermanos y yo estamos bautizados y también hicimos la Comunión y la Confirmación.

Pero yo siempre he dicho que creo en Dios hasta cierto punto. Mi fe está en que existe; porque si no, no estaríamos aquí. Pero me pregunto que, si realmente existe, ¿por qué no ayuda en determinadas cosas que están pasando?

Si yo tuviera hijos, haría con ellos lo mismo que han hecho mis padres conmigo. Ellos me han puesto unas pautas, pero me han dado la opción de cumplirlas o no.

Ya sé que la religión dice que Dios no puede influir en el hombre y que este hace lo que quiere, pero a mí eso no me parece. No me lo creo. Porque si tú lo creaste, también puedes mejorarlo y no puedes dejar que muera. Porque al final

eso es lo que está pasando, que nos estamos muriendo.

Más que creyente, que lo soy hasta cierto punto, yo diría que soy realista.

Y luego está el punto de vista científico. Si la ciencia demuestra esto, ya no puedes creerlo. Por muy creyente que seas, si te lo ha desvelado la ciencia, no puedes decir que no. Porque te lo está demostrando.

Si yo tuviera hijos, haría con ellos lo mismo que han hecho mis padres conmigo. Ellos me han puesto unas pautas, pero me han dado la opción de cumplirlas o no. En su momento han querido que yo siga la religión, pero nunca me han dicho que tengo que creer a muerte.

Al terminar el 2º curso de Diseño Gráfico, el centro nos busca una empresa para hacer prácticas. Yo les dije que no quería que fuera para diseñar páginas web, que es lo que pide la mayoría pero que a mí no me gusta nada. Es que es un trabajo básicamente de memorizar y yo eso lo odio y tampoco se me da de maravilla.

Me encontraron una que no es que sea una empresa de diseño, porque su función es de grabado láser con madera, metal, cristal y plástico. Aunque hacen poco diseño, yo estoy muy a gusto. Es una empresa que está creciendo y que está empezando a ser importante. Somos pocos, pero nos llevamos muy bien. Además, hay una compañera que vive en Hernani y me hace el favor de llevarme en coche.

Ya solo me queda una semana de prácticas, pero el jefe nos ha dicho que tiene intención de que nos quedemos. Así que por un lado me da pena acabar, pero por otro me alegro porque ya empezaría a cobrar.

De todas formas, no quiero hacerme demasiadas ilusiones, porque de momento solo lo ha dicho y tampoco te puedes fiar. Me gustaría, pero por si acaso también estoy dejando currículums en otros sitios.

Incluso hablé con mi jefe y le planteé que yo tenía intención de seguir estudiando, y me dijo que por ese lado no habría problema.

Por eso, yo creo que sería posible estudiar y trabajar a la vez. Hay compañeros que me dicen que es muy complicado hacer las dos cosas y que te deja muy poco tiempo. Pero a mí me parece que sería cuestión de fuerza de voluntad.

Yo quiero empezar a trabajar, empezar a tener mi propio dinero e ir independizándome poco a poco. Es algo que también he hablado con mis compañeros de clase.

Hay algunos que están de acuerdo conmigo, pero otros están muy cómodos en su casa y ni se plantean lo de irse.

Hay uno que sus padres tienen una casa bastante grande con un terreno, le llamamos la mansión. Su padre le paga por cortar el césped y cuidar los árboles, y él dice que eso

no le gusta. Y yo siempre le digo que está trabajando al lado de casa, le están pagando y encima se queja. ¡Por favor!

Al final, son opiniones y creo que también puede influir la situación económica de cada familia. Desde luego, yo lo que pienso es que cuanto antes mejor. Aunque por supuesto cada uno se va de casa cuando quiere. Por ejemplo, una compañera de trabajo que tiene 38 años se ha ido ahora de casa de sus padres para vivir con su novio.

Yo ya se lo he dicho a mis padres. Porque estoy muy a gusto con ellos y siempre les he dicho que les estoy muy agradecido y que estoy muy contento de tenerlos como padres, pero yo ya quiero empezar mi vida. O por lo menos ayudarles un poco. Además, en cuanto yo empiece mi vida, ellos se libran de mí, que soy una carga. Ellos no me ven así, pero la realidad es que lo soy.

Mi padre me dice que yo sabré lo que hago y que espera que haga lo correcto y que me vaya bien. Y a mi madre como que le da más pena, parece que no quiere que me vaya.

Quiero empezar a trabajar, empezar a tener mi propio dinero e ir independizándome poco a poco.

Otra posibilidad sería ir a Italia a hacer unas prácticas. Desde pequeño siempre me ha gustado mucho la historia antigua y me parece que Italia es la cuna de la historia y del arte. Además, el italiano es muy parecido al español y creo que me resultaría bastante fácil aprenderlo. No como el inglés, que no me gusta nada.

Ya lo intenté este año, pero no tuve suerte y no me salió. Como voy a seguir con el ciclo superior, igual lo vuelvo a intentar el próximo curso.

Aunque he sido de ligar bastante, no tengo novia desde hace dos años y estoy muy contento así. En este momento no tengo pareja ni intención de tenerla, estoy centrado en estudiar y trabajar. Así que por ese lado, si no pierdo la cabeza en un futuro, tampoco tengo ningún problema para irme.

Puestos a soñar, puedo imaginar mi futuro viviendo en Italia y trabajando en mi propia agencia de publicidad.



Me llamo Fátima...

...y nací en Marruecos hace veintiún años.

Mi padre vino a Barcelona a trabajar en el campo recogiendo fresas y otras frutas. Él tenía permiso de residencia y se había casado con mi madre, que seguía viviendo en Marruecos.

Al de un tiempo, empezaron con el proceso de reagrupación y mi madre se vino primero y nos dejó a mí y a mis dos hermanos en Marruecos. Yo tenía entonces tres años y era la mayor, mi hermano tenía año y medio y la pequeña solo tres meses. Mi hermano y yo nos quedamos en casa de mi abuela y mi hermana, como era muy pequeña, se quedó donde una prima.

El único recuerdo que tengo de entonces es que un día mi abuela me arregló para ir a ver a mi hermana, que estaba en una casa en el monte. Como allí las casas no tienen puertas, lo que tienen son perros para cuidarlas. Y me acuerdo de que me atacaron unos perros y me caí rodando por una cuesta. No me llegaron a morder, pero me manché toda la ropa con una tierra naranja. Y al llegar a casa, mi abuela me dio unos azotes en el culo por haberme manchado. Eso no se me ha olvidado.

A los seis meses nos vinimos ya todos para acá. No sé muy bien por qué, creo que porque se enfadaron mis padres o algo así, primero estuvimos medio año en Madrid y luego ya nos fuimos a Barcelona porque hicieron las paces.

Cuando empecé a ir al colegio en Barcelona, me negué a hablar durante un tiempo. No hablaba con nadie, y era divertido para mí porque, si se me escapaba una palabra, mis compañeros decían «Ha hablado». Y era guay. Yo creo que era una forma de llamar la atención, pero me estuvo tratando una psicóloga y todo. Supongo que también tenía que ver con que yo sabía poco castellano y con que allí se hablaba mucho catalán. Se daba el castellano solo como asignatura. Llegué a hablar catalán perfectamente, pero luego lo he ido olvidando con el tiempo.

Respeto el euskera, y también el gallego, pero el catalán, por haberlo practicado, es el idioma que más me gusta y al que guardo más cariño.

Respeto el euskera, y también el gallego, pero el catalán, por haberlo practicado, es el idioma que más me gusta y al que guardo más cariño. Todavía ahora entiendo bastante cuando lo oigo, aunque he perdido mucho.

Cuando mi madre se quedó embarazada de mi hermana pequeña, la cuarta, yo iba con ella al ginecólogo para hacer de intérprete. Tenía unos siete años, pero me defendía muy bien en castellano, en catalán y también en árabe.

Y eso que en algunos sitios tienen la manía de hablar muy técnicamente. No tienen en cuenta que la persona que tienen delante habla mal y apenas entiende, y no se molestan en utilizar un lenguaje más sencillo. Es lo que pasaba con mi madre, que no pudo estudiar y era analfabeta, y yo tenía que intentar hacer la traducción simultánea.

En mi clase había solo otra chica marroquí y otro niño, muy blanquito, que me parece que era de Rumanía. Todos los demás eran catalanes, con nombres como Sergi, Arnau y así.

Todavía guardo la foto de aquella clase del cole, porque había un chico que me gustaba. Mi madre siempre que ve esa foto se acuerda de eso, porque yo lo decía en casa y todo.

En Barcelona vivíamos con mis tíos, que son un hermano de mi madre y una hermana de mi padre, y con tres primos. No teníamos tele en casa y jugábamos muchísimo. Y en Navidades, una vecina nos solía traer algún regalo diciendo que se lo había dejado el «tío cagao», o algo así, en su casa para nosotros. Porque nosotros no celebrábamos la Navidad, claro.

Tengo buenos recuerdos del colegio y de Barcelona, pero en casa la situación se desmadró por los problemas entre mis padres. Cuando mi madre empezó con los trámites de separación por el maltrato de mi padre, me tocó otra vez hacer de intérprete con todo lo de los papeleos.

Ahora me parece una tontería, pero me acuerdo de que una vez me dijeron que tenía que subir a no sé qué planta para buscar a un abogado y yo iba contando las plantas que veía por todo el edificio. Luego ya me explicaron lo que era, pero al principio no lo entendía.

Al final, mi padre se quedó en Barcelona y nosotros nos fuimos a Madrid cuando yo tenía siete años.

Aunque en aquel momento yo no era consciente de ello, ahora me doy cuenta de que en el instituto sufrí *bullying*. Yo tenía las cejas muy gordas y bastante

bigote y los niños pueden llegar a ser muy crueles. Me llamaban fea y todo tipo de apodos.

Un día me rodearon un grupo de chicos y me dijeron de todo. No me llegaron a pegar, pero me dijeron de todo. Pero lo que más me dolió no fueron los insultos, fue que cuando llegó la profesora, no me preguntó qué me había pasado y qué me habían hecho, porque ya lo sabía. Lo que me dijo fue que si quería que saliera de clase, como si la que no era normal fuera yo.

Y luego estaban también los insultos por ser de fuera. Como lo de *mora de mierda* y cosas de esas, eso lo he oído toda la vida.

Aunque en aquel momento creo que me afectaban más los insultos por mi físico, también sabía que todo iba en conjunto. Porque se metían más con mi físico precisamente por ser de fuera.

Yo le decía a mi madre que por lo menos me dejara quitarme el entrecejo, pero ella me contestaba que eso no se podía hacer porque es pecado. Hasta que un día me quité el bigote a escondidas con una amiga. Mi madre se dio cuenta y se puso a llorar, montó un drama. Y yo también me puse a llorar y le dije, como una tonta, que no lo volvería a hacer.

Pero es que encima mi madre se lo contó a mis tías y se montó un escándalo, empezaron a machacarme.

Y luego estaban también los insultos por ser de fuera. Como lo de *mora de mierda* y cosas de esas, eso lo he oído toda la vida.

Mi familia siempre se ha metido conmigo por este tipo de cosas.

Siempre me han criticado cuando he empezado a salir con amigos del instituto o por mi forma de vestir. Un día que yo llevaba una minifalda y unas botas altas, me vio por la calle una tía mía y fue donde mi madre diciéndole que la puta de su hija estaba en la calle con una minifalda y con un montón de chicos.

Porque ellos querían que fuera tapada. De hecho, cuando tenía catorce años y empecé a tener curvas, una tía mía decía que me contoneaba y me compró en un mercadillo dos camisas largas cerradas hasta el cuello que eran horrosas. No podía llevar ni una camiseta.

Y me di cuenta de la manipulación que había por parte de la familia de mi madre hacia nosotros. Opinaban, hacían y deshacían a su antojo, mezclando la religión, la cultura y todo. No me dejaban hacer nada. Pero porque no les daba la gana, sin una explicación lógica. Porque era muy tarde, o porque la gente iba a hablar o porque dónde iba yo a ir a esas horas.

Yo creo que mi familia es responsable de muchos de los problemas que hemos tenido, porque mi madre lo consultaba todo con ellos y hacía caso a todo lo que le decían.

Además, mi familia y mi cultura son muy machistas en muchos aspectos. Yo lo he visto con mi hermano, que tiene un año menos que yo. Él empezó a beber, a fumar porros y a meterse en líos. Yo se lo conté a mi madre, pero no me hizo caso porque él le dijo que era mentira. Y se lo conté también a una tía que es bastante joven y que lleva aquí desde los diez años, porque suponía que ella tendría la mentalidad de aquí, que me iba a apoyar y que mi madre le iba a escuchar. Pero lo que me dijo fue que yo cuidara de mí porque él sale siendo hombre y entra siendo hombre. ¡Y mi hermano tenía solo catorce años!

Estoy convencida de que el origen de buena parte de los problemas de mi hermano está en cómo le ha educado mi familia y en la cultura que le han transmitido. Él podía hacer lo que le diera la gana, pero yo no podía salir con mis amigos, con chicos y chicas, porque la gente árabe del pueblo o mis tíos, mi madre tiene nueve hermanos, empezaban a hablar y a criticar.

No sé muy bien por qué, pero cuando estaba haciendo la ESO se me ocurrió ponerme el velo. A los profesores les llamó la atención y uno me dijo que me había visto ponérmelo en la calle, que no había salido con él de casa. En realidad, creo que lo hice porque se me estaba cayendo algo el pelo y pensé que sería mejor llevarlo tapado. Fueron solo un par de días, pero no me sentí bien. La verdad es que sentí vergüenza, no me sentí aceptada.

Mi familia tendría que haber sido consciente de que si me traían a vivir aquí, yo iba a absorber las cosas de aquí.

A mí me parece que mi familia tendría que haber sido consciente de que si me traían a vivir aquí, yo iba a absorber las cosas de aquí. Porque yo a veces me siento en el medio, no me siento ni de aquí ni de allá. He ido cogiendo lo que me ha parecido mejor de cada uno de los mundos, de cada una de las culturas y de cada una de las religiones. Y así me he formado y sigo formándome como persona.

Muchas veces yo le decía a mi madre que habría sido mejor que me dejara en Marruecos. Porque entonces no me quejaría al ser lo único que habría vivido. No habría conocido lo de aquí y para mí lo normal sería aquello.

Pero yo ya he conocido otro mundo y otra cultura, y no puede pretender que yo no forme parte de ese mundo.

También creo que ambas culturas, ambas partes, creen que está mal lo del otro. A mucha gente de aquí le parecen degradantes algunas cosas de la religión de allí o lo de tener que taparse. Pero a mi madre le puede parecer degradante cómo se viste una mujer aquí. Porque cada uno se ha criado con unos valores diferentes, pero los dos son igual de válidos.

Mi madre cree que va desnuda si no lleva el pañuelo. Pero no es porque alguien le esté obligando, sino porque ha crecido con eso. Y yo eso lo respeto porque soy capaz de ponerme en los dos lados.

A día de hoy, yo sigo manteniendo cosas de mi cultura, que las he adoptado porque me han parecido bien. Por ejemplo, no fumo ni bebo, nunca he probado el alcohol. Y respeto el ramadán, pero de una forma flexible, que creo que es lo que dice el Corán.

No me siento practicante, pero sí creo en Dios y en muchas cosas.

Y de todas formas mi familia se piensa que soy lo peor. Creo que es una cosa cultural...

Sigo manteniendo cosas de mi cultura, que las he adoptado porque me han parecido bien. Respeto el ramadán, pero de una forma flexible, que creo que es lo que dice el Corán. No me siento practicante, pero sí creo en Dios y en muchas cosas.

Cuando estaba acabando la ESO, se organizó un viaje de fin de curso a Francia. Yo vi la luz ahí. Estaba muy emocionada porque era la primera vez que iba a salir de casa y a dormir fuera. Nunca me habían dejado ni dormir en casa de una amiga.

Hicieron unas papeletas para sacar el dinero y yo vendí un montón. Pero un día me vio mi tía llamando a una casa mientras estaba vendiéndolas y le llamó a mi madre, que estaba en Marruecos, para decirle que me había visto en la calle y que parecía que estaba mendigando. Total, que mi madre, que al principio me había dado permiso, me dijo que no podía ir. Se lo dije a la profesora, se ofreció para hablar ella con mi tía, y al final le convenció para que me dejaran.

Así que pude ir y disfruté muchísimo de la experiencia. Para mí aquello fue un mundo, entendí el significado de la frase *Viajar es vivir*. Además, volví súper tranquila. Fueron solo seis días, pero todo el mundo decía que volví muy guapa. No sé lo que fue, pero me sentí súper bien.

Al hacer el Bachillerato, me dieron dos becas y entonces vi la oportunidad de hacer con ese dinero cosas que no había podido hacer nunca. Cosas sencillas como ir a ver una película, a cenar una hamburguesa o comprarme ropa. Cosas que siempre me habían negado y que mis amigos sí podían hacer. También aproveché para invitarle a mi hermana al cine, a comer al Burger King o a ir a un museo, porque ella tampoco había podido hacerlo nunca.

Mi madre no entendió que las gastara así, pero es que en aquel momento para mí el tener ese dinero significó poder y libertad. Porque, aunque suene materialista, hoy en día sin dinero no tienes nada. El dinero es todo.

Además, era mi dinero, no era que lo hubiera robado ni nada parecido.

Cuando tenía diecisiete años, acabé mal el curso y discutí con mi mejor amigo. Quería irme a Barcelona, porque tengo familia allí. Pero cuando se lo dije a mi madre, me armó un escándalo y, como siempre, se lo contó a mi tía, que intentó convencerme de que no me fuera, porque estaba destrozando la familia. Me decía que a ver desde cuándo se sale y se viaja.

Tengo que reconocer que yo también me escapaba alguna vez, muy pocas, para salir de fiesta. Le tenía que engañar a mi madre porque sabía que no me iba a dejar si le decía que me iba de cena. Pero a ellos les parecía todo fatal, como que yo era una cualquiera y todo eso.

Hasta que un día mi tío le dijo a mi madre, y me acuerdo de las palabras exactas: «O te los llevas o los voy a acabar matando». Bueno, pues eso fue en junio y en julio nos vinimos a Bilbao. Mi madre no consultó nuestra opinión ni nos dio ninguna explicación. Nos lo dijo cuando ya había alquilado la casa y todo. Y encima mis tíos le prestaron dinero para que nos viniéramos aquí y mi madre todavía se lo está devolviendo.

Porque en Madrid mi madre trabajaba limpiando casas, pero aquí al principio no encontró trabajo.

Además, en Madrid vivíamos en un pueblo y mi madre al llegar aquí no era capaz ni de salir a tirar la basura, porque se asustaba con tanto edificio. Y eso que Bilbao es pequeño. Al principio le teníamos que acompañar a todas partes, no quería salir sola por si le pasaba algo.

Cuando llegamos, tuve que ayudar a mi madre con todos los papeleos. Ella seguía sin hablar casi castellano, porque en Madrid no se relacionaba con casi nadie en este idioma.

A mí me llegó a decir un día que era como si yo tuviera cuatro hijos, porque me tenía que encargar de mis hermanos y también de ella. Luego ya ha ido aprendiendo, pero le ha costado muchísimo.

Cuando llegamos, le tuve que ayudar con todos los papeleos de familia numerosa, del médico, del padrón y todas esas cosas. Ella seguía sin hablar casi castellano, porque en Madrid no se relacionaba con casi nadie en este idioma.

Venir aquí le ha abierto bastante la mente al alejarse de su familia y de su entorno. Incluso ha mejorado su nivel de vida a pesar de las dificultades y ahora se atreve a hacer más cosas.

Como está cobrando la RGI, tiene también sus obligaciones. Va a la EPA y a talleres para mujeres de costura, planchado y cocina que organiza Cáritas. Y también ha estado trabajando, por medio de Lanbide, en la limpieza de un hotel y en un restaurante. Y en los dos sitios tuvo problemas porque le hacían trabajar muchas más horas de las que le pagaban.

Lo que pasa es que hacen lo que quieren, porque la gente como mi madre no es capaz de defenderse ni de recurrir, no sabe cómo hacerlo. Yo intenté ayudarle y conseguimos algo, pero en todo caso menos de lo que le correspondía.

Desde luego, mi madre prefiere que le llamen para trabajar a estar recibiendo la ayuda. Si recibe una ayuda es por necesidad, porque tiene sus limitaciones por el lenguaje y por la edad. Pero ella es la primera que dice que sí cuando tiene una oferta, porque quiere cotizar.

Es que además es la forma de no tener que dar explicaciones a nadie. Porque si tienes una ayuda tienes que dar muchas explicaciones y tienes que estar justificando todos tus movimientos. Parece que piensan que siempre estás intentando aprovecharte.

Yo no sé cómo lo hacen los que defraudan al ayuntamiento o a Lanbide, porque controlan hasta el más mínimo detalle. Tienes que llevar facturas, gastos y de todo. Hasta tienes que avisarles si te vas a ir fuera. Mi madre estuvo hace poco en Marruecos y les tuvo que avisar con antelación de que se iba y solo pudo ir quince días. Pero ella cumple con todo porque necesita el dinero.

A mí me molesta mucho que se generalice con todo este tema del fraude y de los abusos en las ayudas. Y más si lo hace alguien como un ex alcalde, que se supone que tiene una formación, una educación y una cultura.

No se puede hablar así, de una forma tan despectiva hacia nosotros. Pero lo hizo porque sabe que eso no le hace perder votos, porque la mayoría estamos con permiso de residencia, y que le puede hacer ganarlos, sobre todo entre la gente mayor.

Yo soy la primera que está en contra de los abusos, y me parece muy bien que se investiguen. Pero me indigna que se dé a entender que todos hacemos lo mismo. Desde luego, a mi madre le daban lo justo y muchas veces no le llegaba con eso para cubrir todos los gastos. Y tenía que ir a Cáritas para que le dieran una ayuda o conseguir comida donde fuera.

Como hacía falta el dinero, yo también me tuve que poner a trabajar cuando vinimos a Bilbao. En Madrid me habría dedicado solo a estudiar, pero aquí empecé a trabajar a los pocos meses de llegar.

Como hacía falta el dinero, yo también me tuve que poner a trabajar cuando vinimos a Bilbao.

Primero estuve en ACNUR captando socios durante unos tres meses. Luego estuve en una frutería y en un bar. Y en todos los sitios he tenido problemas porque hay muchos abusos con los contratos. Siempre acabas trabajando más horas y cobrando menos de lo que te corresponde. Pero me parece que eso no es solo porque yo sea de fuera, creo que le pasa a todo el mundo que se pone a trabajar ahora. Tienes que aceptar las condiciones porque necesitas el dinero.

Además, yo llevo viviendo dos años fuera de casa porque tuve un lío muy gordo con mi madre. Fue en Marruecos cuando habíamos ido a una boda. A mí me gusta mucho la fotografía y me hice unas fotos en ropa interior. No sé cómo se enteró mi familia, pero se montó un escándalo tremendo. Y también hubo un follón otra vez con mi hermano porque bebió alcohol y seguía fumando porros. La cosa es que mi madre fue incapaz de defendernos y de preocuparse por saber lo que había pasado. Una vez más se dejó manipular por su familia.

A mí me parece que lo que les fastidia es que yo sea tan independiente y que me mantenga sola. Que les esté dando en los morros. Porque no soy una cualquiera

como ellos dicen, ni estoy en la calle. Porque soy capaz de trabajar, de estudiar y de mantenerme.

Una prima de mi madre, que solo tiene veintiséis años, me llegó a decir que lo que tenía que hacer para que se callaran y me dejaran en paz sería casarme. Pero para mí eso no es una solución, eso es peor. Ponerme en manos de alguien para evitar todos estos líos...

He intentado seguir estudiando, pero ha habido momentos en los que me ha sido imposible por todas las horas que tenía que meter en el trabajo.

Al volver a Bilbao, alquilé un piso y me fui a vivir sola. Reconozco que a veces echo en falta estar en mi hogar, pero es que ya no aguantaba más. Fue todo muy precipitado y yo solo tenía diecinueve años. Tenía ganas, porque todo el mundo tiene ganas de libertad, pero fue una manera muy desagradable de irse. Además, ahora tengo la obligación de trabajar para mantenerme porque tengo un alquiler que pagar y unos gastos fijos. No soy como cualquier compañero de clase o del trabajo que puede trabajar un tiempo para hacer un viaje o para darse algún capricho.

Yo llevo una vida de adulta y no me puedo permitir salir de fiesta, comprarme ropa o algún gasto de ese estilo. Y me cuesta muchísimo compatibilizarlo con los estudios porque no me da la vida.

He intentado seguir estudiando, pero ha habido momentos en los que me ha sido imposible por todas las horas que tenía que meter en el trabajo.

En Madrid, mi idea era hacer Periodismo, pero no me daba la nota y además coincidió que nos vinimos a Bilbao. Aquí me matriculé primero en un grado, pero me di de baja nada más empezar porque trabajaba muchísimas horas en la frutería y no podía. Pero no se lo dije a la dueña, porque entonces me habría explotado más todavía. Y tampoco se lo conté a otras personas porque para mí era una frustración no estar estudiando.

Este curso me matriculé en un grado de Integración Social. Me gustaba porque yo siempre he estado al otro lado y porque, al haberlo vivido en carne propia, pensaba que igual yo era más empática y más capaz de ponerme en la piel de otras personas.

En teoría, el trabajo en el bar me dejaba las mañanas libres para estudiar, pero los cierres eran horrorosos y llegaba a casa tardísimo. Acababa hecha polvo.

Además, aunque parezca curioso por el tipo de estudios, me sentí súper rechazada. No sé si fue porque me matriculé tarde y los grupos estaban ya muy hechos o por qué, pero me encontré con una gente muy egoísta y que pensaba solo en tener una salida laboral, en que ahí hay trabajo.

Así que, entre una cosa y otra, faltaba mucho a clase y lo acabé dejando.

Ahora me he presentado a la convocatoria de Selectividad y he sacado una buena nota, un 6'8, aunque he tenido muy poco tiempo para estudiar.

Y estoy pendiente de ver dónde puedo entrar. Puse como primera opción Estudios Ingleses, porque me encantaría dominar el inglés, para mí es como un reto. También me gusta mucho Relaciones Laborales y Recursos Humanos. Y lo de Integración Social también me sigue gustando a pesar de la experiencia que he tenido.

Hay muchas cosas que me llaman mucho la atención. Pero por una cuestión de cultura. Me encantaría hacer varios grados si fueran más cortos.

Yo no me siento realizada ahora ni como mujer ni como persona, porque no tengo estudios. Porque para mí tener el Bachillerato y la Selectividad no es nada.

Creo que es fundamental tener estudios. Porque no es solo tener un papel, es algo que te enriquece como persona. Creo que estudiar te hace abrir la cabeza y abrirte al mundo.

Yo quiero poder hacer el día de mañana algo tan sencillo como ayudar a mis hijos con los deberes. Poder darles lo que yo no he tenido y servirles de ejemplo.

Hasta me he planteado la posibilidad de volver a casa de mi madre, con la que ahora me llevo algo mejor, para poder sacar adelante los estudios. O trabajar solamente los fines de semana. Porque en todos los trabajos se aprovechan y abusan de ti, y a mí eso no me parece justo.

A mi madre no le cuento los estudios que he dejado, porque ella lo consideraría un fracaso. Como ella no ha estudiado, le frustra que yo no haya terminado todavía de estudiar y que no tenga ya un buen trabajo. Creo que en ese momento mi madre se sentiría de verdad orgullosa de mí, estaría encantada.

Para mí, cambiar de vida sería tener un sueldo de 2.000 o 3.000 € con un buen horario y no tener que estar todo el día preocupándote de hacer cuentas y de ver si llegas a fin de mes. Un buen trabajo que te dé para vivir y para mantener una familia.

Creo que es fundamental tener estudios. Porque no es solo tener un papel, es algo que te enriquece como persona.

Al llegar a Bilbao, a una de mis hermanas le metieron en un instituto en el que solo había gente de fuera. Aunque la educación y la sanidad pública de España son maravillosas, y más en el País Vasco, eso supone que hay muchas diferencias culturales, religiosas e ideológicas. Había peleas a la salida de clase y los profesores tenían que bajar mucho el nivel. Y así la educación ya no es la misma. Encima, hay mucha diferencia entre los que hablan euskera y los que no.

Al acabar el Bachillerato, empezó a hacer Magisterio en Burgos porque no sabía euskera y porque no le daba la nota de la Selectividad. Pero como salía muy caro ir allí, lo tuvo que dejar y ahora ha conseguido subir la nota de la Selectividad y va a empezar Magisterio aquí, porque los dos primeros años los puedes hacer en castellano.

Y mi hermana pequeña fue a un colegio concertado a terminar la Primaria, porque no hacía euskera y para mantener el buen nivel que tenía. Pero ella misma nos contaba que el nivel era muy bajo y que no aprendía nada.

Luego pasó a otro centro concertado de más nivel y está sacando muy buenas notas incluso en euskera. Su profesora me decía que es una niña que tiene muchas ganas de aprender y que se interesa por el idioma. De hecho, tiene una cuadrilla de niñas vascas y se ha integrado súper bien. Porque siempre es más fácil conseguirlo cuando eres más pequeño.

Ahora está haciendo el Bachillerato y dice que va a hacer Medicina, aunque todavía tiene tiempo para pensarlo. Yo le digo que tiene que hacer algo que le guste y que le motive. Intento aconsejarle y orientarle.

A mí también me habría gustado en su momento tener a alguien que me aconsejara.

A mí también me habría gustado en su momento tener a alguien que me aconsejara. Pero de buena manera, no como hacían mi madre o mis tías, que me han hecho mucho daño. Porque siempre era que no a todo. Todo estaba prohibido o era pecado.

En cierto modo, yo les he ido abriendo el camino a mis hermanas y ahora ellas tienen más fácil hacer determinadas cosas, como arreglarse más o salir con sus amigos.

Aunque mi madre también ha ido cambiando un poco de actitud gracias a estar aquí. Para ella ha sido como una bendición. Se relaciona con chicas árabes y marroquíes en los cursos que hace y a veces organizan fiestas. Cuando va a ir a una, hasta me pide que le ponga rímel, que es como le llama ella a maquillarse. ¡Y eso que antes era pecado!

Pero es que son muchas cosas. Por ejemplo, hace poco estábamos por el centro y mi hermana se encontró a un chico y a su novia. Y le dio dos besos en la mejilla delante de mi madre y ella no dijo nada. Cuando antes, si yo veía a mis amigos en el pueblo, les avisaba de que había un montón de marroquíes por ahí y les decía que me dieran la mano en vez de dos besos. Porque si no, me la liaban en casa.

Lo que me pasa también con mis hermanas es que como hago tantas cosas por ellas, al final en vez de agradecérmelo parece que es una obligación. Y si les digo que no a algo, me dicen que soy una egoísta y que solo pienso en mí.

Ahora que tengo novio, parece que tienen celos de él y me dicen que ya no tengo tiempo para ellas.

Le conocí hace algo menos de dos años cuando vino un día a la frutería donde yo estaba trabajando. Quedamos para tomar algo y así empezamos.

Él es argelino y vive en Bilbao desde los catorce años. Es curioso, yo que huía de la gente de Arabia y acabo saliendo con uno de allí.

Encima, siempre ha habido muchos conflictos entre los marroquíes y los argelinos. Y se podría decir que mi madre, que es de mente muy cerrada, es racista

con ellos. No sé dónde he oído que a veces la gente de fuera es más racista con los de su entorno que los españoles.

Mi madre me dice que los hombres argelinos no son buenos, que llenan de hijos a sus mujeres y luego las dejan tiradas. Pero yo le contesto que cada persona es un mundo. Desde luego, lo que yo no quiero es casarme con alguien con el que sea infeliz, que sea agresivo y que quepa la posibilidad de que me maltrate. Porque yo tampoco digo que todos sean así, pero hay que reconocer que una mayoría sí. Puede que un 60% o más. No podemos huir de esa realidad.

Pero mi madre también me decía que si salía con un chico español me olvidara de ella, de mis hermanas y de mi familia. Y eso que tengo una prima que vive en Barcelona y está casada con un *mosso d'esquadra*. Y yo veo que ella es feliz. Tiene una hija, trabajo, su casa, es atleta, sale a cenar fuera y de todo. Y yo a los árabes no les veo hacer eso.

Mi hermano también se ha ido a Barcelona y ahora está trabajando allí. Espero que se deje de líos y que se estabilice un poco.

De todas formas, mi madre no conoce a mi novio. Yo creo que se llevarían bien, pero es que en mi cultura no existe esa costumbre. No presentas a tu novio si no es para que te pida en matrimonio porque te vas a casar.

A mis hermanas sí que se lo he presentado, pero tampoco se llevan muy bien por todo eso de los celos y el tiempo que me quita. Y eso que él tiene mucha paciencia con ellas.

Mi novio tiene la nacionalidad española, pero yo sigo con el permiso de residencia. Me gustaría hacer los trámites, pero ahora además hay que hacer dos exámenes, uno de cultura y otro de lengua. Yo creo que los podría sacar, pero es que encima tienes que hacer un montón de papeles, pagar unas tasas y luego pedir cita. Es muy complicado y sale muy caro, puede acabar costándote unos 1.000 €.

Además, a nosotros nos piden diez años de residencia, no como a los latinos que son solo dos. Eso me parece totalmente injusto. Creo que con los diez años nos la podrían dar directamente, porque parece que lo hacen para fastidiar, para que no la tenga todo el mundo.

Yo me he sacado el carnet de conducir hace poco y prefiero enseñar este cuando me lo piden en vez del permiso de residencia. Me da vergüenza, porque cuando enseñas el permiso de residencia la gente te mira de otra manera.

Lo de tener la nacionalidad es algo que me preocupa, y me encantaría conseguirla. Pero no por sentirme española, sino para tener los mismos derechos que otras personas que llevan menos tiempo que yo. Porque se habla mucho de nuestras obligaciones, pero parece que nuestros derechos no existen. Nos venden como los peores, pero no nos ayudan a integrarnos, no hacen más que poner trabas.

Por ejemplo, en muchos trabajos no te cogen por no tener la nacionalidad. Y eso no es lógico, eso supone un rechazo.

Y los políticos tampoco hacen nada sobre esto. Aquí hay muchísima gente de fuera, pero ellos se callan. Por eso, a mí ahora la política me da igual., porque no soy partícipe. Yo pago mis impuestos y cumplo con mis obligaciones, pero no tengo ni voz ni voto. Antes sí que me interesaba algo, pero ya no. Porque creo que, al fin y al cabo, van a acabar haciendo lo que les dé la gana.

Yo soy marroquí, pero ya me siento más de aquí. Porque he vivido casi toda mi vida aquí, porque hay un buen nivel de vida y porque creo que el futuro es mejor si lo comparo con el de mi país. A día de hoy, me parece que no sabría vivir allí.

Yo soy marroquí, pero ya me siento más de aquí.

Todos buscamos una estabilidad, y me he dado cuenta de que aquí estoy muy bien. A costa de mucho sacrificio, pero cuando llego a mi casa me siento muy a gusto. Y además creo que me sé relacionar mejor aquí.

Cuando viajo de vacaciones a Marruecos también lo disfruto, porque es como estar en un paraíso. Pero sé que es solo para un tiempo, no para quedarme a vivir.

De todas formas, tampoco me importaría irme a otro país. Pero siempre que fuera para establecer un hogar. Lo que no me apetece es andar sin rumbo de acá para allá. Porque así lo que te acaba pasando es que sientes que no eres de ningún sitio, y eso es muy cansado. Yo ya he vivido algo de eso y resulta agotador empezar de cero una y otra vez con amigos, con casa y con todo.

Desde que era pequeña, yo he ido organizando mi vida y he tenido bastante claro lo que quiero y a dónde voy. Pero al tener que venir a Bilbao se me estropearon las cosas y tuve que cambiar todos los planes. Por ejemplo, con lo de posponer los estudios. Me fastidia mucho, pero sé que poco a poco lo voy a ir haciendo.

Yo tengo claro cómo quiero que sea mi casa y que quiero tener tres hijos. Tengo ya elegidos los nombres para ellos y hasta el carrito que les voy a comprar.

Quiero darles a mis hijos todo lo que yo no he tenido. Que puedan viajar, que conozcan cosas y que aprendan idiomas. Si sigo en el País Vasco, que aprendan euskera desde pequeños, porque les va a venir muy bien. O que sepan hacer cosas tan sencillas como nadar y andar en bici, que yo no sé y la gente de aquí lo hace.

Y les voy a educar en la religión, pero de una forma abierta. Porque yo creo que la religión te hace tener ciertos límites, y eso es positivo. A mí me ha servido para eso.

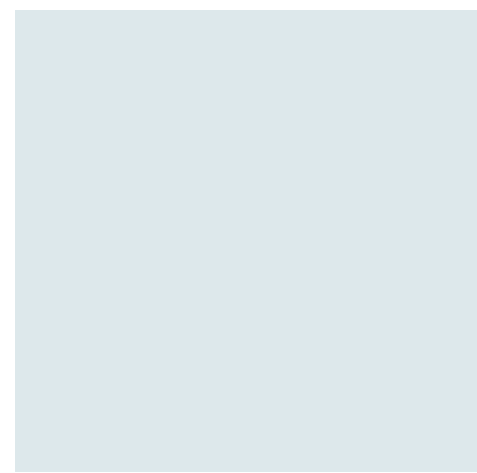
Yo les llevaría a la mezquita para que aprendan el idioma y la cultura, porque eso les va a enriquecer. Luego ya podrán tomar ellos la decisión que quieran.

El Islam tiene muchas cosas bonitas, como cuando te enseñan a no mentir, a no robar, a no hacer daño a los demás o las cosas relacionadas con la higiene.

A mí me vale con que sean buenas personas y que vivan su vida sin hacer daño a nadie. Que sean educados y responsables y que tengan una buena base de estudios, porque la formación es fundamental. La formación y la educación es lo que te llevas de la vida.

Yo quiero vivir, quiero experimentar y quiero conocer. Porque al final, lo material no te lo llevas. Solo te llevas lo que vives, las sensaciones que tienes.

Que sean educados y responsables y que tengan una buena base de estudios, porque la formación es fundamental. La formación y la educación es lo que te llevas de la vida.





Me llamo Mikel...

...y tengo veinticinco años. Mi madre es de Gereñu, y mi padre es de Nicaragua. Se conocieron allí en el año 87, cuando mi madre fue de brigadista. La revolución sandinista fue en el año en el 79 y en aquella época fueron a Nicaragua muchos brigadistas vascos para colaborar con la revolución.

A mi madre la destinaron al norte del país, a una zona de jungla, sobre todo para atender a los niños y los colegios. Y coincidió que mi padre, que es de cerca de Managua, estaba haciendo el servicio militar en esa misma zona y se dedicaba a proteger a los brigadistas, porque todavía había problemas con la contrarrevolución. Y así se conocieron.

Mi madre estuvo allí una temporada y luego se volvió para acá. En el 89, mi padre pasó aquí unos meses y luego se fueron los dos juntos a Nicaragua. Se casaron al año siguiente y yo nací en el 91. Mi madre vino aquí para el parto porque la sanidad es mejor y para estar con su familia. Mi padre vino justo para el nacimiento y se volvió seguido a Nicaragua, y después fuimos mi madre y yo cuando yo tenía unos cuatro meses.

Estuvimos viviendo en Nicaragua algo menos de dos años. Primero en casa de mis abuelos y después en una casa con terrenillo que se compraron y que luego cedieron a un familiar que justo se iba a casar cuando se volvieron para acá.

Pero mi padre se quedó sin trabajo cuando la oposición ganó las elecciones. Aguantaron un tiempo intentando vender cosas en casa, que es algo que se hace mucho allí, pero la situación estaba muy mal y mis abuelos les animaron a venirse para acá.

Aunque, por lo que me han contado, al principio mis abuelos no estaban muy contentos cuando mi madre se fue a Nicaragua y también hubo sus tiranteces cuando mis padres vinieron a vivir a Gereñu, ellos siempre nos han apoyado. De hecho, estuvimos viviendo unos años en su casa.

Cuando mi padre encontró trabajo en una empresa de transporte, alquilamos una casa en Agurain; y después, cuando le hicieron fijo en la fábrica en la que sigue trabajando ahora, nos compramos una casa también en Agurain.

Mi madre siempre ha sido una persona muy activa y muy aficionada a ir al monte, pero cuando volvimos de Nicaragua le detectaron una enfermedad crónica que le deja muy debilitada. Por eso, no podía hacer muchos trabajos. Pero cuando yo tenía unos diez años o así empezó a trabajar en el comedor escolar del pueblo y ahí sigue.

Yo estudié hasta Secundaria en el colegio público de Agurain. Luego hice el Bachillerato en el instituto y después la carrera en la UPV. Nunca hemos andado sobrados de dinero, pero es que además en mi familia somos defensores de lo público.

Estudí en modelo D, porque además mi ama, aunque aquí se hablaba muy poco euskera, lo aprendió y fue profesora en un *euskaltegi*. Ella me hablaba siempre en euskera y lo sigue haciendo ahora. Por eso, yo ya sabía euskera

incluso antes de empezar en el colegio. Mi aita lo entiende pero no lo habla, solo dice algunas palabras. Ha querido aprender, pero como en la fábrica en la que trabaja andan a turnos le ha sido imposible.

Tengo muy buenos recuerdos del colegio y, de hecho, los chavales con los que estuve ahí siguen siendo mi cuadrilla de ahora.

Tengo muy buenos recuerdos del colegio y, de hecho, los chavales con los que estuve ahí siguen siendo mi cuadrilla de ahora. Eso es algo muy normal en los pueblos pequeños.

No es que estudiara mucho, pero se me daba bien y sacaba las asignaturas sin problemas. Todavía ahora me encuentro a veces con algún profesor por la calle. Nos saludamos y siempre me preguntan a ver qué tal me va y si estoy trabajando. Hasta los quince años o así lo normal es relacionarte solo con gente de Agurain, pero luego empiezas con los deportes y además te tienes que ir a estudiar a otro pueblo, así que empiezas a relacionarte con chavales de otros pueblos de la zona, con otra gente que no es la de siempre de tu cuadrilla y con la que no habías estudiado. Empiezas a querer que tus padres te lleven en coche y a hacerles sufrir un poco con las salidas hasta tarde.

Yo siempre he tenido confianza con mis aitas y ellos me han hablado de todo sin tabúes: de drogas, de alcohol, de sexo y de todo eso. He tenido una cierta manga ancha, pero es que también yo les he respondido.

Además, nunca he tenido problemas para relacionarme con la gente, siempre he sido muy sociable. Y mis padres tampoco han tenido problemas en el pueblo. Si preguntas por Carlos el nica, todo el mundo sabe quién es. No le consideran un inmigrante. Pero es que cuando él vino, hace más de veinte años, aquí solo había un argentino y una dominicana. Había muy pocos inmigrantes y no estaban mal vistos.

Todo eso ha venido después, cuando vino más gente de Colombia, de Ecuador y sobre todo del Magreb. Y ahí ya se empezó con lo de que vienen a quitarnos el trabajo, los líos con las ayudas y toda esa especie de alarma social que no sé a qué viene.

Mi padre cuando oye algún comentario insultante de ese tipo, aunque no lo hagan por él, les corta al momento. Pero es que los que dicen esas cosas suelen ser los más ignorantes y luego se quedan callados, no le dicen nada. También me ha dicho que muchas veces en el bar hay gente que suelta alguna bobada de esas sin pensar que estaba él ahí.

A mí también me ha pasado alguna vez que he tenido que pararle los pies a alguno que estaba haciendo ese tipo de comentarios para picarme. Te pueden decir que de dónde han venido tus padres o algo así, pero igual resulta que los suyos también han venido de fuera del País Vasco. Es que es una forma fácil de intentar hacer daño, pero en realidad es una tontería.

Y eso que, como yo me he criado aquí, a mí no se me nota el acento, aunque sí que tengo unos rasgos. Cuando hablo con la gente suelo ser yo el que dice que mi padre es de Nicaragua y que tengo familia allí. Y entonces igual me dicen que se me nota un poco; pero si no, no se dan cuenta.

Cuando voy a la playa un par de días en verano me pongo morenísimo y a veces los de mi cuadrilla me llaman *negro*, pero eso no es para ofender. Es como un apodo, como si le llamas *chino* o algo así a alguien. Pasa en muchas cuadrillas.

Y eso que, como yo me he criado aquí, a mí no se me nota el acento, aunque sí que tengo unos rasgos.

De la familia de mi madre tengo a mis abuelos, que están ingresados en una residencia porque ya son muy mayores. Ya no nos reconocen cuando vamos a visitarles. Y ella tiene también un hermano que está divorciado y que tiene una hija que vive en Barcelona con su madre. Ahora él vive en Gereñu porque trabaja por esa zona, pero solemos quedar mucho con él y tenemos muy buena relación. Incluso al casarse se fue con su mujer a Nicaragua para conocer aquello. Y también tengo unos tíos abuelos que viven en Gasteiz, en la parte vieja, y que tienen un hijo de unos cuarenta años. Aunque es mayor que yo, suelo quedar con él y su cuadrilla para potear por Gasteiz o para ir a ver al Alavés. Nos llevamos muy bien.

De la familia de mi padre, aparte de los que están en Nicaragua, un hermano mayor se fue a Miami y una hermana que tiene tres hijos vive en Barcelona desde hace trece años. Antes solíamos ir allí a pasar la Nochevieja con ellos, pero cuando yo me fui haciendo mayor quería salir por aquí ese día y hemos perdido un poco la relación. Aunque seguimos hablando por teléfono y yo suelo estar con ellos cuando voy a Barcelona.

Cuando estaba haciendo la ESO, mi padre me solía decir a veces que hiciera medicina para luego poder ir a países como Nicaragua a ayudar, pero a mí nunca se me han dado muy bien las Ciencias y me parecía muy difícil. Por eso hice el Bachillerato Humanístico en el instituto y estuve pensando hacer Magisterio. Pero al final me decidí por hacer Comunicación Audiovisual en la UPV, porque me gustaba y porque me dijeron que era fácil.

Es que yo tenía claro que tenía que hacer en la uni algo que me gustara. Tengo algunos amigos a los que sus padres les decían qué carrera tenían que hacer, pero los míos siempre me han dicho que hiciera lo que yo quisiera. Además, como acabas la carrera con veintiuno o veintidos años, siempre puedes después buscarte un trabajillo y pagarte otra.

La verdad es que la carrera me resultó muy fácil, y al acabarla me apunté a un Máster de Comunicación Multimedia que organizaban la UPV y EITB. Cuando terminaron las clases, estuve el verano de prácticas de ETB haciendo crónicas y entrevistas. Había muy buen ambiente y encima me pagaban por ver un partido del Mundial de fútbol o una etapa del tour, que son cosas que hago en casa normalmente.

Yo me ofrecía para hacer entrevistas o para lo que fuera, porque al final es cuestión de echarle jeta. Fue una muy buena experiencia poder trabajar con los periodistas de ETB a los que había visto desde pequeño. Aunque ya me gustaba de antes, ahí pude ver cómo funcionaba todo en la práctica. Iba con muchas ganas a trabajar y me di cuenta de que a eso es a lo que me gustaría dedicarme.

Además, a mí siempre me ha gustado mucho hacer deporte. De pequeño, desde los seis hasta los doce años, estuve jugando a pala. Tenía que ser curioso ver a un niño nicaragüense jugando a pala. Luego estuve un año jugando al fútbol. Se me daba bien y me gustaba. Conocías gente y estabas con tus amigos, que es lo bonito cuando eres pequeño. Pero lo dejé al año siguiente cuando todo empezó a ser como más serio.

Mi madre se alegró mucho porque no le gusta nada el fútbol, ni siquiera iba a verme a los partidos. Yo a veces le reprocho de broma que no me apoyara en mi carrera futbolística, porque podía haberles jubilado.

Mi padre sí que iba, aunque tampoco ha sido nunca muy futbolero. Y eso que ya de mayor le he llevado alguna vez a Mendizorroza y me ha reconocido que le daba pena y que se arrepentía de no haber hecho eso conmigo más veces de pequeño, solo por el hecho de ir juntos y disfrutar el ambiente en familia. Es que a mí esa es la parte que más me gusta, la de estar con la gente antes del partido y comentar lo que van a hacer mientras te tomas unas cervezas. Y lo mismo al terminar hablando de cómo ha ido. Yo entiendo el fútbol como un acto en el que te juntas con gente.

Pero en Nicaragua son más de béisbol y de boxeo. De pequeño a veces jugaba con mis amigos a béisbol con una raqueta y una pelota, y mi padre nos enseñaba las reglas y se ponía a jugar con nosotros. Y también solía ver con mi padre los combates de boxeo que daban en ETB.

Ahora no practico casi nada de deporte, algo de bici y poco más, pero me sigue gustando mucho ver fútbol, frontón o ciclismo.

La primera vez que volví a Nicaragua fue cuando tenía cinco años. Me acuerdo de que les decía a mis amigos que iba a ver elefantes y tigres. Supongo que había visto algún documental de La 2 o algo así. Lo que sí había eran muchos mosquitos y hacía mucho calor.

También recuerdo que en el aeropuerto de Managua había muchos militares y que me asusté. Pero mi padre me tranquilizó diciéndome que eran amigos y que incluso conocía a alguno de ellos. Y estaba esperándonos también la familia de mi padre.

Dos años después fue lo del huracán Mitch, que devastó Nicaragua. Hablábamos mucho con la familia por teléfono, pero mi padre estaba muy preocupado y decidió que tenía que ir allí. Como todos los días salían noticias del huracán, mucha gente nos preguntaba si sabíamos algo de mi familia. Y mis padres se dedicaron aquí a recoger dinero para llevarlo. La gente colaboró mucho. Pero me parece que hubo problemas con alguna ONG y alguna cuenta de un banco, así que al final mi padre se fue allí y se encargó de repartir el dinero en las zonas donde más lo necesitaban.

Normalmente, hemos ido a Nicaragua cada dos años o así. Yo siempre he ido muy a gusto porque allí tengo la familia que aquí no tengo. Tengo un montón de tíos y primos. Mi familia tiene una tienda donde venden de todo, y por allí pasaba mucha gente. Yo jugaba con los chavalillos de mi edad y con mis primos.

Ahora algunos de ellos ya están casados y tienen hijos y no salimos tanto como antes. Lo que suelen hacer es reunirse los domingos para jugar al béisbol, tomarse unas cervezas y luego comer juntos en los patios de las casas en plan informal.

Y también está mi abuela, que ya es bastante mayor y nunca sabes si es la última vez que la vas a ver. Ya me pasó con mi abuelo, que estuvo malo varios años y cuando nos fuimos la última vez todos sabíamos que no le íbamos a volver a ver. Y eso es muy jodido.

Es curioso lo que pasa, porque aquí yo soy el negro y allí soy el blanco. Además, como soy algo más alto y no tengo acento, les llama mucho la atención.

Me pasaba cuando iba a las discotecas con mis primos.

Allí en las discotecas la gente come y bebe en unas mesas y luego hay una pista de baile central. Y la forma de entrar a las chicas es bailando. A mí me daba mucho corte pedírselo, pero iba con un primo que es un *latin lover* y se encargaba él. Y después de un par de bailes, yo las sorprendía con mi acento. Me lo pasaba muy bien.

Es curioso lo que pasa, porque aquí soy el negro y allí, el blanco.

Aunque algunos de mis primos están ya trabajando, tampoco andan muy sobrados de dinero y, como no les pagamos nada por el alojamiento, lo que solemos hacer es pagar nosotros la comida de todos cuando vamos por ahí. Allí la situación está bastante mal y está subiendo mucho el precio de los alimentos básicos.

De todas formas, ellos se cortan bastante y no se aprovechan pensando que vamos a pagar nosotros. Porque siempre les hemos dejado claro que aquí las cosas no están como para tirar la casa por la ventana. Les decimos que la vida tampoco es nada fácil y que no cae el dinero del cielo.

Porque algunos emigrantes suelen mandar fotos a sus familiares con cochazos y con mansiones, que igual son del sitio en el que están trabajando. Y cuando van allí les gusta aparentar que les ha ido muy bien aunque no sea verdad. Hace unos años cuando estábamos allí apareció uno que vivía en Estados Unidos y que llevaba tiempo sin ir. Iba vestido con un traje blanco como Julio Iglesias y con un pedazo de furgoneta, como si fuera el amo del barrio. Les prometió a los chavales que les iba a mandar un equipaje completo de béisbol con bates y todo, pero nunca más se supo.

Y tenemos unos vecinos que viven en Estados Unidos y que cada vez que van llevan unos mariachis y alquilan un pedazo de todo terreno e invitan a todo el mundo. Como nosotros no hacemos eso, mucha gente dice que estamos *palma-dos*. Pero es que nosotros preferimos decir cómo son las cosas de verdad y no ir haciendo alardes. Porque aquí tú puedes ganar, por ejemplo, 1.500 € al mes, pero se te va todo en un montón de gastos fijos: agua, luz, calefacción, impuestos, seguros, etc. En Nicaragua no pagas casa porque la mayoría construye en el terreno de la familia y toda la gente está pinchada a la luz de cualquier manera. Es un desfase.

Pero bueno, siempre les hemos mandado algo de dinero para medicamentos y para la familia. Y en los cumpleaños les enviamos también un dinero para que se compren algún capricho.

Cuando vuelvo de Nicaragua siempre pienso que me encantaría vivir allí porque el país me gusta mucho, vuelvo muy enganchado. Me paso el día oyendo las

Vuelvo muy enganchado, pero luego se me va olvidando. Me doy cuenta de que mi vida está aquí. Yo me he criado aquí, he estudiado aquí y mi cuadrilla está aquí.

rancheras de allí y viendo partidos de béisbol por Internet. Como un nica más. Me acuerdo de que de crío íbamos a las ventas y comprábamos Coca Cola, que allí es más barata que el agua. Nos la echaban en una bolsa para llevar y luego la íbamos bebiendo con una pajita o mordiendo el plástico. Y cuando volvía, compraba una lata de Coca Cola en la tienda de chuches, la echaba en una bolsa y me la bebía así. Mis amigos alucinaban con eso.

Pero luego se me va olvidando. Me doy cuenta de que mi vida está aquí. Yo me he criado aquí, he estudiado aquí y mi cuadrilla está aquí.

Mi padre me ha dicho muchas veces que ahora me dejarían elegir, pero que cuando yo era más pequeño, si nos hubiese ido mal aquí o si él se hubiera quedado sin trabajo, habríamos vendido el piso y nos habríamos ido a vivir a Nicaragua a empezar de cero.

Habría sido como un plan B. Hacerse una casita en el terreno de mis abuelos y montar un negocio con el dinero de la venta del piso. Toda la gente no tiene esa oportunidad y nosotros la teníamos. Habría sido como una inmigración a la inversa.

Pero yo nunca lo he visto como una posibilidad muy real.

Mis padres no tienen nada decidido, pero sí que han hablado a veces de la posibilidad de irse a Nicaragua cuando se jubilen. Por lo menos a pasar tres o cuatro meses al año. Irse en invierno para pasarlo allí y luego estar aquí en verano. Porque además vivir en Nicaragua con la jubilación de aquí les saldría muy bien. Mi padre también está muy acostumbrado a esto porque lleva casi media vida aquí, pero se le sigue notando la morriña, sobre todo cuando se va acercando el momento de viajar a Nicaragua.

Y ahora lee todos los días por Internet el periódico *Nuevo Diario* para estar al tanto de todas las noticias de allí y con Facebook y WhatsApp estamos en contacto con la familia más a menudo.

Mis padres siempre han estado muy orgullosos de que yo tuviera muy presente a Nicaragua. Hace unos años, cuando fui mayor de edad, me saqué la nacionalidad nicaragüense porque me gustaba la idea de ser también ciudadano de Nicaragua. Ahora podría votar allí.

Yo me siento primero vasco y luego nicaragüense. Pero nunca voy a olvidar esa parte de mí. Porque allí he aprendido y vivido muchas cosas y porque tengo familia y amigos. Estoy muy orgulloso de todo eso y aquí todo el mundo sabe que yo soy medio nica y que mi padre es de allí.

Y cuando estoy en Nicaragua también me sale el orgullo de ser vasco.

Yo me siento primero vasco y luego nicaragüense. Pero nunca voy a olvidar esa parte de mí.

De todas formas, yo me he planteado muchas veces qué habría sido de mi vida si mi familia se hubiese quedado en Nicaragua. Probablemente tendría ya tres hijos y puede que con dos mujeres diferentes, porque allí alucinas con estas cosas. Es como lo de los culebrones, pero en la vida real. Tienen un montón de enredos familiares.

Y eso que luego son súper católicos. Van a la iglesia todos los domingos, pero luego lo de la monogamia no se les da muy bien. Pero es que, en general, allí todos son muy religiosos.

Incluso el gobierno que está ahora, que es el sandinista, el de la revolución, tiene como lema *Nicaragua cristiana, socialista y solidaria*. Fue precisamente

con la revolución sandinista con la que prosperó todo el tema de la teología de la liberación, con un tipo de iglesia más próxima al pueblo. Todo aquello de la misa campesina de Carlos Mejía Godoy y esas cosas.

Mi abuela y mi tía, se pasan el día en la iglesia. Son fundamentalistas de Cristo. Mis primos pasan un poco más, aunque antes tocaban en un grupo de la iglesia. Pero mi padre siempre ha renegado del catolicismo y a mi madre tampoco le ha preocupado nunca eso. Yo ni siquiera estoy bautizado. Mis padres me decían que si de mayor quería ser católico, que hiciera lo que quisiera, pero que ellos no me iban a meter en una religión en la que no creen.

Cuando estoy en Nicaragua me siguen preguntando por qué no voy a la iglesia. Y he ido a misa un par de veces y aquello es un fiestón, no tiene nada que ver con lo de aquí.

Cuando acabé las prácticas en ETB, preparé el trabajo de fin de máster y luego aproveché para ir en invierno a Nicaragua, porque mis padres habían ido en agosto y yo no pude por el trabajo. Era la primera vez que iba allí yo solo.

A la vuelta del viaje, mi madre insistió en que me apuntara a Lanbide y acabé haciéndolo, aunque ahí están las estadísticas de la poca gente que consiguen colocar.

Me puse también a echar currículums y a los dos meses o así me enteré, a través de un conocido que trabaja ahí, de que necesitaban a alguien para el departamento de comunicación de una cooperativa agrícola de la zona. Me cogieron y llevo trabajando ahí algo más de un año.

Estoy contento con el trabajo porque me gusta el tema de la comunicación corporativa, es una rama distinta del periodismo que me interesaba conocer. Además, tampoco es una empresa muy formal. Mis jefes son los ganaderos que se juntan un rato después de haber estado todo el día trabajando en el *baserri*. Lo que hago es aplicar los conocimientos que he ido adquiriendo todos estos años. A mí siempre me ha gustado bastante todo lo relacionado con el diseño gráfico y de webs. He ido aplicando lo que ya sabía y también me he seguido formando en mi tiempo libre en plan autodidacta.

Es un contrato de fin de obra, pero yo estoy a gusto y me apetecería seguir. Aunque desde luego preferiría encontrar algo relacionado con el periodismo deportivo.

Pero yo sigo preparándome. Me puse a hacer inglés en la Escuela Oficial de Idiomas al acabar el máster, porque lo tenía muy olvidado y porque me parece importante para la comunicación, no tanto por el título. Y sigo con ello aunque a veces con el trabajo me cuesta bastante.

Y también me gustaría hacer algún curso de diseño gráfico para completar lo que he ido haciendo por mi cuenta. Lo que me apetece es seguir formándome en las distintas cosas que me gustan.

Yo preferiría seguir trabajando aquí, pero tampoco me importaría irme fuera. Por ejemplo, a Madrid, que me gusta mucho y que encima me parece más barato que Gasteiz. Unos amigos de la carrera se fueron allí a hacer un máster y les he visitado un montón de veces.

Me gustaría quedarme en Álava o por lo menos en Euskal Herria, pero si hay que irse a Madrid, a Barcelona o a otro país, pues se va. Para eso nos estamos preparando.

Algunos de los amigos de mi cuadrilla se han ido fuera para estudiar, pero por trabajo no se ha ido ninguno.

Seguramente, si yo estuviera trabajando en Gasteiz alquilaría un piso allí. Hace poco nos estuvimos planteando entre tres amigos el alquilar un piso en Agurain. Pero al final no lo hicimos porque mi padre anda con problemas en la fábrica y decidí no dar el paso, porque así puedo aportar algo en casa. Y es que además tengo una relación buenísima con mis padres, así que no tengo prisa.

De todas formas, sería el primero de mi cuadrilla que se va de casa. Bueno, uno se ha ido ahora con la novia, pero a un piso que es de sus padres, y eso es distinto. Así también me habría ido yo.

Si yo me fuera, sería sobre todo porque vivo un poco a las afueras y a veces es un poco rollo andar moviéndote, aunque solo sean un par de kilómetros. Me he comprado un coche hace unos meses y ahora voy a todos los sitios en coche. Antes estaba acostumbrado a ir andando, pero ahora se me hace duro.

Reconozco que me gustaba la idea de tener mi propio piso y estar más tiempo ahí, pero de momento lo hemos dejado aparcado. Ya habrá tiempo para irse.

Lo que sí tenemos desde el Bachillerato es una lonja. Hace poco nos hemos cambiado de sitio. Nos hemos juntado dos cuadrillas de las que se había ido yendo la gente y ahora estamos en una lonja gigante que era un taller del padre de un amigo. Ahora estamos veinticinco personas ahí. Aunque yo no soy muy de lonja. Me gusta estar algún rato, pero soy más de andar por la calle e ir a bares o a terrazas en verano.

También me gusta mucho viajar, pero no he podido hacerlo mucho con mi familia porque el año que no íbamos a Nicaragua nos tocaba ahorrar. Es que solo los tres billetes ya salen unos 1.000 €. Si yo hubiese tenido un hermano, no sé cada cuánto tiempo podríamos haber ido allí. Alguna vez nos íbamos un fin de semana de camping por aquí cerca, pero poco más.

Ya de más mayor sí que he viajado algo con mis amigos. Estuvimos en Portugal e hicimos un recorrido tipo *interrail* por cuatro países de Europa Central. Me sacaba algo de dinero trabajando en una *txosna* durante las fiestas y ahorraba de lo que me daban mis abuelos. También vendí una guitarra que tenía y además no fumo, y eso se nota bastante a la hora de ahorrar.

En los viajes a Nicaragua sí que me he movido algo y he recorrido el país, pero sobre todo lo que hacemos es estar con mi familia, por lo menos mientras esté mi abuela.

Unos amigos de mi cuadrilla fueron a Nicaragua hace unos años en un viaje solidario que organizó una asociación de la zona. Yo me apunté también pero el final no pude ir. Pero es que además tampoco habría podido estar a cien kilómetros de mi familia y no estar con ellos. Si yo cruzo el charco es para estar con ellos. Claro que me gustaría ir a otras zonas de Latinoamérica, pero de momento el objetivo de mis viajes no es ese.

De todas formas, este año voy a ir al Caribe por primera vez. Ya lo tengo todo mirado y voy a ir a una isla del Caribe y voy a pasar tres noches allí. Ya se lo he dicho a mi madre y ella quiere venir también. Pero mi aita ya nos ha dejado claro que él se quedará en casa con su familia.

Nicaragua no está nada explotada turísticamente. Ahora hay gente que va a Costa Rica que está empezando a subir también a Nicaragua, porque no tiene nada que ver. Es mucho más virgen y resulta mucho más barato. Es un muy buen plan para ir con amigos.

Mi madre siempre se ha movido mucho con gente de asociaciones por el euskera o por temas políticos y culturales. Y ella y mi padre pertenecen a una asociación cultural. En las fiestas organizan en la *txosna* un día con cosas de Nicaragua. Y siempre han mantenido mucha relación con gente de Nicaragua o de El Salvador que están aquí. Incluso mi madre mantiene la relación con el jefe de la brigada de la primera vez que fue a Nicaragua, que vive en Gasteiz con una chica nicaragüense.

Yo no aguanto venir con ellos a Gasteiz, porque conocen a todo el mundo.

De crío yo también conocía a bastantes hijos de salvadoreños o de nicaragüenses, pero he ido perdiendo el contacto con el tiempo. Al final, acabas saliendo con tus colegas.

Pero hace un tiempo me encontré en las fiestas de Agurain con una chica de rasgos latinos que me sonaba mucho. Hablando con ella resultó que era la hija de unos amigos de mis padres y yo había estado de pequeño en su casa un montón de veces. Estuvimos hablando un buen rato porque tenemos muchas

cosas en común. Su madre es de allí y su padre de aquí, y ella ha vivido aquí casi siempre. Es como yo y eso te hace sentir que eres parte de algo especial.

Mi padre nunca se ha considerado de fuera. Siempre ha estado muy integrado y nadie le ha hecho de menos.

Porque cuando vino mi padre había muy poca gente de fuera y además él tuvo la ventaja de estar con alguien de aquí, y eso facilita más las cosas a la hora de integrarte. Yo

he vivido muy cómodo en esta situación. Mi padre nunca se ha considerado de fuera. Siempre ha estado muy integrado y nadie le ha hecho de menos. Bueno, igual algún caso aislado, pero nada importante.

Pero es que ahora cada vez vas a ver más marroquíes, senegaleses, colombianos y de todo. Gente que ha venido a trabajar aquí y que ha tenido hijos aquí después del boom de la inmigración. Ellos se sienten de aquí y son de aquí. Esa es la nueva realidad que hay en este país.

Y se ve también en el fútbol. Un equipo como el Athletic que no tiene extranjeros y que tiene un negro, Iñaki Williams, que nació en Bilbao. Hace unos años ya estuvo también Jonás Ramalho y hubo algunas polémicas con esto, pero ahora parece que se ha aceptado bien. Aunque, claro, también influye que sea muy bueno jugando al fútbol.

Pero es que en la selección de Alemania pasa lo mismo. Cada vez hay más turcos y tunecinos y menos arios rubios de los de siempre.

Y todo esto es algo que va a ir a más. Mi abuelo nunca se lo habría imaginado, pero las circunstancias son las que son y a mí me parece que esta realidad hace a la sociedad más rica.

Ahora sí que hay muchas cuadrillas en las que hay latinoamericanos y marroquíes. Y cada vez habrá más. Aunque también es verdad que se nota la diferencia entre los que han venido de pequeños, que algunos hasta se han echado novia aquí, y los que han venido con diecinueve años o más, que suelen andar mucho entre ellos.

A mí me parece triste que la gente que ha venido se quede en sus guetos, aunque al final la culpa es de las dos partes. De la gente de aquí, porque a veces es muy cerrada y tiene prejuicios; pero también de ellos mismos, que al final por comodidad o por lo que sea se juntan solo entre ellos. Y me parece legítimo y lógico hacer eso, pero es que así te estás perdiendo muchas cosas.

Si yo me fuera a vivir a un sitio, me gustaría implicarme con la realidad y la gente de ese sitio. Otra cosa es que la gente de allí sea más o menos abierta y te acepte mejor o peor. Pero es que si no te implicas en el sitio donde vives no puedes decir que vives allí.

Yo procuro estar al tanto de las cosas de Nicaragua. No quiero que sea solo un sitio al que ir de vacaciones. Es mi segundo país y me interesa todo lo que pasa allí.

Me acuerdo de que cuando tenía unos catorce años o así mi madre encargaba libros de texto de diferentes asignaturas en Nicaragua. Y yo me los leía con interés para conocer las cosas de allí.

Y ahora en Facebook suelo poner cosas relacionadas con Nicaragua para que mis amigos conozcan algo del país. El día de la independencia, que es el quince de septiembre, pongo la imagen de una bandera de Nicaragua que tenemos guardada. Y recojo informaciones sobre música y también enlaces con otras cosas relacionadas con la actualidad y la historia de allí.

Yo procuro estar al tanto de las cosas de Nicaragua. Es mi segundo país y me interesa todo lo que pasa allí.

Y me gustaría que la gente que viene aquí también se interesara un poco por saber lo que es esto, que conozca el sitio al que ha venido. Porque me parece que esta es una de las mejores formas de integrarte.

Pero no me refiero a que te den unos temas para que te los estudies y hagas un examen. Esa no es la forma. Simplemente si vas un día a tomar unos potes o al frontón aprendes bastante sobre cómo vive la gente aquí. Y eso ya es importante.

Yo animaría a seguir esta línea a los que trabajan en las cuestiones de integración, aunque ya sé que no es tan sencillo y que si diéramos con la fórmula sería increíble.

En casa no solemos celebrar las fiestas de Nicaragua o cosas de ese estilo, pero mi madre sí que ha aprendido a hacer platos de allí y los solemos comer a menudo. Además, ahora es más fácil conseguir estos productos porque sobre todo en Gasteiz hay un montón de tiendas de productos latinos.

Aunque al principio a mi padre le costó bastante hacerse a la comida de aquí, ahora se ha acostumbrado y dice que le gusta más porque es más variada. Allí comes todos los días lo mismo.

De todas formas, mi padre tampoco es el prototipo de nicaragüense. Es muy nervioso y súper puntual. Hasta el punto de que cuando va a Nicaragua se agobia con la forma de actuar de la gente. Mi madre suele decir que ha elegido al nica más cagaprisas de todos y que yo soy más nica que él, porque soy más relajado. Encajo muy bien allí.

Pero es que ellos viven a otro ritmo, y eso es lo que yo valoro más cuando estoy allí. Por supuesto que tienen sus problemas, pero se les ve felices aunque algunos casi no tengan ni para comer. Yo creo que el clima también ayuda a ser así y a tomarse las cosas de esa manera.

Mi madre siempre ha estado muy implicada en la política y el hecho de que se fuera a Nicaragua ya está muy relacionado con sus ideas políticas. Y mi padre participó en la revolución sandinista, así que yo he vivido eso desde pequeño. He visto el Teleberri y me han llevado a manifestaciones desde que era un crío. Me han educado políticamente y discuto bastante con ellos sobre estas cosas. Porque aunque de base tenemos una ideología parecida, también hay cosas que nos diferencian.

Y no entiendo a la gente que dice que pasa de la política, como algunos de mis amigos. A mí me gusta y me interesa. Porque todo es política, cualquier cosa que afecte a las personas de tu entorno. A veces tenemos el concepto de política referido solo a los que se dedican o se benefician de ella. Pero todos tus actos y las decisiones que tomas están influidas por la ideología que tienes. Yo tengo eso muy claro y siempre me he querido implicar. Quiero un futuro mejor para mí y para mi gente.

Además, aquí en Euskadi hemos vivido una situación de crispación política muy fuerte que te llevaba a posicionarte y a hablar de ello. Ahora igual la cosa se ha calmado un poco, pero siempre hay cuestiones sociales en las que también hay que implicarse y posicionarse. Por ejemplo, cuando tenía quince años estuve en la comisión de fiestas del pueblo y también participaba en la Gazte Asanblada.

Para terminar, quiero destacar que después del repaso que he dado a mi vida hasta ahora puedo decir que me siento un privilegiado. Conozco dos países, dos culturas y dos realidades diferentes; y he podido convivir con gente de un sitio y del otro. Esto te hace mirar el mundo de otra forma y te permite conocer mejor la sociedad: costumbres distintas, comidas distintas, formas de hablar distintas,...

Lo ves todo de otra manera y con una perspectiva más amplia, y creo que esto me ha aportado una riqueza increíble, incalculable.



Me llamo Margareth...

...y vivo en Lazkao desde hace quince años. Nací en Ecuador y mis padres me trajeron aquí. Mis padres también son ecuatorianos. Bueno, mi madre nació en Colombia, pero se crió en Guayaquil, que es donde vivían los dos antes de emigrar.

Somos tres hermanas. La mayor, que tiene veintiocho años, y yo nacimos en Guayaquil. Pero la pequeña, que tiene nueve, nació aquí.

Mi aita vino en 1999 porque la situación económica en Ecuador no era muy buena y unos familiares que habían venido le comentaron que la vida aquí estaba mejor. Primero estuvo en Barcelona, luego fue a Donosti y después encontró trabajo de panadero en Beasain. Se quedó allí y alquiló una casa en Lazkao.

Un año después vino mi madre, que se puso a trabajar en un restaurante de Donosti. Y a los dos años, en 2002, nos trajeron a mi hermana y a mí. Hemos seguido viviendo en Lazkao desde entonces.

Como cuando vino la ama yo tenía solo cuatro años, no me enteraba mucho de la cosa. Solo recuerdo a mi hermana y a mis familiares llorando porque se iba y que yo decía que se iba a un viaje en avión y que ya vendría. Nos quedamos con la madre de mi padre y enseguida empecé a notar la diferencia de estar con la abuela y no con la ama.

Al llegar aquí, lo primero que noté fue lo distinto que era el clima. Llegamos en invierno y hacía un montón de frío. Porque en Ecuador hace calor todo el año y no necesitas estar súper abrigada ni en invierno. Además, nuestra casa tenía calefacción de butano, no como las de ahora, y eso se notaba mucho.

También me llamó mucho la atención el pueblo en sí, lo tranquilo y pequeño que era. Porque en Ecuador yo vivía en un barrio en plena ciudad y en la calle había un montón de ruido.

Y la otra diferencia grande fue el idioma, porque aquí se hablaba en euskera.

Mis padres me metieron a la *ikastola*, pero no creo que fuera porque tuvieran mucho interés en que aprendiera euskera. Más bien porque era lo único que había. Por la comodidad de que era lo que más cerca les quedaba.

Cuando empecé en la *ikastola*, se me hacía todo súper raro. Porque todos me hablaban en euskera y yo les contestaba en castellano. Me intentaba comunicar, pero no me entendían. Porque además el castellano de Ecuador es distinto. Yo les decía algo del carro refiriéndome al coche y ellos creían que les hablaba del carrito de la compra. Muy complicado. No sabía si era que yo estaba hablando en chino o que eran ellos los que hablaban raro.

Además, como mis padres tenían que ir a trabajar pronto y mi hermana tenía otro horario, yo iba a la *ikastola* una hora antes de lo que me tocaba. Me quedaba con la profesora y me pasaba el rato llorando y diciendo que no quería hablar y que no quería ir a la *ikastola*.

Pero la profesora me ayudó a integrarme súper bien. Estaba todo el rato con ella para que me fuera traduciendo lo que me decían y era muy cariñosa. Poco a poco fui aprendiendo cosas y la situación fue mejorando. Siempre me he llevado muy bien con mis compañeros y he estado muy a gusto. Con algunos, alguna cosa de vez en cuando, lo típico entre críos, pero nada grave.

La cuadrilla que tengo ahora es con la gente con la que he estado desde pequeña en clase.

El primer año había en mi clase otro niño de fuera. Era negro también, pero no sé de dónde era. Además, se fue al poco tiempo de entrar yo.

La cuadrilla que tengo ahora es con la gente con la que he estado desde pequeña en clase. Porque en Lazkao por un lado está la *ikastola*, que es donde se da Haur Hezkuntza y

Primaria, y por otro el instituto, donde dan DBH y Bachillerato. Y todos hemos ido avanzando juntos.

Hasta 4º de Primaria siempre he tenido una persona para que me ayudara en la *ikastola*. Me sacaban de clase para ir a hacer los deberes. Sobre todo era para mejorar la expresión y para aclararme las dudas que me podían surgir.

Porque en casa no tenía a nadie que me ayudara con el euskera. Mi hermana sí sabía algo, pero no se adaptó muy bien y tuvo que ir a Andoain a hacer el Bachillerato en castellano. Si no, habría tenido que repetir curso en la ESO precisamente por el idioma.

Mi madre estuvo yendo un año o así a unos cursos de euskera que organizaban para los padres que no sabían. Pero lo tuvo que dejar porque le coincidían los horarios con su trabajo. Así que entiende algo y aprendió algunas palabras, pero no como para poder ayudarme.

En 5º de Primaria ya me quitaron la ayuda porque decían que iba bien. Pero lo malo fue que al año siguiente empezó todo el tema del divorcio de mis padres y bajé un poco de nivel. Es como que me daba un poco igual todo. Si hacía lo que me decían, bien; pero si no, también.

Mi tutora, que además era vecina nuestra, me dijo que tenía que espabilar. Al final pasé de curso, pero ella me dejó claro que fue justo, justo.

Tuve una etapa muy rebelde, de contestar mal y esas cosas. Mi profesora, al ver que lo estaba pasando mal, estuvo apoyándome y aconsejándome. Aunque al principio no quería y decía que yo no estaba loca, reconozco que me ayudó mucho. Me vino muy bien para desahogarme en aquel momento.

Yo creo que mi comportamiento de entonces tuvo mucho que ver con la separación de mis padres. En casa había mucha tensión y eso me hacía sentirme tensa a mí también.

Cuando ya se divorciaron y mi aita se fue de casa, fue todo más tranquilo, más ameno y más llevadero. Y también empecé a mejorar en los estudios con la ayuda de los profesores. La verdad es que en el instituto todos me apoyaron mucho y me cogieron mucho cariño.

Además, mi madre tuvo por entonces a mi hermana pequeña y también con eso fui madurando. Porque como mi madre no estaba mucho en casa, me tocaba a mí hacerme cargo de ella, ejercer un poco de madre. Y eso te hace ser más responsable.

Es que encima coincidió que mi hermana se quedó embarazada con diecinueve años. Ella empezó el Bachillerato en Andoain, pero con el tema de novios y no novios se le fue un poco la cabeza y no lo terminó. Empezó un grado de Enfermería, pero tampoco lo acabó porque fuimos a Ecuador y se enamoró del que ahora es su marido. Y al volver se dio cuenta de que estaba embarazada.

Mi madre se lo tomó bastante bien; pero como mi padre es un poco cascarrabias, a mi hermana le costó más decírselo a él. Al final, lo hizo por teléfono desde Ecuador. Primero pensó que era una broma y empezó a reírse, pero luego ya le explicó que era verdad. Y lo cierto es que se lo tomó mejor de lo que nos temíamos.

Para mí también fue muy raro, porque mi hermana se encargaba bastante de mí, era como mi segunda *amatxo*. Y de repente saber que iba a tener una niña me resultaba muy extraño.

Al novio le trajo mi madre aquí con un contrato en la panadería y se casaron al año siguiente. Él trabaja ahora de panadero y de carnicero y mi hermana de cocinera en un restaurante. Así que les va bien. Han estado viviendo de alquiler en Lazkao, pero el año pasado se compraron un piso en Yurre y ahora viven ahí.

La primera vez que volvimos a Ecuador fue cuando yo tenía ocho años, dos después de venir. Estuvimos allí con la familia, con la amona. Mis padres se estaban construyendo entonces dos casas y fuimos sobre todo para ver cómo iban las obras.

Yo me lo tomé como unas vacaciones, porque sabía que iba a volver a Lazkao. Solía estar con mis primos jugando y así. Y recuerdo que me lo pasé muy bien. Después volvimos a ir dos veces más, pero yo no he vuelto desde que tenía doce años porque empezó todo el lío de la separación de los aitas. Así que llevo ocho años sin ir a Ecuador.

Me apetecería volver porque me he dado cuenta de que no conozco Ecuador. Solo la zona donde vive mi abuela y donde está nuestra casa. Aunque somos de Guayaquil, yo no conozco la ciudad. Y también me gustaría ir para ver a la familia. Sobre todo a las abuelas, porque se ven haciendo mayores y les echo de menos. Siempre nos andan preguntando que a ver cuándo nos animamos a ir. Yo sí que quiero volver, pero tengo claro que solo de vacaciones. Porque ya me he hecho a estar aquí.

Mi padre siempre había tenido la idea de volver a Ecuador. Por eso se hicieron allí esas dos casas que ahora tienen alquiladas. Él quería que nos fuéramos a Ecuador cuando yo terminase de estudiar.

Mi padre siempre había tenido la idea de volver a Ecuador. Por eso se hicieron allí esas dos casas que ahora tienen alquiladas. Él quería que nos fuéramos a Ecuador cuando yo terminase de estudiar. Pero con lo de la separación cambiaron mucho las cosas. Ahora mi aita anda un poco a medias entre los dos sitios. Se pasa seis meses allí y luego está aquí unos tres meses. Pero lo hace sobre todo porque estamos aquí mi hermana pequeña y yo. Ya nos ha dicho que por ahora va a seguir viniendo, pero que dentro de unos años se quedará allí y hará su vida en Ecuador.

Además, ahora está conociendo a una chica allí y parece que ya está bastante metida en la familia. O sea que mayor motivo para seguir pasando más tiempo en Ecuador con su pareja y con su madre.

Mi ama, como yo, también está hecha a esto y tiene su vida aquí. Nosotros siempre hemos vivido de alquiler en Lazkao, no hemos querido comprar casa. Pero ahora ella sí que se está planteando comprar. Eso quiere decir que de momento no está pensando en la posibilidad de irse.

De todas formas, si por cualquier situación nos tuviéramos que ir de aquí porque la cosa va a peor, alquilaríamos la casa de aquí y viviríamos en la que tenemos en Ecuador.

La idea de ama es comprar la casa aquí en Lazkao, porque le gusta el pueblo. Y a mí sinceramente también me gusta más que los de alrededor. Beasain es más grande y tiene tren, pero yo ya me he hecho a esto y no me apetece cambiar.

Cuando su hija tenía un año, mi hermana mayor estuvo algo más de un año viviendo en Ecuador. Pero luego volvió aquí primero ella con la niña y al de un tiempo se trajeron al marido. Porque ella también está muy a gusto aquí, aquello es muy diferente.

Ahora, como ya he dicho antes, se han comprado piso aquí y no se plantean de momento irse otra vez.

También se están haciendo una casa en Ecuador, pero yo creo que es más bien para poder estar en su casa tranquilamente cuando vayan de vacaciones y no tener que ir a la nuestra o a la de la familia del marido de mi hermana. Además, siempre pueden alquilarla y traerse el dinero aquí.

He hablado sobre esto con mi cuñado y él sabe que sus hijos también se van a hacer a lo de aquí. Dice que si cuando él tenga cincuenta años se vuelve a Ecuador, le parecerá bien que sus hijos se queden aquí si quieren. Pero él sí que tiene claro que se va a ir. Y mi hermana lo que dice es que si se tiene que ir a vivir a Ecuador, se irá.

Yo creo que acabarán yéndose, pero cuando sean ya muy mayores. Mi hermana pequeña y mi sobrina tienen la misma edad, y estoy segura de que cuando crezcan y empiecen a hacer vida de salir y eso les va a tirar mucho más el estar aquí. Es lo mismo que me ha pasado a mí, pero con el añadido de que ellas han nacido aquí.

Si a mí me preguntan de dónde soy, siempre contesto que de Ecuador. Porque además se me nota que soy de fuera. Pero sinceramente yo me siento más vasca que ecuatoriana, porque el estar aquí hace mucho. He estado aquí desde pequeña y he hecho toda mi vida aquí. Soy de los dos sitios, pero me siento más de aquí.

Soy de los dos sitios, pero me siento más de aquí.

Me lo ha preguntado mucha gente y no es algo que me moleste, me da igual. Tengo una amiga que siempre me anda diciendo que si soy de chocolate y no sé qué. Las típicas bromas del color y así, pero a buenas. Y no me sienta mal, porque sé que es una broma y ya está. Yo soy mucho de reír.

Pero luego se lo comento a mi madre y me dice que a ella no le haría mucha gracia. Y entonces le tengo que explicar que solo es una broma y que me lo tomo a cachondeo.

Otra cosa es que se empiecen a meter con cosas familiares, eso ya no me gusta. Es que mi hermana pequeña es más blanquita. De las tres hermanas, yo soy la más morenita, la más negrita. Mi madre es de piel más clara y es rubia, igual que mi hermana mayor. Y además tiene los ojos azules. Nos parecemos, pero el contraste del color es grande.

Y por eso a veces empiezan a decirme lo diferente que es mi hermana, como dando a entender cosas que no son. No es que me moleste mucho, pero al final acabas agobiándote un poco. Hemos salido así y ya está.

Cuando empecé a salir con la cuadrilla de mis compañeras del instituto, solíamos andar por Lazkao. Si hacía bueno, íbamos al monte. Y si hacía malo, estábamos en el *gazteleku*. O comprábamos unas patatas en un Eroski y nos íbamos a los *aterpes* a jugar a cartas o a lo que fuera.

También andábamos bastante en patines y, como jugábamos a fútbol, quedábamos con unas de Beasain. A veces íbamos nosotras allí, pero lo normal era que vinieran ellas a Lazkao.

Y si no, simplemente pasábamos el rato sentadas en un banco comiendo pipas. En mi cuadrilla todas mis amigas eran de Lazkao, no había ninguna de fuera. Ahora hay algo más, pero es que entonces no había mucha gente extranjera viviendo aquí.

Es verdad que cuando llegas al cole y eres la nueva todos se quedan como mirándote y te preguntan de dónde eres y así, pero yo no noté que a la gente se le hiciera extraño. Igual es también porque mis padres habían llegado antes y ya les conocían.

Cuando podía por el trabajo, mi madre solía ir a buscarnos al colegio y tenía relación con las madres de mis compañeras. O los fines de semana, si quedábamos nosotras, ella se iba a un bar con otras madres.

No es que hubiera una cuadrilla de las madres, porque la cuadrilla suele ser la de su pareja. O sea, que la madre de mi amiga normalmente es de la cuadrilla de su padre. Pero se llevaban bien y si tenían que quedar para alguna cosa o se encontraban, aprovechaban para ir a tomar algo.

Los días que salíamos solían hablar entre ellas al día siguiente para saber a qué hora habíamos llegado. Lo típico de intentar saber si coincidía lo que decíamos. Me parece que al principio nos dejaban hasta las doce o así, y luego se fue alargando. En Bachillerato a muchas ya no nos ponían hora para volver y llegábamos hacia las cuatro y media. Bueno, y en Nochevieja, que es un día especial y solemos ir a Beasain, ya nos dejan a nuestra bola. Si tenemos que volver a casa después de desayunar, lo hacemos.

Por otra parte, con mi aita era distinto. Su vida normalmente era trabajar y los fines de semana se iba a jugar voleibol a Beasain, donde se solían juntar otros latinos. Pero a mi madre no le iba ese plan, porque no le gustan mucho los deportes. Cuando iba, se quedaba sentada en una esquina mirando cómo jugaba mi padre y vigilando que no me pasara nada a mí. Yo creo que se aburría.

Todavía suelo ir a veces allí con mi hermana mayor para juntarnos con una hermana de mi padre y su familia que viven en Ordizia. Normalmente voy a gusto porque mis primos son muy locos y haces unas risas. También solemos celebrar los cumpleaños con ellos.

Además, tengo familia por parte de mi madre que vive en Donosti y con la que solemos quedar a menudo. Unas veces vamos nosotros a Donosti y otras vienen ellos aquí.

También tenemos costumbre de reunirnos con otros amigos ecuatorianos de mi ama. Normalmente, yo suelo ir. Pero si veo que la cosa se va a alargar mucho o tengo algún otro plan, no voy. Es que además los hijos de los amigos de mis aitas son menores que yo, no es como para salir con ellos. A veces estoy más en plan de chingarles un poco y de jugar. Pero lo paso bien.

Cuando nos reunimos los fines de semana en casa para cenar con mi hermana y mi cuñado, solemos hacer comida ecuatoriana. Y entre semana a la ama de vez en cuando también le apetece esmerarse y cocina algo de allí.

También mantenemos la costumbre de hacer en Nochevieja un muñeco con papel, cartón y tela que se quema a las doce. Supuestamente, es para que se vaya todo lo malo que nos ha pasado durante el año y para que vuelva todo lo bueno. Y es curioso, pero últimamente celebramos tres veces el día de la madre. El primer domingo de mayo, que es cuando se hace en Ecuador, en la fecha que sea aquí y también en la que lo celebran en Cuba, que es un día distinto, porque tengo una prima que está casada con un cubano. Así que por triplicado.

Ahora tenemos otra costumbre curiosa relacionada con la religión y las nuevas tecnologías. Como tenemos un grupo de WhatsApp con nuestra familia de Ecuador, si le pasa algo a alguien de allí nos piden a través del grupo que recemos por él. Ellos por su lado organizan una misa o se reúnen para orar, y nosotros lo hacemos en casa.

Es que la familia de mi madre es católica y muy religiosa. Sobre todo mi abuela. Ella es de ir a misa todos los domingos y varias veces más entre semana. Y de orar mucho.

El hermano mayor de mi madre vive en Austria y está dando clases de religión allí. Fuimos hace unos años a visitarle. Y otra hermana de mi ama que vive en Guayaquil también es muy religiosa.

Pero el hermano que vive en Donosti y mi ama son religiosos, pero menos. Y nosotros también. A todos nos han educado en el catolicismo. Vamos a la iglesia de vez en cuando algún domingo y sí creemos que hay un Dios y tal, pero no somos tan practicantes.

La mayoría de las amigas de la cuadrilla no creen en nada y muchas veces me han preguntado si yo soy religiosa. Pero es que yo pienso que si te crean ese entorno de que hay un Dios que está ahí, tú también te haces esa idea.

Y parece que a veces a mis amigas eso le extraña, pero a mí no. Igual que tú no crees, yo sí creo. Yo respeto que tú no creas, pero tú también tienes que respetarme si digo que sí hay un Dios y todo eso.

Si tengo hijos, haré como ha hecho mi hermana, que es igual que yo, creyente pero poco practicante. Su hija ha ido a catequesis y ha hecho la Comunión. Y si hay que ir a alguna misa, pues se va.

Mi hermana pequeña, que también ha ido a catequesis, ha cogido ahora la costumbre de rezar todas las noches un poco al irse a la cama. Pero luego eso se va perdiendo, porque yo también lo hacía y ahora ya no lo hago.

Otra costumbre que hemos perdido es la de rezar al sentarnos a la mesa antes de comer. Lo hacíamos cuando vinimos de Ecuador, pero ahora ya no.

Somos católicos, sí creemos, pero no somos practicantes al uso.

Si tengo hijos, haré como ha hecho mi hermana, que es igual que yo, creyente pero poco practicante.

Sobre este asunto de la religión, sinceramente mi padre no sé lo que es. Él es de los que cree que sí hay un Dios, pero a la Virgen como que mucho caso no le hace.

A mi aita siempre le ha gustado la política, le gusta informarse y estar al día. Pero mi madre tenía un tío que era político y lo mataron. Era un hermano de mi abuela y yo creo que por eso ella les cogió un poco de manía a los políticos. Puede que sea por eso que en su casa había más religión y nada de política. Y mi ama tampoco es que se entere mucho del asunto.

Aunque reconozco que es una cosa importante y de la que se tiene que saber, yo tampoco me he interesado nunca por la política. Puede que me haya influido el que en casa tampoco he visto ese interés por parte de mi madre.

Tenemos una amiga que estudia Derecho y que está muy metida en estas cosas. Cuando hay elecciones nos solemos reunir y nos explica todo para ver a quién votar. Pero la verdad es que tampoco me suelo enterar mucho, y me da rabia. En la cuadrilla sí se habla algo de política de vez en cuando; pero si empiezan unas, las demás nos ponemos a hablar de otra cosa. Pasamos bastante.

Al acabar la ESO, yo tenía claro que iba a hacer Bachillerato. El que mi hermana no lo acabara me sirvió para ponerme ese objetivo como meta. Como ella se enamoró y no sé qué, yo decidí que hasta terminar el Bachillerato no me iba a fijar en ningún chico. Y lo cumplí.

Como siempre he sido de estudiar y mis amigas iban a ir a la universidad, ahora me he puesto como objetivo acabar la carrera.

Al acabar 2º y conseguir el título, con dieciocho años, nos fuimos a Salou los del instituto. Nos lo pasamos muy bien y ya me relajé un poco con lo de los chicos.

Pero como siempre he sido de estudiar y mis amigas iban a ir a la universidad, ahora me he puesto como objetivo acabar la carrera.

Hice el Bachillerato por Letras y las carreras que más me gustaban eran Derecho, Magisterio y Empresariales. No sabía por cuál decidirme y fui descartando hasta que me quedé con Derecho.

Empecé bien, pero ya a mitad del primer cuatrimestre me di cuenta de que no había ninguna asignatura que me gustara. Se lo comenté a la ama y me dijo que estuviera tranquila, que era mejor que me hubiese dado cuenta el primer año y no al final.

Mi aita entonces estaba en Ecuador y cuando le dije primero que iba a hacer Derecho se puso muy contento pensando que iba a tener una hija abogada. Siempre le he tenido como un poco de respeto, porque nos ha insistido mucho en que hay que estudiar.

Por eso, cuando le dije que lo iba a dejar no sabía cómo iba a reaccionar. Aunque al principio le chocó un poco, luego ya me dijo que si no era realmente lo

que yo quería, él no me iba a insistir para que siguiera, porque se trataba de que yo estuviera a gusto en la carrera. Además, cuando le dije que iba a hacer Magisterio, le pareció muy bien porque él ha trabajado de profesor de gimnasia en Ecuador y le parece una carrera muy buena. Me animó a seguir adelante. Así que este curso he empezado Magisterio en la UPV y muy bien. Estoy muy contenta con las asignaturas y con todo. El año que viene empiezo las prácticas y estoy súper a gusto.

Además, ahora estoy dando clases particulares a varios chavales. Me sirve como experiencia para mi carrera y encima me saco un dinerillo para mis gastos. Y está muy bien, porque hay diferencia entre estar pidiéndole todo el rato a la ama y tener tu propio dinero.

Doy clases a chavales de distintos niveles, desde HH a DBH. Todos son de origen extranjero y algunos son hijos de amigas de mi madre y otros a través de la *ikastola*.

Es curioso que yo esté ahora dando clases a chavales que necesitan una ayuda, sobre todo en euskera y expresión, lo mismo que la necesité yo en su momento. No es por echarme flores, pero todo el mundo me dice que hablo muy bien en euskera. Con mis amigas solo hablo en euskera y siempre me han dicho que tenía nivel como para dar clases.

Lo que no se me da tan bien es el inglés. Yo creo que le cogí un poco de manía porque al venir aquí todo era en euskera y luego teníamos el inglés como asignatura. Y encima siempre me preguntaban a mí y no sabía qué contestar.

Yo le animé a mi hermana a que apuntara a su hija, a la que también doy clase, a clases particulares de inglés. Porque con su edad le va a resultar más fácil y se le va a quedar mejor. No como a mí, que también me tendría que poner a ello pero me va a costar mucho más aprenderlo.

Todo el proceso de divorcio de mis padres fue muy desagradable y, sobre todo en el primer momento, lo llevé bastante mal. La separación fue por maltrato y con orden de alejamiento de por medio.

Al principio tenía que estar los fines de semana alternos con mi aita, pero llegó un momento en el que no me apetecía. Lo que pasa es que tenía que ir para llevarle a mi hermana. Porque como mis padres no se hablaban y no se querían ver, era yo la que tenía que estar todo el rato yendo y viniendo y pasándoles los mensajes de uno al otro. Que si dile a tu padre esto o dile a tu madre aquello. Les acabé diciendo que eran cosas suyas y que se las dijeran directamente. Porque encima si era algo que no quería escuchar el otro, luego las broncas eran para mí.

Además, aunque yo soy muy alegre, tengo un carácter un poco como el de mi padre. Digo las cosas claras y si algo no me gusta, también lo digo aunque siente mal. Mi hermana duda más si hacerlo o no por la reacción que pueda tener el aita. Para eso es un poco más como mi ama. De no decir las cosas porque igual no sientan bien, por no crear mal ambiente o por lo que sea.

A mi ama no le gusta que yo sea así, pero siempre le digo que a alguien habré salido y que no es mi problema.

Hasta me daba reparo hablarle a mi madre de mi padre, porque no sabía si se lo iba a tomar bien, mal o qué me iba a decir.

Ahora ha venido mi padre para la Comunión de mi hermana y parece que la cosa ha mejorado un poco. Por lo menos se dicen hola, qué tal y agur. Ya es un paso. Resulta más cómodo. Más que nada por mi hermana pequeña, que no sabe todo lo que hemos vivido mi madre, mi otra hermana y yo. Y que se merece que sus padres tengan una relación cordial en lo posible.

Mi aita está viviendo ahora en casa de mi hermana, pero si encuentra trabajo se alquilará una habitación en Beasain. Es lo que suele hacer cuando está aquí. Y su idea de momento es seguir pasando una temporada en cada sitio.

De cara al futuro, me gustaría seguir con la carrera y hacer algo tipo Erasmus en Latinoamérica. Yo querría ir a México, pero mi madre, que es un poco histérica, me dijo que le daba miedo y que me podía pasar cualquier cosa.

Encima, una de un pueblo de aquí al lado se fue allí y se murió en un accidente, así que ella se empezó a montar sus paranoias. Que voy a estar muy lejos y que si me pasa algo ella no va a estar para ayudarme y cosas por el estilo. Así que parece que no le gusta mucho la idea.

Me gustaría lo de ir a América para conocer las diferentes metodologías educativas que se emplean allí, porque creo que son muy distintas a las europeas. Pero bueno, tampoco me importaría hacer un Erasmus en algún país de Europa. Además, me vendría bien para mejorar mi inglés.

A mi ama esto le daría menos miedo, aunque sé que tendría un mini ataque solo por el hecho de irme fuera.

De todas formas, todavía tengo tiempo para pensarlo, porque esto sería dentro de dos cursos.

Para cuando acabe la carrera, yo siempre le he dicho a la ama que si no encuentro trabajo aquí, me quiero ir fuera. Me gustaría salir y ver mundo.

Y para cuando acabe la carrera, yo siempre le he dicho a la ama que si no encuentro trabajo aquí, me quiero ir fuera. Y si tengo que trabajar en un restaurante o donde sea, pues lo haré. Me gustaría salir y ver mundo. A ella esto le asusta un poco, porque ve que se quedaría sola aquí con mi hermana.

Pero también le he dicho que en cuanto me coloque en algún sitio, yo voy a hacer mi vida, pero me la voy a llevar conmigo. Porque siempre he sido muy de la ama y me costaría separarme de ella.

Tengo claro que mi idea es acabar ejerciendo de profesora. No sé dónde, pero es lo que me gustaría. Y si termino en Lazkao cuando tenga mi familia, mejor. Siempre he estado aquí y me apetecería terminar aquí.

Porque mi hermana pequeña va a hacer su vida aquí y mis amigas, a las que ahora veo a diario, también van a estar aquí o en esta zona.



Me llamo Ahmed...

...y mis padres son marroquíes, aunque yo nací en Bilbao hace treinta y un años. Mis cuatro hermanos son mayores que yo y también nacieron aquí.

Mis padres vinieron hace ya cuarenta y cinco años, son de las primeras generaciones de origen marroquí que aterrizaron por Euskadi. Ellos son de una zona rural de Marruecos y primero hicieron el éxodo a la ciudad, a Tetuán. Intentaron buscarse allí la vida, pero estaba todo muy difícil. Por eso, empezaron a tramitar la solicitud para venir aquí.

Primero lo hizo mi padre, que se fue con un amigo a Tarragona, porque allí había trabajo. Estuvo trabajando de albañil y de lo que le iba saliendo.

Al cabo de un año, mi madre consiguió también los papeles y mi padre se volvió a Marruecos para venir juntos. Por medio de contactos, y sin conocer nada de la geografía donde venían, se instalaron en Eibar por motivos laborales y buscando una estabilidad. Desde luego, no fue porque fuera bonito ni nada parecido. En aquel momento se estaba construyendo la autopista del Cantábrico, y ahí contrataron a mucha gente de origen portugués y magrebí, además de castellanos y extremeños. Y uno de ellos fue mi padre.

Al acabar el trabajo de la autopista, la empresa para la que trabajaba mi padre le ofreció ir a Segovia y se fueron para allá. Tampoco tenían mucha opción, porque conseguir un trabajo sin cualificación y sin dominar el idioma era muy difícil.

Pero a mi madre no le gustó aquello. Además de por el frío y la nieve, por lo que me ha contado, parece que la gente era más cerrada que aquí y estaba todavía menos acostumbrada a tratar con personas de fuera. Las miradas debían de ser bastante desagradables.

Así que mi madre acabó dándole un ultimátum a mi padre. Le dijo que si seguían allí ella se volvía a Marruecos.

Total, que acabaron volviéndose a Eibar, porque aquí por lo menos había otras familias de origen marroquí.

Cuando no tienes ninguna unión familiar, tus paisanos, por llamarles así, se acaban convirtiendo en tu familia.

Yo creo que lo que ocurre es que cuando no tienes ninguna unión familiar, tus paisanos, por llamarles así, se acaban convirtiendo en tu familia. Acabas creando un círculo con la gente de tu país que habla tu idioma. Porque mis padres cuando llegaron solo hablaban árabe. Es gente con la que igual no habrías tenido ninguna relación ni habrías compartido nada en caso de haberte quedado en Marruecos.

Pero esta comunidad, que por un lado te sirve de apoyo, también te puede hacer mucho daño, porque hay una tendencia muy grande a criticar y se suelen montar rifirrafes.

Mis dos hermanos mayores, que tienen cuarenta y treinta y ocho años, nacieron en Eibar. Después la familia estuvo un período corto de tiempo viviendo en Bakio y luego ya se instalaron definitivamente en Bermeo, que es donde han estado toda la vida. Aunque yo nací en Bilbao, como mi otro hermano que tiene treinta y dos años, mi vida la he hecho en Bermeo.

Los cuatro hermanos nos hemos escolarizado en Bermeo, en la enseñanza pública. Lo que pasa es que como nos llevamos bastantes años, somos como dos generaciones distintas.

Los dos hermanos mayores estudiaron en castellano, porque entonces había esa posibilidad y mis padres, por desconocimiento o por lo que fuera, les metieron ahí.

Pero Bermeo es un pueblo pequeño donde se habla euskera y lo necesitas para relacionarte. Además, aquellos eran unos años muy *borrokas* y había muchas ganas de aprenderlo. Así que mi hermano mayor acabó aprendiendo euskera en el *euskaltegi* y también por su círculo de amigos, porque tenía toda la cuadrilla *euskaldun*.

Y mi hermana, que empezó pronto a trabajar en hostelería, lo aprendió a base de relacionarse con la gente que van al bar. Tiene un euskera más de calle, pero lo entiende todo perfectamente.

Cuando yo empecé en el colegio, ya solo había modelo D, en euskera. Pero es que además mis hermanos mayores les dijeron a mis padres que era mejor así, para que no nos pasara como a ellos.

Estaba en clase con otros chavales que hablaban en euskera y cantábamos las típicas canciones también en euskera, aunque yo no las entendía bien del todo. Tenía un follón bastante grande en la cabeza, porque hablaba en árabe con mis padres, en castellano con mis hermanos y en euskera en la calle. Tengo ese recuerdo de lío gordo en aquel momento.

De todas formas, cuando a mí me preguntan sobre esto familias de origen marroquí o pakistaní, que ahora hay un montón, yo les suelo animar a que estudien en euskera, porque el camino así es mucho más fácil que a la inversa.

El castellano ya lo van a aprender muy fácil de rebote: de la vida, de la tele o de los medios de comunicación. Es mejor aprender el euskera desde pequeños.

Porque si no, les va a costar mucho más y en muchos trabajos se lo van a pedir. Además, así les va a resultar también más fácil aprender otros idiomas como el inglés o el francés, porque tienes más herramientas que te van a ayudar. Cuando les comento todo esto, me suelen hacer caso y se quedan más tranquilos, porque ven que se lo está diciendo una persona como ellos que ha vivido esa misma situación.

En cuanto a la relación con mis compañeros, ahí tengo un recuerdo más agrio que dulce. Le suelo dar vueltas a eso a veces y la recuerdo como una época bastante triste. De sentirte de una forma rara, diferente. Porque al final los críos son unos capullos y el insulto fácil era llamarnos *putos moros*.

Aunque mi nombre era diferente, yo había nacido aquí y que me insultaran de esa forma a la mínima me descolocaba. Y en el pueblo también éramos los diferentes, los marroquíes.

Aunque mi nombre era diferente, yo había nacido aquí y que me insultaran de esa forma a la mínima me descolocaba.

Todos esos comentarios me afectaban mucho, porque yo sabía que mis padres eran unos trabajadores y veía que no vivíamos en el mismo nivel que las otras familias. Vivíamos en una casa mucho peor que las de los demás y estábamos en el umbral de la pobreza. Pero todo eso no hace que seas menos que nadie ni que seas un ladrón. A nosotros mis padres nos metían un montón de caña con lo de robar. Teníamos unos valores muy claros y sabíamos que eso estaba prohibido. No era una opción y había que trabajar en lo que fuera antes que hacerlo. Por eso, esa desconfianza y esas miradas por parte de algunas personas me dolían muchísimo.

Tampoco quiero decir que todo el mundo fuera así. Yo tuve la suerte de tener unos profesores muy buenos de los que tengo muy buen recuerdo. Y también había padres a los que les encantaba eso de que habláramos euskera.

Con los compañeros de clase había de todo, pero en general con los de mi quinta me llevaba bien. Los insultos solían venir de los chavales más mayores, los de los siguientes cursos.

Además, entonces había súper pocas matriculaciones en la escuela pública. La gente se apuntaba más en la *ikastola*. Y eso que en la nuestra solo había modelo D.

Nos llevábamos fatal y nunca querían andar con nosotros. Algunos de la escuela pública, al ser *euskaldunes*, tenían menos problemas. Pero nosotros teníamos todas las papeletas para ser insultados. Porque entonces en la *ikastola* no había extranjeros y los pocos que había en el pueblo estábamos en la pública.

Yo he estudiado Magisterio, y siempre me ha interesado este tema de escuela pública e *ikastola*. Sobre esa rivalidad y sobre cómo nos inculcan ya la política

desde txikis. Sobre esa idea de que los de la pública son los pobrecillos, los que menos recursos tienen y los más *castellanos*. Cuando no es así para nada. Tengo que reconocer que toda esa sensación de conflicto me afectó mucho en aquel entonces.

Todo eso hizo que tuviera muchas dificultades a la hora de conseguir mi círculo de amigos. Al ser tan pocos en clase y como con los de la *ikastola* no podías contar, era imposible. Aunque lo intentaras, no había forma.

Solo empezabas a tratar con ellos cuando jugabas en el equipo de fútbol o si hacías remo, porque ahí se juntaba todo el mundo. Pero de todas formas, distinguían mucho y era muy difícil entrar en una cuadrilla.

En la escuela, mi hermano estaba con los de su edad; las chicas andaban entre ellas y yo quedaba con otros dos o así. Y eso era duro, porque veías una cuadrilla de un montón de gente cuando andabas en fiestas y tú te quedabas con esos dos gatitos ahí.

Me dolía, porque yo soy una persona a la que le gusta relacionarse y parecía que eras el pringado y el tonto que no tenía amigos. No podía dejar de preguntarme por qué me pasaba eso.

Al pasar a la ESO, que nosotros éramos la primera promoción que la hacía, me fui al instituto de Gernika y ese cambio me vino genial. Allí nos juntábamos chavales de varios pueblos y éramos mucha más gente, unos setenta en mi curso. Lo malo era que la gente llegaba ya con la cuadrilla hecha, pero por lo menos podías ir de vez en cuando a otros pueblos a visitar a tus amigos. Aunque al final se seguía notando ese estatus de amigos que tienes y te quedabas un poco a la deriva. Es verdad que tu campo de amistades se ampliaba, pero seguías todavía en tierra de nadie.

En Bachillerato empecé a relacionarme un poco más con la gente de la *ikastola*, porque algunos iban también al instituto a hacerlo, pero el tema de la cuadrilla seguía siendo selectivo, siempre nos quedábamos como en un segundo plano. Además, en aquel momento tampoco tenía los recursos como para echarle morro al asunto y preguntar a ver qué pasa aquí. Hoy en día sí que lo haría, porque me parece una tontería que esto pueda marcar la infancia o la adolescencia de una persona.

La primera vez que fui a Marruecos tendría unos cuatro o cinco años. Mi padre solo tenía veinte días de vacaciones y aquello era un *sprint*. El viaje era una tortura. Íbamos a Algeciras en autobús y luego a Ceuta en barco, que era la parte más divertida. Pasar la frontera era un horror porque te pegaba el sol y había muchísimos coches. Además, siempre íbamos con un montón de maletas con ropa y otras cosas para dejar allí. En Ceuta nos solía recoger un familiar de mi padre, que es el que nos llevaba al pueblo.

El recuerdo que tengo es de algo muy diferente a esto, muy jungla. Era una zona de aldeas sin asfaltar y sin luz eléctrica y tenían que ir a coger el agua. Todo el

mundo dormía en la sala, en plan Tetrix, como en una lata de sardinas. Es un recuerdo un poco raro, me parecía el tercer mundo.

El siguiente viaje fue con seis años y lo hicimos en Navidades. Creo que fuimos para la circuncisión, porque aquí no te la hacían. Fue algo súper traumático, como si nos hubieran secuestrado. Nos dijeron que nos iban a dar un caramelo, nos pusieron en una camilla y nos levaron a un quirófano. Y luego despertarse ahí con ese dolor... fue un palo.

Y encima, como eran las Navidades, no tuvimos regalos y estábamos todavía más cabreados por eso. Al final, para consolarnos un poco acabaron comprándonos algo allí sobre la marcha, que además era súper cutre. Un desastre.

Al ir siendo más mayor, en los siguientes viajes fui más consciente de las cosas: de que mi familia estaba allí, de que mis abuelos se habían muerto y de que tenía unos tíos y unos primos. Fue como ir asumiendo que veníamos de allí.

En la zona de donde son mis padres, la gente vive en unas casitas muy cutres y cultivan hachís. No ganan mucho dinero con ello porque, como suele pasar, la parte más gorda se la llevan las mafias.

En los siguientes viajes fui más consciente de las cosas. Fue como ir asumiendo que veníamos de allí.

En verano, los terrenos se quedan súper secos porque el sol pega un montón. Nos decían que tuviéramos cuidado y sí recuerdo que te machacaba. El día se hacía súper largo y nos aburríamos bastante.

Con mis primos solíamos jugar y nos llevábamos bien, pero había otros chavales que nos vacilaban y nos insultaban. Como se reían de nosotros, acabábamos hablándoles en euskera y riéndonos también de ellos. No sé si sería porque ellos iban con unas chancletas todas cutres y nosotros con unas zapatillas que no serían gran cosa pero que ya tenían otra pinta. Nosotros éramos como los doctores ahí.

Ese era otro motivo de discusión muy grande cuando íbamos a Marruecos. Porque nosotros intentábamos llevar todo lo posible, de ropa y de todo, pero siempre les parecía poco. Se debían de pensar que como éramos los *europesos* vivíamos muy bien.

Mi padre les solía decir que le preguntaran a su hermano, que estuvo aquí una temporada trabajando con él pero que se volvió porque esto le pareció muy duro. Pero claro, una cosa es contarlo y otra vivirlo.

En la ESO y en el Bachillerato estuve varios veranos sin ir, porque me concedieron becas para estudiar inglés. Estuve tres años fuera. Fue una experiencia muy buena que me vino bien para coger oxígeno. Conocí gente de todo el País Vasco y de otros sitios de la península, y era un momento en el que aquí no tenía muchas amistades.

De más mayor he vuelto a ir a Marruecos varias veces porque tenía el gusanillo de estar allí yo solo y conocer el país por mi cuenta. Lo que pasa es que mi padre se encargaba de avisar a la familia de que iba a ir y ya tenía que cumplir con ellos, y a mí eso me aburría bastante. Solo he conseguido estar una vez a mi aire con un colega. Fuimos a Marrakech y, como allí no tengo familia, aprovechamos para salir de fiesta, ir a los zocos y comer de todo. Fue muy guay, unas vacaciones de verdad.

Además, cuando empecé a ir solo iba en avión para no perder tanto tiempo. No he vuelto a ir allí en autobús.

Mis padres sí que tenían idea de haberse vuelto a Marruecos, o por lo menos de pasar largas temporadas allí. Pero ninguno de ellos está bien de salud y no van a poder hacerlo. Mi padre se jubiló y tiene que hacerse revisiones periódicas, depende totalmente de los médicos. Y mi madre también está bastante fastidiada de los pulmones y tiene que ir mucho al médico. Ya están hechos al sistema de Osakidetza, donde ya controlan sus casos. Además, en Marruecos todo funciona a base de sanidad privada y de pagar dinero.

Suelen ir a veces con mi hermano en coche, cuando tienen un hueco entre las revisiones y los tratamientos médicos. Pero solo para unos pocos días, han tenido que descartar totalmente la idea de volverse a Marruecos.

Yo no me planteo la posibilidad de irme a vivir allí. Hace unos años sí que pensé en montar algo, pero hay mucha corrupción y muchas historias, son muy vivos. Tienes que estar con gente a la que conozcas muy bien y en la que tengas plena confianza. Y la familia no suele funcionar para estas cosas. Conozco familias que lo han hecho y han acabado bastante quemados. Un amigo mío decía que la vaca engorda con el ojo del amo y yo creo que es así.

Además, lo que te pasa es que tienes la sensación de estar en cierto modo en tierra de nadie, entre dos aguas. Porque yo he nacido aquí, hablo euskera y me puedo sentir muy *euskaldun*. Pero te das cuenta de que los otros no te ven así.

Porque te faltan los ocho apellidos vascos y tu tez no es *muxugorri*.

Al final, no sabes muy bien dónde estás, con quién sentirte identificado o quién te da la cobertura aquí. Te tienes que crear tú mismo una identidad entre esas dos aguas y decir que aquí estoy.

Pero cuando iba a Marruecos me pasaba lo mismo. Para los de allí yo era el extranjero, el que vive fuera. Aunque hable árabe y mi familia sea de allí.

Al final, no sabes muy bien dónde estás, con quién sentirte identificado o quién te da la cobertura aquí. Te tienes que crear tú mismo una identidad entre esas dos aguas y decir que aquí estoy.

Tengo una definición que creo que se ajusta bastante a lo que yo soy. Tampoco es que le vaya repitiendo eso a todo el mundo cuando les digo mi nombre o me preguntan de dónde soy. Según con quién estés hablando, ves que unos reaccionan con interés y que otros te empiezan a hablar de atentados, pañuelos y

cosas así. Es como que tienes un abanico de argumentos y ves cuál elegir en función de la situación.

Cuando yo era crío, el problema se centraba en la cuestión racial, lo de moro y todo eso. Pero ahora, con todas estas barbaries de los atentados, el punto de mira se orienta hacia las creencias. Yo no me meto en si uno dice que es ateo a pesar de estar bautizado, haber hecho la comunión e incluso haberse casado por la iglesia. Lo que me molesta es que si yo les digo que me siento musulmán estén prejuzgando una serie de cosas. Cuando hay muchas prácticas que yo no llevo a cabo.

Hemos pasado de decir que esa civilización aportaba mucho en diferentes disciplinas a ser tachados de ladrones, de guerra santa y de no sé cuántas cosas más. Esa me parece una lectura muy pobre y simplista de la realidad.

Y me parece especialmente grave si el que la hace es vasco. Porque ha podido sufrir en sus carnes que se metan en cualquier sitio de España con él por serlo. Con bromas del estilo de si lleva pistola o similares. Han pasado dos telediarios de eso y parece que ya lo han olvidado.

Mis padres siempre han rezado y han mantenido la religión. Mi madre al venir quería seguir llevando el pañuelo, pero mi padre le dijo que no lo hiciera por las miradas que veía en la gente. Hace unos veinte años ella decidió volver a llevarlo y algunos le decían que se lo quitara, que antes estaba más guapa. Pero ella decía que se veía bien y así ha seguido hasta ahora.

Y mi padre hoy en día va en chilaba a la mezquita. Conoce a un montón de gente por los sitios en los que ha trabajado y todos saben quién es: el marroquí o el carpintero. Les saluda y se interesa por cómo les va y por cómo está su familia.

Han llevado ese Islam tradicional de relacionarse con todo el mundo.

Mis hermanos y yo nos sentimos musulmanes, pero no llevamos la religión de la misma manera. Es normal, porque hemos nacido en otro contexto. No hemos nacido en Marruecos y nuestra educación y nuestro entorno han sido diferentes.

Mis hermanos y yo nos sentimos musulmanes, pero no llevamos la religión de la misma manera. Es normal, porque hemos nacido en otro contexto.

Desde que tenía doce años empecé a ir a trabajar con mi padre. Primero los fines de semana y luego también los veranos. Él trabajaba de carpintero y mis hermanos y yo íbamos a ayudarlo. No nos pagaban mal, como la mitad de lo que se le pagaba a un adulto, y el dinero era para nosotros. Pero era un trabajo muy duro para un crío.

Además, los jefes de mi padre no es que fueran racistas, eran lo siguiente. Le insultaban y le trataban como una mierda. Le decían que era un desastre, cuando era el que más trabajaba y el que se encargaba de los trabajos más sucios. Así acabó él de fastidiado con la trombosis que le dejó minusválido. Se metían con el Corán, con Mahoma y con todo.

A mí todo eso me generaba una rabia tremenda, pero no podía decir nada porque podía quedarse sin trabajo. Y eso que sus jefes eran de Palencia, era gente que también había emigrado y que podía haberse mostrado más comprensiva con otro emigrante.

Mi madre también ha trabajado mucho en hostelería y limpiando casas. Y encima la mayoría del tiempo sin cotizar, así que no le va a corresponder jubilación. Aunque no nos exigían mucho en los estudios, mis padres quisieron hacernos ver lo duro que era el trabajo. Querían que espabiláramos y que nos diéramos cuenta de que teníamos que estudiar y así no tener que acabar haciendo un trabajo como aquel.

Y desde luego funcionó, yo entendí perfectamente que tenía que hacer otra cosa.

Para los profesores fue un palo ver que me metía a Formación Profesional.

Al acabar el Bachillerato, hice un Módulo Superior de electricidad y electrónica. Como había sacado muy buenas notas, los profesores me animaban a hacer alguna carrera, pero la situación en casa se complicó bastante con la enfermedad de mi padre. Nos dijo que teníamos que buscarnos la vida porque él no iba a poder seguir trabajando.

Nos dijo que teníamos que buscarnos la vida porque él no iba a poder seguir trabajando.

Para los profesores fue un palo ver que me metía a Formación Profesional, pero yo no me atrevía a explicarles por qué era. Creo que me daba algo de vergüenza, es una situación que te pilla muy inmaduro con esa edad.

Mi hermano mayor estudió Derecho y, como compaginaba la carrera con el trabajo de carpintero, le costó un montón acabarla. Y mi padre pensaba que a mí me podía pasar lo mismo.

Así que acabé estudiando algo que no me gustaba y dedicándome a trabajar en la industria durante más de seis años. En una de las empresas en las que estuve me tocaba andar todo el día viajando, a Madrid y Barcelona e incluso al extranjero. Puede sonar muy bonito, pero no lo es. Porque te limitas a ir a una zona industrial a hacer tu trabajo, no puedes conocer el país. Era ir del hotel a la empresa y volverte para acá.

Trabajaba en algo en lo que no creía y terminé muy quemado en esa época. Se me juntó también que no tenía un círculo de amigos en el que apoyarme. Mi vida era solo ir a trabajar y estar en casa, no tenía a quién contarle mis cosas.

Acabé perdido y con una depresión, no me gustaba nada de lo que tenía.

Finalmente, me decidí a dejar el trabajo y eso también me resultó bastante duro. Porque mis padres al principio no entendían mi estado de nerviosismo y de bajón. Pero como ellos también veían que estaba sufriendo en mi trabajo y lo ajetreada que era mi vida, acabó pareciéndoles bien que hiciera algo que me gustara más.

Sobre todo mi madre, que siempre me ha apoyado más en todo. Se ofrecía para ayudarme aunque no tuviera cómo hacerlo.

En cambio, con mi padre muchas veces he tenido la sensación de que no me reconocía las cosas que iba haciendo. Era como que siempre apreciaba más lo que hacía cualquier otro de fuera que lo que yo podía hacer.

De alguna forma, creo que yo culpaba a mi familia por haber tenido que hacer las cosas de esa manera y por no haber podido estudiar una carrera. Tenía la sensación de que me había tocado llevar una mochila que no era la mía y que nadie me decía cómo hacerlo o cómo soltarla. Y tenía también por dentro una sensación de falta de reconocimiento a lo que había hecho por parte de los de casa.

Tenía la sensación de que me había tocado llevar una mochila que no era la mía y que nadie me decía cómo soltarla.

Pero bueno, las cosas son como son y después de dejar el trabajo estuve alrededor de un año en paro. Aproveché para hacer algunos cursillos y resultó ser una buena forma de conocer gente y eso me ayudó mucho. De repente, me encontré con un círculo de amistades como nunca había tenido.

Después de eso, me llegaron varias ofertas para trabajar en pisos de menores. Entonces había bastante gente trabajando en eso sin titulación. Sobre todo había demanda para personas que hablaran árabe, porque había un montón de chavales.

Pero tuve mala suerte, porque justo cuando yo me presenté ya hacía falta el título para trabajar ahí. Como tenía el EGA, me animaron a que me lo sacara, pero tenía mis dudas porque no sabía si me iba a gustar y prefería probarlo primero. Además, como yo tenía mis propios problemas, no sabía si iba a ser capaz de solucionar los de los otros.

Pero al final me decidí. Eran dos cursos.

Ahí empecé a pensar que tenía que acostumbrarme a trabajar con personas en vez de con máquinas. De alguna forma, empiezo a ser yo mismo, a hacer las cosas que yo decido hacer. Porque hasta entonces yo funcionaba siguiendo un poco al rebaño, tanto en el ámbito familiar como en todo lo relacionado con el pueblo.

Fue el momento para reafirmar que yo soy de una determinada manera. Una persona a la que le gusta relacionarse con los demás y a la que le da igual de dónde sean. Relacionarse con personas abiertas a hablar de cualquier cosa o a hacer cualquier tipo de planes.

Como cuando hice electricidad y electrónica me quedé con las ganas de hacer las prácticas en Noruega porque me contrataron antes de hacerlas, aproveché para hacer las de Integración Social en Munich. Estuve allí tres meses y lo pasé fatal porque ese año no fue nadie más de aquí, estuve solo.

Además, vivía en una casa muy alejada del centro y tuve movidas con mi tutor. Yo quería hacer las prácticas en empresas de inserción, y él me quiso meter

en con menores. Tuve que acabar hablando yo con la coordinadora de allí para solucionar el tema.

Tenía también la preocupación de cómo estarían las cosas en mi casa con mis padres, porque era la primera vez que iba a estar tanto tiempo fuera. Aunque no me dijeron nada para no preocuparme, al volver me enteré de que tanto mi padre como mi madre habían estado varias veces ingresados en ese tiempo.

Me gustan más las ciudades más grandes donde no te sientes tan observado.

La parte positiva de todo fue que conocí a mucha gente y que lo supe llevar adelante. Y como siempre me ha gustado viajar y conocer sitios nuevos, también aproveché para ir a Estambul y a Berlín. Me encantaron las dos.

En general, me gustan más las ciudades más grandes donde no te sientes tan observado. No como pasa en Bermeo, donde te da la sensación de que todo el mundo se vuelve a mirar cuando llegas.

A la vuelta de las prácticas, me fueron saliendo trabajitos en un centro de menores y en unas colonias. También me llamaron de un piso para hacer sustituciones. Lo que pasa es que en los pisos te toca hacer noches, está así legislado. Y eso supone que estás allí tú solo por la noche haciendo de *segurata* con ocho chavales de trece a diecisiete años.

Trabajaba siete noches seguidas y luego tenía siete días libres, pero me los pasaba remontando lo de la semana anterior. Estaba bien pagado, pero no era vida.

Me di cuenta de que yo no quería hacer eso, no había estudiado para estar de *segurata*. Acabé harto, porque lo único que iba a conseguir era destruir mi sueño.

Tuve suerte porque al de poco tiempo me llegó una oferta de trabajo para una escuela de aquí. Se trataba de estar de apoyo educativo con un chaval con necesidades especiales que tenía una enfermedad degenerativa. Estaba estudiando un módulo de informática y yo tenía que estar con él todo el rato. Fue un cambio total respecto a los de los pisos y me vino muy bien para conocer la escuela por dentro.

Aprendí un montón tanto sobre enseñanza como sobre programación, que era algo que siempre me había gustado. Me decían que la titulación me la tenían que dar a mí, porque era el que más preguntaba en clase.

Tuve muy buena relación con los chavales, porque no me consideraban ni profe ni alumno. Entraba en su jerga, me respetaban y me pedían consejo.

El chico del que me encargaba iba en silla de ruedas y al principio no le apetecía salir al patio, le daba vergüenza. Pero yo le animaba y al final salíamos. Yo me ponía encima del carro y nos acababan mirando todos.

Estuve muy a gusto. Veía cómo era el ambiente en la clase y me fijaba en cómo impartían clase los profesores. Aunque ya lo había pensado antes alguna vez,

ahí acabó de picarme la idea de hacer Magisterio. Y el segundo año que estuve currando con el chaval ya me matriculé para hacerlo.

Ha sido duro, pero he conseguido sacar la carrera mientras seguía trabajando con el chico. Ahora se me ha acabado el trabajo con él, pero he empezado en una ONG. Estoy de integrador en Bilbao. Como están empezando ahora, he medido un montón de horas nada más llegar haciendo un poco de todo.

La vida me ha enseñado que cuando pones el trabajo por encima de todo y pospones otras cosas es pan para hoy y hambre para mañana. Si lo que he querido es hacer Magisterio, me dediqué a eso y lo coloqué en primer lugar.

Además, con el plan Bolonia se le daba mucha importancia a lo presencial. Yo me dejé la piel para ir a las clases como fuera y para que me vieran la cara estando allí o yendo a tutorías...

Conseguí una beca para hacerla y la carrera de Magisterio fue mi principal objetivo. Ahora que se habla tanto de que la gente viene aquí a cobrar las ayudas, puedo decir que en mi familia las únicas ayudas que hemos tenido han sido las becas de estudios. Nunca hemos cobrado ninguna ayuda de servicios sociales.

La vida me ha enseñado que cuando pones el trabajo por encima de todo y pospones otras cosas es pan para hoy y hambre para mañana.

Desde hace unos años ya no vivo con mis padres. Necesitaba salir de casa y aproveché para hacerlo cuando tuve trabajo con una cierta continuidad. La relación con mi familia, que tampoco era mala antes, ha mejorado desde entonces. Vivo en Bakio porque mi pareja es de ahí y quería quedarse. Yo habría preferido Bilbao, porque mi círculo ahora está ahí, pero hay que reconocer que los pisos son más caros. Aunque Bakio no es que sea precisamente barato. Lo que tenía claro es que no quería quedarme en Bermeo.

Y la verdad es que estoy a gusto en Bakio, aunque tampoco hago mucha vida ahí. Me paso el día en Bilbao y voy al pueblo a dormir y poco más.

Mis hermanos mayores también se han independizado, pero ellos sí siguen viviendo en Bermeo. Los dos tienen pareja también. La de mi hermana es de aquí y la de mi hermano, con la que lleva poco tiempo, es de Melilla. Pero otras parejas que ha tenido antes también eran de aquí. Y ninguno de los tres nos hemos casado.

Al principio, mis padres sí que tenían la cosa de que nos teníamos que casar y además que tenía que ser con alguien que fuera musulmán, marroquí o lo que fuera. Pero mis hermanos han tenido parejas de aquí y eso sí que suponía un choque para mis padres.

De chaval, yo también tenía esa mentalidad de que había que casarse. En la población musulmana, cuando no conoces a alguien de fuera, hay mucha tendencia a casarse con alguien de la familia, porque entre primos nos podemos casar.

Mis hermanos han tenido parejas de aquí y eso sí que suponía un choque para mis padres.

Pero a mí eso me parecía un lío de la leche, aparte de que no me gustaba ninguna. En realidad, como estaba muy poco tiempo allí tampoco me daba tiempo a conocer bien a ninguna chica.

Además, como tú eres el extranjero, el que vive en la Europa de los sueños, si te dicen que sí no sabes hasta dónde es amor y hasta dónde interés por venir aquí.

Y con alguna chica de las familias de origen marroquí que vivían aquí, que habría sido otra posibilidad, tampoco ha habido nunca nada. No sé por qué, pero siempre ha habido mal rollo entre estas familias. Es curioso porque por un lado nos apoyábamos, pero por otro nos dábamos de leches y nos criticábamos. Era como un rollo de envidias raras y yo pasaba olímpicamente de todo eso. Aparte de que tampoco había ninguna que me gustara especialmente.

No puedo negar que tenía mis dudas sobre cómo me llevaría con la familia de mi pareja, pero no he tenido ningún problema. Ha habido una buena acogida tanto por parte de mi familia como de la de ella.

Y aunque de momento no me planteo ser padre, también tengo dudas sobre cómo educaría a mis hijos si el día de mañana los tengo. Porque, por un lado, no quiero que mi hijo sea un *patxi*, pero tampoco quiero que sea uno de allí. En realidad, me gustaría que fuera como yo, aunque tampoco sé muy bien lo que es eso.

De todas formas, ahora mismo prefiero no romperme la cabeza con lo de los críos. Lo dejo en segundo plano.

Estoy seguro de que cuando tenga hijos voy a tener muchas ventajas respecto a lo que pasaron mis padres con nosotros.

Yo siempre digo que no quiero sacrificarme como lo han hecho mis padres con nosotros para darnos unos estudios y sacarnos adelante. Porque además eso ha supuesto también mucha ausencia por parte de ellos y que yo me haya visto vacío en ocasiones. Puede sonar raro, pero yo he disfrutado más de mi padre cuando ya estaba enfermo que cuando estaba sano. Pero a la vez era duro verle así y darte cuenta de que no podías hacer con ellos cosas tan simples como ir de vacaciones todos juntos.

En todo caso, estoy seguro de que cuando tenga hijos voy a tener muchas ventajas respecto a lo que pasaron mis padres con nosotros. Yo soy una persona nacida y arraigada aquí, tengo estudios y hablo euskera. Y todo eso me facilitará sin duda mucho las cosas cuando llegue ese momento.

Porque aquí no hay segundas generaciones como puede haberlas en Francia o Bélgica, o por lo menos no en esa cantidad y con esas diferencias tan bestiales que hay en esos países.

Yo creo que sería necesario que en las escuelas existiera algún tipo de figura que sirviera para orientar a las personas inmigrantes, tanto a los padres como a los hijos. Y me refiero preferiblemente a alguien que haya vivido de primera mano ese tipo de situaciones, que haya hecho ese recorrido. Porque eso puede ayudar a un montón de familias a hacerse una idea de dónde están y de cómo son aquí las cosas.

Muchas familias pueden pensar que ir a la escuela y seguir ese proceso va a ser sinónimo de perder su cultura, y para evitar que suceda esto es necesaria una mediación entre el crío, los padres y los profesores. Para aclararles que elegir este camino no supone dejar de lado el otro, que ambos son compatibles.

La escuela es la representación a pequeña escala de la sociedad y para que sea así es necesario que el reparto de la gente sea lo más heterogéneo posible, porque esa es la realidad actual de la sociedad. Lo contrario nos lleva por un lado a la exclusión, con la creación de auténticos guetos, y por otro a la creación de una falsa realidad en la que solo caben chavales de aquí.

La verdadera integración necesita de la existencia de un aula con todos, porque eso es lo que después te vas a encontrar en la sociedad.

Lo que tengo claro es que la sociedad se debe transformar para que cualquier ciudadano, independientemente de su lugar de origen o de su religión, pueda acceder a los trabajos de más alto rango.

Y para que una mujer no vea limitadas sus aspiraciones profesionales por el hecho de llevar el velo. Para mí, este no es un símbolo religioso como se suele decir, sino que es una elección que hace cada persona por la razón que sea. Desde luego, no me parece que sea un atentado contra nada ni algo alarmante.

Espero poder poner en práctica todas estas ideas que ahora tengo claras mientras ejerzo como profesor, por lo menos intento hacerlo. Ya veremos si lo consigo.



Me llamo Daniela...

...y tengo veintitrés años. Mis padres son de Colombia, de Medellín, pero mi madre era empresaria y la amenazaron por causas relacionadas con su trabajo. Entonces, tuvo que salir fuera de Colombia, y se dirigió con mi padre a Alemania. Allí nacimos mi hermana, que es dos años mayor, y yo. Luego, cuando yo tenía tres meses, fue a Madrid y después, cuando yo tenía tres años, a Donosti.

Hemos vivido siempre en Zarautz y empecé mis estudios en la *ikastola*, porque mis padres querían que me integrase aquí desde el principio. Luego creo que cerraron la *ikastola* y por eso pasé al colegio religioso, donde estuve hasta acabar el Bachillerato.

Mi padre es ateo, pero no le importó que fuéramos a un colegio de monjas porque tiene buen nivel y es concertado. Además, en esto de la religión tenemos una mezcla curiosa en mi familia. Mi padre es ateo, su madre y la mía son católicas practicantes y mi hermana es agnóstica.

Mi madre sí quería que fuéramos educadas en la religión católica y mi padre decía que cuando fuéramos mayores ya decidiríamos en lo que queríamos creer. Y yo soy creyente, pero he hecho como una mezcla de varias religiones y no creo en ningún tipo de iglesia. Porque me parece que todo llevado al extremo es malo. Por ejemplo, yo creo en la reencarnación del alma, me inclino por ese tipo de cosas. También está demostrado que Jesucristo existió y que fue una persona muy buena, pero luego ya que haya un Dios o lo de la Virgen... al final, a mí me parece que, seas o no creyente, lo que cuenta es ser buena persona y hacer el bien.

Tengo buenos recuerdos del colegio y nunca tuve ningún problema de racismo y cosas de esas. Tenía una cuadrilla de chicas, porque, aunque ya era mixto, entonces había muy pocos chicos.

Tengo buenos recuerdos del colegio y nunca tuve ningún problema de racismo.

Los profesores eran muy exigentes, pero se volcaban mucho con nosotros y si tenías cualquier problema enseguida hablaban contigo o llamaban a tus padres. Sobre todo en Primaria, donde te conocen mejor y te cogían cariño.

Luego en Secundaria tenías un profesor distinto para cada asignatura y ya no era lo mismo. Además, ahí empiezas ya con la edad del pavo. Yo soy muy cabezota y tengo mucho carácter y a veces me emperraba en que no quería hacer alguna cosa y no la hacía. Después de darte varios toques de atención acababan pasando el aviso a tus padres. Y entonces me caían unas buenas broncas de mis padres, que me castigaban sin ver la luz del sol. Lo que hacía mi padre si le llamaban del colegio porque había hecho una pira era cubrirme. Les decía que había estado en casa para que yo no quedara mal, pero luego me comía una bronca monumental.

Mi padre siempre ha sido más estricto y mi madre más de hablar conmigo. Lo que pasa es que en Latinoamérica son bastante machistas y la madre tiene el rol de cuidar de la casa y de hablar con los hijos y darles los mimos.

Y aunque mi madre siempre ha estado trabajando, no se ha quitado del todo ese rol. Pero también es verdad que ella, por todo lo que ha ido viendo aquí, se ha dado cuenta de que tiene los mismos derechos que él y ha ido cambiando de mentalidad.

Yo he tenido muchos problemas con mi padre por este tipo de cosas. Porque yo me he criado aquí, he estudiado aquí y he aprendido las cosas de aquí. Él tiene una cultura y yo tengo otra. Yo creo que todos somos iguales y que el hombre no puede estar tumbado en la cama mientras la mujer hace la casa.

Pero es que allí los padres son como si fuesen Dios. Te pueden decir lo que quieran y tú te tienes que quedar callada y encima pedir perdón. Y para mí esto no es así. Creo que el respeto es algo que se gana, no que se exige. Y eso a él le parece ser una insolente.

Cuando veía ciertas actitudes machistas de él con mi madre, yo intervenía. Le preguntaba por qué se dejaba pisar. Porque para mí es eso, aunque para él sea lo normal en su cultura.

Y todo eso mi padre lo lleva muy mal.

Mi hermana es más tranquila que yo. Se puede quedar callada cuando tiene un lío con mi padre, pero luego la hace por detrás. En eso se parece más a mi madre. Yo tengo un carácter más fuerte y soy más explosiva, me parezco más a mi padre. Y precisamente por eso choco más con él.

Con los estudios en el colegio siempre me fue bien, sacaba una notas medianas. No como mi hermana, que siempre ha sido la niña perfecta y sacaba unas notazas que flipas.

Pero es que a mí nunca me ha gustado estudiar. Siempre he sido de estudiar justo el último día, al límite, la noche antes del examen. Pero a mí me ha servido. Las asignaturas que peor se me daban eran las matemáticas y el euskera. Y eso que en la *ikastola* dábamos muchísimo euskera y es una lengua que me gusta. Me parece que es muy bonita y que mantiene la identidad del País Vasco, pero siempre se me ha atravesado.

Además, en el colegio entonces no le daban mucha caña al euskera. Me acuerdo de que en la Selectividad sacamos todos muy buenas notas en todas las asignaturas menos en euskera. Ahora creo que le están dando más importancia.

En el colegio yo estaba en el equipo de baloncesto y mis padres solían ir a verme y estaban con los padres de las demás chicas. Y también iban a las reuniones que había al principio y al final del curso. Y siempre han estado muy bien, sin ningún problema.

A mí no se me nota que soy colombiana ni por mi físico ni por mi acento, y la gente se asombra mucho cuando les digo que mis padres son colombianos. Me acuerdo de que en el colegio solían corregirme algunas expresiones de casa, y al final el acento se acaba quitando. Mi hermana tampoco tiene y hasta mis padres han perdido un poco.

Cuando era adolescente, como nos pasa a todos, me avergonzaba de mis padres. Pero yo me avergonzaba más por el hecho de que fuesen colombianos. Creo que pensaba que igual podían rechazarme por eso. Porque además los colombianos, por lo menos entonces, tenían muy mala fama aquí, de asesinos o de ladrones.

A mi padre eso le daba mogollón de rabia y cuanto más quería yo esconderle, más aparecía él. Venía donde mis amigos y se presentaba. Mis amigos me decían que era súper majo y yo le quería matar. Lo pasaba fatal.

Ahora estoy orgullosa de ser colombiana y soy yo la que se lo digo a la gente. Me hizo gracia un día que se lo dije a uno y me contestó que no podía ser porque tenía los ojos claros. Se ve que creía que todos tenemos que ser bajitos, morenos y con el pelo y los ojos negros.

Pero es que en mi familia tenemos una mezcla curiosa. Mi padre es de piel más blanca, pero en la familia de mi madre mi bisabuelo era negro como un tizón y mi abuela es mulata. Mi madre es morena y mi hermana también es más morena que yo y tiene los ojos marrones, no como los demás que los tenemos verdes. Ella sí que parece un poco más de allí. Tuvo un problema con uno del colegio que siempre la andaba llamando *puta negra*, y al final acabó quejándose y le abrieron un expediente al tío.

A mí no se me nota que soy colombiana ni por mi físico ni por mi acento, y la gente se asombra mucho cuando les digo que mis padres son colombianos.

Pero en general no hemos tenido problemas. Como nos hemos criado aquí desde chiquitinas, siempre nos han considerado como si fuéramos de aquí. Yo me siento súper integrada.

Mi madre, cuando se fue de Colombia, tuvo la valentía de ir trabajando en lo que pudo, primero con algunos contactos colombianos en Alemania, y luego en Madrid. Ahí se quedó sin trabajo, pero afortunadamente había conocido a personas aquí, sobre todo de instituciones, y empezó a trabajar en Donosti. Pero cobraba mucho menos que antes y nos daba justo para vivir. Después montó una empresa de comunicación, con la que sigue en activo.

Mi padre se encargaba de cuidarnos cuando éramos pequeñas y después ha ido buscando trabajo en cada uno de los sitios en los que hemos estado. En Alemania trabajó de profesor de español y aquí primero estuvo en una empresa y ahora trabaja en un banco.

Si mi madre hubiera tenido que volver a migrar para trabajar a mí me habría hecho mucha pupa tener que irme, porque yo ya tenía amigos y todo aquí.

Pero es que mi madre siempre ha querido volver a Colombia, tiene un sentimiento patriótico muy grande. Incluso cuando tuvo que irse quería quedarse allí. Estaba dispuesta a morir por sus principios y por su país, y a mí eso me parece admirable.

No tengo ese sentimiento de pertenencia ni de amor por mi patria. A veces me da un poquito de pena, pero no lo tengo.

Yo no tengo ese sentimiento de pertenencia ni de amor por mi patria. A veces me da un poquito de pena, pero no lo tengo. También veo a la gente de aquí que siente muchísimo todo lo vasco, pero yo no sabría decir si me siento colombiana, española o vasca.

Si tuviera que elegir, igual diría que me siento del País Vasco, porque tengo todo aquí. Pero si nada me atase aquí y si el día de mañana me tuviera que ir a trabajar aunque fuera a Australia, me iría tranquilamente.

Y mi padre es más como yo, un poco ciudadano del mundo. Si estoy bien aquí, me quedo aquí; pero si mañana me tengo que ir a otro sitio, pues me voy.

Es curioso, porque mis padres siempre han estado viviendo de alquiler y nunca han usado la opción de compra que tenían, porque mantenían esa idea de volver. Y ahora que les habría interesado comprar la casa en la que llevamos viviendo quince años, resulta que no nos la venden porque es patrimonio familiar. Basta que quieras para que no puedas.

Yo solo he estado una vez en Colombia cuando tenía poco más de un año, y por supuesto no me acuerdo de nada. Fui con mi padre, que tiene familia en Colombia. Él ha ido alguna vez más, cuando se murió mi abuela o por cuestiones económicas y familiares.

Mi padre no corre mucho riesgo si va allí, pero mi madre sí. Ella se desespera porque quiere ir, pero somos nosotros los que le decimos que no lo haga.

Además, toda la familia de mi madre está aquí, en el País Vasco. Tengo a mi abuela, cinco tíos y unos cuantos primos. Como mi madre estaba a gusto aquí, fueron viniendo poco a poco.

Nos solemos juntar para las Navidades, los cumpleaños y ese tipo de celebraciones. Y también quedo a veces a comer con una de mis tías.

A mí me gusta estar con ellos, aunque las comidas se suelen alargar mucho y yo quiero tener tiempo para hacer mis cosas después.

Solemos hacer comida colombiana, lo que pasa es que es muy elaborada y lleva mucho tiempo hacerla. Por eso mi madre se ha pasado a la cocina vasca, que dice que es más fácil y más sana. Allí en general hay mucho frito y poco pescado, sobre todo en Medellín, que es de donde son mis padres.

Algunos de mis primos han tenido más problemas para integrarse aquí. No sé si será porque vinieron ya algo mayores o porque son familias algo desestructuradas. A mí me parece una influencia muy positiva el que tus padres estén juntos. Además, yo creo que aquí se inculca mucho la educación. De hecho, mi hermana y yo somos las únicas de mi familia, tanto de Colombia como de aquí, que hemos estudiado una carrera. Y me parece que en eso han tenido mucho que ver tanto mis padres como el colegio.

La cuadrilla de amigos de mis padres es de aquí, pero también han mantenido el contacto con algunos amigos de Colombia, que a veces les vienen a visitar. Justo ahora va a venir unos amigos de mi madre. Y está cambiando toda la casa para que lo vean todo perfecto. Yo creo que va a acabar cambiando hasta de familia.

Pero es que quiere que vea que ha triunfado, que tiene una casa muy bonita y que sus dos hijas han estudiado.

Yo empecé a salir con amigas del colegio cuando tenía unos trece años, y tuve mis buenos líos con esto. Aunque tengo que reconocer que mi hermana me abrió muchas puertas, porque a ella le tocó luchar muchísimo.

Pero como ella sacaba notazas y no fuma ni bebe lo tenía más fácil. Yo tenía peores notas y soy más contestona, así que eso lo complicaba un poco todo.

Empecé, como todo el mundo, a salir por lo viejo de Donosti y a mi padre le dio un chungo. Como con esa edad no controlas, me agarré algunas borracheras monumentales y también empecé a fumar. Y a mi padre no le hacía ninguna gracia.

Y a partir de los dieciséis ya empecé a salir de noche. Mis padres me decían que podía salir una vez al mes y que tenía que coger el primer bus, el de las seis de la mañana. Y más me valía cogerlo, porque si no se me caía el pelo.

Yo intentaba lo típico de decirles que a mis amigas les dejaban más, pero mi padre siempre me contestaba que le daba igual la hora a la que volvieran las demás y que yo tenía que volver a esa hora.

También les decía que así volvía sola y que era más peligroso que volver después con ellas. Y eso ya le convenció un poco más. A mí me parece mucho mejor volver a las ocho, porque ya es de día y está todo el mundo en marcha.

De todas formas, hasta hace unos años mi padre siempre venía a buscarme aunque fueran las seis o las siete de la mañana. Yo le llamaba cuando estaba llegando y él salía para ir a buscarme.

Todavía ahora, cuando voy para casa a las once de la noche, me hace llamarle al llegar y vamos hablando. Y me repite que mire a todas partes y que tenga cuidado.

Ahí tiene mucho que ver la cultura. Él tiene todavía mucho el chip de Colombia con lo de la mujer sola. Cuando empieza a anochecer una mujer no puede salir sola porque la pueden violar, la pueden atracar o la pueden matar.

Y también se nota la diferencia entre mi padre y mi madre. Ella también quiere que llame y eso, pero igual es algo más relajada. Es que mi madre es de una clase social media alta y en Colombia vivía en un buen barrio en el que no había tanta criminalidad.

Pero mi padre es de una familia humilde. Eran ocho hermanos y vivían en un barrio un poco más belicoso donde veía de todo. Amigos suyos que se echaron a perder porque veían la posibilidad de conseguir dinero fácil con el narcotráfico. O que se empezaban a meter y acababan fatal, en la cárcel o muertos. Ha visto muchísimas cosas y eso le queda ahí. Tiene la idea de que nunca pasa nada hasta que pasa.

Yo me llevé una vez un buen susto. Volvía a casa de madrugada y después de aparcar el coche cerca de casa se me ocurrió mirar para atrás y vi a un hombre. Salí corriendo y el tío también aceleró. Cuando llegué al portal de mi casa, nos miramos de lejos y él se dio la vuelta y se piró.

Esa vez tuve la suerte de que no me pasó nada, pero igual si otra vez no corro tanto a lo mejor le tengo que dar la razón a mi padre.

Mis padres me dijeron que si quería seguir estudiando, ellos me pondrían todos los medios para hacerlo; pero que si no quería, me tenía que poner a trabajar.

Cuando terminé el Bachillerato, mis padres me dijeron que si quería seguir estudiando, ellos me pondrían todos los medios para hacerlo; pero que si no quería, me tenía que poner a trabajar. Me dejaron claro que en casa de gorra no iba a vivir.

Pero además yo ya sabía que hoy en día si no estudias tienes que trabajar en cosas en las que trabajas mucho y ganas muy poco. Y que es la única forma de hacer dinero y de vivir bien.

Yo tenía clarísimo desde pequeña que quería estudiar Derecho. Veía demasiadas injusticias y me parecía que era la única forma de poder ayudar a cambiarlas.

A mi padre le pareció bien porque sobre todo lo que quería era que estudiase y porque él también estudió Derecho. Y mi hermana también ha estudiado Derecho. Como siempre, con muy buenas notas. Consiguió mantener una beca que

le exigía estar siempre por encima de 7'5 de nota media. Y ahora está trabajando en un despacho de Donosti.

A mí me cogieron en Deusto, pero en ese momento las cosas no estaban muy bien económicamente en mi familia como para ir allí, así que me quedé en Donosti. Porque también se empezó a notar la crisis en el negocio de comunicación. Durante la carrera me ha ayudado mucho mi hermana, porque le podía preguntar cualquier duda que me surgía. Y me ha ido bastante bien, en mi línea de sacar notas medianas.

Lo que pasa es que me fui dando cuenta de que no me gustaba la carrera, de que no quería ser abogado. Por ejemplo, en una acusación particular tienes que poner todo para que gane tu cliente, aunque sea mentira y se condene a un inocente. A mí me parece que eso es traicionar mis principios y los valores en los que creo. No puedo hacerlo. Y además ahora veo que hay muchas leyes que no sirven para nada. Si las cosas funcionaran así estaría muy bien, pero es una utopía.

Luego vi que podías hacer Derecho y meterte después en Criminología, y que te convalidaban el 60% de la carrera, porque son las mismas asignaturas. Es algo que me gusta y me lo he estado planteando.

Los compañeros que han terminado la carrera conmigo están ahora haciendo el máster de acceso a la abogacía, que ahora es obligatorio. Por todo esto de Bolonia, que lo han montado para sacar más pasta.

Yo no me he metido a estudiar el máster, ni creo que lo haga. Además me parece que puedo hacerlo ahora o dentro de un año, lo mismo que Criminología.

Al final, creo que me decidiré por opositar en algo relacionado con la policía científica y judicial. Además, me han comentado que si entras a la Ertzaintza y quieres estudiar Criminología, te pagan ellos la carrera.

Creo que en la UNED.

Como ahora está habiendo un proceso de jubilación de las primeras promociones de la Ertzaintza, van a salir muchísimas plazas, aunque también se ha apuntado un montón de gente.

También tenía la alternativa de opositar a nivel estatal, pero lo mismo te mandan a Algeciras y eso no me apetece. Yo me quiero quedar aquí, porque es un sitio en el que a mí y a mi familia nos han tratado muy bien y estoy muy a gusto.

Además, se vive bien. Porque la crisis también ha afectado, pero no tanto como en el resto de España.

Voy a empezar ahora las clases en una academia para preparar las oposiciones. Como no tengo título de euskera, me he apuntado a un *euskaltegi* y también estoy yendo al gimnasio. No sé cuánto tiempo me va a llevar esto, pero tengo claro que es lo que quiero hacer y lo intentaré las veces que haga falta.

Yo me quiero quedar aquí, porque es un sitio en el que a mí y a mi familia nos han tratado muy bien y estoy muy a gusto.

Mientras estudiaba he estado trabajando en varias cosas, porque no quería tener que estar siempre pidiendo dinero a mis padres. Además, yo monto a caballo desde que tenía ocho años. Y cuando tenía diecisiete o así quería avanzar más, porque me gusta mucho la doma clásica, pero esto exige mucha dedicación y sale muy caro. Y mi madre me dijo que no podía pagármelo más. Y empecé a trabajar los veranos con ella haciéndole la contabilidad en la empresa para sacar un dinero y pagarme las clases.

Después me contrataron para hacer de monitora de caballo con niñas. Y cuando estaba en 2º de carrera empecé a trabajar en un bar en Donosti, donde estaba ya trabajando una amiga que me recomendó. Llevo ahí ya tres años y trabajo tres días a la semana y cuando me llaman para alguna cosa especial.

La hostelería es muy dura, y eso que yo estoy en un bar de día. Reconozco que no es lo mío, pero también es verdad que aprendes mucho. Ha sido positivo porque he podido ver un poco cómo es el entorno laboral y he aprendido que a veces tienes que callarte y tragar cosas. Hay veces que has tenido un mal día y no te apetece nada sonreír a los clientes, que hay de todo, pero lo tienes que hacer y tienes que portarte bien con todos. Me ha servido para adquirir responsabilidad. Mi padre siempre me decía que no quería que trabajara en un bar de noche, porque me podía pasar cualquier cosa con la cantidad de borrachos que hay. Pero también están orgullosos porque ven que soy una persona responsable con mi trabajo.

Lo que pasa es que me parece que les he malacostumbrado un poquito. Porque como he estado casi siempre trabajando mientras estudiaba, ahora se piensan, sobre todo mi padre, que lo tengo que hacer. Parece que es como una obligación. También hay una diferencia entre ellos para esto. Mi padre empezó a trabajar cuando tenía once añitos, mientras estudiaba. Y por eso a él le parece lo normal. Pero mi madre siempre estuvo dedicada a estudiar y hasta que no acabó los estudios no empezó a trabajar. Es la diferencia entre tener dinero y no tenerlo. Además, ahora no podría dejarlo aunque quisiera, porque me he comprado una yegua y tengo que trabajar para mantenerla. Y también tengo un perro que recogí en la calle y del que me encargo yo.

Me encantaría dedicarme a la hípica en plan profesional, pero desgraciadamente no tengo ni el nivel ni el dinero. Es un deporte muy caro y tienes que ser muy bueno y además conseguir patrocinadores.

Estoy saliendo desde hace unos diez meses con un chico de aquí, Edu. Él sí que tiene mucho sentimiento patriótico. Es abertzale, del Athletic y para los ocho apellidos vascos solo le falta uno. Está estudiando medicina.

Mis padres ya le conocen. Mi madre le quiere mucho, pero mi padre es muy especialito para estas cosas. Todos los chicos con los que he salido, que han sido todos de aquí, le han parecido siempre un horror. Pero es que al final yo soy su niña pequeña.

Mi padre todavía no tiene mucha confianza con él, pero con el novio de mi hermana, que también es súper abertzale, sí que suele tener sus discusiones sobre estas cosas. Encima, a mi padre no le gusta el Athletic porque no entiende la filosofía de jugar solo con gente de aquí. Él entiende que eso es racismo. Además le parece un equipo muy malo y dice que a él lo que le gusta es ver buen fútbol. Y con eso también suelen tener sus líos.

Yo procuro pincharle un poco a Edu para ver si cambia. Porque si le digo que vayamos a Madrid me contesta que un buen vasco nunca pisará Madrid. Y si le propongo ir a Cantabria me dice que si quiero ir a España. A veces me hace gracia, pero otras me hincha un poco las narices.

Y también a veces suelta alguna de esas expresiones como *sudaca* o *chibolera* refiriéndose a otras personas, y yo le digo que pare porque me parece despectivo. Si a mí algún amigo me dice algo de eso en plan de broma no me lo tomo a mal, no me importa. Porque sé que no tiene mala intención.

Pero si lo dicen de otra persona en plan despectivo sí que me sienta mal. Me fastidia mucho cuando oigo decir esas cosas a la gente de aquí, y las oigo bastante. Si lo dice una persona a la que le puedo decir que pare, lo hago. Al principio se quedan cortados, y luego te empiezan a decir que no era por ti. Pero me da mucha rabia.

Porque a mí la gente no me considera de allí. Mi cuadrilla del colegio era toda de gente de aquí y los amigos de la uni también, menos uno que es ecuatoriano. Y yo me siento súper integrada y como una más. Pero cuando de repente oigo expresiones de ese tipo no puedo evitar reaccionar.

Porque a mí la gente no me considera de allí. Mi cuadrilla del colegio era toda de gente de aquí y los amigos de la uni también.

A mí me parece que, en general, la gente inmigrante todavía no está integrada. Con las mujeres latinas, sobre todo con las colombianas y con la venezolanas, lo que pasa es que tienen fama de roba maridos.

Creo que esto tiene bastante que ver con el matriarcado que hay aquí, porque la mujer vasca es muy firme. Y las de allí intentan halagar y gustarle al hombre estando siempre perfectas y tratándole de una forma muy dulce. Y ahí está la cosa. Yo he visto hombres que han dejado a sus mujeres para irse con una latina. El problema es que a las demás nos dejan con una fama... tenemos fama de empleadas de hogar o de quita maridos. Se crean esos estereotipos.

Pero la gente solo ve a los que vienen aquí. Los que tienen dinero y que están bien allí, ¿para qué van a venir?

Nosotros vinimos porque mi madre tuvo que irse; pero si no, nos habríamos quedado en Colombia viviendo tal vez mejor que aquí.

Es cierto que hay un índice de criminalidad muy alto, pero la gente que vive bien, vive muy bien. Aquí solo se conoce a los que vienen buscando un futuro mejor y unas mejores condiciones de vida, que suelen ser los más pobres y los más analfabetos, los que viven en las afueras de las ciudades.

Es verdad que hay gente de la que viene aquí que se aprovecha muchísimo de las ayudas que existen. Lo que pasa es que siempre pagamos justos por pecadores. Si uno roba, se sabe el caso de ese uno. Pero luego hay diez que están trabajando de sol a sol para dar de comer a sus familias y de éstos no se sabe nada y se les considera también unos ladrones.

Ahí está el caso de mi madre, que con su empresa de comunicación está creando bastante puestos de trabajo y aporta muchísimo dinero a las arcas públicas. Y yo también estoy trabajando y cotizando todos los meses. Pero solo se ve la parte mala.

A mí la política me cabrea bastante. Aunque ahora haya más partidos, yo pienso que sigue habiendo un bipartidismo y que tendríamos que acabar con él si queremos que las cosas mejoren. Nos tendríamos que abstener todos y pedir una reforma tanto de la constitución como del sistema en sí. No podemos mantener a políticos corruptos ni a tantos diputados y senadores con sus coches oficiales y sus pensiones vitalicias. El poder corrompe. Cuando los políticos llegan arriba ven la oportunidad de trincar dinero y muchos lo hacen. Todos lo pintan muy bien en sus programas de gobierno para las elecciones: que si bajar impuestos, que si reducir el paro, que si aumentar las ayudas... Pero luego, cuando llegan al poder, lo que hay son más desahucios y más paro. Hacen lo que les da la gana. Es lo que pasó con el PP.

Creo que todo tendría que ser más centrado y más moderado. Ni izquierda ni derecha. De todas formas, a mí no me gusta hablar de política, y con mis amigos intentamos no hacerlo. Yo sé lo que pienso, pero también sé que no va a cambiar nada por mucho que yo piense eso.

A veces hablo con Edu sobre la independencia del País Vasco. Le digo que yo creo que si se hiciese un referéndum, aunque fuese no vinculante y solo consultivo, la mayoría diría que no nos independizásemos. Y él se pilla unos buenos rebotes con esto. Pero es que a mí me parece que si el País Vasco se independizase, se iría todo a la quiebra. Porque depende del Concerto Económico y de España, y no podría sostenerse.

Cuando le digo estas cosas solemos tener unos follones tremendos, pero yo acabo riéndome. Lo hago un poco para picarle.

Pensando en el futuro, me veo trabajando y viviendo aquí. A mí no me importaría que fuera en otro sitio, pero tengo aquí muchas cosas y esto me gusta. Tengo aquí a mi familia, a mis amigos, a mi novio, la yegua, el perro... toda mi vida está aquí.

También me gustaría tener familia, pero a largo plazo. Cuando me parezca que ya he estudiado, que ya he conocido cosas, que ya he viajado... en definitiva, que ya he vivido.

Y desde luego si las cosas van bien con Edu no hay ninguna duda de que tendría que ser aquí. Todo en euskera y viendo al Athletic.



Me llamo Oier...

...y nací en Vitoria hace veinte años. Mi madre es cubana y mi padre es de aquí. Él solía viajar un montón cuando era joven y conoció a mi ama en Cuba hace casi veinticinco años. Se enamoraron allí y mi aita estuvo una temporada yendo y viniendo, hasta que al final vino mi ama a Vitoria y se casaron. Somos tres hermanos. Yo soy el mayor y luego tengo un hermano de dieciocho años y una hermana de diecisiete.

Para mi madre fue un cambio muy grande venir aquí, porque no conocía a nadie. Pero por lo que me ha contado, la familia le recibió muy bien y le arropó mucho. Estuvo a gusto desde el principio y sigue estándolo. Yo creo que en eso influye también que vino porque quiso y no por obligación.

Cuando llegó, una hermana de mi aita se encargó de presentarle a sus amistades y de acompañarle a todas partes para que fuera conociendo esto. Y se integró también muy bien con los amigos de mi aita.

Me ha dicho que solo tuvo algún problema al principio con un tío abuelo que vivía en el pueblo de la familia de mi aita. Parece que el hombre, que ya se ha muerto, debió de hacerle algún comentario desagradable alguna vez a mi madre.

Pero con el tiempo se dio cuenta de que mi madre es muy trabajadora y acabó cogiéndole muchísimo cariño. Al final, se notaba que nos quería un montón, porque intentaba complacernos en todo.

Siempre hemos vivido en Vitoria, y yo empecé mis estudios en un colegio concertado que hay enfrente de mi casa. He estado siempre en modelo B y en clase éramos solo cinco, porque la mayoría estudiaba en castellano.

Al ser tan pocos, nos llevábamos muy bien entre nosotros y también con la tutora, que estuvo con nuestro grupo los cuatro cursos de la ESO. Cogimos mucha

Cogimos mucha confianza con la tutora y todavía quedamos con ella de vez en cuando. Yo iba muy contento al colegio, lo pasaba bien.

confianza y todavía quedamos con ella de vez en cuando. Yo iba muy contento al colegio, lo pasaba bien. Dábamos algunas clases con los demás, pero solo unas pocas. Donde sí nos juntábamos más era en los recreos. Yo solía jugar a baloncesto con un amigo y otros jugaban al fútbol.

Como el colegio estaba junto a mi casa, solíamos ir solos, así que mis padres tampoco tuvieron mucha ocasión para relacionarse con los padres de los otros chavales.

En este colegio ahora hay mogollón de inmigrantes que eligen el modelo A, y por eso sigue habiendo mucha más gente en esas clases y muy pocos que den euskera en el B. A mis hermanos les pasó lo mismo que a mí.

Me acuerdo de que, sobre todo en la ESO, yo era el típico crío que tenía todas las tardes ocupadas con extraescolares. Tenía poco tiempo libre y acababa agotado. Hice karate, dibujo, natación y no sé cuántas cosas más. Al principio me agobiaba un poco, pero como elegía yo las que me gustaban, acababa yendo contento. Además, si no hubiera ido a eso habría estado en casa viendo la tele o algo así, porque a esa edad tampoco tienes mucho que hacer. Reconozco que yo a mi hijo también le apuntaría a este tipo de cosas.

Para hacer el Bachillerato tuve que cambiar de colegio, porque en el otro solo daban hasta 4º de ESO. Fui a un centro que también lo tenía cerca de casa. Además yo quería ir a ese porque conocía gente que estudiaba allí y porque me apetecía estar en una clase más numerosa.

De mis compañeros del otro colegio, ninguno fue allí a hacer el Bachillerato. Solo mantengo el contacto con una chica que vive cerca de mi casa. Algunos se fueron a vivir fuera y a otros les perdí la pista.

En cada clase había unos treinta alumnos y el nivel era más alto. El primer trimestre igual me costó un poco más, pero después ya me acostumbré y me fue bien. Como nos decían los profesores, al final el nivel te lo pones tú.

Además, a mí me interesaba salir bien preparado de cara a lo que fuera a estudiar después en la universidad.

Me preocupo por mis estudios porque es algo que quiero hacer yo, es por mi propio interés.

Mis aitas no han tenido que preocuparse mucho ni por mis estudios ni por los de mis hermanos, porque los tres hemos tenido unos hábitos de trabajo y hemos sabido organizarnos bien. Yo me preocupo por mis estudios porque es algo que quiero hacer yo, es por mi propio interés.

Si alguna vez ha habido asignaturas suspendidas, que ha pasado pocas veces, tampoco se han agobiado, porque sabían que las íbamos a acabar sacando. Sí que hacen un seguimiento de cómo vamos, y si alguna vez ha hecho falta

una academia, nos la han pagado y ya está. Como ahora yo en la uni, que estoy yendo a una.

Estoy haciendo 2º de Ingeniería. Tenía dudas entre Arquitectura o Ingeniería, que son carreras parecidas. Lo que pasa es que para hacer Arquitectura me tendría que haber ido a Donosti, y al final me decidí por Ingeniería, que la podía hacer en Bilbao, algo más a mano.

Estoy contentísimo en la uni. Me va muy bien y estoy muy a gusto con mis compañeros. Me he encontrado con gente que piensa más como yo y que es más madura que en Bachillerato.

Mi aita ha trabajado desde muy joven, desde que tenía diecinueve años o por ahí. Ahora hace unos turnos súper raros, por la tarde y por la noche.

Mi ama abrió una tienda de trabajos de costura hace unos años en nuestro barrio. Pero le fue mal y la acabó cerrando. Ahora sigue haciendo arreglos en casa y se va apañando con eso.

Ella está muy metida en actividades culturales y de voluntariado. Tiene un grupo de amigas con su hermana, que también vive aquí, y participan con varias asociaciones y esas cosas.

Yo creo que hace eso, por lo que ella cuenta, sobre todo para mantener sus orígenes. Nos suele pedir que le ayudemos, y estamos encantados de hacerlo, pero suele pretender que nos involucremos en todo y acaba agobiándonos un poco. Porque muchas veces nosotros no podemos dedicarle tanto tiempo como ella quiere. Además, como mi tía también está de por medio, a ella no hay quien le diga que no.

En las fiestas de Vitoria, organizan comidas populares y otras actividades. Y les ayudamos en lo que haga falta siempre que tengamos tiempo.

De vez en cuando quedan también con las amistades que tenía mi aita aquí cuando se casaron.

Cuando éramos más pequeños, también solíamos quedar con los hijos de las amigas cubanas de mi ama para ir al parque o para jugar. Pero acabé cortando la relación porque al hacerse mayores se pasaban todo el día con movidas. Algunos están metidos en follones bastante gordos.

Si me los encuentro por la calle, les saludo sin ningún problema. Pero para quedar y salir no me apetece. Cada uno hemos cogido un camino distinto y ya está.

En todo este tiempo, habremos ido a Cuba unas tres o cuatro veces. Solíamos ir en verano y nos pasábamos allí algo más de un mes.

Ahora llevamos sin ir cuatro años y mi madre se va a ir ella sola en octubre. Nosotros no podemos porque tenemos clase y mi aita tampoco va. Bueno, mi aita

tampoco fue en los viajes anteriores. Dice que ya ha viajado mucho, que ya lo ha visto todo y que no tiene ganas de moverse.

Yo lo he pasado siempre muy bien allí. Nos quedamos en casa de una hermana de mi madre y, como casi nunca reciben familiares de fuera, te atienden súper bien. Aprovechamos para visitar a la familia, que es bastante numerosa, y para andar de playa en playa.

Mi abuela suele pasar temporadas aquí con nosotros y luego se vuelve a Cuba. Y aquí está también viviendo la hermana de mi madre. Quería salir de Cuba y

Siempre nos ha dicho que cuando sea mayor piensa volver a vivir a Cuba a pasar la vejez.

conocer mundo y aprovechó la oportunidad de que estaba mi ama aquí para venirse.

Mi madre se suelta mogollón allí, está encantada. De hecho, siempre nos ha dicho que cuando sea mayor piensa volver a vivir a Cuba a pasar la vejez. Mi aita no suele hablar sobre esto, y mi ama dice que él también puede ir allí si quiere. No sé si se acabarán yendo los dos cuando nosotros estemos ya encaminados o cómo terminará la cosa.

Desde luego, mi ama tiene muy claro lo de volver a Cuba y suele repetir que no quiere acabar falleciendo aquí.

De todas formas, yo tengo bastante asumido que voy a tener que emigrar cuando acabe la carrera, porque aquí no voy a encontrar trabajo. Y además tengo que reconocer que me gustaría; en cierto modo, me apetece.

Supongo que me quedaré donde más a gusto me encuentre cuando asiente mi vida con un buen curro, con un buen sueldo y con una casa.

Aquí hay muy poco trabajo para ingenieros de mi especialidad y además al principio se cobra muy poco. Por eso quiero irme fuera, para conocer mundo y porque sé que voy a ganar mucho más dinero.

De mis compañeros de clase, a mí me parece que los que se toman la carrera en serio también tienen claro que van a acabar trabajando por ahí fuera.

Lo que ya no sé es si acabaré volviendo aquí dentro de unos años cuando tenga mis ahorros. Supongo que me quedaré donde más a gusto me encuentre cuando asiente mi vida con un buen curro, con un buen sueldo y con una casa.

El verano pasado me fui algo más de un mes a Londres a trabajar, a buscarme la vida. Y me gustó. Lo hice un poco como experiencia por si en un futuro tengo que empezar en otra parte. Para que no sea empezar de cero.

Un amigo de mi madre que vive allí me ayudó a buscar piso, pero el trabajo me lo conseguí yo. Allí encuentras curro súper fácil, porque es una ciudad tan grande que hay de sobra.

Pero claro, el trabajo que consigues va en función de tu nivel de inglés. Cuanto más tengas, el trabajo va a ser mejor. Si tienes poco, tienes que coger los trabajos que nadie quiere.

Yo ando algo por debajo del nivel de First y acabé trabajando en un McDonald's. Hice las gestiones por Internet y los trámites estando ya allí, porque hay un montón de cosas que no puedes hacer desde aquí. Lo bueno es que allí los papeleos van muy rápido. Como están acostumbrados a recibir tanta gente, todo resulta bastante sencillo.

El curro era durísimo, porque te exigían un montón y te pagaban lo mínimo que podían. Y tenía que pasarme todos los días una hora en el autobús, que además es muy caro. Pero a pesar de todo, acabé muy contento.

El amigo de mi madre me ayudó a encontrar piso. Estuve en una habitación compartida y había ratas y de todo. Pero es que los pisos allí son un desastre y encima son carísimos. Es lo que tocaba. Porque si no, no te llega para vivir.

Me vino bien para mejorar mi nivel de inglés, porque tenía compañeros de trabajo de un montón de países que no hablaban castellano. Y también tuve oportunidad de conocer sitios con el amigo de mi ama.

El lleva ya varios años en Londres y me decía que si puedes optar a un buen trabajo, aunque la vida es muy cara, con lo que cobras consigues ahorrar mucho más dinero que aquí.

Quando acabe la carrera, no tendría ningún problema en volver a Londres aunque tenga que empezar trabajando de cualquier otra cosa porque me falte nivel de inglés o porque necesite el dinero. Tengo claro que no voy a llegar a un sitio y encontrar trabajo de lo mío. Ya sé que no es tan fácil.

Creo que acabaré trabajando como ingeniero, porque es para lo que estoy estudiando, pero tampoco me corre prisa.

De todas formas, estuve mirando la página del ayuntamiento de Londres y vi que necesitan muchos ingenieros civiles. Es una ciudad que está en ruinas y necesita un montón de arreglos. Y precisamente los que hacemos esos arreglos somos los ingenieros civiles.

Mi ama y mi aita tienen una opinión totalmente diferente sobre esto de irse a trabajar fuera. Mi ama nos anima mucho a hacerlo, supongo que porque es lo que ella hizo. Nos dice que todo lo que haya que pagar para que nos podamos ir ella lo va a poner encantada.

Mi hermano no lo tiene tan claro, pero mi hermana también tiene idea de marcharse fuera a trabajar en un futuro.

Mi aita nos apoya, no es que nos lo vaya a negar, pero dice que le decepciona un montón que pensemos así y confía en que nos quedemos aquí. Por eso no suelo hablar mucho con él sobre este tema, porque me hace sentirme un poco mal.

Pero se trata de mi futuro y no puedo dejarme condicionar por lo que me digan otras personas, aunque sea mi aita.

El próximo verano no voy a repetir lo de Londres porque tengo idea de ir de Erasmus a Polonia a hacer 3º. Ya iba a ser demasiado tiempo fuera de casa, y además me apetece tener verano. Estoy ahora pendiente de que me acepte la universidad de allí.

Aparte de por la experiencia y por practicar el inglés, creo que también es interesante hacerlo de cara a las empresas para conseguir trabajo en un futuro. El hecho de decir que has estado en varios sitios a lo largo de tu vida supone tener puntos a tu favor a la hora de elegirte.

De mi clase se va a ir un montón de gente de Erasmus el curso que viene. Es que además coincide que 3º es el curso más difícil de nuestra carrera y en algunas universidades de otros países parece que el nivel es algo más bajo.

La carrera son cuatro años de grado y dos de máster. Y me gustaría hacer también fuera el máster, porque ninguna Ingeniería sirve para nada si no lo haces, tenemos que especializarnos. Mi carrera va enfocada a hacer grandes obras, como puentes, túneles o carreteras, y aunque todavía no lo tengo decidido igual haría un máster en Arquitectura, de cara a diseñar edificios y cosas así.

Si busco curro, quiere que sea algo secundario. Me dice que lo prioritario ahora son los estudios y que todo lo que tenga que ver con los estudios ya nos lo pagarán ellos.

Algunas veces he estado buscando curro, y mi aita suele decirme que le parece bien, pero que no me tengo que olvidar de que en este momento mi principal objetivo son los estudios. Yo ya conozco gente que ha estado trabajando en Navidades y luego no ha sacado ninguna asignatura. Y eso es justo lo que mi aita no quiere que me pase a mí.

Si busco curro, quiere que sea algo secundario. Me dice que lo prioritario ahora son los estudios y que todo lo que tenga que ver con los estudios ya nos lo pagarán ellos.

Ahora con lo de la beca Erasmus el dinero que te dan es un poco justo, pero creo que con un poco más que pongan mis padres ya podré vivir perfectamente.

Mi hermano acaba de terminar 2º de Bachillerato y anda ahora con la Selectividad. Va a hacer también una Ingeniería, justo al lado de donde estudio yo.

No va a tener problema con la nota de corte para entrar porque no es alta. Pero como ha sacado siempre buenas notas cree que la carrera le va a resultar también muy fácil. Yo ya le digo que no tiene nada que ver, pero no me hace mucho caso y creo que se va a llevar algún palo. Mi aita dice que está en la pubertad y que está un poco chulo, pero no le va a quedar más remedio que espabilar.

Hace mucho deporte y está muy sano, pero es un vago. Además, tiene unos horarios rarísimos para estudiar. Estudia por la noche y se pasa las tardes durmiendo. Y como compartimos habitación, me fastidia a mí. Porque si voy yo por la tarde a estudiar me lo encuentro durmiendo, o me despierta a las tantas de la madrugada cuando viene a acostarse.

Ya veremos qué tal le va en la uni. Porque mucha gente dice que el primer año es el más difícil, pero yo creo que es el más fácil. A mí me parece que en 1º año se hace la diferenciación entre los que quieren de verdad estudiar la carrera y los que no. Hay gente que empieza una carrera simplemente porque no le daba la nota para hacer otra. Y entonces no muestra mucho interés y acaba marchándose. Pero si te interesa de verdad, el primer curso lo pasas sin problemas. No lo he hablado con él, pero no sé si estaría dispuesto a hacer lo que hice yo de ir a trabajar a Londres o si se plantea irse a trabajar fuera. Me da la impresión de que le daría pereza lo de irse a otra parte y empezar de cero. Le veo muy acomodado.

Sin embargo, mi hermana es más parecida a mí en lo de conocer mundo y buscarse la vida. Dice que le gustaría hacer cosas como las que yo he hecho y que le he servido de inspiración para eso. Y yo le animo a que las haga y me ofrezco a ayudarle en lo que pueda. Siempre viene bien tener a alguien cercano que ha hecho determinadas cosas y que puede orientarte.

Está haciendo 1º de Bachillerato en euskera. Y es bastante duro, tiene mucho nivel. Ella es súper cabezona, tiene mucho carácter. Curra un montón pero a veces no le sirve. Y no quiere escucharte si le explicas cómo hacerlo bien, se pone burrísima. Ella tiene su idea y no hay quien la saque de ahí.

Todavía no tiene decidido lo que va a estudiar en la universidad, porque de momento se le dan bien las Ciencias y las Letras. No como a mí, que siempre he sido un desastre para las Letras.

Los tres hermanos somos bastante distintos, pero nuestros padres nos han dado libertad y nos dejan que nosotros nos desarrollemos.

Yo a veces les digo a algunos amigos que parece que tienen cinco años, porque tienen que andar pidiendo permiso a sus aitas para quedarse a dormir no sé dónde o para salir de fiesta. Y curiosamente éstos suelen ser al final los que menos estudian. Y yo creo que igual es por eso.

De todas formas, suele ser más mi ama la que se encarga de echar una bronca o de poner unos límites cuando hace falta. Puede que sea porque ella estaba mucho más controlada y cree que es más necesario. Como mi aita ha vivido aquí toda la vida, yo creo que antes andaban mucho más sueltos y piensa que tiene que ser igual para nosotros. Él es mucho más despreocupado en cuestiones de salir y todo eso.

Antes solían discutir a veces por esto, pero ahora mi ama lo tiene ya asumido y sabe que es ella la que se tiene que ocupar.

Cuando estaba en Bachillerato, solíamos salir de fiesta por Vitoria, como todos. Al ir a la uni, empecé a salir más con los compañeros de la facultad. Y como los demás del colegio hicieron lo mismo, acabamos dispersándonos un poco.

A veces nos pasamos el día en la biblioteca y cuando nos cansamos de estudiar nos vamos a tomar algo. A veces nos enrollamos más de la cuenta y llegamos a

las tantas. Y cuando hay más tiempo porque no andamos de exámenes solemos salir de fiesta por Bilbao a alguna discoteca o así. Ahora es en la zona de Pozas y en Mazarredo donde suele haber más gente.

A mi hermano y a mí mis aitas nos dejan súper sueltos, no nos dicen nada con esto de las salidas. Porque tienen claro que estamos centrados y nos preocupamos por los estudios.

Con mi hermana es distinto, porque al ser chica a mi ama le da miedo. Está súper preocupada y se pone histeriquísima con el tema de las violaciones. Le deja salir solo hasta las doce o la una y va a buscarla a donde haga falta.

Mi ama intenta involucrarle a mi aita en estas cosas, pero él es muy confiado, hasta demasiado. Le parece que todo el mundo es bueno, cuando no es así.

Aunque siempre me ha gustado, entre las clases de la uni y la academia me queda muy poco tiempo para practicar deporte. Antes solía ir a un gimnasio, pero ahora voy de vez en cuando a la piscina, salgo a correr o hago alguna cosilla en casa. También me gusta ir al monte y suelo hacerlo con mi aita o con mis primos cuando estamos en el pueblo. Y aprovecho para sacar fotos, que es otra de mis aficiones.

Siempre hemos tenido mucha relación con mis tíos y mis dos primos. Viven justo enfrente de nosotros y de pequeños íbamos todos los días a su casa o venían ellos a la nuestra. Nos llevábamos genial. Pasábamos con ellos las Navidades y celebrábamos todos los cumpleaños y otras comidas familiares

La casa del pueblo es compartida entre los dos hermanos y solemos estar allí también todos juntos. Estamos muy a gusto y quedamos muy a menudo.

Hasta el año pasado no me enteraba de nada de todo lo relacionado con la política. No es que no me interesara, pero no entendía gran cosa. Pero me parece importante tener un poco de cultura también en este sentido, porque no puedes andar sin saber lo que pasa a tu alrededor. Y más con la edad que tengo.

Así que hablé con mis primos, a los que les gusta bastante, y con mis aitas para que me pusieran un poco al día. Me explicaron cuatro cosas básicas, lo suficiente para no estar perdido y entender algo mejor la situación actual.

Yo nunca he tenido ningún problema por el hecho de que mi madre sea cubana. Además, como no se me nota físicamente, tampoco me identifican como latino. Pero en todo caso, si alguien ha podido decir algo alguna vez, a mí me da absolutamente igual. Por un oído me entra y por otro me sale. Yo estoy muy contento de cómo soy y de lo que hago. Estoy muy seguro de mí mismo y no me afecta lo que puedan decir.

Mi madre es cubana, pero yo no me siento de allí. Solo he estado en Cuba unas pocas veces de visita y tampoco conozco mucho a mi familia. Si acabo viviendo fuera y me preguntan de dónde soy, yo diría que de Vitoria.

En la ESO, como éramos muy pocos, mis compañeros sí sabían que mi madre es cubana. En Bachillerato, me lo preguntaron y lo dije. Y ahora en la universidad nunca me lo ha preguntado nadie. Si sale en una conversación, lo digo sin ningún problema, pero sin más. Tampoco veo a mi alrededor comentarios despectivos hacia la gente de fuera, pero supongo que si alguna vez alguien dijera algo, le preguntaría que por qué dice eso. Pero tanto si se mete con los latinos como si lo hace con los de cualquier otro sitio. Yo no hago diferenciación en función del origen. Me parece igual de mal meterse con los latinos que con los chinos o con los marroquíes.

Mi madre es cubana, pero yo no me siento de allí. Solo he estado en Cuba unas pocas veces de visita y tampoco conozco mucho a mi familia.

A mi ama sí que le pasa un montón de veces. Y me da mogollón de pena cuando nos lo cuenta. Mi ama se cabrea un montón, pero en el momento no dice nada. Es normal, porque tampoco puedes liarte a discutir. Lo que hace para desahogarse es contárnoslo después a nosotros súper cabreada. De todas formas, yo creo que si me pasara a mí sería incapaz de dejarlo correr. Intentaría hacer un comentario en plan educado para hacerle ver que no está bien actuar de esa manera.

A mi aita también le fastidian esas cosas, pero tampoco les da mucha importancia. Como a él todo el mundo le parece bueno, no sé si piensa que mi ama habrá exagerado.

En mi clase de la uni no hay muchos extranjeros.

Si al acabar la carrera acabo encontrando trabajo aquí, tampoco tengo mucha prisa por irme de casa. En realidad, me gustaría seguir lo máximo posible porque así podría ahorrar dinero.

A mis padres tampoco les importaría. Ya nos han dicho que mientras hagamos algo provechoso con nuestra vida no tienen ningún problema. Otra cosa sería que estuviésemos sin hacer nada.

Además, tampoco coincidimos mucho en casa. Mi padre tiene sus turnos de tarde y de noche y mi madre suele estar trabajando en otro piso que tenemos al lado de donde vivimos. Y mi hermano y yo pasamos mucho tiempo en la biblioteca, así que no nos vemos demasiado.

Como no tengo pareja de momento, tampoco tengo especial prisa por independizarme por ese lado. Y no me gustaría que eso me influyera a la hora de tomar decisiones sobre mi futuro.

Espero que pueda hacer las cosas como las tengo pensadas y que acabe trabajando donde más a gusto me sienta.



Me llamo Sukaina...

...y nací en Eibar hace veintidós años. Mis cinco hermanos también nacieron aquí, pero mis padres son de Marruecos.

Mi padre vino hacia 1980 con idea de ir a Barcelona, porque allí vivía una hermana suya. Vino a la aventura, porque no tenía trabajo y no hablaba el idioma. Pero le dijeron que en Eibar igual podría encontrar trabajo y por eso se vino aquí. En principio, su intención era estar aquí trabajando un tiempo, ahorrar algo y volverse a Marruecos. Pero conoció a mi madre en Marruecos, se casaron allí y ya se vinieron los dos el año 1990. Porque allí seguía sin haber trabajo y vieron que aquí tenían más posibilidades de futuro para salir adelante y para tener una calidad de vida mejor. Además, en Eibar tenían cuatro familias árabes conocidas y se apoyaban los unos a los otros.

Los cinco hermanos mayores vamos muy seguidos. Tenemos veinticuatro, veintitrés, veintidós, veintiuno y diecinueve años. Y luego está la *txiki*, que tiene trece. Es curioso, pero yo me llevo un año clavado con mi hermana mayor. Somos las dos del uno de febrero y hasta nacimos a la misma hora. Parecemos mellizas. Los dos chicos, que tienen veinticuatro y veintiún años, no han estudiado. El mayor no tiene ni la ESO, empezó a trabajar de joven y ya dejó de lado los estudios. Ahora dice que se arrepiente, porque no se puede ir a ninguna parte sin el Graduado Escolar. Y le anima a estudiar a mi otro hermano, pero este dice que no vale y que le cuesta mucho concentrarse. Así que, de momento, lo ha dejado. A mis padres tampoco les hace gracia que deje los estudios, y ya se lo han dicho, pero no hay manera de hacerle cambiar de idea.

Por lo menos, las chicas sí que estamos estudiando. Mi hermana mayor acaba de terminar Magisterio y está esperando a las listas para las oposiciones.

Lo que pasa es que ella es una negativa total. Piensa de antemano que no le van a coger por llevar el pañuelo y por no sé qué cosas. Ha hecho Haur Hezkuntza y dice que para qué va a ir a una guardería si no le van a coger.

Yo le animo a que lo intente, porque sí que puede que haya gente que no le va a contratar, pero tampoco se puede generalizar. Además, si saca la oposición ahí ya no le pueden decir nada.

Yo estoy haciendo Trabajo Social en Vitoria y me falta un año para terminar.

La siguiente ha acabado ahora el Bachillerato y tiene idea de hacer Filología Francesa. Aunque va a hacer la carrera un poco por hacerla, porque lo que realmente quiere es hacer oposiciones para policía, para *ertzaina*. Pero dice que si tienes una carrera estás mejor colocado y, como le gusta el francés, así hace algo que le gusta. Es curioso, porque desde cría ya decía que quería ser policía. Como no sabe francés, tiene idea de ir en verano a una academia en Marruecos para volver con un buen nivel.

Y la pequeña está ahora haciendo la ESO y todavía no sabe lo que estudiará después.

Nosotras hemos estudiado siempre en la pública aquí en Eibar. Desde *Haur Eskola* hasta el instituto. Y siempre en euskera, porque aquí la pública era toda en modelo D. Si querías estudiar en castellano, tenías que ir a colegios concertados. A mí me parece bien que sea en euskera, porque de mayor para trabajar de funcionario o de lo que sea te piden que seas bilingüe. Y si no lo eres, te vas a encontrar con muchos obstáculos. Es una pena, y mucho más difícil, tener que ponerte a estudiar un idioma a los veinte años cuando podías haberlo mamado desde pequeño.

Además, el hecho de tener la opción de estudiar en castellano hace que se generen guetos.

Con mis amigas también soy de hablar más en castellano que en euskera. Por eso estoy haciendo ahora la carrera en euskera, para seguir en contacto con el idioma y que no se me olvide.

En mi casa nadie habla euskera y mis padres nunca han podido ayudarme con los deberes. Yo hablo con ellos en árabe, por costumbre y para no perderlo, y con mis hermanos en castellano. Y con mis amigas también soy de hablar más en castellano que en euskera. Por eso estoy haciendo ahora la carrera en euskera, para seguir en contacto con el idioma y que no se me olvide. Sin embargo, en el colegio nunca tuve que ir a clases particulares o de refuerzo, lo que he aprendido ha sido en la escuela. Con todas mis amigas de origen extranjero pasa lo mismo, y hemos sabido salir adelante y llevar bien los estudios.

Yo no he tenido problemas en el colegio, siempre me he llevado bien con mis compañeros y con los profesores. De hecho, algunos amigos de ahora los he mantenido desde txikis. Luego a otros los he ido conociendo cuando cambiaba

de colegio, donde siempre entraba algo de gente nueva. Algunos de mis amigos son como yo, de Eibar y de origen extranjero, pero otros son de origen de aquí. Alguna también es de Bilbao, pero la mayoría son de Eibar.

Y tampoco he tenido nunca ningún problema en el colegio por llevar el pañuelo. Pero sí que hay casos en los que no les dejan estar en clase con el pañuelo puesto. Creo que ahora es cada centro el que decide si permite usarlo o no.

Yo conozco a una chica que quería estudiar un Módulo y no le dejaron por llevar el pañuelo. Ella puso una demanda judicial, pero perdió. No sé muy bien cómo fue, pero parece que lo que hay que hacer es poner una reclamación en Educación, y no ir por la justicia.

También salió hace poco el caso de una niña de diez años en Vitoria a la que le habían prohibido ponerse el pañuelo en clase. Y creo que se había pasado todo el curso dando clase en Dirección. Solo podía llevarlo en el patio y en el gimnasio, pero no dentro del aula.

A mí estas cosas me indignan. Supuestamente estamos en un país libre, pero si no soy libre para vestir como quiera. . . una persona que no lo lleva no va a ser más liberal que yo, igual todo lo contrario.

A veces tenemos debates sobre este tema en la uni y te encuentras con mucha gente que no lo entiende. Muchos se piensan que nos ponemos el pañuelo obligadas y que por eso somos unas sumisas. Yo les suelo decir que por lo menos se informen antes de hablar. Porque yo también estoy en contra de que se le obligue a la gente a ponérselo. Nadie debería obligar a nadie a hacer algo o a ponerse nada.

Pero si yo me lo pongo porque me da la santa gana, ¿quién es nadie para decirme que me lo tengo que quitar o que estoy oprimida?

Es que hay tanto desconocimiento y tantos prejuicios sobre esto que me parece que es inútil intentar explicar nada. La gente se suele quedar con lo fácil y no se molesta en averiguar nada. Es verdad que también hay algunos que se interesan y te preguntan de buena forma por qué lo llevas, pero son los menos. Resulta muy cansino y acabas pasando.

Aunque yo en Eibar no he tenido muchos problemas, sí que hay gente que critica y que habla a las espaldas. Todavía me acuerdo de un día que fui de *txiki* con mi madre al médico y una pareja empezó a criticarnos en euskera pensando que no les iba a entender. Empezaron con lo de que éstos vienen aquí por la sanidad y esas historias. Yo les dije «Barkatu, zer esaten duzue?»³, y entonces me dijeron que no iba por mí.

³ Cita textual: «Perdonad, ¿qué decís?»

Yo antes lo pasaba muy mal con estas cosas. Me cabreaba y acababa llorando de impotencia y de rabia. Pensaba que si soy una persona normal, ¿por qué me tenía que estar defendiendo continuamente? Ahora ya me río y prefiero pasar.

Y todo esto tiene que ver con que, aunque yo he nacido aquí, tengo clarísimo que para la gente no soy de aquí. Para empezar, a primera vista, es por el pañuelo, por la apariencia. Porque la gente no sabe diferenciar entre cultura y religión, y lo acaba mezclando todo. Solo por eso, algunos ya me consideran extranjera.

Antes siempre decía que soy vasca, pero como mucha gente me dice que no lo soy, he acabado teniendo una confusión de identidad muy gorda.

Yo antes siempre decía que soy vasca, pero como mucha gente me dice que no lo soy, he acabado teniendo una confusión de identidad muy gorda. Me pasa a mí y les pasa también a muchas personas como yo, de segunda y tercera generación.

Aquí te dicen que eres extranjera, pero cuando vas al país de tu familia, a Marruecos en mi caso, también te lo dicen. Te acabas sintiendo extranjera en los dos sitios.

La verdad es que si me lo preguntan ahora, ya no sé qué contestar. Tendré que decir que soy del mundo o algo así. Al final, es una pregunta sin respuesta.

Porque por mucho que repita que yo soy vasca, me doy cuenta de que la sociedad en general no me acepta como tal. Y desde luego tampoco me siento marroquí. Es cierto que tengo algunas cosas de esa cultura, pero no tengo la sensación de pertenecer a ella.

Yo creo que todo esto supone un problema muy grande, porque la identidad es algo básico. Nos construimos teniendo una base en la que apoyarnos, que es precisamente la identidad. Y si la identidad no está bien definida... acabas dudando de todo.

Yo tengo una amiga que es conversa. Ella es de aquí y sus padres y abuelos también son de aquí. A ella también la están tratando de extranjera, aunque probablemente es más vasca que toda la gente que se mete con ella. Y todo es por llevar un pañuelo en la cabeza y a pesar de que su nombre y sus apellidos son vascos.

Cuando alguien le dice que se vaya a su país, les contesta que a qué país se va a ir si ella es de aquí, si este es su país. Es absurdo.

Nosotros solemos ir a Marruecos casi todos los veranos. A Tánger, que es de donde es mi familia.

Cuando era pequeña, íbamos en junio nada más acabar las clases y volvíamos a mediados de septiembre. Siempre llegaba tarde al comienzo de curso, me solía perder la primera semana de clase.

Me acuerdo de que me aburría muchísimo, pero es que era pequeña y no tenía amigas allí. Solo un par de primas de una edad parecida a la mía con las que solía jugar.

Además, como la seguridad no era muy allá, no podía salir sola. Tenía que salir siempre con alguien y dependía de cuándo podía esa persona. Acababa pasando casi todo el tiempo con mis hermanos.

Mis padres siguen yendo todos los años, pero mis hermanos y yo solo vamos algunos veranos, no todos. La verdad es que a mí nunca me ha gustado mucho. Para ir un par de semanas y adiós. Lo justo y necesario, porque si no ya empiezo a aburrirme. Si haces una ruta por diferentes ciudades, está bien. Pero ir para estar en Tánger, pues no.

La mentalidad también es diferente, y a mí eso me choca mucho. Siempre están con que no te vistas así o que no vayas de esta manera. Allí el rol de la mujer es muy diferente, y yo estoy en contra de eso. Yo soy muy de ir como me dé la gana y no me gusta que nadie me diga cómo tengo que hacerlo. Si voy con mi prima, se pasa todo el rato diciéndome a ver qué digo o qué hago. Para ellos, yo soy la loca. Te dicen que no vayas a esa terraza porque allí solo hay hombres. ¿Y a mí qué me cuentas de que solo haya hombres? Yo aquí voy a cualquier terraza de cualquier bar y me siento tan tranquila, haya hombres o mujeres. Me da igual.

Pero es que allí la cultura es diferente, y por eso les entiendo a ellas cuando me avisan de eso. Porque sales a la calle y los chicos ya te están piropeando. Vayas como vayas. Y, desde luego, si vas a una terraza no te van a dejar tranquila.

Hay gente a la que le gustan estas cosas, pero a mí me hacen sentir incómoda. Yo quiero ir tranquila sin que nadie ande detrás de mí. Por la noche, como nuestra casa está un poco a las afueras, me da miedo salir sola o volver a casa sola, porque no sé lo que me voy a encontrar. No se me ocurre hacerlo ni loca.

Es que si de día ya les da igual que vayas con tus padres o con tus hermanos, por la noche no me fío de nadie. Ni del taxista. Si salgo de noche, me tiene que llevar alguien a casa.

Mis padres ya nos suelen avisar, pero es que para los de allí es lo normal. Es un contraste muy grande. Aquí en Eibar o en Vitoria yo salgo a cualquier hora tranquilamente. Ya sé que me puede pasar algo, como le puede pasar a cualquier persona, pero no es eso de tener en la cabeza metido que hay un porcentaje muy alto de que te pase.

Desde luego, yo no me planteo vivir en Marruecos ni loca. Y mis hermanos tampoco. Sin embargo, a mi padre le encanta y ahora que se ha jubilado dice que se quiere ir a vivir allí. Pero mi ama no puede abandonar a mis hermanas para irse con él, y no me imagino a mi aita viviendo allí solo.

Ahora no está trabajando, pero mi madre ha trabajado en la limpieza de un centro de salud y también en casas. Aunque pudiera, yo creo que ella tampoco se iría. Tiene su vida hecha aquí y se ha habituado a esto, porque lleva muchos años. Me parece que se siente más cómoda aquí y que ella tiene también la misma idea que yo. Ir de vacaciones y ya está.

Desde luego, yo no me planteo vivir en Marruecos ni loca. Y mis hermanos tampoco.

Mis padres están muy contentos por el hecho de que yo haya decidido seguir estudiando, pero tampoco han sido nunca muy exigentes con las notas ni me han insistido demasiado para que lo hiciera.

Si yo hubiese querido, habría dejado de estudiar hace tiempo. Y si he seguido ha sido sobre todo por las ganas que tenía yo de hacerlo, más que por lo que ellos me hayan podido decir.

También es verdad que mi padre me decía que tenía que estudiar, pero si le hubiese dicho que no quería, tampoco habría pasado nada.

Al acabar el Bachillerato y tener que decidir la carrera, estuve dudando entre Derecho y Trabajo Social. Mi aita me animaba a hacer Derecho, porque le parecía que tiene más salidas, pero al final decidí hacer lo que más me gustaba a mí, porque la que va a trabajar en eso voy a ser yo.

Llevo trabajando desde los dieciséis años, porque sabía que para estudiar tenía que trabajar.

Además, yo llevo trabajando desde los dieciséis años. Porque sabía que para estudiar tenía que trabajar. Y también para tener algo de dinero para mis cosas, porque yo nunca he tenido una paga semanal. Quería tener mi propio dinero y no tener que estar pidiéndoles todo el día a mis padres.

Además, es que, como somos muchos hermanos, mis padres tampoco me podían pagar los estudios. Yo siempre he dicho que si me puedo quitar de la lista, me quito. Soy muy independiente en ese sentido y me ha gustado sacarme las castañas yo sola.

Mis hermanos también empezaron a trabajar a la vez que estudiaban. Pero como vieron que había dinero, ellos dejaron los estudios en vez de compaginarlos como hago yo.

El primer trabajo que tuve fue repartiendo una revista en Eibar. Lo encontré a través de una prima mía que trabajaba ahí. Ella me lo comentó, habló con la encargada y ya empecé.

También he dado clases particulares. Empecé porque una profesora mía de la ESO le dio mi teléfono a una madre y a partir de ahí se lo fueron pasando unas a otras. Y acabé poniendo también un anuncio en la revista que repartía.

Estuve varios años dando clases y llegué a tener hasta cuatro chavales a la vez. Iba a sus casas y me pasaba el día de un lado para otro. Los críos eran todos de Eibar y nunca tuve ningún problema. Además, no era que me presentaba yo ofreciéndome a dar clases, sino que era otra ama la que me llamaba a mí. Funcionaba el boca a boca.

Y estos dos últimos años he estado trabajando por temporadas como captadora de socios para dos ONGs.

Aunque a mí directamente no me ha pasado, muchas veces sí que se nota que hay un cierto rechazo cuando vas a buscar trabajo. Te hace pensar hasta qué punto te va a condicionar el hecho de llevar el pañuelo y que puede ser esa la razón por la que no te cogen.

Espero que para Trabajo Social no me pase, pero a veces tengo la sensación de que al terminar la carrera no voy a encontrar trabajo de eso, de lo que yo quiero. Ahora con estas nuevas leyes que están saliendo en Europa para prohibir el pañuelo, no quiero ni imaginar lo que puede pasar.

Una vez sí que tuve un follón cuando estaba trabajando para una ONG. Estaba en la calle con otra chica y esta se acercó a una señora para explicarle lo de hacerse socia. Se quedó mirándome diciendo que se fuera esa negra, porque si no, no iba a hablar con ella.

Y como yo soy bastante cabezona, me acerqué y entonces empezó a decir que me fuera a mi país. Yo le contesté que a qué país me iba a ir, que a ver quién era más vasca.

Me dijo que tenía dos carreras y yo le empecé a hablar en euskera. Como ella no sabía, me empezó a empujar. Y justo pasó por allí un chaval marroquí y se metió también en el lío.

Total, que empezó a insultarle también a él diciendo que putos moros y que aquí sobramos. Y cada vez que yo le decía que era una ignorante, se cabreaba más. Pero es que es verdad, podía tener dos carreras, pero era una ignorante de la vida.

Lo curioso es que se formó un corrillo alrededor y la gente pensó que era un teatrillo que estábamos montando para sensibilizar a la gente sobre el racismo y todo eso.

Al final, se acercó una pareja muy maja para decirme que supiera que no todos somos así y yo les dije que ya lo sabía. Pero no me parece justo que sigan pasando esas cosas, no lo entiendo. Aunque no quiero que me afecten, siempre acaban haciéndolo. Cuando me fui de allí me puse a llorar de la rabia.

Pero bueno, que les den. Que hagan lo que les dé la gana, porque gente inculta e ignorante hay en todas partes. Cosas como esta van a seguir pasando porque es algo que está en la sociedad y que no se puede cambiar de un día para otro.

Es una pena, pero hay que asumir que todavía hay gente que piensa así. Y mucha de esta gente ni siquiera es vasca. Con gente vasca, vasca no he tenido nunca ese tipo de problemas.

En mi cuadrilla de amigas de Eibar hay tanto gente de aquí como de origen extranjero. Y nunca hemos tenido problemas. Varias llevamos juntas desde muy txikis, desde Primaria. Y luego en Vitoria también conozco a mucha gente de la uni o de las ONGs para las que he trabajado.

De pequeñas, nos quedábamos en Eibar. Lo típico de quedar en la plaza y poco más. Ya con dieciséis o diecisiete años, empezamos a movernos algo más fuera de Eibar. En Bilbao, igual íbamos de compras. Y en Durango a una bolera. También solíamos ir a Elgoibar o a Donosti a pasar el día.

Espero que para Trabajo Social no me pase, pero a veces tengo la sensación de que al terminar la carrera no voy a encontrar trabajo de eso, de lo que yo quiero.

De todas formas, a mí Eibar como pueblo no me gusta. Ahora suelo andar mucho más por Bilbao, donde tengo algunas amigas, que por Eibar. También por Vitoria, donde vivo por la carrera, o por Donosti.

Es que en Eibar tampoco hay mucho que hacer porque, al final, son dos calles. A mí me gustan las ciudades más grandes, como cualquiera de las capitales vascas, donde haya más vidilla.

Es como que necesito más espacio, necesito respirar más aire. No me gusta un pueblo donde te conoce todo el mundo, me parece que te acaba limitando. Te condiciona un poco para no hacer cosas que igual en otros sitios sí harías, o que harías de diferente manera. Yo creo que cuando te conoce tanta gente, no eres tan libre, porque hablan y chismorrear mucho. Y eso no te pasa en una ciudad más grande donde la gente no se conoce.

Igual es una paranoia mía, pero no tengo idea de quedarme a vivir en Eibar en el futuro. Al final, son opiniones. Porque mi hermana mayor, que ya se ha independizado, sigue viviendo en Eibar. Y precisamente lo que dice es que le resulta más cómodo estar aquí porque ya le conoce todo el mundo. Y mi hermano mayor también se ha quedado a vivir en Eibar.

Aquí estoy a gusto y si me fuera tendría que aprender el idioma. Sería como volver a empezar de cero.

Igual acabo cambiando de opinión y me termino quedando aquí, pero ahora mismo preferiría irme a vivir fuera.

De todas formas, tampoco me atrae la idea de irme a vivir al extranjero. Creo que es por una cuestión de comodidad. Aquí estoy a gusto y si me fuera tendría que aprender el idioma. Sería como volver a empezar de cero.

Además, para algo he aprendido el euskera, para algo me tiene que servir. Porque está claro que aquí con el euskera tienes más posibilidades.

Para mí, con irme a Bilbao ya sería suficiente.

A mí siempre me ha gustado mucho debatir sobre cuestiones de religión y de política. Me gusta enterarme de lo que pasa y discutir sobre ello con la cuadrilla, donde cada una tiene su opinión y su perspectiva.

Con mis amigas, sobre todo con las que son musulmanas, solemos hablar bastante de religión. Unas son más radicales y otras más relajadas y al final siempre se montan jaleos, pero bien.

Porque yo he nacido en una familia musulmana y me han educado así. Pero cuando ya tuve uso de razón, empecé a hacer averiguaciones por mi cuenta para saber si iba a ser una creyente en la religión. Me refiero a ser creyente de verdad, no porque mis padres me hayan dicho que lo tengo que ser. Había muchas cosas en mi casa que no me gustaban y yo pensaba que si eso era la religión, yo no iba a ser así.

Por eso, cuando tenía unos catorce años empecé a ir a charlas que daban mujeres musulmanas aquí en Eibar. Y así me di cuenta, por ejemplo, de que mi aita es un poco machista. Él me decía que eso es lo que dice la religión, pero no tiene nada que ver. Lo he discutido muchas veces con él y al principio me decía que qué voy a saber yo. Pero yo le explicaba que esto es así y así. Como los dos

somos bastante cabezotas, teníamos discusiones bastante intensas sobre estos temas.

Pero todo esto me llevó a asumir mi religión como algo propio y a llevarla a cabo. Como con lo de llevar el pañuelo, que además tampoco se me hizo raro en su momento porque mi ama estaba muy a menudo con otras familias que también lo llevaban y yo veía que no éramos las únicas.

A pesar de lo que decía antes de mi aita, tengo que reconocer que él siempre nos ha animado a estudiar y no a casarnos. Tengo amigas que ya se han casado y él nos solía decir que no hiciéramos como fulanita, que estudiemos y nos busquemos un futuro, porque después ya habrá tiempo para casarse.

Y eso que ha habido pretendientes. Y no me refiero a parejas mías, sino hombres a los que igual yo no conozco de nada que iban donde mi padre a decirle que querían casarse con su hija. Porque todavía hay de éstos. Pero mi padre siempre les decía que no.

Es curioso que siga pasando esto hoy en día. Yo creo que si quieres casarte, eres tú el que tiene que buscarse una mujer y no esperar a que vaya tu padre donde el padre de no sé quién a pedírselo. En algunos pueblos igual sí, pero en general me parece que eso ya no se hace ni en Marruecos.

Lo que sí les importaría mucho a mis padres es que mi pareja no fuera musulmana. Lo llevarían muy mal si no lo fuera. Pero es que yo misma nunca me he planteado tener una pareja no musulmana, y nunca la he tenido. Tengo muchos amigos, pero nunca me han llamado la atención como pareja. Lo que pasa es que como ya sabes que tiene que ser musulmán y no lo es, ni te llegas a plantear a ese amigo como pareja.

Es que yo misma nunca me he planteado tener una pareja no musulmana.

Entre otras muchas cosas, supondría un gran problema a la hora de tener hijos y decidir en qué religión se les quiere educar.

Cuando éramos txikis, en casa sí que celebrábamos algo las Navidades. Siempre hemos hecho lo de las doce uvas y Año Nuevo. Lo que no hacían mis aitas era ponernos regalos en Reyes. Un año vinieron unos disfrazados de los reyes, no sé si serían de la Cruz Roja o así, a darnos algunos regalos. Y sí me acuerdo de que nos hizo mucha ilusión recibir esos regalos.

Nosotros los regalos los hacemos en la fiesta de después del ramadán. Lo que pasa es que aquí éstos no son días festivos.

A mí me parece muy mal que, si España es supuestamente un país laico, se incluyan como festivos en el calendario laboral días como los de Navidades o Semana Santa. Hay que ser o laicos del todo o no serlo. O se celebra todo o no se celebra nada.

Si tenemos trabajo, nosotros tenemos que celebrar la fiesta de después del ramadán en el tiempo libre porque es un día laborable normal. No como las Navidades, en las que todo el mundo tiene fiesta.

Hace poco he leído que una alcaldesa ha destinado no sé cuánto dinero para la fiesta de después del ramadán y para el Año Nuevo chino. Y a mí eso me parece muy bien.

De todas formas, más que los calendarios lo que habría que cambiar es la manera de la integración. Porque aquí se celebra una fiesta intercultural y están todas las culturas menos la vasca. Si es intercultural, ¿por qué no está la cultura vasca? ¿De qué interculturalidad estamos hablando?

Haciendo una fiesta una vez al año no vamos a conseguir nada. Habría que cambiar la mentalidad y hacerlo desde arriba. Porque si seguimos el ejemplo de Francia no nos va a ir bien. En Francia te siguen discriminando aunque seas la tercera o cuarta generación.

Y más ahora con el terrorismo. Parece que todos somos terroristas, y la gente te llega a preguntar si eres como ellos. ¿Qué les vas a decir?

Tengo muy claro que las primeras víctimas del terrorismo somos los musulmanes, porque está provocando una islamofobia tremenda.

Yo tengo muy claro que las primeras víctimas del terrorismo somos los musulmanes, porque está provocando una islamofobia tremenda. Si ya nos discriminaban, ahora mucho más.

Al final, la mayoría de la gente que es terrorista es conversa o de segundas y terceras generaciones. Muchos son chavales franceses de tercera generación que se siguen viendo discriminados. En cierto modo, no me extraña que se agarren a lo que les ofrecen los terroristas. Porque parece que les dan no sé cuánto dinero y un valor y un aprecio que la sociedad en la que viven no les da. Si España hace lo mismo que Francia, si no cambian de táctica, aquí puede acabar pasando lo mismo.

Lo podemos ver en la discriminación laboral que existe. ¿Cuántas personas musulmanas ves trabajando de cajeras o de dependientas? Cero patatero. Los trabajos a los que podían aspirar nuestras madres o hermanas mayores eran en fábricas o en la limpieza. Siempre en puestos que no fueran de cara al público. Y eso sigue siendo así. Yo tengo una amiga que se presentó para cajera y le dijeron que no. Y a una que ya estaba trabajando de cajera le dijeron que o se quitaba el pañuelo o estaba despedida. Y la despidieron.

Aquí en Euskadi, nosotros somos la primera generación que está haciendo carreras universitarias con las que puedes conseguir un puesto de trabajo por tus estudios. Nuestros aitas no las han hecho y las hermanas mayores de algunas de mis amigas tampoco. No les contrataban, al menos en teoría, porque no tenían la titulación. Ya veremos lo que pasa con nosotras en un futuro cuando vayamos teniendo esos títulos.

Antes en Eibar éramos pocas las familias de origen extranjero y sabías perfectamente dónde vivía cada una. Pero últimamente ha venido muchísima gente. Yo desde que tenía quince o dieciséis años he estado ayudando a la gente nueva que venía. Haciéndoles de traductora en el médico o acompañándoles cuando tenían que hacer algún trámite.

Solía contactar con ellos a través de mi ama o de una mujer que es bastante conocida aquí en Eibar. Ella me llamaba y me decía si podía hacer lo que fuera. Porque a mí siempre me ha gustado el hecho de ayudar.

He estado tres años actuando como mediadora en un programa de intermediación. Y cuando llegaron los refugiados también estuve de acompañante, pero poco tiempo porque andaba de exámenes y tenía que estudiar.

Supongo que un poco por todo esto es por lo que decidí estudiar Trabajo Social. Siempre me ha gustado, aunque tengo que reconocer que los tres primeros años han sido de teoría pura y un poco chapa. A mí me parece que tendría que ser una carrera más práctica que teórica. Pero bueno, tengo todo aprobado y solo me quedan las prácticas del curso que viene.

Este curso he estado viviendo en Vitoria, porque el año pasado fue una locura estar en Eibar. Tenía que ir todos los días a Vitoria a estudiar y luego a Bilbao a trabajar. No paraba en casa más que para dormir, y poco tiempo.

La pena es que no he encontrado trabajo en Vitoria y he tenido que seguir yendo a Bilbao a trabajar para poder pagarme el piso.

El próximo curso seguiré igual en Vitoria y mi idea es no volver ya a casa después, buscarme un futuro fuera de casa. Ya veremos si lo puedo hacer.

Cuando acabe las prácticas tengo que hacer el máster. Todavía no lo he mirado mucho, pero, por lo que he visto, en los que tiene la UPV no hay nada muy jugoso. Y yo la beca la tengo con la UPV; porque si no, valen un pastón. De todas maneras, me queda tiempo por delante para decidirlo.

También me gustaría hacer, si puedo, un doctorado. Aunque también dependo de que me concedan una beca para ello. Si pudiera, lo que me apetecería sería hacer una investigación centrada en el tema de la emigración y de las nuevas generaciones. Para intentar contribuir a resolver algunos de los problemas de los que he hablado aquí.



Me llamo Jon...

...y nací en Brasil hace veintitrés años, pero mis padres me trajeron a Bilbao cuando tenía solo seis meses. Mi madre es brasileña y mi padre de Getxo, de una familia con mezcla de ingleses y vascos.

De *txiki* mi casa ha sido un poco casa patera. Por un lado estaba el núcleo familiar, mis padres, mi hermana, que es tres años mayor, y yo; pero por otro, solía haber a menudo colegas de mi madre o de mi padre que se quedaban una temporada viviendo en casa. Sobre todo eran brasileños, amigos de mi madre. Mi madre ha estado metida en alguna ONG, en clases de baile latino y montando eventos para la Semana Grande. Por eso estaba rodeada siempre de gente latina.

Mi padre, además de ser maestro, se dedicaba a viajar un montón haciendo de guía. Se relacionaba también con mucha gente africana y de otros lugares.

Por todo esto, yo he vivido muy de cerca la interculturalidad desde pequeño. Pero entonces me relacionaba más con adultos, a través de mis padres, que con chavales extranjeros de mi edad. Es curioso, pero ahora igual sí que me muevo más con gente extranjera que con gente de aquí.

Tengo muy buenos recuerdos del ambiente que había de crío en mi casa. De los bailes, de las comidas y de las risas. Aunque también tengo que reconocer que había un choque cultural muy fuerte entre mi padre y mi madre y a veces saltaban chispas.

Mi madre es muy efusiva y muy pasional para todo, tiene mucho temperamento. Y mi padre era muy simpático y muy abierto, pero también muy *euskaldun*. Tranquilo, ordenado y lo justo de alocado. Si mi padre era una brisa, mi madre era una tempestad. Y en ese sentido, yo he salido más a mi madre.

Pero ese contraste de caracteres entre ellos hacía que hubiera muchas peleas en mi casa. Parecía una telenovela. A mí me chocaba la diferencia con los padres de mis amigos que, por lo menos aparentemente, llevaban unas vidas más

Tengo muy buenos recuerdos del ambiente que había de crío en mi casa. De los bailes, de las comidas y de las risas.

estables y seguían viviendo juntos. Creo que llegué a echar en falta entonces esa estabilidad y esa *normalidad*.

Porque durante aquellos años, antes de decidirse por el divorcio, mis padres ya se habían separado y vuelto a juntar un montón de veces.

Cuando tenía cuatro años, durante una de esas separaciones, me fui con mi padre a Brasil y estuvimos allí casi un año. Tengo un recuerdo brutal de aquella época. El sitio, que está al nordeste del país era un auténtico paraíso, con un montón de dunas y unas aguas cristalinas. Llevábamos una vida tranquila y sencilla. Una vida rastafari, por así decirlo.

Vivíamos de la pesca y tocábamos tambores, ese tipo de cosas. Los únicos peligros eran los pumas que podían andar por la zona o los tiburones. Nada que ver con Sao Paulo, de allí es mi familia, donde tienes que andar con mucho cuidado porque te pueden atracar a punta de pistola en cualquier esquina.

Me sorprende el recuerdo tan claro que tengo de aquello. Vivíamos con una familia del pueblo y éramos uno más entre ellos. Nos íbamos de pesca con el tío Antonio, cogíamos una cría de tiburón y después la cocinábamos para comerla entre todos con harina de mandioca. Juntos en la misma casa, comiendo con las manos y viendo la telenovela, que es lo más allí, en la única televisión del pueblo. Una fiesta.

Al volver de Brasil, empecé mis estudios en un colegio con una metodología bastante abierta y alternativa. Funcionaba por *txokos*. En vez de estar cada uno en su pupitre escuchando lo que decía el profesor, nos distribuíamos por *txokos* y aprendíamos por medio de juegos.

Fue idea de mi padre lo de matricularme en ese colegio. Además de maestro, él era un poco *hippy*, por decirlo de alguna manera. Tenía un compañero que trabajaba y que también tenía a su hijo en esa escuela, y por eso conocía bien cómo funcionaba. Se estudiaba todo en euskera y eso también le parecía muy bien a mi padre, porque él siempre fue muy abertzale.

Me acuerdo de que había un estudio de radio donde los chavales hacíamos los programas desde pequeños. Un día te librabas de todas las clases y te dedicabas a eso. Recogías las noticias del periódico y luego hacías de locutor y las decías, mientras otros estaban fuera mandando la señal a todo el barrio.

Te enseñaban cosas diferentes, no era solo lo de aprender, aprender y aprender. Lo malo es que cuando llegabas a la ESO ya se fastidiaba la cosa. Porque el problema de las escuelas alternativas era que solo se aplicaban en Primaria. Al empezar la Secundaria se volvía a una metodología tradicional y ya pasabas a ser un número más.

Aunque en general no tenía problemas con la gente, sí que tengo el recuerdo de alguna discriminación. Cosas como que «Jon no puede jugar porque es negro»

o de ese estilo. Y eso que yo no soy tan oscuro. Luego sí que fueron llegando otros extranjeros más oscuros y entonces ya no tenía mucho sentido lo de que Jon era negro.

Pero a mí esas cosas me sentaban fatal. Siempre he sido un chaval muy sensible, y de pequeño mucho más. No entendía a qué venía eso porque yo no veía la diferencia, yo me consideraba un chaval más.

De todas formas, tengo más recuerdos buenos que malos de aquellos años del colegio e incluso siento añoranza a veces. Lo más positivo que puedo decir es que me inculcaron una serie de valores que me han servido en la vida y que conocí a una gente con la que sigo manteniendo la relación hoy en día.

Aunque en general no tenía problemas con la gente, sí que tengo el recuerdo de alguna discriminación.

Cuando tenía siete años volvimos a pasar una temporada en Brasil, unos cinco meses. Esta vez estuvimos en mi ciudad natal y perdí ese año de colegio porque, aunque solía ir a una escuela, no hacía nada y no recuerdo haber aprendido gran cosa. Estaba como el que va de paso. De lo que sí me acuerdo es de estar de vacile con los chavales de allí y de pasarme el día jugando al fútbol.

Al principio igual me vacilaban un poco por mi acento, el *sutaki* que dicen allí, pero nunca tuve ningún problema para integrarme. Creo que, dentro de lo que cabe, soy una persona que se hace querer y generalmente no suelo tener problema para relacionarme con los demás.

Aunque por mi aspecto puedo pasar perfectamente por un chaval de aquí, igual he sufrido más discriminación en Bilbao que allí. No sé si será por las *rastas* que llevo, pero en el autobús veo a veces cosas feas. Que no me importan, porque me las tomo a mi manera, pero no me parecen normales.

Gente que se va a sentar a mi lado y, de repente, me mira y se pira. Me choca, porque tampoco creo que tenga cara de mala persona. Y lo que más me extraña es que me ha pasado también con gente joven. Porque igual de uno mayor lo puedes esperar más, pero de un chaval... me sorprende que un joven pueda tener tanto prejuicio.

Igual influye también que yo me muevo en un entorno con gente de mentalidad muy abierta, y por eso me parece más raro todavía.

Antes de tener las *rastas*, la policía me paraba un montón de veces y me tenía retenido porque me confundían con un marroquí. Hasta que les enseñaba el DNI y entonces ya me dejaban marchar. Lo que hago ahora si me para la policía es hablarles todo en euskera, como dejando claro que yo soy de aquí.

Este tipo de situaciones me generan una frustración muy grande y una empatía con la gente de origen marroquí. Me hacen preguntarme si por ser moro me tienes que parar, me tienes que putear y me tienes que colocar en un estatus inferior al tuyo, en una posición de sumisión. Me parece fatal que sigan existiendo esa clase de prejuicios.

Gente que se va a sentar a mi lado y, de repente, me mira y se pira. Me choca, porque tampoco creo que tenga cara de mala persona.

No voy a negar que habrá chavales de este origen que la lían, yo mismo conozco alguno. Pero también la lía la gente de aquí y no se les prejuzga de esa manera. Como he tenido alguna pareja de origen latinoamericano, también he podido vivir de cerca el racismo con el que a veces les trata la policía. En alguna ocasión, llamaban a la policía porque alguien se estaba metiendo con su grupo y al final parecía que eran ellos los delincuentes por cómo les trataban.

En Brasil también hay mucho racismo, y tiene tela que sea así teniendo en cuenta que es un país muy mestizo. Si eres mestizo o medianamente blanquito no pasa nada; pero si eres negro o indígena, estás jodido porque vas a vivir muy pisado.

En mi familia hay una mezcla de negros e indígenas. Y no hay que remontarse muy atrás para encontrarse situaciones tremendas. Mi bisabuelo era esclavo y su padre era nigeriano robado de África. Y mi bisabuela era una indígena que no tenía papeles. Porque hasta hace 150 años los negros y los indígenas eran considerados salvajes y no tenían documentación.

Al empezar la ESO, pasé al mismo instituto que muchos de mis compañeros del colegio. Como se juntaban también chavales de otros colegios, la cuadrilla se fue ampliando y llegamos a ser cerca de treinta. Pero el que era mi mejor amigo en Primaria sigue estando ahora en la cuadrilla y eso es muy guay.

También había algún vacile, pero sobre todo de gente conocida en plan de broma. No es que se metieran especialmente conmigo ni mucho menos. Sí me acuerdo de que había un tío que siempre que me veía me decía «Jau» o cosas así. Hasta que un día me cansé y le di un golpe en el estómago, porque además era muy grande y me venía bien la altura. Y eso que yo no soy nada belicoso. Lo cierto es que ahora me llevo muy bien con él. Ya decía antes que creo que soy un tío que me hago querer bastante.

En cuanto a los estudios, ahí siempre he sido un poco un cero a la izquierda. No me iban mucho y no estudiaba.

En Bachillerato me di cuenta de que no sabía estudiar, nunca tuve una buena dinámica para eso. A pesar de que mi padre era maestro y de que mi madre me metía mucha caña con que tenía que ser el mejor. Aquello más bien me producía el efecto contrario.

No me salía lo de ponerme a estudiar y no era muy aplicado, porque tenía la cabeza en otras historias. La verdad es que siempre he sido un chaval muy disperso y muy despistado.

Sabía que tenía unas cuantas asignaturas que aprobar, iba a clase, me lo pasaba medianamente bien de risas con mis compañeros y me parecía que aprendía algo. Pero luego me iba a casa, volvía a quedar con mis colegas y pasaba de estudiar. Bueno, salía cuando me dejaba mi madre, porque muchas veces no me dejaba.

Mi madre era muy exigente y dura con los castigos, pero tengo que admitir que yo no me lo montaba muy bien. No avisaba de que iba a salir y desaparecía.

Como entonces no había teléfonos móviles, se empezaban a preocupar y acababa cayéndome la bronca.

Luego estaba lo típico con la hora de volver a casa. Si me daba cuenta de que iba a llegar tarde, me pasaba el viaje en el autobús de vuelta a casa llorando y pensando en la que me esperaba. Creo que me desahogaba así para no perder fuerzas después, era una forma de defenderme.

También me cayeron buenos castigos cuando empecé a fumar un poco. Pero es que mi madre tiene un trauma con esto del cannabis, porque a un familiar le asesinó la policía delante de ella por llevar marihuana. Me llegaba a decir que prefería que fuera indigente antes que policía. Y mi aita tampoco les tenía mucho aprecio.

Hoy en día pienso que puede haber polis buenos también. Pero cuando me oyen decir eso, mi pareja actual y mi madre me dicen que si soy tonto.

Yo he sido muy prematuro en muchos aspectos y en ocasiones eso me ha pasado factura por relacionarme con gente más mayor.

Porque en Rekalde, que es donde vivíamos, también había mucha gentucilla. Y en aquella época el barrio me contagiaba mucho los gustos. Me gustaban mucho los coches tuneados y el jaleo.

Yo me asomaba al balcón y veía a los gitanos haciendo carreras con los coches tuneados. Había un montón de atropellos por eso. Por otro lado, también pasaba por ahí la Guardia Civil y también veía muchas historias con ellos. A veces increpaban un poco a la peña y de vez en cuando hacían redadas en los bares de la zona con perros y todo.

Todo ese entorno me influía, es lo que he mamado. Antes iba de hostia en hostia, y ahora me sigo dando alguna, pero de vez en cuando. Ahora voy con más cabeza y menos a cabezazos.

El barrio está mejor ahora, pero también ha habido alguna cosa un poco fuerte. Han echado a los gitanos de la zona y los han llevado a otro sitio. Han hecho una auténtica limpieza étnica.

En Amorebieta, que es donde vivo ahora, se ve que hay inmigración, y a algunos les darán ayudas, pero mucha gente protesta y empieza con el rollo de que vienen a aprovecharse de nuestras ayudas.

No digo yo que no haya casos en los que sea así, pero muchos de los que dicen eso son los que realmente se están aprovechando. No trabajan y están todo el día tomándose cervezas y fumando porros delante de sus hijos en la plaza.

No sé por qué tenemos la costumbre de asociar cualquier cosa mala o que no ha pasado en mucho tiempo con los que vienen de fuera, cuando también hay mucha mala gente de aquí. Con esto de los rumanos se oyen muchos comentarios feos. Y en algunos casos, de gente que no me esperaba que los hiciera. Es una pena.

Antes iba de hostia en hostia, y ahora me sigo dando alguna, pero de vez en cuando. Ahora voy con más cabeza y menos a cabezazos.

Yo creo que las ayudas son un derecho para todo el mundo. No podemos negárselas a alguien que esté apurado para llegar a fin de mes. Y si no hay ayudas suficientes, hay que hacer un balance y establecer prioridades entre la gente que lo está pasando realmente mal. Ya sé que esto es difícil, pero me parece necesario ante una realidad a la que no podemos dar la espalda.

Cuando yo tenía dieciséis años, mi padre murió en un atentado terrorista islamista durante un viaje. Y a mí no se me ocurre hablar mal de los musulmanes por eso. Separo las cosas porque lo uno no tiene nada que ver con lo otro. De hecho, hoy en día me muevo principalmente con musulmanes. Les tengo mucho cariño y aprecio su cultura. Mi propio padre quería mucho a ese pueblo. Hay que saber ser justo y tener cabeza. Yo tengo claro que jamás voy a juzgar a nadie por sus creencias religiosas ni por su etnia. Entre otras cosas, porque eso mismo lo podría sufrir yo también.

Creo que en general no se puede hablar de que en España exista ese repelús hacia lo musulmán, esa islamofobia. Pero también es verdad que se está generando cada vez más, está yendo a peor. Hay un prejuicio mayor hacia esos orígenes y la gente se monta sus paranoias y tiene mucho más miedo. Hay que reconocer también que el mundo está un poco loco y que la situación está de-generando bastante.

Aunque yo antes era bastante ateo y pasaba de esas cosas, a raíz de la muerte de mi padre empecé a sentir inquietud por las cuestiones espirituales. Aunque me da un poco de vergüenza hablar de estas cosas, tuve unas experiencias un poco extrañas y comencé a investigar sobre el mundo rastafari, la meditación y el panafricanismo. Todo ello relacionado con mi origen.

**Al vivir entre dos culturas,
lo que me ha pasado es
que no sé bien lo que soy.**

Realmente, en mi casa siempre habían estado presentes este tipo de temas, aunque yo no les había prestado atención hasta entonces. Mi madre ha sido muy mística y mi padre practicaba la *umbanda*, que es una religión donde se sincretizan muchas cosas. Desde los santos cristianos a las ideas orientales del karma o movidas chamánicas de los indígenas. Era muy zen, y, como viajaba tanto, lo mismo volvía vestido de musulmán y recitando el Corán que decía que era hindú cuando venía de la India.

A medida que han pasado los años, he ido cultivando esa espiritualidad, ligándola con mis orígenes y tratando de encontrarme a mí mismo. Al vivir entre dos culturas, lo que me ha pasado es que no sé bien lo que soy. En cierto modo, no soy ni de lo uno ni de lo otro, parece que soy de todas partes.

Mi padre me solía decir que había que ser ciudadano del mundo. Que había que viajar para conocer sitios, culturas y gentes y luego decidir lo que te gusta y lo

que no para crear tu propia versión. Y el resultado de todo ese recorrido serías tú, cimentaría tu propia personalidad e identidad.

Yo estoy de acuerdo con esa idea, pero me parece que también son muy importantes las raíces. Siempre digo que a un árbol sin raíces se lo lleva el viento. Y yo necesito volver a esas raíces porque creo que el origen de todas las inquietudes que tengo está ahí.

Si tuviera que intentar definir mi identidad, yo diría que soy *brasco*. Porque le tengo también muchísimo cariño a Euskal Herria, me parece una tierra con una mitología y un entorno preciosos. Cuando voy fuera, me vuelvo *euskaldun* a tope y me molesta mucho si oigo a alguien criticar a los vascos.

Si hiciera un poquito más de calor, ya sería la bomba.

Aunque suene un poco a tópico, tengo esa duda existencial con lo de qué soy, de dónde vengo y a dónde voy. Es una comedura de tarro que sé que va a continuar todavía muchos años más. Estoy en el camino y he ido aflorando muchas cosas de las que tenía dentro, pero me queda mucho por delante.

Al principio, para mis colegas toda esta deriva espiritual mía fue un choque. Y lo entiendo, porque para unos chavales jóvenes con la mentalidad de salir de fiesta y ningún interés por la religión este cambio les resultaba incomprensible. Llegaron a estar preocupados por mí, porque estaba con mis cosas y ni bebía alcohol ni salía de fiesta.

Al final, acabaron llamándome el chamán y con eso me he quedado. Me tienen etiquetado así y de esta manera están tranquilos.

De todas formas, yo entiendo que estas son cuestiones difíciles de entender y de las que no se puede hablar con todo el mundo. Y más en la sociedad actual, donde la religión no tiene ningún peso. La espiritualidad oriental quizás se está poniendo de moda; pero yo lo veo así, como algo pasajero que la gente no siente de verdad.

Ahora que estoy estudiando Antropología, veo que las religiones son diferentes caminos para llegar al mismo lugar. Se puede escoger un camino u otro mientras el sentimiento sea puro.

Y ahí ando. La verdad es que me gusta mucho el misticismo y es una de las cosas que más agradezco haber encontrado en estos últimos años. Y creo que se lo debo en buena medida a la muerte de mi padre y al lugar del que procedo.

Cuando mis padres se divorciaron definitivamente, yo me quedé viviendo con mi madre y mi hermana se fue a vivir con mi padre. Aunque ella no es hija biológica suya, siempre estuvo muy apegada a él y tenían muy buen rollo. Sintió mucho su falta cuando murió.

Después ella se fue a vivir con su pareja y yo seguí con mi madre una temporada, pero como ella es bastante especial, nuestra relación no era fácil y teníamos nuestros problemas.

Con diecisiete años acabé yéndome a vivir a casa de mi hermana. Era una especie de loft. Me monté allí mi propio rincón para tener un poco de intimidad y estuve algo más de un año. Primero yo solo y luego con una chica latinoamericana que era entonces mi pareja.

Ella fue la que me enseñó a valorar mi cultura latina, porque tenía mucho orgullo de su raza taína, que son los autóctonos del Caribe. Yo estaba más centrado en mi origen africano, pero con ella aprendí a apreciar y a querer todo lo relacionado con el mundo latino. Hasta el punto que he estado trabajando algunas temporadas en pubs latinos porque me encanta su forma de hablar y de expresarse. Ella venía de un entorno muy tradicional y religioso en su país, pero al llegar aquí se le abrió la mente. Se sintió muy arropada y muy identificada con la cultura vasca y con la lucha de Euskal Herria. Hasta se puso a hacer Derecho para luchar contra las injusticias. Era muy cañera, muy *heavy*.

Tenía un carácter muy especial y puede que sea por eso por lo que hoy en día ni nos hablamos.

Al terminar el Bachillerato, hice la selectividad y no me cogieron en la uni. Además estaba un poco cansado de hacer todos los días lo mismo. De ir al mismo bar y de tener que ponerme de acuerdo con una cuadrilla de tanta peña para hacer un miserable plan. Yo soy muy inquieto. Necesito moverme y conocer sitios nuevos.

Así que decidí cambiar de aires. Mi madre tenía un amigo brasileño que vivía en Mallorca y que siempre nos decía que fuéramos a su casa. Estuve también pensando en ir a Inglaterra, pero como mi pareja no podía salir de España por el permiso que tenía, acabamos yendo Mallorca.

Lo que pasa es que no fuimos en el mejor momento. Por un lado, el amigo de mi madre se estaba separando de su pareja y la situación en casa no era la más agradable. Y por otro, tampoco las cosas estaban como para conseguir trabajo fácilmente.

Mi pareja no encontraba nada y yo estuve haciendo repartos en una pizzería. Pero tenía que hacer muchos kilómetros para ganar muy poco dinero. Entre el sueldo y la pensión que tenía por la muerte de mi padre íbamos tirando.

Lo bueno es que por el trabajo pude conocer muy bien las islas y aprovechábamos los fines de semana para hacer excursiones a los rincones que había encontrado mientras hacía los repartos.

Le cogí cariño al lugar, pero a la vez me sentía muy encerrado. Yo necesito moverme y una isla a la que dabas la vuelta en tres horas no es el mejor sitio para eso.

Aproveché también para estudiar un Grado de Producción Musical y Masterización y un curso de Help Desk del INEM, para ver si podía entrar en una empresa en la que estaba intentando meterme. Aunque al final no me salió.

Como aspecto positivo, me parece que esa experiencia me hizo más fuerte y me enseñó lo que era capaz de hacer. Porque yo siempre he sido un tío dejado y súper parado, y sin embargo allí pude estudiar y trabajar a la vez. Eso sí, tenía que estar bien jodido para ser capaz.

Dicen que eso es algo típico de los brasileños. Sobre todo de los bahianos, que es el prototipo de brasileño relajado. Se suele decir que un brasileño no reacciona hasta que se ve entre la espada y la pared. Y yo me vi así y conseguí sobrevivir casi un año. Eso sí, muy menguado; volví con cincuenta kilitos pero con una mentalidad diferente.

También conocí allí gente espiritual muy curiosa que de alguna manera me ayudó a aumentar mi campo de visión espiritual y a encaminarme hacia lo que estoy estudiando ahora, Antropología.

Y, por contraste, alguna gente a la que me encontré me sirvió para darme cuenta de lo que no quería hacer. Eran chavales jóvenes que no aspiraban a nada. Se pasaban el día fumando petas y tomando cervecitas y de vez en cuando hacían algunos apaños para ir tirando. No tenían estudios ni se planteaban tenerlos y pensaban estar así toda su vida, sin ninguna aspiración más. Tenía diecinueve años y pasaba de terminar como esa peña. Decidí que era el momento de hacer algo con mi vida.

Así que nos volvimos a Bilbao y me puse a mirar las carreras a las que podía acceder con mi nota de selectividad, que tampoco era muy buena. Estuve dudando entre Psicología y Antropología y al final me decidí por esta. Me pareció que era la más interesante para mí por lo del estudio de la diversidad cultural y esas cosas. Porque además mi casa, por los viajes de mi padre, era un auténtico museo de todo tipo de culturas. Y también por la parte de mi madre, por vivir entre dos culturas. Pensé que eso era lo mío.

Tengo que reconocer que nunca habría dicho que iba a acabar en la uni, pero creo que he elegido bien. Prefiero estudiar una carrera que me interese, aunque tenga pocas salidas, que hacer otra sin estar a gusto. Porque encima conociéndome, sé que así no funciona, que no la iba a terminar. Además, la Antropología es una materia muy amplia y se puede aplicar en campos muy diferentes. Se trata de tener cabeza y también un poco de labia, porque hay que saber venderse para todo.

Para mi madre es un orgullo que esté en la uni. Porque aquí es súper normal que la gente vaya a la universidad, pero en su familia, que es muy grande, solo hay dos primos míos que lo han hecho. Encima son unos cerebritos, uno de ellos hizo tres carreras a la vez.

Por lo menos en estos países se nota mucho cuando la gente tiene acceso a la universidad. Les sirve para tener una mentalidad mucho más abierta y para conocer a otras personas con opiniones diferentes. Los que no la han pisado son mucho más tradicionales y más religiosos. Se quedan con lo que oyen por ahí y no avanzan. Siguen igual que hace cincuenta años.

Prefiero estudiar una carrera que me interese, aunque tenga pocas salidas, que hacer otra sin estar a gusto.

El primer año me llevé un chasco bastante grande y tuve mis momentos de dudas, pero ahora estoy contento. Aunque le puedo poner muchas pegas, la carrera me sigue gustando y es algo que me llena.

Me voy organizando para sacarla, porque suelo trabajar por temporadas, aunque ahora estoy sin trabajo. Pero sigo buscando y tengo la disponibilidad que tengo, porque estoy metido en muchas cosas de voluntariado y también relacionadas con la música. Creo que son cosas que pueden dar mucho juego, ya veremos si encuentro alguna cosita por ahí.

Siempre he estado muy interesado en la música. Mis padres me metieron en la escuela de música cuando tenía ocho años y estudié solfeo y orientación al instrumento. Estás un año probando instrumentos diferentes y luego eliges el que te gusta. Yo me quedé con la guitarra y estuve unos cuantos años con ella. Lo que pasa es que yo iba a música un poco como al cole, obligado. Me habían apuntado mis padres y yo iba sin ganas.

Al tercer año de estar tocando la guitarra me di cuenta de que empezaba a sonar algo y eso me hizo motivarme y poner más interés para seguir aprendiendo. Me metieron en una orquesta y estuve ahí varios años. Pero todo era muy clásico y lo que a mí me gustaba entonces era el *heavy metal* y el *punk*.

Total, que me compré una guitarra eléctrica, dejé la escuela de música y empecé a estudiar por mi cuenta con Internet y con canciones, sobre todo para desarrollar el oído. Fui avanzando por ahí y hace unos años me dio por escribir medio *rapeado*, aunque nunca he sido cantante ni tengo buena voz, y con instrumentales de *reggae*. Coincidió esto con el inicio de mis inquietudes espirituales y cuando miro ahora esas letras, flipo con las cosas que escribía.

Después me junté con un saharauí y un vasco y empezamos a fusionar los diferentes estilos que teníamos, sobre todo *reggae* mezclado con *hip hop*. Me di cuenta de que mis canciones iban llegando poco a poco a la peña y seguí escribiendo y cantando un poco más. He tenido oportunidad de conocer a mucha gente dentro de este mundo, y ahora tengo también una banda. También he trabajado como técnico de sonido aprovechando el curso que hice en Mallorca. Con lo que más disfruto es con la música y además tengo mucha creatividad musical. Me resulta muy fácil sacar sonido a cualquier instrumento. No he ido nunca a clases de percusión, pero si me das unos bombos puedo seguir a cualquiera sin problema.

Yo creo que ahí también hay un componente cultural. La zona de donde viene mi familia es de la que proceden un montón de músicos brasileños. Hay una cultura musical muy importante. En Brasil vayas donde vayas vas a encontrar a músicos tocando, y sin necesidad de permisos ni historias. La música está viva, te la vas encontrando por la calle y te cuenta historias de la calle.

De todas maneras, soy consciente de que solo de la música no se puede comer, para conseguir eso tienes que ser muy máquina. Y además tampoco sé si real-

mente me gustaría. Yo lo que quiero es disfrutar de la música y transmitir cosas. Con eso ya me vale.

A la vuelta de Canarias, me fui a vivir con mi madre. Pero solo aguanté un mes con ella y acabé yéndome a Getxo con mi pareja. Estuvimos en un piso con una pareja de chicas que también eran muy hippies, de un rollo muy parecido al mío. Una de ellas era de Nicaragua y ahora se han ido a vivir allí.

Me suelen escribir animándome a que me vaya para allá, me dicen que están seguras de que me encantaría. Hasta me han preparado una ruta de los sitios a los que me llevarían si por fin me decido a ir.

Mi pareja actual es de Amorebieta, que es donde vivimos ahora, y llevo con ella dos años. Tiene mucho coco y es una persona muy concienciada. Ha viajado varias veces al Sahara para ayudar.

Hace diez años que no voy a Brasil y estoy desesperado por hacerlo, por volver a estar en contacto con mi familia y con mi país. Sobre todo después de ese despertar de mis raíces del que hablaba antes. Sé que lo iba a disfrutar mucho porque tengo intereses e inquietudes relacionados con los orígenes de mi familia. Tengo mucha morriña.

Hace diez años que no voy a Brasil y estoy desesperado por hacerlo, por volver a estar en contacto con mi familia y con mi país.

Ella me apoya, me entiende y me ayuda en lo que puede. Hasta me pone en casa todos los días la radio de Brasil porque sabe que necesito ir allí y le doy pena. Me dice que a ver si podemos ahorrar dinero para que por lo menos pueda ir yo, y yo le animo a que se venga conmigo.

Hemos hablado muchas veces de esto y ella me dice que sus hijos tienen que nacer en Amorebieta. Y yo no tengo ningún problema con eso. Lo interesante, si tenemos un hijo, sería estar un tiempo allá, en Brasil o en Nicaragua, antes de la etapa de la escolarización.

Pero tendríamos que ir con las cosas bien organizadas, sabiendo en lo que podríamos trabajar allí tanto mi chavala como yo. Porque en general está bastante complicado, sobre todo de lo mío. Ella igual lo tendría algo más fácil, por la parte de educación, porque hay bastante demanda de esa clase de trabajos.

Yo no soy un tío que esté todo el día informándome de lo que pasa aquí, pero sí me gusta estar al tanto de la actualidad. Aunque la política me da un poco de miedo, sí que tengo inquietud por estos temas. Te guste o no, las decisiones que toman los políticos te afectan. Y por eso más te vale estar puesto.

Mi chavala es súper abertzale y está mucho más enterada que yo de todas estas cosas. Para ella, se tiene que parar el mundo cuando hablan los políticos.

Aquí el principal tema político es la independencia. Yo soy moralmente partidario de la independencia, aunque no sé si sería muy práctica. Pero yo creo que hay que respetar la decisión de un pueblo. Sobre todo teniendo en cuenta que este es un pueblo muy diferente, con una cultura que tiene un origen también completamente diferente. Aunque no se conozca ese origen.

Luego ya se vería si eso resulta ser un acierto o no, pero creo que, como decía, moralmente este pueblo sí se merece la independencia.

Ahora ya no tanto, pero cuando andaba con el músico saharauí éramos muy guerreros con las letras. Metíamos política a saco. Al fin y al cabo, la música es una forma de expresión que puede reflejar también todo tipo de cuestiones políticas y sociales. Especialmente en estilos como el *reggae* que tiene un origen afrocaribeño y donde los grupos que lo hacen suelen ser muy multiculturales.

Otro de los temas que se suele tratar bastante es el racismo. Está claro que el racismo es malo, de eso no hay ninguna duda; pero, como yo he tenido contacto con gente de muy distintos sitios, he podido ver que es un problema que tiene muchas caras. Es curioso, pero los comentarios más racistas que he oído nunca han sido de negros hacia otros negros.

Un músico de mi banda empezó un día a meterse con un chico blanco que llevaba *rastas*. Le decía que a ver qué hacía con las *rastas*, que hay que ser negro para llevarlas y que los blancos que las llevan tal y cual. Le tuve que decir que se relajara un poco.

También me acuerdo de que cuando era crío, si me ponía a correr por alguna tienda, mi madre me decía que no corriera porque un negro corriendo es ladrón. Y los domingos me solía decir que me fuera a dormir temprano porque mañana ya es día de blancos y mandan ellos. Entre semana es día de blancos y al negro le toca currar.

Pero por otro lado, siempre me ha dicho que a poder ser busque como pareja a una chica blanca y con el pelo liso. No le hacía mucha gracia cuando estaba con aquella chica, que era muy negra. Yo creo que tenía miedo a ser abuela y que sobre todo lo decía pensando en el futuro del crío.

Es curiosa la importancia que se le da a lo del pelo. Nosotros tenemos esa clase de pelo crespo muy rizado, tipo afro. Cuando estaba en la ESO, a todo el mundo le dio por llevar melena y yo también quería. Así que me lo alisé y me quedé horrible, parecía *Mogli*. La única forma de que me caiga el pelo es poniéndome *rastas*; si no, parezco un micrófono cuando me lo dejo crecer.

Pero mi madre identifica ese tipo de pelo con lo negro y le parece una faena. Por eso siempre me dice que me mezcle con alguien que tenga el pelo liso.

Y a mi abuela no le gustaba mi padre porque era blanco. Decía que ni siquiera podía decir si era blanco o negro, porque era transparente y no le veía la cara. Cuando estuvo allí unos meses ya cogió un poco de moreno, y entonces ella pudo ver que era guaperas. Pero de entrada no le hacía gracia que fuera blanco.

En mi familia, y en Brasil en general, le dan mucha importancia a lo de la raza. Hay un montón de nombres distintos para definir las diferentes mezclas que

se pueden hacer entre blancos, negros, indígenas, etc. En mi familia son sobre todo *cafuzos*, que es como se llama a los negros mezclados con los indígenas. A mí me llama la atención que tengan eso tan presente. Porque me puede interesar desde el punto de vista antropológico, pero desde luego no para establecer diferencias entre las personas.

De cara al futuro, me gustaría pasar la vida viajando de un país a otro. De los más hostiles a los más abiertos. He tenido el ejemplo de mi padre, que además de viajar, hacía mucho trabajo de antropología y de campo.

Siempre decía que el viaje es mucho más que conocer los sitios a los que vas. Que había que conocer a la gente, a los diferentes pueblos y culturas. Que había que impregnarse de cosas diferentes que te van a servir en tu día a día. Que todo eso planta en ti una semilla que a su vez tú plantarás en otra persona, para convertirlo así en un viaje personal. A mí me encantaría dedicarme a trabajar como guía de viajes, aunque sé que es un trabajo que exige mucha responsabilidad. Pero bueno, me conformaría con tener una familia, trabajar en algo que me guste y viajar por ahí. Y que la música me acompañe allá donde vaya. Que no es poco.

Siempre decía que el viaje es mucho más que conocer los sitios a los que vas. Que había que conocer a la gente, a los diferentes pueblos y culturas.

2

Análisis

Una vez conocidas las historias de estas diez personas, pasamos a continuación a desgarnar algunos aspectos esenciales ocurridos a lo largo de su vida. Estamos ante una serie de individuos que han crecido y desarrollado fuera de sus lugares de origen o del de sus padres y madres, y que por diferentes causas, como hemos podido conocer en los relatos, residen en Euskadi. Aun siendo conscientes de las particularidades que esconde cada historia, como veremos a continuación, identificamos algunos rasgos comunes que nos guiarán hacia posibles claves que entendemos que guardan relación con su sentimiento subjetivo de satisfacción ante la vida y con elementos objetivos que hablan de su buena relación con su entorno psicosocial, familiar, laboral o formativo. Su resultado pretende ser una guía de cara a conocer en qué aspectos debemos focalizar la atención para la plena integración de presentes y futuras generaciones de diversos orígenes geográficos y culturales.

Trabajaremos sobre sus primeros recuerdos y qué sensaciones les crearon en esos años de vida iniciales. Analizamos la idea de familia como unidad social donde sus miembros están unidos por lazos de parentesco, y los vínculos que dentro de esta se generan. Se habla de la escuela, espacio donde no solo se asimilan conocimientos de diversas materias sino que también entra en juego las relaciones que se establecen en ella, ya sea con otros compañeros y compañeras como con el profesorado. La red social que estas personas construyen, cómo se ha ido creando y qué tipos de relaciones se establecen, así como las relaciones de pareja, también es de interés en este análisis. Aquello vinculado con el empleo y la actividad laboral también es de interés, si desarrollan alguna o lo compaginan con sus estudios, y la actitud ante posibles nuevos retos. La multiplicidad de respuestas y explicaciones ante una pregunta tan aparentemente sencilla como de dónde se sienten, generará un debate al que hemos prestado atención, así como de sus orígenes culturales y la cercanía o lejanía que muestran ante ellos. Aspectos culturales en ocasiones relacionados con la religión, donde veremos qué grado de importancia la otorgan y su presencia en el día a día. No dejamos de considerar y focalizar la atención hacia aquellas situaciones de discriminación que han podido vivir en primera persona o advertido en terceras personas y que revelan sus opiniones y posturas antes ellas. Por último, recogeremos aquellos planes de futuro y expectativas que construyen ante la vida que les espera.

Su infancia y primeros recuerdos

Desconocemos si toda persona es capaz de narrar su primer recuerdo, y Paul es contundente al afirmar que «sinceramente, no». Esto no significa que no pueda haber quien manifieste todo lo contrario, y que lo tenga grabado desde que comenzó en la guardería, como Ahmed «yo me acuerdo hasta del parvulario». Lo que sí recuerdan varias personas son sensaciones de su migración, como aquella de miedo o el frío al llegar a Euskadi, ya que venían acostumbradas a climas más cálidos. Margareth menciona que «cuando llegué aquí, lo que más noté primero fue el clima (...) Además llegamos en invierno y hacía un montón de frío», o cuando Sole dice que «lo primero que recuerdo es el frío que hacía», o el miedo que sintió al iniciar un viaje y una nueva vida de la que aún no era consciente «se me hacía muy raro montar tanto en avión. Tenía un miedo... me acuerdo de que me pasé todo el vuelo llorando por el pánico». Como vemos, los recuerdos no van obligatoriamente unidos a una vivencia de la migración, ya que entre quienes la experimentaron algunos rememoran claramente episodios de sus vidas, mientras que otras personas son incapaces de recordar nada. Aunque sí es cierto que aquellos que migraron con una edad cercana a los cuatro años son quienes recuerdan con mayor claridad algunos hechos.

Una vez pasados los vagos, incompletos (a veces inexistentes) primeros recuerdos, la infancia de las personas entrevistadas pasa por momentos de confusión, como Jon al habitar entre tres lenguas: «al principio tenía un poco de cacao de pequeño con los idiomas, porque no sabía diferenciar en qué estaba hablando; si castellano, inglés o portugués», o como relata Fátima cuando aparece el catalán como nuevo idioma de comunicación en su vida: «cuando llegué a Barcelona, como era un idioma nuevo y todo y yo era más consciente que mis hermanos» y decide dejar de hablar durante un tiempo. Ahmed también recuerda cómo en la escuela se cantaban canciones en una lengua desconocida «me acuerdo de las típicas canciones de *Pintto*, *pintto* y *Olentzero*, sin saber mucho lo que estás diciendo», aunque sin generarle mayor preocupación.

Comienzan también a percibirse como diferentes en las relaciones entre pares. El aspecto físico provocaba que varias de las personas entrevistadas vivieran situaciones de rechazo, o al menos de miradas indiscretas. Paul lo deja claro cuando afirma que «de pequeño se nota un montón», sobre todo en aquellos veranos que pasaba sus vacaciones en actividades de tiempo libre organizadas por el ayuntamiento «en los *udalekus*, me resultaba muy diferente porque había todo gente de aquí y yo era el único raro», sintiéndose apartado y no integrado en el grupo. Jon recuerda que «en algún momento, aunque yo no soy tan oscuro, que la gente

«En los *udalekus*, me resultaba muy diferente porque había todo gente de aquí y yo era el único raro».

decía 'Jonek ezin du jolastu. Zergatik? Jon beltza da'⁴», generándole un profundo malestar, porque «además yo no lo entendía, porque no veía la diferencia. Yo era otro chaval más». También Sole se sentía señalada por aquellos con los que compartía estudios o vecindario, «la sensación de que te están observando y que están hablando. Te dabas cuenta de que los vecinos te miraban y te cuchicheaban». Tampoco ella, al igual que Jon, entendía por qué ocurría, por qué tenía que verse rechazada tan solo por tener un color de piel diferente, hecho del que no había sido consciente hasta que llegaron las miradas indiscretas, «y te sientes muy mal, muy rechazada. Porque al ser niño tú no lo entiendes. Tú quieres relacionarte con toda la gente».

Sin embargo, no todos los comentarios relativos a su infancia son negativos, y como bien reflexiona Jon «lo más positivo que puedo decir de aquella época es en cuanto a los valores que me han enseñado y a la gente de la que me he rodeado».

⁴ Cita textual: «Jon no puede jugar ¿Por qué? Jon es negro»

La familia

Ya sea naciendo en un país diferente al de sus padres y/o madres, o habiendo migrado a una corta edad, detrás siempre encontramos decisiones familiares que llevan a tomar la determinación de partir de sus lugares de origen. Las razones que argumentan nuestros entrevistados van asociadas a una mejora en la calidad de vida del grupo, escapando de situaciones de precariedad socio-económica en origen, por valorar que hay mayores oportunidades laborales y de progreso, o por el inicio de relaciones sentimentales que llevan a que uno de los miembros de la pareja decida trasladar su vida al lugar de origen del otro, en este caso a Euskadi.

En un principio suele ser habitual creer que la migración será temporal y que, tras conseguir un empleo y generar los suficientes ahorros, se retornará a origen. Pero generalmente esas ideas acaban por diluirse y quien inicia la migración termina por establecerse de manera permanente en el país de destino y comenzar a reagrupar a pareja y/o hijos. Al padre de Sukaina así le ocurrió cuando vio que «allí no había trabajo y vio mejor futuro aquí para salir adelante». Recuerda que «el vino a trabajar, pero con intención de volver a Marruecos. Pero al final se quedó aquí. Y después ya vino mi ama». En el caso de Oier, su madre conoció a su padre en su Cuba natal, y tras un tiempo de relación, decidió migrar a Vitoria «conoció a mi ama en Cuba y estuvo una temporada yendo y viniendo. Al final, acabó viniendo mi ama aquí, se casaron y nos tuvieron a nosotros tres».

Paul sabe que «Ecuador estaba peor económicamente, y mis padres pensaron que en vez de estar allí preocupados era mejor intentar darles algo mejor a sus hijos. Y yo creo que en este caso acertaron». Paul apoya la decisión de sus padres, ya que ha sido testigo de las diferencias entre Ecuador y Euskadi. Es más, reflexiona sobre la educación recibida por sus padres, donde los castigos en su infancia eran habituales, considerándola correcta. A día de hoy cree que le ha hecho madurar «de pequeño me castigaban un montón mis padres también. (...) Pero también creo que eso me enseñó muchísimo, pero eso me hizo ir poco a poco madurando». En la familia de Sole, la búsqueda de un futuro mejor para su hija empujó a su tía a migrar «porque no recibes la misma educación en África que aquí. No tienes las mismas posibilidades de progresar». Sin embargo, ese futuro que buscan para sus descendientes va acompañado de sacrificios que, aun siendo valorados por estos, revelan importantes vacíos durante su infancia y adolescencia. Ahmed es quien de manera más explícita afirma que «he visto mucha ausencia por parte de ellos. Se han sacrificado para que tú tengas tus estudios y tus cosas, pero luego me he visto vacío por muchas otras cosas».

Ese futuro que buscan para sus descendientes va acompañado de sacrificios que, aun siendo valorados por estos, revelan importantes vacíos durante su infancia y adolescencia.

La familia es para gran parte de las personas entrevistadas un punto de apoyo importante, no solo en momentos de necesidad y amparo, sino por el ambiente de confianza creado en el seno familiar, de orgullo por cómo se desenvuelven sus hijos e hijas en su vida cotidiana o de la responsabilidad que demuestran poseer. En el caso de los estudios, Oier afirma que «mis aitas no se preocupaban para nada, pero porque los tres tenemos ya unos hábitos de estudio». Daniela por su parte, compagina sus estudios con el trabajo y sus padres «están orgullosos porque ven que soy una persona responsable con su trabajo».

Concretamente, el de los estudios es un ámbito que genera preocupación y al que los padres prestan especial atención. Las personas entrevistadas son co-

El de los estudios es un ámbito que genera preocupación y al que los padres prestan especial atención.

necedoras del interés que suscita en sus progenitores que desarrollen una trayectoria formativa que les lleve a tener un vida mejor que la que ellos han podido conseguir. Como hemos visto anteriormente, una de las decisiones de iniciar la migración es pensando en el futuro que van a poder ofrecer a sus hijos e hijas, y entre el abanico de posibilidades

que se abre, la educación es una de las más importantes. Fátima lo ve en su madre «ella no ha estudiado y sí que quería estudiar. A ella lo que le frustra es el hecho de que yo aún no haya terminado de estudiar y que no tenga un buen trabajo. A ella le encantaría. Yo creo que en ese momento es cuando mi madre se sentirá de verdad orgullosa de mí». «Para mi madre es un orgullo que yo fuera a la uni» nos cuenta Jon al hablar de sus estudios.

«Para mi madre es un orgullo que yo fuera a la uni».

El padre de Ahmed, por ejemplo, les ha mostrado a sus hijos la importancia de los estudios por medio del esfuerzo que él mismo ha realizado durante muchos años en su trabajo

«nuestros padres nos decían que teníamos que estudiar porque si no íbamos a tener que trabajar como no sé qué. Mi padre nos llevaba con él a trabajar los fines de semana». En el caso de Daniela, sus padres le inculcaban la necesidad o de trabajar o de estudiar, guiándola con sus consejos y comentarios hacia esta última «o estudias o trabajas. Esa era la frase de siempre. Me decían que yo vería si quiero dedicarme a ser abogada y ganar una pasta o a limpiar portales. Y claro, prefería estudiar».

El apoyo también llega cuando la trayectoria educativa les puede llevar a trabajar fuera de su hogar, como le ocurre a Oier, donde es su madre quien le anima, ya que ha vivido en primera persona lo que es la migración «Mi ama nos anima un montón a que salgamos fuera, supongo que porque es lo que ella hizo. Nos apoya un montón», aunque en el caso de su padre la reacción sea más bien la contraria.

Sin embargo, no siempre los miembros de la familia facilitan las relaciones, caso de Sole y el trato que recibió por parte de su familia «porque no entiendes que te rechace de esa manera». Sin embargo, al hablar de su hija, Sole tiene

claro que ella le brindará todo el apoyo que necesite y del que ella ha carecido por parte de su familia, apoyo que sí recibió de los padres y madres de sus mejores amigas, que de alguna manera suplían sus carencias afectivas y de cuidados «me trataban como a una hija. Si se enteraban que me hacía falta algo, en mi cumpleaños, me lo regalaban». Ahmed, por su parte, identifica una falta de reconocimiento de su padre «con mi padre siempre he tenido la cosa de que nunca me ha reconocido lo que he ido haciendo (...) Era como que siempre apreciaba lo de fuera y a ti nunca. Nunca sabía lo que habías hecho tú», hecho contrario al que le ocurría con su madre al recordar el apoyo incondicional sobre las decisiones que iba tomando en su vida «mi madre siempre me ha apoyado más en todo. Sin tener mucha idea, pero me apoyaba y mostraba interés. Se ofrecía para ayudarme aunque no tuviera cómo hacerlo».

No es nada extraño que las relaciones dentro de la familia sean diversas entre sus miembros, como Daniela cuando describe la relación con su madre como más comprensiva que con su padre «siempre ha sido más de hablar conmigo». Mikel por su parte describe la relación con sus padres como «buenísima», ya que gracias a que «ellos me han dado confianza y yo les contaba las cosas. Y ellos me han hablado de todo sin tabúes». También están las relaciones que mejoran gracias a la distancia que se establece una vez los hijos han dejado el hogar familiar, que no quiere decir que no fueran buenas anteriormente. Jon lo tiene claro cuando dice que «nos llevamos mejor a distancia que estando cerca», coincidiendo con Ahmed cuando nos cuenta que ya no vive con sus padres y que «de hecho, la relación con mi familia ha sido mejor desde entonces. Aunque tampoco era mala antes». Sin embargo, y mirando al futuro, Margareth siempre le ha planteado a su madre que el día en que encuentre trabajo «voy a hacer mi vida, pero me la voy a llevar conmigo», porque admite que «siempre he sido muy de la ama».

A tenor de lo recogido en las entrevistas, las relaciones también se mantienen con la familia más extensa que en su día migró, de tal manera que se mantienen los vínculos con origen. Margareth nos cuenta que se suelen juntar «los fines de semana» y que «con ellos solemos celebrar también los cumpleaños y los nuestros». También nos habla de los encuentros entre las comunidades, en este caso, latinas y cómo se convierte en punto de encuentro para sus familiares. No siempre este hecho es de agrado para quien no siente que esas reuniones sean su sitio, que estén más por obligación que por el interés que les pueda suscitar relacionarse con personas con las que solo les une un origen geográfico. Es el caso de Sole, que se veía obligada a ir cuando era adolescente a las fiestas «para estar ahí sentada en una mesa con gente a la que casi no conozco»; y aunque las conociera «tampoco me interesa ni su vida ni hablar de lo que ellos van a hablar». La distancia cultural de Sole es mucho mayor con personas de su mismo origen geográfico, que no tienen las mismas preocupaciones

Las relaciones también se mantienen con la familia más extensa que en su día migró, de tal manera que se mantienen los vínculos con origen.

ni se relacionan de la misma manera «empezaban a hablar cosas de Guinea, y como tú has venido tan pequeña, tienes muchos más recuerdos de aquí que de allí (...) Y empiezan a hablar de cosas como de la documentación, que tú no te planteas. Tú estás en otra onda».

Por lo tanto, este caso de Sole nos genera una reflexión en torno a las diferencias culturales con respecto a sus progenitores que se expresan en la vida cotidiana. Durante los encuentros mantenidos con las personas entrevistadas hemos visto cómo en general se habla de distintas maneras de leer la realidad social, más allá de la distancia generacional que existe entre padres e hijos. Como apunta Daniela al hablar de los problemas que tiene con su padre «porque toda la vida he estado aquí. El tiene una cultura y yo tengo otra». El machismo sobresale en varios discursos, concretamente entre las mujeres. Daniela ve que «allí en Latinoamérica son bastante machistas. Y la madre tiene ese rol, como hace bastante tiempo aquí, de cuidar la casa y tal». Aunque, por otra parte, también considera que ha habido un cambio por parte de su madre al vivir en Euskadi, lejos de la cultura machista de su lugar de origen «poco a poco, mi madre ha ido cogiendo más mentalidad de aquí». Esta reflexión es similar a la que realiza Fátima con su madre, al ver que alejarse de sus familiares marroquíes le han ayudado a que abra su mente «sobre todo al venir aquí, al País Vasco. El País Vasco es lo que le ha ayudado; el alejarse de su familia, de su entorno, y llegar aquí».

La distancia cultural se evidencia también cuando entran en conflicto costumbres relacionadas, en mayor o menor medida, con la religión. Sukaina ha sido consciente cuando «veía cosas como que mi aita igual es un poco machista. Veía esas diferencias. Y él decía que eso es lo que dice la religión, pero no tiene nada que ver».

La distancia cultural se evidencia también cuando entran en conflicto costumbres relacionadas, en mayor o menor medida, con la religión.

En esta línea también dirige Fátima sus reflexiones cuando comenta cómo hay quien pretende implicar a la religión en ciertas actitudes que para ella no deberían estar relacionadas «y no hablo de religiones, sino de la costumbre, de lo que mi familia cree. Porque, realmente, si te vas a la religión son súper hipócritas porque cogen lo que quieren y llevan lo que quieren. Te escondes detrás del

Islam, pero realmente quizás tú no eres ni musulmán». Uno de los temas que sobresalen de manera espontánea en las entrevistas es el tema del matrimonio, y cómo, en el caso de Ahmed, la familia estima que «hay que casarse. Jóvenes, con estudios o lo que sea, pero casarse. Y casarse con alguien que sea musulmán, marroquí o lo que sea. Pero mis hermanos han tenido aquí sus parejas y para mis padres eso sí que era un choque». Fátima, por su parte, ve que le fastidia a su familia que lleve una vida independiente y «que no estoy siguiendo lo que ellos hacen. Casarme...». Sin embargo, no siempre esta es la postura adquirida por padres y madres, como nos cuenta Sukaina «mi aita siempre nos ha animado a estudiar y no a casarnos. Yo tengo amigas que ya se han casado y él nos decía que no hiciéramos como *fulanita*».

Ocurre en ocasiones, como es el caso de Ahmed, que dentro de la familia hay quien adopta el papel de “traductor” cultural, y que ayuda a los padres y madres a entender algunas cuestiones que permiten una mayor integración para sus miembros. Un ejemplo que nos comenta está relacionado con las navidades y los regalos «mi hermana era la que se encargaba de esas cosas. Porque al final tú ves a toda la gente que tiene Reyes u *Olentzero* con regalos y tú no. Mis padres no sabían de qué iba el tema hasta que mi hermana se lo explicó».

Aun viendo que hay personas que han ido modificando su mentalidad, como hemos visto anteriormente, un cambio completo es más que improbable, ya que como comenta Ahmed «siempre están mirando al pasado. Yo creo que es algo que le pasa más al emigrante». La reflexión de Sole gira en torno a las desavenencias entre personas que no comparten una cultura común, y recuerda que siempre existirá un «punto de no entendimiento. Es que no se han criado aquí. La forma de vida y todo es diferente. Lo que para mí es importante para ellas es una chorrada. Y lo que para ellas es importante, para mí son gilipollices. Que es lo que mi familia no llega a entender de por qué no me relaciono con las africanas que han venido aquí de mayores». La conclusión que hace Fátima sobre su vida paralelamente a las claves culturales que su familia posee es definitoria de lo que ocurre cuando una persona recibe influencias culturales diversas «otra cosa que pienso también es que si me has traído a vivir aquí, tienes que ser consciente de que yo también iba a absorber cosas de aquí».

Pero, ¿qué ocurre cuando los padres provienen de culturas diferentes? Tenemos, en concreto, tres entrevistas en las que uno de sus progenitores es extranjero, y en todas ellas se hace referencia a la vida en pareja tanto para distinguir algunas diferencias entre ellos, como para afirmar lo contrario. Jon relaciona claramente que «entre mi padre y mi madre el choque cultural de alguna manera también ha tenido mucha influencia. (...) Se ven caracteres diferentes que están vinculados claramente a la cultura». Sin embargo Mikel nunca ha sido testigo de que sus padres hayan podido experimentar dificultades en la convivencia, ya que desde que tiene uso de razón no tiene recuerdo de nada similar. También es cierto que al mismo tiempo atribuye a su padre unas características contrarias a los estereotipos asociados a la población latinoamericana «mi padre, quieras que no, no es muy nicaragüense en el sentido de que es súper nervioso y puntual», de ahí que determine que la distancia cultural con respecto de su madre es inapreciable.

Por otra parte, la familia extensa ha acogido a un nuevo miembro extranjero de maneras muy diversas. Aunque en un primer momento hubo alguna relación un tanto difícil, tanto Oier como Mikel son conocedores de la buena relación de sus padres con la familia política. Oier sabe por sus padres que «para ella fue mucho cambio porque no conocía a nadie. Pero estuvo con los amigos de mi aita, familia y así. Pero estuvo muy bien y sigue estándolo, sí. Es que vino porque quiso, no por obligación», y por lo tanto se sintió arropada y acogida desde un

primer momento. Al igual que el padre de Mikel que «nunca se ha considerado de fuera, siempre ha estado muy integrado y nadie le ha hecho de menos». Sin embargo, el caso contrario lo encontramos en Jon, que define a la familia de su padre como conservadora y que «en su momento, cuando vinimos, les costó aceptarnos a nosotros también. Y hasta hoy en día hay diferencias a la hora de consentirnos cosas respecto a los demás primos (...) la familia de mi padre nunca ha aceptado a mi madre». Ahora bien, recuerda que tampoco su abuela materna veía en un primer momento con buenos ojos que su hija estuviera con un blanco «a mi abuela no le gustaba mi padre porque era blanco. Decía que ni siquiera podía decir si era guapo o no porque es transparente, no se le ve la cara».

«Mi padre tiene la ventaja de estar con alguien de aquí, y eso se nota mucho.

Si los dos hubieran venido de allí, el tema sería distinto».

Jon considera que, en definitiva, la adaptación a un nuevo lugar y una nueva cultura lo sufrió su madre, ya que «nosotros podemos hablar mucho de haber estado entre dos mundos, pero el choque se lo ha llevado mi vieja. Mi padre era el que estaba cómodo». Por otra parte, Mikel sabe que la vida de su padre en Euskadi sería bien diferente si su madre también hubiera sido extranjera «mi padre tiene la ventaja de estar con alguien de aquí, y eso se nota mucho. Si los dos hubieran venido de allí, el tema sería distinto».

Redes sociales

Al hablar de redes sociales estamos definiendo a una red de relaciones que establecemos las personas a partir de las cuales creamos nuestra personalidad, manifestamos nuestra identidad e intervenimos en interacciones sociales. En el anterior apartado ya hemos analizado la familia y las redes que se establecen en la misma; ahora nos detendremos en examinar cómo se han construido las relaciones de amistad y de pareja de nuestras personas entrevistadas, cómo las definen y las mantienen.

Hay quienes han creado su grupo de amistades durante su niñez y lo han mantenido a lo largo de los años. Jon habla de su cuadrilla y la caracteriza como bastante grande, donde «la mayoría nos conocemos desde pequeños». En el caso de Sukaina «algunos se han mantenido desde *txikis*⁵». También Margareth mantiene a día de hoy relación con su grupo de siempre, aunque «haya parejas y tal». Sole sigue conservando su amistad con sus tres grandes amigas de la infancia que vivían en el mismo barrio que ella, las únicas que, como recuerda «iban a otros colegios, y me aceptaron desde el principio. Todas las demás no». Un recuerdo agrisado donde se entremezcla la satisfacción por ser parte de un grupo con la desazón por sentir el rechazo del resto de niños y niñas.

Sin embargo, no siempre se generan círculos de amistad a corta edad, o aunque lo fueron en un pasado, a día de hoy se han creado cuadrillas más afines a determinados caracteres o aficiones. Es el caso de Paul, que creó una cuadrilla de amigos fuera de su entorno más cercano, esto es, ni en la escuela ni en su municipio. Pasó de una cierta soledad vivida en un verano, donde muchos de sus amigos se iban de vacaciones, a verse formando parte de un grupo gracias a su amistad con otro chico de origen latinoamericano, «fui y me presentó a gente, que eran sobre todo latinos. Había un montón de latinos jugando al fútbol. Bromeando y llevándose muy bien. Y pasé de casi no tener amigos en verano y no tener nada que hacer porque mis compañeros se iban de vacaciones». Ahmed, por su parte, quizás por residir en un municipio pequeño o por cómo se generan las cuadrillas y su cierto hermetismo, no encontró facilidades para tener amigos y generar esos vínculos que te sirven de apoyo y acompañamiento «yo tuve muchas dificultades a la hora de conseguir mi círculo de amigos. Porque éramos pocas personas en nuestra quinta y con los de la *ikastola* no podías contar, porque era imposible». Para Ahmed, la comunidad sirve de apoyo, pero puede igualmente hacer mucho daño.

No siempre se generan círculos de amistad a corta edad, o aunque lo fueron en un pasado, a día de hoy se han creado cuadrillas más afines a determinados caracteres o aficiones.

⁵ Desde pequeños.

Margareth, al igual que Daniela, forma parte de cuadrillas donde son las únicas que provienen de orígenes geográficos extranjeros. Esta última se refiere no solo a las personas con quienes se ha relacionado cuando era más joven, sino también con las que se relaciona actualmente en la universidad «y los de la universidad también son de aquí. Todos son de aquí y yo me siento súper integrada. Yo me siento como una más». No es la única que al hablar de amistades haga referencia a su grado de integración, como por ejemplo Sole que afirma que su amistad con tres niñas vascas le fue de gran ayuda «mis mejores amigas, en lo de la integración, me han ayudado muchísimo». Concretamente, en el caso de Sole entra en juego la influencia familiar para que se relacione con personas de su mismo origen cultural, situación con la que no está de acuerdo y que le ha llevado a enfrentamientos directos «yo con negros, por así decirlo, me relaciono lo justo. Tengo mis amigos y si quieres juntarte conmigo me da igual de dónde seas. Pero no me vas a obligar a estar con negros porque yo sea negra». Ahora que tiene una hija, su marido también pretende que la niña se relacione con personas africanas, a lo que Sole es sincera al pensar que debe relacionarse con todo el mundo, sin distinciones «su padre quiere que juegue con otros niños africanos. Y me parece muy bien, yo quiero que juegue con todo el mundo. Pero es que da la casualidad de que en su colegio con los que se relaciona son de aquí».

Por el contrario, Paul recuerda que en su día le generó satisfacción sentirse integrado gracias, en parte, a su círculo de amistades con personas de varios orígenes latinoamericanos «lo de sentirme integrado y estar con gente del Perú, Argentina y así, me hizo sentirme muy bien» y él mismo se ha sorprendido cuando, al comenzar unos nuevos estudios, se ha relacionado cómodamente con personas de origen vasco «ver que la mayoría hablaba en euskera, me sorprendió un montón. Y que me llevara bien con ellos me sorprendió todavía más». Sin embargo, a día de hoy afirma sentirse más cómodo entre personas de origen extranjero, con quienes comparte gustos y aficiones. En el orden inverso encontramos la historia de Jon, que se relaciona actualmente más con personas de origen extranjero, cuando en su niñez sus amistades no lo eran «en aquella época me juntaba mucho con gente de aquí. Ahora igual hasta me muevo más con gente extranjera que con gente de aquí». En este sentido, Ahmed reflexiona en torno a que en ocasiones compartir un mismo idioma o algunas claves culturales orienta a las personas a crear lazos de amistad, que si vivieran en los lugares de origen de sus padres y madres quizás nunca hubiera existido tal relación «al final, creas un círculo entre la gente que habla tu idioma y que es de tu país. Aunque igual no habrías tenido ninguna relación con ellos si te hubieras quedado en Marruecos».

En general, los comentarios o bromas —como ellos las definen— relacionadas con su origen extranjero por parte de sus amistades no les genera malestar. Mikel comenta que «siempre me andan diciendo que soy de chocolate y no sé qué. Las típicas bromas del color y así, pero a buenas. A mí me sienta bien. Es

una broma y ya está. Yo soy mucho de reír (...) Eso hay en todas las cuadrillas, con los amigos íntimos». Daniela no le da importancia a que utilicen palabras con connotaciones negativas «porque si algún compañero de la universidad o del colegio de toda la vida me llama *chewbacca* o *chigualera* no me lo tomo a mal. Realmente no me importa». Todos estos comentarios tienen un denominador común y es que se toleran dentro de sus círculos de amistad.

En general, los comentarios o bromas —como ellos las definen— relacionadas con su origen extranjero por parte de sus amistades no les genera malestar.

Sin embargo, cuando provienen de personas desconocidas o cuando sienten que los comentarios adquieren un tono despectivo, incluso cuando se dirigen hacia terceras personas, se irritan y su actitud cambia. Daniela es contundente cuando «si lo dicen de otra persona en plan despectivo, sí que me sienta mal», ya que ve que, en parte, también se están refiriendo a ella. Margareth establece límites cuando implican a su familia en sus comentarios «luego ya otra cosa es que me empiecen a preguntar que a ver mi familia esto o aquello. Si se meten ya con cosas familiares no me gusta», sobre todo si insisten en continuar preguntado, llegando a agobiarla.

Algunas de las personas entrevistadas tienen pareja de origen vasco, y como afirma Jon «ella me decía que nunca se había fijado en un latino». Daniela nos cuenta que le incomoda cuando su pareja hace algún comentario despectivo hacia la población de origen extranjero «si tiene alguna discusión con el coche y dice ¡Puto *chibolero*! Yo le digo que pare, porque para mí eso es despectivo». Por otra parte, hay algunas personas que nos han resaltado el apego y el sentimiento identitario de sus parejas cuando estas son de origen extranjero. Sole así lo expresa «es camerunés. Llegó cuando era más mayor. Y el sí que sigue teniendo ese apego y se siente muy camerunés». En su caso Jon recuerda a una pareja anterior que le hizo valorar sus raíces latinas «mi pareja anterior lo que hizo fue enseñarme a tener ese orgullo latino. Ella era latina y tenía mucho orgullo. (...) Ella me enseñó a valorar mi cultura latina». De todas formas, aun compartiendo su vida con una persona de cultura similar a la suya de origen, Fátima escucha habitualmente a su pareja decirle que «si me creo española por las cosas que digo o hago».

La familia también opina en este aspecto. En el caso de quienes profesan la religión musulmana, consideran importante que las parejas de sus hijos e hijas también tengan la misma creencia religiosa. Sukaina sabe que «que tengamos pareja vasca de origen sí que les importaría mucho. Quieren que sean musulmanes». Ante tal influencia, cree «que como ya sabes que tiene que ser musulmán y no lo es, nunca me he planteado a esos amigos como pareja». Ahmed, que tiene pareja de origen vasco, sabe que a sus padres les hubiera gustado una persona más afín a sus creencias y costumbres, pero también decían que «si es buena persona y hace su trabajo, cualquier padre puede darse cuenta de eso. Ella va a cuidar de ti y tú vas a cuidar de esa persona. Y al final eso es lo que

«He tenido mis dudas, no lo voy a negar, sobre el tema de cómo me llevaría con la familia de ella. Pero no he tenido ningún problema».

importa y lo que tendrían que valorar». Las dudas también surgen en la otra dirección, y cómo sería la relación con la familia de su pareja, dudas que se aclaran y se normalizan «yo también he tenido mis dudas, no lo voy a negar, sobre el tema de cómo me llevaría con la familia de ella. Pero no he tenido ningún problema. Ha habido un buen recibimiento tanto por parte de mi familia como de la de ella». La familia de Sole no veía con buenos ojos que le gustaran chicos “blancos”, y en su adolescencia tuvo que jugar al despiste «a escondidas, todo a escondidas. Si tienes un novio, le explicas que si ves a mi familia me saludas sin más. Nada de sonreír. Cuidadito que mi familia se entera».

Estudios y empleo

La elección del centro escolar en el caso de la familia de Margareth fue por cercanía, por ser el que tenían más a mano para que sus hijas estudiaran «yo creo que porque era el único que había. Estamos en un pueblo y era el que más cerca quedaba. Yo creo que nos metieron por eso. Tenemos en el pueblo una *ikastola*, pues a esa». Caso similar al de Oier, que estudió en un centro muy próximo al domicilio familiar «está enfrente de mi casa. He estado siempre en modelo B y éramos pocos en clase». La elección del modelo lingüístico llega, en ocasiones, por lo que el centro escolar oferta, no tanto por un interés en particular de los padres por que sus hijos e hijas estudien en euskera o castellano. Sukaina, a este respecto nos cuenta que «cuando yo empecé a estudiar, aquí era todo modelo D. Si querías en castellano tenías que ir a concertada, las públicas eran todas en euskera».

Por otra parte, la elección del centro pasa por las prioridades que tienen los progenitores de que estudien en escuelas de la red pública, ya sea por una apuesta por ello, como es el caso de Mikel «somos defensores de lo público», ya sea por el coste de los estudios de sus hijos e hijas, más asumible. En este sentido, recogemos una reflexión de Ahmed sobre lo que para él significa estudiar en la red pública como reflejo de la realidad que nos rodea y en la que deben ser educados todos los niños y niñas «yo toda la formación que he tenido ha sido en la pública. Y siempre digo que al final en la pública es donde ves la realidad. Ves inmigrantes, discapacitados, rubios, morenos... va a ver la sociedad».

Entre las personas entrevistadas hay quienes compartían espacio con alumnado de orígenes geográficos diversos, como le ocurría a Paul, «sí había muchísima. Tanto de Latinoamérica como de Europa. Había gente bastante diversa», como aquellos que recuerdan mayor homogeneidad en cuanto a orígenes, caso de Fátima «había otra chica marroquí, pero ningún extranjero más en mi clase. Prácticamente todos eran catalanes». En la actualidad Ahmed aboga por fomentar la matriculación en centros educativos de la red pública «de la gente de aquí. Porque yo creo que en nuestro caso nos ayudó mucho un entorno en el que hay otros compañeros. Uno se nutre del otro, porque si no ¿cuál es el ejemplo de la persona de aquí? ¿El profesor?».

En concreto y centrándonos en las relaciones entre pares que se generan dentro del espacio educativo, advertimos dos vertientes bien diferenciadas: aquellas personas que mantienen un recuerdo positivo de la convivencia en el aula, y los que sufrieron el rechazo y los insultos por parte de sus compañeros y compañeras. Margareth «súper bien con todos. Y curso tras curso también», Oier «en bachiller conocí a mucha gente y súper bien. Y en la uni también muy bien, lo mejor yo creo» y Paul «años muy buenos con compañeros muy buenos. Además en este centro la mayoría eran de aquí (...) y me extrañó porque me

llevaba bien con ellos aunque eran de aquí», representan el discurso más positivo de convivencia en sus centros, e incluso de sorpresa positiva la de Paul al ver que mantenía buena relación con quienes consideraba muy diferentes a él. Sin embargo, y haciendo referencia al ámbito más negativo de las rela-

Centrándonos en las relaciones entre pares que se generan dentro del espacio educativo, advertimos dos vertientes bien diferenciadas: aquellas personas que mantienen un recuerdo positivo de la convivencia en el aula, y las que sufrieron el rechazo y los insultos por parte de sus compañeros y compañeras.

ciones entre iguales, Ahmed tiene un recuerdo «más agrio que dulce. Lo recuerdo como una época bastante triste. Sentirse diferente. Porque al final los críos son capullos». Fátima ha vivido la crueldad de los niños y niñas y así lo rememora «me decían “mora de mierda». Eso toda la vida. Pero me afectaba más lo del físico. Se reían por

los pasillos y me decían que ahí estaba la fea». Sole, por su parte, recuerda sentirse mal «porque tú también ves que son de otro color, pero sientes que eres tú la que te tienes que integrar. Lo que no entiendes es que si tú estás intentando integrarte por qué ellos tienen ese rechazo». Por lo tanto, encontramos vivencias bien diferentes que han marcado a sus protagonistas de un modo u otro. Los insultos haciendo referencia a sus orígenes culturales, o el rechazo por ser físicamente diferente son dos de las características que han marcado el devenir escolar entre quienes permanece un recuerdo desagradable.

El profesorado no es solo un garante en la adquisición de conocimientos y competencias del alumnado, sino también durante las entrevistas se le ha recordado como la figura que les brindó apoyo cuando lo necesitaron, o quien les provocó cierto malestar y rechazo al no ser bien tratados por ellos. Margareth recuerda gratamente a una profesora que «me ayudó a integrarme súper bien». En la misma línea Daniela valora positivamente la atención que recibió del profesorado «cuando tenías cualquier problema o te notaban rara, ellos te hablaban o llamaban a tus padres. Muy volcados». Especial recuerdo guarda Sole de dos profesoras que «desde el principio vieron que había una alumna nueva y les daba igual de qué color fuera o de dónde fuera. Trataban de conseguir que me integrara y les decían a los compañeros que tenían que jugar conmigo». Ahmed rememora su paso por la escuela y el instituto y considera que «he tenido la suerte de tener unos profesores muy buenos. Tengo muy buen recuerdo».

Sin embargo, y como hemos señalado anteriormente, el profesorado ha resultado ser para algunos de nuestros entrevistados un impedimento para su integración. Sole también tiene el recuerdo de una parte del profesorado que la estigmatizaba por su color de piel «pero también había otros que no. Y hasta que me fui del colegio seguíamos con la cosa de ‘la negra’». Fátima, por su parte, sintió la indiferencia de su profesora al no intervenir cuando otros compañeros de clase la insultaban «un día en el colegio me rodearon un grupo de chicos y me dijeron de todo y lo que más me dolió no fueron los insultos. Fue que cuando

llegó la profesora no me preguntó qué me había pasado ni qué me habían hecho. Ella ya lo sabía».

Si bien las experiencias negativas con el profesorado son una realidad, son más quienes tienen un recuerdo amable. El profesorado ha sido también el impulso que necesitaba Paul hacia un cambio de actitud en los estudios y del que a día de hoy agradece «pero la profesora me veía frustrado y desanimado en clase. Veía que no me centraba y fue la que decidió hablar conmigo para ver si avanzábamos. Y yo creo que fue gracias a ella que he llegado donde estoy».

Si bien las experiencias negativas con el profesorado son una realidad, son más quienes tienen un recuerdo amable.

Durante la trayectoria escolar de algunos entrevistados se observa, por una parte, un cambio de actitud gracias al apoyo de terceras personas, caso de Paul como acabamos de ver, o por una elección personal, como le ocurrió a Jon que fue él mismo quien vivió un momento donde se planteó que debía de hacer algo con su vida, diciéndose «soy joven, tengo años por delante y no quiero estar como esta peña de aquí. Entonces, vi la nota que tenía yo y me puse a mirar las carreras a las que podía acceder». Por otra parte, también vemos los casos en que asoma una actitud de superación personal, como Margareth «lo saqué porque lo tenía que sacar. Porque si no lo hacía yo, no lo hacía nadie», que también lo vemos en Sukaina al afirmar que «si yo he estudiado ha sido más por mis ganas que por lo que ellos me hayan podido decir», refiriéndose a sus progenitores. La responsabilidad por los estudios también se muestra en el discurso de Oier cuando afirma que «yo me preocupo por mis estudios y no les digo nada porque es algo que quiero hacer yo». Fátima nos dice que no se siente realizada como persona por no haber podido, hasta el momento, completar sus estudios, porque como bien dice «la formación y la educación es lo que te llevas de la vida». Sin embargo, aun con el interés por formarse y aplicarse en los estudios, Sole llegó a cuestionarse sus capacidades cuando en el aula se sentía menospreciada, de nuevo, por su color de piel «te lo empiezas a cuestionar (...) O que voy a tener que bajar mis expectativas. O pensar que por muy bien que lo hagas en clase, vas a dejar que otro niño esté primero solo por ser blanco».

El interés por seguir formándose y continuar con sus estudios queda reflejado en todas las entrevistas. La orientación del centro educativo ha sido de gran ayuda para unos, el apoyo familiar para otros, y la disposición personal de cara a conseguir sus objetivos de una forma o de otra, para todos. El centro escolar le brindó a Sole el apoyo que necesitaba para saber dónde podía continuar sus estudios «miraba tu expediente académico y según tu expediente te aconsejaba lo que podías estudiar. Y tú le decías también qué es lo que te gustaba (...) Me hablaba de las becas, pero ni con eso podía llegar. Y entonces él también empezó a mirar ciclos, academias y a hablar con amigos». Para Ahmed, quien demostraba ser

El interés por seguir formándose y continuar con sus estudios queda reflejado en todas las entrevistas.

un buen estudiante, el profesorado le orientó hacia estudios universitarios, aunque en aquel momento tuvo que decantarse por una formación profesional por cuestiones personales «fue para todos los profesores un palo ver que me metía a formación profesional. Me decían que un alumno como yo y tal...».

En general, la elección de sus estudios es personal entre las personas entrevistadas. Hemos conocido a quienes tenían claro desde un principio qué camino iban a tomar, caso de Oier «yo quería ir a ese centro a estudiar. (...) y además, como decían que salías bien preparado, a mí también me interesaba eso de cara a lo que fuera a estudiar en la universidad en el futuro», o Daniela que desde su infancia lo «tenía clarísimo que quería estudiar Derecho. Veo demasiadas injusticias y cosas que no me gustan». Otros, sin embargo, dudaron qué estudiar, como Mikel que «tenía dudas. (...) Lo decidí una semana antes...» aunque siempre la elección fue suya «yo quería ir a la uni a estudiar algo que me gustara. Yo tengo amigos a los que les decían sus padres qué tenían que estudiar». Ocurre también, como en el caso de Jon y Ahmed, que han pasado por varios empleos y estudios hasta poder encontrar lo que realmente les motivaba. Este último nos cuenta que «cuando dejo de trabajar y vuelvo a estudiar empiezo a hacer cosas que he decidido yo hacerlas. De alguna forma, empiezo a ser yo mismo». Una vez elegido, la satisfacción es tal que se vuelve secundaria la cuestión de las salidas que pueda tener en un futuro. Como nos comenta Jon «prefiero estudiar esto, a pesar de las pocas salidas que pueda tener, a hacer una carrera que no la haga con gusto».

El entorno también influye en las decisiones sobre qué itinerario elegir, tanto para poder aspirar a estudios terciarios como para decidirse por algo más funcional y necesario de cara a incorporarse al mercado laboral. Margareth comen-

El entorno también influye en las decisiones sobre qué itinerario elegir, tanto para poder aspirar a estudios terciarios como para decidirse por algo más funcional y necesario de cara a incorporarse al mercado laboral.

ta que «las amigas iban a ir a la universidad, y eso te influye. Yo siempre he sido de estudiar, y por eso decidí hacer una carrera». Daniela ve que «realmente aquí se inculca mucho la educación. Por ejemplo, en mi colegio si no hacías una carrera o un grado su-

perior al acabar el bachillerato no eras nadie. Te miraban raro. Me he acordado de eso porque mi hermana y yo somos las únicas primas que hemos estudiado». El caso contrario ocurre con Ahmed, que en un principio se matriculó en una formación profesional que garantizaba en mayor medida una salida laboral «había estudiado una cosa que no me gustaba. (...) Mi padre decía que él no iba a poder seguir trabajando y que nos teníamos que buscar la vida», aunque como hemos visto en su historia, acabó por reconducir su vida y retomar los estudios que a él le motivaban cambiando su trabajo con las máquinas por las personas. Las razones económicas también influyeron en el camino elegido por Sole «no fui a la universidad no porque no me apeteciese, es que no había dinero. Y mi familia me decía que si no me llegaba con lo que ganaba en el trabajo, que me

buscara otra solución». El sentimiento de Sole es de pena al ver que aun teniendo capacidades para el estudio, tuvo que optar por una formación profesional al no tener los medios económicos suficientes, ni el apoyo familiar.

Hemos estado conversando con personas de edades diferentes y, como hemos visto, con itinerarios formativos de diversa índole. Algunos ya están trabajando, otros dedicados a los estudios pero la mayoría han compaginado ambas ocupaciones. En todos los casos se busca una independencia de sus progenitores, tener dinero propio para sus gastos, como nos cuenta Daniela «no quería tener que estar siempre pidiendo dinero». Para ella fue un aprendizaje donde se demostró a sí misma de lo que era capaz de hacer, y le hizo más fuerte y adquirió responsabilidad. Margareth también percibe una diferencia al ser ella quien gana y administra su dinero «y se nota mucho, porque de estarle pidiendo a la ama a tener tú tu propio dinero hay diferencia».

Sin embargo, varias de las personas han trabajado para pagarse sus estudios, como Sole «el dinero que ganaba era para estudiar. Porque la beca ya no cubría todos los libros. La beca cubría una parte y la otra parte la tenía que pagar yo», o Sukaina «yo quería estudiar. Porque sabía que para estudiar tenía que trabajar. Y también para tener algo de dinero para mis cosas, porque yo nunca he tenido una paga semanal. Quería tener mi dinero y no tener que estar pidiéndoselo todo el día a mis padres». A esta situación también hay que sumar la necesidad de trabajar para costearse también su vida fuera del hogar familiar, ya que viven independizados, como Ahmed que aun siendo costoso en términos de esfuerzo invertido, merece la pena «iba sacando los estudios mientras trabajaba. Ha sido duro, pero bien, bien», o Fátima «yo ahora tengo la obligación de trabajar para mantenerme. No soy como cualquier compañero de clase o cualquier amigo, que trabaja para hacer un viaje o para pagarse algunas cosas. Yo tengo la obligación de trabajar porque tengo un alquiler y unos gastos».

Nos encontramos con algunos discursos en torno a la dificultad para encontrar empleo por su origen extranjero, como le ha ocurrido a Sukaina «cuando vas a buscar trabajo sí que notas que hay un rechazo (...) No es que te digan algo directamente, pero yo sí que he llegado a notar». Sin embargo, Sole no ha tenido ningún problema «nunca he escuchado nada de críticas cuando les daba órdenes a los técnicos», es más, considera que ha tenido suerte de haber podido trabajar en puestos laborales donde no era habitual ver a mujeres negras «si no es para limpieza o residencias ¿dónde contratan a chicas negras? ¿En la Administración? Yo debo de tener una suerte que ni me lo creo». Esta percepción no quita para que se haya encontrado en la tesitura de verse rechazada en alguna ocasión por su color de piel «sí que dijeron que no iban a contratar a una chica negra en esa tienda».

Idiomas

Varias son las lenguas de origen de nuestras personas entrevistadas, y en algunos casos, coinciden con las dos lenguas oficiales de Euskadi. En el caso de Mikel, su ama ya le hablaba en euskera desde que tiene uso de razón «cuando yo nací mi ama me hablaba en euskera. Y por eso yo ya sabía euskera antes de empezar en el colegio», al igual que Jon, que recuerda cómo «he mamado mucho lo del euskera por mi padre». Por lo tanto, el conocimiento del euskera llega de la propia familia y lo inculca a sus hijos e hijas. En otros casos, la familia, sin dominar el euskera, es consciente de la importancia del estudio y desarrollo en este idioma para sus miembros y toman la decisión de que su educación esté orientada a su conocimiento y uso. Los hermanos mayores de Ahmed fueron

«Mis hermanos fueron los que les dijeron que nosotros teníamos que aprender en euskera»

quienes supieron leer la realidad del día a día y asesoraron a sus padres «mis hermanos fueron los que les dijeron que nosotros teníamos que aprender en euskera», o los padres de Daniela que, teniendo como referencia el castellano como lengua compartida, fueron conscientes de que su integración en Euskadi pasaba por la matriculación

en euskera «mis padres quisieron que me integrase aquí desde el principio. Y daba muchísimo euskera». Aunque no siempre se es conocedor de la realidad socio-lingüística, y así lo vive Ahmed cuando en la actualidad asesora a algunas familias sobre qué es lo mejor para sus hijos e hijas «a las familias marroquíes, les digo que es mejor que aprendan euskera porque el castellano ya lo van a aprender de rebote, muy fácil. De la vida, de la tele, el fútbol, de los medios de comunicación, . . . de la jerga que se utiliza en la calle, porque a veces se tiende a hablar en castellano, porque es más guay. Lo van a aprender de cajón. Pero al euskera como no pillen el esquema desde pequeños, es muy complicado aprenderlo». Él ha visto cómo sus hermanos mayores no estudiaron en euskera no porque no hubiera oportunidad para ello, sino por ese desconocimiento del medio al que nos hemos referido anteriormente.

Otra de las razones por las que se inclinan en aprender euskera es por el lugar donde habitan, donde es el idioma de referencia en la vida cotidiana. De ahí que Margareth nos recuerde que «yo el euskera lo hablo bastante bien. Vivimos en el Goierri», y que Ahmed nos describa su municipio como «un pueblo pequeño donde se habla euskera. Hay una necesidad de hablarlo para relacionarte».

La edad es uno de los factores que ha influido en que el desarrollo de nuestras personas entrevistadas haya sido en castellano y/o euskera, ya que bien hayan nacido fuera de sus lugares de origen o hayan llegado a corta edad, han demostrado una gran facilidad para el aprendizaje de idiomas. Fátima así lo afirma cuando nos dice que «aprendí castellano súper rápido porque como éramos niños . . . yo hablaba catalán y castellano. Me defendía muy bien en los dos, más en catalán, y también en árabe. Y era capaz de traducir simultáneamente». Incluso

recuerda cómo ejercía de traductora para su madre «cuando se quedó embarazada de mi cuarta hermana, yo iba con ella al ginecólogo y hacía de intérprete».

En cuanto al euskera, su estudio no siempre ha sido satisfactorio, ya que, por ejemplo para Paul, un cambio de modelo lingüístico fue de gran ayuda para sus estudios «yo hice toda la primaria en euskera. Luego hice 1º de ESO también en euskera, pero cuando repetí decidí pasar a castellano. Y fue cuando se vio la mejora. Fui yo el que eligió cambiar. Les dije que me iba a alegrar porque como es mi idioma materno iba a poder estudiar más cómodo que en euskera». Daniela, por su parte, también admite las dificultades en la escuela con este idioma «la verdad es que el euskera siempre me ha ido mal. Y eso que es una lengua que me gusta, me parece muy bonita. Mantiene la identidad del País Vasco. Pero siempre se me ha atravesado». Sin embargo, también están los casos de quienes han desarrollado sus estudios en otros idiomas diferentes al materno y no por ello han experimentado mayores dificultades, caso de Sukaina «en mi casa nadie habla euskera, yo nunca he ido a clases particulares. Siempre he estudiado en euskera y mis padres nunca han podido ayudarme en casa porque no lo entendían. Y hemos salido adelante».

También la conservación de los idiomas de origen de sus progenitores está presente en su vida diaria. En algunos casos, como en la familia de Sukaina, quieren que se mantenga su lengua de origen y prevalece su uso en el ámbito familiar «de pequeños nos decían que, si no lo hablábamos, íbamos a perder el idioma. Y por eso nos hacían hablar árabe con ellos». Sole dice que a su hija la educan en varios idiomas, incluido el del padre «es francófono, y siempre le digo que le hable en francés». En este sentido Sole afirma que quiere que su hija aprenda todos los idiomas que pueda, incluido el euskera porque cree que «es importante. Que luego le vaya a servir o no le vaya a servir no se sabe. Nadie sabe lo que va a pasar en el futuro. Yo vivo en el País Vasco y qué menos que aprender euskera». Esta visión de futuro y de utilidad para algunos aspectos de la vida en Euskadi la comparten otras personas entrevistadas, como Sukaina «para algo he aprendido euskera, para algo me tiene que servir. Porque aquí con el euskera tienes más posibilidades».

También la conservación de los idiomas de origen de sus progenitores está presente en su vida diaria. En algunos casos, quieren que se mantenga su lengua de origen y prevalece su uso en el ámbito familiar.

Entre las personas con las que hemos conversado, hay quienes lo utilizan con algunos miembros familiares, caso de Mikel «yo sigo hablando en euskera con mi ama», o Margareth «cuando la ama está trabajando, yo con mi hermana hablo en castellano o en euskera», si bien es cierto que con su ama se comunica en castellano, ella misma se da cuenta que «hay ciertas cosas que a mi hermana y a mí nos salen en euskera porque no sabemos decirlas en castellano, y nos ayudamos una a la otra». Sukaina, por su parte, utiliza el árabe y el castellano en el entorno familiar «entre nosotros, el castellano. Con mis padres, el árabe».

El uso del euskera por parte de nuestras personas entrevistadas genera en ocasiones desconcierto e incredulidad, y así lo expresa Jon cuando nos dice que «sigue habiendo gente que no entiende que yo hable euskera. Me dicen ‘nola dakizu euskeraz hitz egiten?’ No lo conciben». Ahmed recuerda cómo las y los habitantes de su municipio «les encantaba eso de que habláramos euskera», aunque también reflexiona en torno a la tendencia que había al hablar con ellos en castellano, algo que no comprendía por qué ocurría «sabían que hablábamos euskera. A ver ¿tú no quieres que se hable en tu idioma? No sé si es que creían que no les entendía... pero sabían que les entendía y hablaba euskera. No entendías nada».

Identidad(es)

Una de las cuestiones que se abordan durante los encuentros con las personas entrevistadas está relacionada con su sentimiento de pertenencia. Todas ellas poseen un origen y/o una ascendencia culturales que en algunos casos han sido transmitidas expresamente por sus progenitores porque han querido que sus hijos e hijas tengan presente de dónde provienen, como el caso de los padres de Daniela que «me han inculcado muchas cosas de Colombia». En otros casos, sin embargo, no se trata de un deseo planificado sino sobrevenido y se genera un vínculo con el origen únicamente a través de la convivencia y la educación en el seno familiar, porque se da el caso de ese origen solo se ha llegado a conocer muy esporádicamente, como le ocurre a Oier al afirmar que «solo he ido tres o cuatro veces y a mi familia de allí la conozco poco». Tanto en el caso de Daniela como en el de Oier, aunque lo tengan presente, no se sienten identificados con su origen extranjero y así nos lo hacen saber. Daniela comenta que «yo no me siento de allí» y Oier declara en la misma línea que «yo prácticamente no me siento de allí». Sukaina, por su parte, también afirma que «es cierto que tengo algunas cosas de la cultura marroquí, pero no tengo la sensación de sentirme de esa cultura».

En todos los casos, conforman su personalidad y su identidad en un entorno diferente al de origen familiar, de ahí que encontremos a quienes afirman sentirse de varios lugares, donde algunas veces la balanza se inclina más por uno que por otro. Margareth comenta al respecto que «siempre que me han preguntado digo que soy de Ecuador, que soy de fuera, pero también soy de aquí. Soy de los dos sitios. Y si me preguntan de qué sitio me siento más, digo que de aquí. Porque desde pequeña he estado aquí y todo lo he hecho aquí». Fátima nos dice que «soy marroquí pero me siento más de aquí». Sin embargo, también están quienes habiendo residiendo lejos de su origen cultural tienen un apego identitario fuerte, como Paul «soy ecuatoriano a muerte. Y es algo que nadie me lo va a hacer cambiar. Yo puedo estar aquí viviendo toda la vida, o en Europa o en Latinoamérica. Pero siempre voy a ser ecuatoriano. Porque yo he nacido allí y mi sangre es ecuatoriana».

Las reacciones ante estas cuestiones cuando han tenido conversaciones con amistades o conocidos varían según el grado de confianza, el ambiente generado, y el feedback que reciben ante sus palabras. A este respecto Ahmed afirma que «depende de quién te lo pregunta y de cómo lo hace, le respondes de una forma. Esa es mi forma de ser. Porque tú sabes hacer la lectura del lenguaje no verbal». Es más, afirma que «según quién me lo pregunte puedo llegarme a cabrear».

Sin embargo, las dudas prevalecen en personas que han sido constantemente interpeladas a definir su

«¿Dónde estoy yo, dónde me quedo? ¿Con quién me siento identificado, quién me da cobertura aquí?»

identidad. «¿dónde estoy yo, dónde me quedo? ¿Con quién me siento identificado, quién me da cobertura aquí?», reflexiona Ahmed. Jon, por su parte, piensa que «al vivir un poco entre dos culturas, a mí lo que me ha pasado es que no sé lo que soy ¿Qué coño soy? Porque es lo que te digo, no soy ni de lo uno ni de lo otro». Fátima también afirma que «no me siento ni de aquí ni de allá». Se han topado, incluso, con la negación por parte de la población de origen vasco a poder definir su pertenencia identitaria como vasca. Ocurre que se guían por factores como el aspecto —«si estoy un día por ahí de fiesta y me preguntan cómo me llamo digo que Ahmed y creen que estoy de broma»— o el origen cultural de sus progenitores, que por lo que la propia persona le está exponiendo. Sukaina ha vivido esta situación cuando considera que «ya al final, quieras o no, aunque yo

«Yo siempre decía que soy vasca. Pero como la gente me dice que no lo soy, tengo una confusión de identidad muy gorda (...) al final tienes que contestar que eres del mundo».

haya nacido aquí, no soy de aquí. Para la gente, yo no soy de aquí». Como vemos, la consecuencia de tal negación deriva en su propio rechazo a definirse como vasca, despojada de una identidad elegida por la oposición, en muchas ocasiones inconsciente, de la sociedad «yo siempre decía que soy vasca. Pero como la gente me dice que no lo soy, yo tengo una confusión de identidad muy gorda (...) al final tienes que contestar que eres del mundo». Y como hemos

comentado, mucho tiene que ver el aspecto físico, y así nos lo comenta Sukaina «para empezar, a primera vista, es por el pañuelo, por la apariencia. La gente me trata de extranjera, y me lo han llegado a decir».

Con todo lo comentado hasta el momento, es comprensible que las dudas y la indeterminación a definir su identidad sigan presentes a día de hoy en algunas personas. Ahmed afirma que «yo mismo no tengo una definición exacta», Daniela directamente nos comenta que «no sé qué decirte», o Sukaina cuando medita sobre «si ahora me lo preguntan, ya no sé qué contestar». También genera cierta pesadumbre el hecho de no tener un sentimiento sólido, como le ocurre a Daniela «es que al final yo miro a la gente de aquí que siente muchísimo todo. Y a mi madre, que también lo siente muchísimo. Pero yo no tengo ese sentimiento con ningún sitio. Y a veces me da un poquito de pena. A mí me gustaría tener ese sentimiento de pertenencia, de amor por mi patria y todo. Pero no lo tengo». Tal afirmación contrasta con la de Mikel, que ha tenido Nicaragua muy presente «y mis padres siempre han estado muy orgullosos de mí por eso»; tanto que hace unos años quiso formalizarlo de tal forma que tiene la doble nacionalidad «hace seis años, que ya era mayor de edad, cuando fuimos le dije a mi aita que quería sacarme el DNI de Nicaragua, la nacionalidad nicaragüense».

Como veremos a continuación cuando trabajemos sus vínculos con origen, se hace complicado definir la identidad de uno mismo cuando no te sientes reconocido ni aceptado totalmente en ningún espacio. Sukaina lo define muy bien cuando nos comenta que «llega un momento que al final ya no lo sabes. Yo siempre decía que soy vasca. Pero por mucho que lo diga, aquí no me aceptan. Porque para el resto de la gente yo no soy vasca. Y cuando voy a Marruecos,

para ellos también soy extranjera. Al final, es una pregunta sin respuesta». Similar sensación a la vivida por Ahmed «sentías de alguna forma que no eras de aquí, pero cuando ibas a Marruecos te pasaba lo mismo. Para los de allí eras el extranjero, el que vive en el extranjero. Hablas árabe, pero no tan bien como tus padres».

Vínculos con el origen

Como hemos introducido en el apartado anterior, los lazos con origen se mantienen, en mayor o menor medida, entre nuestras personas entrevistadas. Los viajes para poder estar con la familia y conocer sus orígenes, generalmente en periodo vacacional, suelen ser habituales o por lo menos lo fueron en un pasado. En el caso de Mikel por ejemplo su política actual «es ir cada dos años». Oier, por su parte, viajaba más anteriormente, «tres o cuatro veces, en los veranos, y hemos estado un mes o mes y medio. Pero ya hace mucho que no vamos». Situación parecida a la de Ahmed «hubo una época en la que fue más habitual, pero luego se fue haciendo menos frecuente».

Se aprovechan las vacaciones para poder viajar, y los recuerdos de su niñez se mantienen, sobre todo al percibir los cambios en comparación con Euskadi. Desde el recuerdo de Mikel montándose en el avión en Sondika y «de ver a mi familia que estaba allí esperándonos», a la sensación de Jon que mantiene unos recuerdos «brutales. Lo tengo tan asimilado como hogar mío como si hubiera vivido allí toda mi vida». Ahmed echa la mirada atrás y comenta que «la primera vez tenía cuatro o cinco años. Recuerdo algo de haber estado allí y de ser muy diferente a esto».

Una vez se hacen adultos, no siempre quieren seguir viajando allá a visitar a familiares y consideran que sus veranos quieren invertirlos en otros planes.

Por otro lado, a Sukaina no le gusta mucho ir a Marruecos «me gusta ir para un par de semanas y adiós», mientras que a Fátima sí que le parece un paraíso donde poder disfrutar «pero solo de vacaciones. Te sientes a gusto. Estás bien, pero solo para un rato». Margareth recuerda que «estaba allí de vacaciones, pero sabía que iba a volver». Una vez se hacen adultos, no siempre quieren seguir viajando allá a visitar a familiares y consideran que

sus veranos quieren invertirlos en otros planes, como Ahmed «llega el verano y quieres hacer otros planes. También quiero conocer mundo».

Las sensaciones que han vivido en los diversos lugares de origen familiar son muy variadas, aunque quizás se percibe un denominador común de extrañeza. Paul en este aspecto comenta que fue «raro, porque al final estás acostumbrado a estar viviendo aquí. Fue raro pero también fue muy, muy divertido». Sole, por su parte, recuerda que «se te hace muy raro todo. La comida, el clima, con un calor sofocante». En referencia a las relaciones que se crean y se desarrollan en estos periodos de visita, nuestras personas entrevistadas se han sentido desplazadas y señaladas como extranjeras, no admitidas completamente como parte de esa comunidad. Ante esta situación, las reacciones son diversas. Paul, por ejemplo, recuerda que «cuando fui de vacaciones, sí que me bromeaban diciéndome ‘el españolito’ y no sé qué. A mí me cabreaba». Jon comenta que «luego es cojonudo, porque me voy para allá y soy un poco gringo. Me habrán podido vacilar al principio un poco por el acento». Incluso, como Mikel reflexiona, ante la dualidad de ser etiquetado como diferente en ambos lugares «aquí

negro y allí blanco. Es cojonudo». En definitiva, «allí tampoco te acaban de ver como una más» dice Sole.

Aunque, ocurre también que una vez que se sienten integradas, deben volver a marcharse, como bien nos dice Sole «para cuando te empiezas a acostumbrar, ya te tienes que volver. Cuando empiezas a integrarte, tienes que volver». Las consecuencias se ven cuando regresan a Euskadi, pasando una temporada de readaptación «y cuando vuelves estás también un tiempo descolocada. Te notas rara. Como que estás volviendo a tus raíces e integrándote en tu cultura y tienes luego que volver a cambiar otra vez el chip». En el caso de Mikel vuelve «obsesionado» cuando regresa a Euskadi después de una temporada en Nicaragua, y nota especialmente que su padre «está con mucha morriña. Siempre es así».

Sole, al pensar en su hija, cree que le debe de dar la libertad de querer conocer el origen de sus padres, pero no por obligación «que mi hija conozca o no Guinea no me importa. Ella ha nacido aquí y es lo que tiene que conocer; a mí si el día de mañana me dice que quiere ir a Guinea, pues bien; y si no, también». Aunque, por otro lado, su pareja, que llegó más adulto a Euskadi sí que tiene ese interés para su hija «su padre sí que quiere que conozca Camerún».

La idea de vivir de manera permanente en sus lugares de origen o en el de sus progenitores no está en los planes de la mayoría de las personas con las que hemos conversado. Paul, aun siendo una persona que se siente ecuatoriana y le gusta volver a Ecuador en cuanto hay ocasión, dice que «todo es genial, pero no me veo viviendo allí. Estoy demasiado acostumbrado a esto». Mikel, que también tiene un fuerte vínculo con origen, afirma que «ahora tengo una edad y tengo un trabajo, he echado mis raíces aquí». Sabe que su vida está en Euskadi porque, si bien «cuando vuelves piensas que la vida de allí te gusta mucho aunque sea dura, luego te das cuenta que tu vida está aquí. Yo me he criado aquí, he estudiado aquí y trabajo aquí. Tengo mi cuadrilla y mi vida está aquí». Por otra parte, Sole, quien nunca ha llegado a sentir unos fuertes lazos con Guinea, afirma que «si me dices ahora mismo si quiero volver a Guinea, no me lo planteo en ningún momento. Para mí volver a Guinea es volver atrás». Fátima tampoco volvería a vivir a Marruecos «y siempre he soñado que me gustaría vivir en otro país o en otro sitio. Pero luego me he dado cuenta de que como aquí en ningún sitio. Aquí estoy a gusto». Vemos que para la mayoría su vida está en Euskadi, bien porque hayan crecido aquí o porque se sienten parte de esta sociedad, y aunque surge de vez en cuando la idea de residir en otros países, en todas las personas hay elementos de atracción para permanecer aquí. Incluso Jon, con unas claras intenciones de regresar a Brasil por un tiempo, expresa muy bien tal dualidad «es que hay muchos factores por lo que me piraría de aquí. Y también muchos otros por los que me quedaría».

«Todo es genial, pero no me veo viviendo allí. Estoy demasiado acostumbrado a esto».

Ahora bien, cuando hablan de sus progenitores, todos son conscientes del anhelo de muchos de ellos por regresar a sus lugares de origen. Idea de retorno que se hizo algo más evidente cuando llegó la crisis, como recuerda Paul «siempre nos dicen que si está mal la cosa, de primeras se van a Ecuador», aunque él mantiene su idea y así se lo ha hecho saber a sus padres «yo siempre les digo que aunque me tenga que quedar solo, yo me quedo aquí». El padre de Margareth ha mantenido la idea de retorno durante gran parte del tiempo vivido en Euskadi, «el aita siempre ha estado con la idea de volver a Ecuador a vivir», más aún cuando ha ido adquiriendo propiedades en origen «sí que es verdad que mi padre hasta hace unos cuatro años o así siempre ha tenido la mentalidad de, ... claro, tenemos dos casas en Ecuador que han construido ellos y están en alquiler». Como ocurría con Paul, Margareth no ha querido seguir a su padre en la posibilidad de retorno «quería que terminara de estudiar y que ya nos fuéramos a Ecuador. Pero yo le dije que no, porque yo ya tengo mi vida aquí».

También están aquellos progenitores que hablan de sus planes para cuando se jubilen, y así lo recuerda Oier «mi ama está encantada allí. De hecho, dice que cuando sea mayor piensa volver a vivir allí. A pasar la vejez». Sukaina sabe que «a mi aita le encanta Marruecos. Ahora se ha jubilado y dice que se quiere quedar a vivir allí», aunque a su madre la idea de volver a vivir en origen no le es tan atractiva y solo lo considera como un destino vacacional «mi ama es que tiene su vida hecha aquí. Ella va de vacaciones y ya está». También las ideas iniciales se transforman por el devenir de los años y las circunstancias, como le ocurre a los padres de Ahmed «hace años sí que tenían la idea de irse. O al menos pasar temporadas largas allí. Pero ya no. Mi padre no está bien de salud».

«Mi ama está encantada allí.
De hecho, dice que cuando sea
mayor piensa volver a vivir allí.
A pasar la vejez»

Creencias

La religión forma parte de la vida de las personas entrevistadas, tanto en la educación recibida en unas determinadas creencias por parte de sus progenitores, como entre aquellos que decidieron no orientarlas en religión alguna a sus hijos e hijas. Por ejemplo, la opinión de los padres de Daniela era diferente «mi madre sí que quería que fuéramos educadas en la religión católica. Mi padre decía que cuando fuéramos mayores ya decidiríamos en lo que queríamos creer». En el caso de Sole, para la mayoría de su familia la religión es muy importante «de pequeña todos los días a misa. Para mi tía la religión importantísima no, lo siguiente». Los padres de Paul «han querido en su momento que yo siga la religión, pero en ningún momento me han dicho que yo tengo que creer a muerte». Por otra parte, el parecer de los padres de Mikel tendió hacia una educación no religiosa «mis padres me decían que yo era muy pequeño para elegir y que ellos por sus convicciones no me iban a meter en una religión en la que ellos tampoco creen. Y me decía que si de más mayor yo quería ser católico, que hiciera lo que quisiera, pero que en ese momento sería obligarme a hacer algo que igual yo no quiero».

A día de hoy las personas entrevistadas hablan de la religión, que en general está presente en su vida aunque, como veremos, cada una adapta sus creencias. Margareth considera que al ser criada en un entorno religioso «tú también te haces a esa idea. Muchos me preguntan cómo puedo ser religiosa. Pero yo pienso que al final no es algo extraño. Lo mismo que tú no crees, yo sí creo». Daniela también se define como una persona creyente «pero no creo nada en la Iglesia Católica. En realidad, en ningún tipo de Iglesia. Me parece que todo llevado al extremo es malo». Sole es contundente al afirmar que «dicen que Dios está en todas partes. Yo le rezo en mi casa y le pido todos los días que mi hija tenga salud. Mi religión es que lo que no quieras para ti no lo quieras para los demás y vive y deja vivir. Y ya está». Ahmed cree que «antes lo llevaba más. Mis padres siempre han rezado. Yo ahora hago menos... bueno, yo me siento musulmán. Mi creencia es esa». Sukaina, por su parte, tuvo en su momento algunas inquietudes sobre la religión en la que estaba siendo educada y «cuando empecé a tener uso de razón comencé a averiguar por mi cuenta para saber si iba a ser una creyente en la religión». Fátima adapta las cosas y no se considera «practicante, pero sí creo en Dios y creo en muchas cosas. Luego hay otras cosas que me las dicen y digo que sí por no debatir».

«La gente no sabe diferenciar entre cultura y religión. Lo mezclan todo».

Un tema que sobresale cuando hablamos de religión es el uso del pañuelo, que como apunta Sukaina «la gente no sabe diferenciar entre cultura y religión. Lo mezclan todo». Ahmed es conocedor que en su día, cuando su madre llegó a Euskadi «era joven y quería llevarlo. Y mi padre le dijo que no, por las miradas que veía de la gente... Mi madre decía que ella venía

con el pañuelo desde su país y que quería llevarlo (...) Llegó un momento en que se lo puso. Todavía me acuerdo. Se lo puso y la gente le decía que se lo quitara, que antes estaba más guapa. Y ella decía que así se veía guapa. Y así ha seguido». La madre de Fátima también lleva pañuelo «mi madre, aunque esté separada desde hace años, dice que antes muerta que quitarse el pañuelo, no quiere».

Para Ahmed llevar el pañuelo es una elección «por su culto o por la razón que sea». El uso del pañuelo acaba desembocando en no pocas ocasiones en debates sobre la obligatoriedad de quien lo lleva. Sukaina ha sido testigo de muchas de estas discusiones y ve que «mucha gente dice que... es que mucha gente se piensa que nos lo ponemos obligadas y que somos unas sumisas». En este sentido, Sukaina afirma que «también estoy en contra de que se le obligue a la gente a ponérselo. Porque nadie debería obligar a nadie a hacer algo o a ponerse nada ¿quién eres tú para decirme que me lo quite? O que soy una sumisa y oprimida». En este sentido Ahmed cree que debe de cambiar el punto de vista de que no es necesario que todas las personas seamos iguales y se pregunta «¿quién eres tú para decir a una persona que vive esclavizada porque lleva el velo? ¿Hasta qué punto sabes si esa persona quiere llevarlo? Ante la imposición, eso ya es otra cosa». Ante tales cuestionamientos él también es crítico con aquello con lo que no considera propio del Islam, como el burka o el nicab.

«Aprendan a leer y a escribir (árabe) y que aprendan la cultura. Que aprendan todo, porque eso les va a enriquecer. Luego ya podrán tomar la decisión que quieran».

Tan solo Sole tiene una hija, a la que «no la educo en ninguna religión». Sin embargo, con otras personas hemos conversado sobre si educarían a sus hijos e hijas en un futuro en alguna religión. Paul está de acuerdo con la educación en la religión católica que ha recibido de sus padres, por lo que «yo haría lo mismo que han hecho conmigo». Para Fátima, que tiene claro que en un futuro quiere tener hijos e hijas, le parece esencial que «aprendan a leer y a escribir (árabe) y que aprendan la cultura. Que aprendan todo, porque eso les va a enriquecer. Luego ya podrán tomar la decisión que quieran». Considera que la religión le ha ayudado a tener límites «entonces a mis hijos yo los llevaría a la mezquita. Primero para que aprendan el idioma, porque es súper importante». Cuando hablamos con Ahmed sobre la posibilidad de que sus hijos pudieran sentirse rechazados por ser educados en la religión musulmana, es claro al afirmar que «eso me da igual. Porque creo que en este caso cuento con la ventaja de que yo soy una persona arraigada aquí (...) Es un padre nacido aquí, con un determinado origen, pero que sabe euskera y que es una persona de aquí».

Discriminaciones

A lo largo de este análisis ya se han identificado algunas situaciones de discriminación que han podido sufrir las personas con las que hemos conversado. Tanto en edades tempranas como en la actualidad, se topan con comentarios fuera de lugar, desconfianza, rechazo, o miradas indiscretas, entre otros. Ahmed recuerda que de pequeño no comprendía algunas palabras y comportamientos hacia él «porque decías, vale, que yo tengo un nombre, Ahmed, que es un poco diferente, pero yo he nacido aquí. Entonces que te insultaran de esa forma a la mínima te descolocaba». Sin embargo, Daniela considera que al ser criada en Euskadi ha sufrido menos discriminación que una persona que haya podido llegar con más edad «pero como nos hemos criado aquí desde chiquitinas, siempre nos han considerado como si fuéramos de aquí». No recuerda haber «sufrido ningún tipo de racismo» relacionándolo con su aspecto físico y el parecido con la población mayoritaria, cosa que no le ocurría a su hermana «pero mi hermana sí que parece más de allí».

Paul ha sido identificado por la policía simplemente por estar en una cuadrilla íntegramente de personas latinas «¿pero es que solo porque nos ves a todos los latinos juntos nos tiene que venir a tocar la moral?». Por su parte, Jon se ha sentido discriminado cuando le han confundido con una persona de origen magrebí, hecho que le «genera una frustración y una empatía con la gente de origen magrebí. Porque me pregunto si por ser moro me tienes que parar y me tienes que colocar en un estatus inferior al tuyo». Para Sukaina, la discriminación laboral es una realidad «Cuántas personas musulmanas ves trabajando de dependientas o cajeras? Cero patatero». Fátima por su parte hace uso de su carnet de conducir porque «me da vergüenza sacar el permiso de residencia delante de la gente porque te miran de otra manera».

Pero también se dan los casos en que la desconfianza y los malos modos vienen de población de origen extranjero. Jon nos advierte que «los comentarios más racistas que he oído nunca han sido de negros». Sole ha sido vilipendiada por su propia familia, que no comprende su relación con “los blancos”, considerando que como «me he juntado con las blancas yo para ellos ya soy una blanca». Ella defiende su decisión de relacionarse con quien ella elija, sin tener que generar vínculos obligatoriamente con personas de su mismo origen geográfico.

Los sentimientos que surgen cuando una persona se siente tratada en inferioridad o discriminada son de todo tipo y, como veremos a continuación, influye la edad en que se asimilan estos mensajes. Sole nos cuenta que “cuando eres más pequeña, te afectaba mucho más al ser la primera vez. Pero luego, con el paso del tiempo y al tener ya tus amistades, te haces más fuerte y ya te da igual».

«Cuando eres más pequeña, te afectaba mucho más al ser la primera vez. Pero luego, con el paso del tiempo y al tener ya tus amistades, te haces más fuerte y ya te da igual».

fuerte y ya te da igual». Por lo tanto, si bien surge en un principio desconcierto ante situaciones incomprensibles, posteriormente se instala el conformismo hacia este tipo de realidades paralelamente a su rutinización. Cuando Daniela se ha visto implicada en comentarios de tipo racista, le produce «un sentimiento de rabia e impotencia. Pensaba qué vida más vacía tiene que tener esta gente para tener que meterse con una persona». Ahmed sabe que su origen magrebí ha supuesto en los últimos años un cambio en las actitudes de la población vasca «cuando eras un crío, estaba el tema de lo del moro y todo eso. Pero es que años después es cuando ya ha venido todo el tinglado. Los atentados y todo ese tema». Sukaina también percibe que ahora «todos somos terroristas», y añade que realmente quienes son los primeros perjudicados son los propios musulmanes «porque si ya nos discriminaban, ahora mucho más».

También las personas entrevistadas han sido testigos de la discriminación que han vivido sus progenitores. Oier nos cuenta que su ama ha tenido que vivir situaciones incómodas en la calle y «a mí me da mogollón de pena cuando nos lo cuenta». O cómo al padre de Ahmed «le trataban como una mierda y era una cosa que a mí me reventaba. Pero no podía decir nada porque si no igual se quedaba sin trabajo. En plan puto moro y así. Eso me generaba una rabia tremenda».

Tampoco el residir en un municipio de menor tamaño te garantiza una mejor situación, porque puede ser tanto positivo como negativo en la convivencia. En el caso de Mikel, su padre es conocido por los vecinos y vecinas «tú dices su nombre y ya saben quién es. Porque cuando mi padre vino había un argentino y una dominicana. Pero es que a mi padre no lo consideran inmigrante». Margareth tampoco siente que en su día se hiciera extraña su presencia en su municipio «yo creo que en el pueblo no hay nadie que no nos conozca». Sin embargo, para Ahmed su familia era señalada como la diferente «los marroquíes». Por lo tanto, ser conocido por la comunidad puede llevar a una mayor aceptación y, por lo tanto, menor disparidad con el resto, o por el contrario, ser quien marca la diferencia con respecto a la mayoría.

Como vemos, el color de la piel o la relación por su aspecto a un determinado origen cultural, aunque en ocasiones no se corresponda con el real, es determinante en algunas de las relaciones y comportamientos que se suceden en su vida diaria. Jon nos cuenta que en el autobús vive situaciones que no le afectan personalmente, pero no son de agrado «gente que se va a sentar a mi lado, y de repente, me mira y se pira. Y me choca. No sé qué tengo yo para hacer que se vaya. Pero lo que más me extraña es que me pasa con gente joven».

El caso contrario lo vemos en Daniela, que comenta que «la gente se asombra mucho cuando les digo que mis padres son colombianos. Una persona me contestó que no podía ser porque yo tenía los ojos claros». También Mikel sabe que

«La gente se asombra mucho cuando les digo que mis padres son colombianos. Una persona me contestó que no podía ser porque yo tenía los ojos claros».

tiene unos rasgos faciales algo diferentes, pero no son tan definitorios, además cree que al criarse en Euskadi «el acento se nota mucho. Lógicamente, tengo unos rasgos, pero cuando hablo con la gente soy yo el que les dice que mi padre es de Nicaragua, entonces ya me dicen que se me nota un poco». A Fátima le confunden con otros orígenes y cuando responde que es de Marruecos «me dicen que no lo dijera muy alto», aunque su contestación fue dirigida al orgullo que siente por sus orígenes y no tanto a la necesidad de esconderlos. Sole siempre se ha sentido señalada por su color de piel. Cuando era estudiante «en el vestuario todas te observaban como si tuvieses un cuerpo diferente», o cuando simplemente paseaba por la calle la gente se paraba en la calle diciendo «mira, ¡una negra!, y yo lo notaba». La llegada de Sole a Euskadi ocurrió hace 32 años, cuando aún no era tan habitual la convivencia con población extranjera.

Sole ve que a día de hoy se siguen reproduciendo los estereotipos negativos que hacen que haya niños que no quieran jugar con su hija «que un niño de cuatro años le diga a una niña que no va a jugar con ella porque es negra... eso no es cosa del niño, él lo ha escuchado. El niño solo reproduce lo que ha escuchado». Si bien sabe que son casos aislados, existen, y su hija le pregunta «por qué dice que soy marrón». Tal situación crea tristeza en Sole, que aunque su hija no vive el rechazo que ella sintió en su infancia y juventud, ve que no han desaparecido todavía de la sociedad.

Ahmed sabe que llamarle moro es el insulto fácil «te afecta mucho, porque tú sabes de dónde vienes y sabes que tus padres trabajan de sol a sol». Como bien señala Fátima, solo se pide respeto «puedes decirme marroquí, o llamarme por mi nombre. O árabe, o africano, o lo que quieras. ¿Pero por qué me tienes que decir moro? Porque saben que moro es despectivo».

Expectativas

No existen ideas claras sobre lo que les puede deparar el futuro, más aún entre quienes no han terminado sus estudios aún.

Cuando les preguntamos cómo se verán en un futuro a medio plazo, las respuestas no son tan diferentes unas de otras, ni siquiera en sus dudas e incertidumbres. No existen ideas claras sobre lo que les puede deparar el futuro, más aún entre quienes no han terminado sus estudios aún. En este sentido comprobamos el tesón de varias de las personas entrevistadas ante su proceso formativo y su objetivo laboral futuro. Margareth se ha puesto como claro objetivo «que tengo que terminar la carrera y me sacaré los títulos que me tenga que sacar. Y después trabajaré. Y si me tengo que ir fuera, pues me iré». Daniela demuestra que tiene un objetivo claro «ahora mismo estoy pensando en prepararme para opositar. Si no puedo este año, lo intentaré el siguiente. Es lo que quiero». Sukaina tiene una visión más negativa sobre su futura incorporación al mundo laboral ante la limitación que puede suponer su confesión religiosa «la sensación que me da es que puede que termine la carrera y que no encuentre trabajo de eso, de lo que yo quiero. Te pones a pensar hasta qué punto me va a limitar el hecho de llevar pañuelo».

La idea de residir en Euskadi sí que está presente en la mayoría a largo plazo, pero creen que su inserción en el mercado laboral, sobre todo en los primeros años, será en otro lugar, hecho que no les causa mayor inquietud. Daniela nos comenta que «me gustaría quedarme aquí porque tengo todo aquí. Pero si nada me atase y el día de mañana me tuviese que ir a trabajar, no sé, a Australia, pues me voy». En la misma línea se encuentra Mikel «yo prefiero vivir aquí. No es como otra gente que dice que sí se iría. Mi plan A es aquí. El plan B o C, ya veremos. Y si tiene que ser fuera, pues fuera. Para eso nos estamos preparando». Margareth sí que quiere acabar residiendo en Euskadi de manera permanente, sin embargo también tiene el deseo de querer vivir en el extranjero como experiencia de vida «siempre he estado aquí y me gustaría terminar aquí. Pero antes me gustaría salir y ver mundo. Y después ya terminar aquí cuando tenga mi familia. Porque al final también sé que mis amigas, a las que veo a diario, también vamos a terminar aquí o cerca». Por otra parte, saber o no dónde será su vida es una duda que tiene Ahmed «tampoco tengo claro que mi vida vaya a ser aquí del todo. Si me pidieras que firmara un sitio para ir, tampoco sabría decirte». Oier, en cambio, tiene claro que elegirá su lugar de residencia en función del agrado que ese lugar le proporcione «viviré donde más a gusto me encuentre. Al final, cuando asiente mi vida, cuando encuentre un curro y gane y tenga mi casa, me quedaré donde más a gusto esté». Fátima, que ha residido en varias ciudades y sabe lo que es rehacer su vida y la de su familia en varias ocasiones, cree que en el caso de que se moviera de Euskadi le gustaría establecer un hogar «siempre me ha hecho ilusión lo de estar de aquí para allá, pero luego he dicho que sin rumbo tampoco. Yo no quiero eso. Porque cuando estás así sientes

que no estás en ningún sitio y que no eres de ningún sitio. No estás estable. Es agotador empezar de cero con amigos y demás».

La idea de tener familia también está presente en sus discursos. Daniela piensa que «me gustaría tenerla, pero cuando yo vea que ya he vivido, he viajado, he conocido, he estudiado, ... todo eso». Ahmed sí que se ha cuestionado que «si el día de mañana tienes críos, ¿qué haces?, ¿cómo los educas?, ¿en función de qué?». Son preguntas que traen consigo una reflexión en torno a qué tipo de educación y bajo qué valores descansarían, donde la variable origen entraría en juego y no está claro de qué manera. Sole, que ya tiene una hija, quiere que estudie y progrese en la vida y por eso está ahorrando para poder ofrecérselo «si ella me dice el día de mañana quiere ir a la universidad, que no tenga que decir que no puede ir porque no puedo pagársela. Intento que aprenda para que si el día de mañana quiere irse a algún otro país. A Inglaterra, Noruega, o donde a ella quiera». Y está Jon que tiene muy claro que «quiero tener una familia, quiero trabajar y viajar por ahí», y considera que vivir una temporada en su lugar de origen o en otro país sería una gran experiencia, tanto para él como para su familia. Fátima cree que «el estudiar te hace abrir la cabeza y abrirte al mundo. Y quiero darles todo lo que yo no he tenido».

La idea de tener familia también está presente en sus discursos: «si el día de mañana tienes críos, ¿qué haces?, ¿cómo los educas?, ¿en función de qué?».

En definitiva, sus anhelos y deseos futuros no son tan diferentes como los que podemos encontrar en cualquier otro discurso de personas de su misma edad. Plantearse tener familia, aunque sin saber cuándo ni en qué circunstancias; trabajar en el extranjero, comprendiendo que a día de hoy la movilidad laboral es una realidad incluso para las personas más preparadas, o pensar cómo y en qué valores quieren educar a sus hijos e hijas, son realidades que no entienden de orígenes culturales concretos y sí de vivencias propias de su generación.

3

Conclusiones, claves y recomendaciones

Una vez analizados los relatos de las personas entrevistadas, hay algunas claves que nos gustaría destacar, pero por encima de todas ellas hay una cosa que nos ha llamado mucho la atención y que creemos que hay que poner por delante: son más los elementos que unen a estas personas a su generación que lo que las diferencia por su origen y/o ascendencia extranjera, es decir, son más entre la diversa juventud vasca. Sus problemas, sus preocupaciones, sus vivencias, sus expectativas, sus retos, sus temores, sus ilusiones, etc. son las mismas que tiene el conjunto de la juventud vasca.

Sí es cierto que tienen características propias y comunes entre sí y diferentes a otros colectivos de jóvenes, pero del mismo modo que distintos segmentos de la juventud vasca presentan rasgos distintivos con respecto a otros subgrupos. Aun así, los elementos claves en la vida de las personas entrevistadas son comunes al resto de la juventud vasca. Y si hemos destacado a estas diez personas es porque creemos que representan lo que hemos denominado entre el equipo investigador *una trayectoria exitosa*, que resulta estar basada en los mismos pilares que la que puede tener cualquier joven con un similar itinerario y tesitura positivos.

Si hay algo que nos ha parecido un elemento diferenciador entre las personas entrevistadas con respecto a otros grupos de juventud vasca es la infancia: en general, las personas entrevistadas coinciden en expresarla con confusión, entre el país de origen de su padre, de su madre, de ambos e incluso del suyo propio, o del de parte de su familia materna o paterna. El descubrimiento de ciertas diferencias con respecto a sus amistades y compañeros/as (a veces, el idioma en su casa; otras, diferencias de rasgos físicos, la comida, en ocasiones las vacaciones en países distintos, etc.) hace que este período se recuerde con mucha más confusión y cambios de lo que suele ser habitual en otros colectivos de edades similares.

Unido a ese sentimiento surge, no pocas veces y en ocasiones poderosamente, el recuerdo de la discriminación y rechazo sufridos por ser diferentes a la mayoría de sus compañeros/as. Ciertos episodios de su infancia narrados con amargura por algunas de las personas entrevistadas nos alertan de que tenemos trabajo por hacer en aras de una sociedad futura más justa, solidaria e igualitaria.

Pero el vivir o no episodios infantiles de discriminación o rechazo no parecen buenos prescriptores de un mayor o menor éxito en la trayectoria vital de las personas entrevistadas porque todas ellas parecen bien encaminadas, a distintos futuros, pero ilusionantes todos ellos.

A tenor de las historias narradas, todos los itinerarios están anclados en cuatro pilares con narrativas que comparten elementos comunes: la familia, la persona, el grupo de pares y la escuela.

- En todos los relatos de vida la familia tiene un papel fundamental, la mayoría de las veces como fuente de apoyo y como inculcadora de valores importantes, centrales, como la responsabilidad, el sacrificio, el esfuerzo, la preocupación por sus miembros, el orgullo de pertenencia, la confianza, la superación, la mejora, etc. En otros casos, como reto, como acicate o como aliciente. Pero siempre presente, y siempre con visión de futuro.
- Otro elemento común y característico de las personas entrevistadas es su carácter: son personas que comparten rasgos en sus caracteres porque sus discursos y sus historias destilan fortaleza, valores vitales, optimismo, tenacidad, tesón, afán de superación, trabajo, expectativas de mejora, valentía, resiliencia, etc.
- Además, todos y todas ellas han sido capaces de, en distintas circunstancias, formar parte de un grupo de pares fuerte, importante en sus vidas. En ocasiones, ese grupo de pares, esa cuadrilla, esas amigas, lo forman jóvenes vascos/as nacidos/as en Euskadi, en ocasiones tienen padres (madre y/o padre) nacidos fuera, en otras ocasiones son jóvenes extranjeros/as, o de origen extranjero, o de ascendencia vasca o extranjera, etc.; pero en todos los casos las personas entrevistadas han conseguido integrarse y sentirse partícipes de una comunidad o de un grupo de jóvenes con los que compartir sus deseos, sueños, anhelos, disgustos, preocupaciones, alegrías, expectativas, etc.
- La escuela, como era de esperar, ocupa un lugar central en las narrativas de las personas entrevistadas. Al margen de la familia, el espacio educativo es fundamental en sus biografías, a la hora de formarse la individualidad como personas, de crear las primeras redes interpersonales fuera del entorno familiar y de ir orientando sus expectativas de proyecto vital. Un elemento común a todos los relatos es haber encontrado en este espacio un

referente y un apoyo en sus vidas. En ocasiones, tanto uno como otro lo han proporcionado sus propios compañeros y compañeras permitiendo una integración natural, sin traumas en el entorno escolar; en otras, ha sido un profesor o profesora quien les ha ayudado a superar dificultades, como el rechazo y la discriminación de sus iguales; y a veces, una mezcla de ambos, un grupo de amigos/as integrador y un profesorado preocupado por la no discriminación entre su alumnado.

Todo ello ha redundado en que nuestras personas entrevistadas presenten narrativas que hemos venido en llamar internamente «trayectorias exitosas» porque nos ofrecen distintas formas de ser vascos y vascas en plenitud y con perspectivas y expectativas de futuro muy ilusionantes, para ellas mismas, para sus familias, sus amistades y para sus educadores/as. En definitiva, para toda la sociedad vasca.

Un par de apuntes más que nos han llamado la atención de los relatos de estas personas: el valor fundamental que conceden a la formación y su sentimiento de arraigo en Euskadi, y de pertenencia a la comunidad vasca.

La formación ocupa mucho espacio en las narrativas de las personas entrevistadas. Desde edades muy tempranas cobra especial importancia y es recurrente que se sitúe en un lugar relevante en sus relatos. Las personas entrevistadas se esfuerzan por disponer de un arsenal personal bajo la forma de nivel de estudios que si no les garantiza, sí les permita afrontar sus expectativas de futuro con visos de tener éxito. Les interesa la formación, quieren alcanzar altos niveles de estudios (cuando no se ha conseguido lo que se deseaba se expresa en las conversaciones con tristeza), quieren mejorar, superarse, y entienden que la formación es la puerta para su futuro, para llegar a cumplir las expectativas y metas que se han propuesto. Y en este contexto, el aprendizaje del euskera también ocupa un lugar relevante. Frente a otros discursos que hemos escuchado en otras investigaciones en los que se pone en duda el valor del euskera en el presente y futuro de ciertas personas, los y las jóvenes entrevistadas lo colocan en un lugar preferente en sus vidas y con el doble valor de, por un lado, idioma de comunicación y, por otro, elemento facilitador de la inserción laboral, integración personal y consecución de objetivos de proyecto vital.

En relación a su sentimiento de pertenencia, al sentimiento de ser vascos y vascas, estos relatos son un perfecto ejemplo de que no hay una única manera de sentirse vasco y vasca: hay muchas. En este sentido, nos transmiten la idea de que son personas que están integradas, son vascas y lo expresan de diferentes formas, como hacemos también las demás, el resto de la sociedad vasca: las personas entrevistadas, con un único sentimiento de pertenencia, con doble filiación, con triple..., comparten todas ellas estos rasgos comunes, es decir, ligan a Euskadi su pasado, su presente y su futuro.

A partir de aquí se nos ocurren algunas recomendaciones para las administraciones y organismos públicos que creemos que pueden facilitar los procesos de integración y la consecución de trayectorias personales exitosas de vascos y vascas de ascendencia extranjera.

- Reforzar el valor de la formación como elemento clave de construcción de futuro: ya lo estamos haciendo en la actualidad a nivel general pero no estaría de más insistir en que la adquisición de niveles formativos elevados y el euskera son elementos que pueden jugar un papel singular en los procesos de integración y movilidad social vertical entre los colectivos de vascos y vascas de origen y/o ascendencia extranjera. Es importante que desde los propios centros educativos y personas orientadoras no se escatimen esfuerzos para hacer ver a las personas de origen y/o ascendencia extranjera el papel fundamental que la formación jugará en sus vidas y en la de su descendencia, como factor clave en los procesos de integración y movilidad sociales.
- Reforzar el papel del euskera como elemento de comunicación y de apertura de perspectivas laborales de futuro en Euskadi: especial importancia tiene la adquisición de nuestro idioma singular como facilitador de las relaciones interpersonales y como dinamizador en la inserción laboral de las personas de origen y/o ascendencia extranjera. Huelga decir que, por supuesto, también es imprescindible el conocimiento y uso de la lengua castellana por los mismos motivos. Parece que todo lo que se arbitre para facilitar el conocimiento y uso de los idiomas propios entre las personas de origen y/o ascendencia extranjera será poco.
- Permitir el desarrollo del sentimiento de pertenencia: la definición del ser vasco/a desde la construcción individual, no desde la construcción grupal. En algunos relatos se produce la negación de ciertos sectores y personas a que puedan sentirse vascos y vascas en pie de igualdad con otros colectivos de nuestra sociedad, por haber nacido en otro lugar, por tener padres de origen y/o ascendencia extranjera, por no dominar el euskera (y/o el castellano), por no tener la misma religión dominante en nuestro entorno, por no tener los mismos rasgos, etc. Debemos permitir sentirse vascos/as, no debemos impedir (negar) el desarrollo de ese sentimiento. Concretamente, proponemos una campaña de sensibilización social que se abra a un “ser vasco/a” inclusivo y definido desde la persona.
- Concienciar al entorno educativo (si no lo está ya en su totalidad...) de su crucial papel como garante de un desarrollo en igualdad y de un crecimiento en contexto de no discriminación: en momentos de discriminación y rechazo hacia la juventud vasca de origen y/o ascendencia extranjera, es fundamental que las personas educadoras sean conscientes de su papel

como elementos que garantizan la igualdad de oportunidades y un futuro inclusivo para todos y todas.

- Sensibilizar a la sociedad vasca sobre nuestra diversidad y sobre la igualdad en la diversidad: respeto a la diferencia y lucha contra la discriminación. Pensamos, por ejemplo, en acciones dirigidas a los medios de comunicación encaminadas a destacar la naturalidad de las trayectorias en aspectos de la vida cotidiana tales como los estudios, las lenguas de comunicación, el empleo, etc., teniendo en cuenta las características propias que les diferencian de otros jóvenes. Es evidente que la sociedad vasca necesita conocer y reconocerse en su diversidad. No somos uniformes, no somos una sociedad monolítica, una sociedad culturalmente estática. No lo hemos sido nunca y menos ahora. Somos una sociedad en movimiento, en evolución, en crecimiento, dinámica, y en ella debemos reconocernos, ahora y en el futuro, porque este será el que forme nuestro pasado del que querremos, como hasta ahora, sentirnos orgullosos y orgullosas. Ese futuro deberemos construirlo entre todos los vascos y vascas que aquí vivimos, amamos, construimos, trabajamos... es decir, que así nos sentimos. Nuestro futuro como sociedad pasa por lograr procesos exitosos de integración y cohesión social, que permitan una convivencia igualitaria y ausente de discriminación.



ANEXO

INFANCIA

- Familia:
 - Cuándo naciste, dónde naciste.
 - Descripción de tus padres, descripción de los hermanos: trabajo, estudios.
 - Circunstancias del nacimiento: familiares y externas.
 - Tradiciones familiares, costumbres de la familia, espacio físico, los juegos, travesuras.
 - Buenos y malos recuerdos de esa época.
- Escuela:
 - Cuándo comienzas en la escuela.
 - Tipo de escuela (privada, pública, religiosa, etc.) a qué edad comienzas en la escuela.
 - Cuántas escuelas había en la zona.
 - Cuántos compañeros de clase tenías, había diferencia entre sus compañeros.
 - Recuerdos de profesores que te marcaron.
 - Diferencias culturales en tu escuela, en la relación con tus compañeros-maestros.
 - Juegos y castigos.
 - Personas importantes en la escuela.
 - Lugares importantes en la escuela.
 - Buenos y malos recuerdos de esa época.
 - Expectativas profesorado/familia en tema estudios.

INFANCIA – ADOLESCENCIA

*Se sigue hablando en esta etapa de la escuela/instituto con las preguntas anteriormente expuestas. Se añaden preguntas de la etapa de transición:

- Cambios en el paso de una etapa a otra: cambios físicos, cambios afectivos, cambios externos a la persona entrevistada (cambio de casa, de ciudad, de colegio,...)
- Juegos, gustos, amistades, amores.
- A qué edad comenzó a salir solo/a.
- Relación con las personas adultas: padres - familia, profesores, monitores, etc.
- Conflictos personales.
- Qué hacía los fines de semana.
- Anécdotas.
- Buenos y malos momentos de esa época.

INICIO Y DESARROLLO DE LA ETAPA ADULTA

- Estudios: gusto o motivación por los estudios elegidos, relaciones en el mismo, resultados.
- Trabajo: relaciones laborales, lugar del primer trabajo, el trabajo más importante, el menos importante, problemas y aciertos.
- Cuándo comenzó a ganar dinero.
- Diferencias culturales que influyan.
- Relaciones personales: con la pareja (matrimonio), con los hijos, con la familia. Costumbres.
- La sociedad: cambios políticos, cambios sociales, cambios en su entorno.

VIDA EN GENERAL

- Acontecimientos más importantes de su vida personal.
- Vida religiosa. Actual y en el pasado.
- Le interesa la política, participa de la política.
- Grandes y pequeños logros significativos en su vida.
- Éxitos y fracasos.
- Pérdidas de seres queridos.
- El día de hoy.
- Conflictos identitarios, percepción de diferencia (familia/sociedad).
- La importancia de las tradiciones de origen de los padres.
- Auto percepción en relación a los compatriotas de sus padres/hijos de inmigrantes que llegaron de mayores.
- Revisión, autovaloración de su vida.

Los fenómenos migratorios recientes han cambiado la realidad sociocultural vasca. La diversidad de nuestra sociedad es cada vez mayor y plantea retos inéditos en relación a la cohesión, la integración y la convivencia. Con el objeto de ilustrar los cambios que estamos viviendo, desde Ikuspegi – Observatorio Vasco de Inmigración estamos investigando el fenómeno de los hijos e hijas de personas de origen extranjero en Euskadi, siendo este informe el que pretende ilustrar lo que hemos denominado, en un sentido amplio, como *trayectorias exitosas* a través del relato vital de una serie de personas que representan la riqueza de la nueva diversidad cultural vasca.

Este documento forma parte de la más amplia investigación titulada *La diversidad infantil y juvenil en la CAE. Las (mal) llamadas segundas generaciones* que, con una finalidad divulgativa, pretende abordar el fenómeno social de los hijos e hijas de personas de origen extranjero desde todos los enfoques posibles: desde el teórico, pasando por el análisis de datos sociodemográficos, por la visión de personas expertas, de las personas educadoras, de la propia infancia y juventud vascas y de sus familias, hasta el conjunto de la sociedad vasca.

